

MARTIN RIVAS

BAUME-LES-DAMES, IMPRENTA DE J. DION

AL SEÑOR DON MANUEL ANTONIO MATTA.

Mi querido Manuel:

Por mas de un título te corresponde la dedicatoria de esta novela: ella ha visto la luz pública en las columnas de un periódico fundado por tus esfuerzos i dirigido por tu decision i constancia a la propagacion i defensa de los principios liberales; su protagonista ofrece el tipo, digno de imitarse, de los que consagran un culto inalterable a las nobles virtudes del corazon; i finalmente, mi amistad quiere aprovechar esta ocasion de darte un testimonio de que, al cariño nacido en la infancia, se une ahora el profundo aprecio que inspiran la hidalguía i el patriotismo, puestos al servicio de una buena causa con entero desinteres.

Recibe, pues, esta dedicatoria, como una prenda de la amistad sincera i del aprecio distinguido que te profesa tu afectísimo

ALBERTO BLEST GANA.

MARTIN RIVAS

I

A principios del mes de julio de 1850, atravesabala puerta de calle de una hermosa casa de Santiago, un jóven de veinte i dos a veinte i tres años.

Su traje i sus maneras estaban mui distantes de asemejarse a las maneras i al traje de nuestros elegantes de la capital. Todo en aquel jóven revelaba al provinciano que viene por primera vez a

Santiago. Sus pantalones negros, *embotinados* por medio de anchas trabillas de becerro, a la usanza de los años de 1842 i 43; su levita de mangas cortas i angostas; su chaleco de raso negro con largos picos abiertos, formando un ángulo agudo, cuya bisectriz era la línea que marca la tapa del pantalón; su sombrero de estraña forma i sus botines, abrochados sobre los tobillos por medio de cordones negros, componian un traje que recordaba antiguas modas, que solo los provincianos hacen ver de tiempo en tiempo por las calles de la capital.

El modo como aquel jóven se acercó a un criado que se balanceaba mirándole, apoyado en el umbral de una puerta que daba al primer patio, manifestaba tambien la timidez del que penetra en un lugar desconocido i recela de la acogida que le espera.

Cuando el provinciano se halló bastante cerca del criado, que continuaba observándole, se detuvo e hizo un saludo, al que el otro contestó con aire protector, inspirado tal vez por la triste catadura del jóven.

—¿Será esta la casa del señor don Dámaso Encina? preguntó éste, con voz en la que parecia reprimirse apénas el disgusto que aquel saludo insolente pareció causarle.

—Aquí es, contestó el criado.

—¿Podría Ud. decirle que un caballero desea hablar con él?

A la palabra caballero, el criado pareció rechazar una sonrisa burlona que se dibujaba en sus lábios.

— ¿I cómo se llama Ud? preguntó con voz seca.

— Martin Rivas, contestó el provinciano, tratando de dominar su impaciencia, que no dejó por esto de reflejarse en sus ojos.

—Espérese, pues, dijole el criado; i entró con paso lento a las habitaciones del interior.

Daban en ese instante las doce del día.

Nosotros aprovecharemos la ausencia del criado para dar a conocer mas ámpliamente al que acababa de decir llamarsa Martin Rivas.

Era un jóven de regular estatura i bien proporcionadas formas. Sus ojos negros, sin ser grandes, llamaban la atencion por el aire de melancolía que comunicaban a su rostro. Eran dos ojos de mirar apagado i pensativo, sombreados por grandes ojeras que guardaban armonía con la palidez de las mejillas. Un pequeño bigote negro, que cubria el labio superior i la línea un poco saliente del inferior, le daban el aspecto de la resolucion, aspecto que contribuia a aumentar lo erguido de la cabeza, cubierta por una abundante cabellera color castaño, a juzgar por lo que se dejaba ver bajo el ala del sombrero. El conjunto de su persona tenia cierto aire de distincion que contrastaba con la pobreza del traje, i

hacia ver que aquel jóven, estando vestido con elegancia, podia pasar por un buen mozo, a los ojos de los que no hacen consistir únicamente la belleza física en lo rosado de la tez i en la regularidad perfecta de las facciones.

Martin se habia quedado en el mismo lugar en que se detuvo para hablar con el criado, i dejó pasar dos minutos sin moverse, contemplando las paredes del patio pintadas al óleo i las ventanas que ostentaban sus molduras doradas al traves de las vidrieras. Mas, luego pareció impacientarse con la tardanza del que esperaba, i sus ojos vagaron de un lugar a otro sin fijarse en nada.

Por fin, se abrió una puerta i apareció el mismo criado con quien Martin acababa de hablar.

—Que pase para adentro, dijo al jóven.

Martin siguió al criado hasta una puerta en la que éste se detuvo.

—Aquí está el patron, dijo, señalándole la puerta.

El jóven pasó el umbral i se encontró con un hombre que, por su aspecto, parecia hallarse, segun la significativa espresion francesa, entre dos edades. Es decir que rayaba en la vejez sin haber entrado aun a ella. Su traje negro, sus cuellos bien almidonados, el lustre de sus botas de becerro, indicaban el hombre metódico, que somete su persona, como su vida, a reglas invariables. Su semblante nada revelaba : no habia en él ninguno de

esos rasgos característicos, tan prominentes en ciertas fisonomías, por los cuales un observador adivina en gran parte el carácter de algunos individuos. Perfectamente afeitado i peinado, el rostro i el pelo de aquel hombre manifestaban que el aseo era una de sus reglas de conducta.

Al ver a Martin, se quitó una gorra con que se hallaba cubierto i se adelantó con una de esas miradas que equivalen a una pregunta. El jóven la interpretó así, e hizo un ligero saludo diciendo :

—¿El señor don Dámaso Encina?

—Yo, señor, un servidor de Ud., contestó el preguntado.

Martin sacó del bolsillo de la levita una carta que puso en manos de don Dámaso con estas palabras:

—Tenga Ud. la bondad de leer esta carta.

—Ah, es Ud. Martin, exclamó el señor Encina, al leer la firma, despues de haber roto el sello sin apresurarse.

—I su padre de Ud. ¿cómo está?

—Ha muerto, contestó Martin con tristeza.

—¡Muerto! repitió con asombro el caballero. Luego como preocupado de una idea repentina añadió:

—Siéntese, Martin; dispénseme que no le haya ofrecido asiento, ¿i esta carta.....?

—Tenga Ud. la bondad de leerla, contestó Martin.

Don Dámaso se acercó a una mesa de escritorio,

puso sobre ella la carta, tomó unos anteojos que limpió cuidadosamente con su pañuelo i colocó sobre sus narices. Al sentarse dirigió la vista sobre el jóven.

— No puedo leer sin anteojos, le dijo a manera de satisfaccion por el tiempo que habia empleado en prepararse.

Luego principió la lectura de la carta que decia lo siguiente.

«Mi estimado i respetado señor:

Me siento gravemente enfermo i deseo, antes que Dios me llame a su divino tribunal, recomendarle a mi hijo, que en breve será el único apoyo de mi desgraciada familia. Tengo mui cortos recursos, i he hecho mis últimas disposiciones, para que despues de mi muerte puedan mi mujer i mis hijos aprovecharlas lo mejor posible. Con los intereses de mi pequeño caudal tendrá mi familia que subsistir pobremente para poder dar a Martin lo necesario hasta que concluya en Santiago sus estudios de abogado. Segun mis cálculos, solo podrá recibir veinte pesos al mes, i como le seria imposible con tan módica suma satisfacer sus estrictas necesidades, me he acordado de Ud. i atrevido a pedirle el servicio de que le hospede en su casa hasta que pueda por sí solo ganar su subsistencia. Este muchacho es mi única esperanza, i si Ud. le

hace la gracia que para él humildemente solicito, tendrá Ud. las bendiciones de su santa madre en la tierra i las mias en el cielo, si Dios me concede su eterna gloria despues de mi muerte.

Mande a su seguro servidor que sus plantas besa.

José Rivas. »

Don Dámaso se quitó los anteojos con el mismo cuidado que habia empleado para ponérselos, i los colocó en el mismo lugar que ántes ocupaban.

--¿Ud. sabe lo que su padre me pide en esta carta? preguntó, levantándose de su asiento.

—Sí, señor, contestó Martin.

—¿I cómo se ha venido Ud. de Copiapó?

—Sobre la cubierta del vapor, contestó el jóven como con orgullo.

—Amigo, dijo el señor Encina, su padre era un buen hombre i le debo algunos servicios que me alegraré de pagarle en su hijo. Tengo en los altos dos piezas desocupadas i están a la disposicion de Ud. ¿Trae Ud. equipaje?

— Sí, señor.

— ¿Dónde está?

— En la posada de Santo Domingo.

—El criado irá a traerlo: Ud. le dará las señas.

Martin se levantó de su asiento i don Dámaso llamó al criado.

—Anda con este caballero i traerás lo que él te dé, le dijo.

—Señor, dijo Martin, no hallo como dar a Ud. las gracias por su bondad.

—Bueno, Martin, bueno, contestó don Dámaso, está Ud. en su casa. Traiga Ud. su equipaje i arréglese allá arriba. Yo como a las cinco: véngase un poquito ántes para presentarle a la señora.

Martin dijo algunas palabras de agradecimiento i se retiró.

--Juana, Juana, gritó don Dámaso, tratando de hacer pasar su voz a una pieza vecina: que me traigan tos periódicos.



II

La casa en donde hemos visto presentarse a Martin Rivas estaba habitada por una familia compuesta de don Dámaso Encina, su mujer, una hija de diez i nueve años, un hijo de veintitres, i tres hijos menores, que por entónces recibian su educacion en el colejio de los padres franceses.

Don Dámaso se habia casado a los veinticuatro años con doña Engracia Nuñez, mas bien por especulacion que por amor. Doña Engracia, en ese tiempo, carecia de belleza; pero poseia una herencia de treinta mil pesos, que inflamó la pasion del jóven Encina hasta el punto de hacerle solicitar su mano. Don Dámaso era dependiente de una casa de comercio en Valparaiso i no tenia mas bienes de fortuna que su escaso sueldo. Al dia siguiente de su matrimonio podia jirar con treinta mil pesos. Su ambicion desde ese momento no tuvo límites. En-

viado por asuntos de la casa en que servia, don Dámaso llegó a Copiapó un mes despues de casarse. Su buena suerte quiso que, al cobrar un documento de mui poco valor que su patron le habia endosado, Encina se encontrase con un hombre de bien que le dijo lo siguiente:

—Ud. puede ejecutarme: no tengo con qué pagar. Mas si en lugar de cobrarme quiere Ud. arriesgar algunos medios, le firmaré a Ud. un documento por valor doble que el de esa letra i cederé a Ud. la mitad de una mina que poseo i que estoi seguro hará un gran alcance en un mes de trabajo.

Don Dámaso era hombre de reposo i se volvió a su casa sin haber dado ninguna respuesta en pró ni en contra. Consultóse con varias personas, i todas ellas le dijeron que don José Rivas, su deudor, era un loco que habia perdido toda su fortuna persiguiendo una veta imajinaria.

Encina pesó los informes i las palabras de Rivas, cuya buna fé habia dejado en su ánimo una impresion favorable.

—Verémos la mina, le dijo al dia siguiente.

Pusiéronse en marcha i llegaron al lugar a donde se dirijian, conversando de minas. Don Dámaso Encina veia flotar ante sus ojos, durante aquella conversacion, las vetas, los mantos, los farellones, los panizes, como otros tantos depósitos de inagotable riqueza, sin comprender la diferencia que

existe en el significado de aquellas voces. Don José Rivas tenia toda la elocuencia del minero a quien acompaña la fé despues de haber perdido su caudal, i a su voz veia Encina brillar la plata hasta en las piedras del camino.

Mas, apesar de esta preocupacion, tuvo don Dámaso suficiente tiempo de arreglar en su imaginacion la propuesta que debia hacer a Rivas en caso que la mina le agradase. Despues de examinarla, i dejándose llevar de su inspiracion, Encina comenzó su ataque.

—Yo no entiendo nada de esto, dijo; pero no me desagradan las minas en jeneral. Cédame Ud. doce barras i obtengo de mi patron nuevos plazos para su deuda i quita de algunos intereses. Trabajaremos la mina a medias i harémos un contratito en el cual Ud. se obligue a pagarme el uno i medio por los capitales que yo invierta en la explotacion i a preferirme por el tanto cuando Ud. quiera vender su parte o algunas barras.

Don José se hallaba amenazado de ir a la cárcel, dejando en el mas completo abandono a su mujer i a su hijo Martin, de un año de edad. Antes de aceptar aquella propuesta, hizo sin embargo algunas objeciones inútiles, porque Encina se mantuvo en los términos de su proposicion, i fué preciso firmar el contrato bajo las bases que éste habia propuesto.

Desde entónces don Dámaso se estableció en Copiapó como ajente de la casa de comercio de Valparaíso en la que habia servido, i administró por su cuenta algunos otros negocios que aumentaron su capital. Durante un año, la mina costeó sus gastos i don Dámaso compró poco a poco a Rivas toda su parte, quedando éste en calidad de administrador. Seis meses despues de comprada la última barra, sobrevino un gran alcance, i pocos años mas tarde, don Dámaso Encina compraba un valioso fundo de campo cerca de Santiago i la casa en que le hemos visto recibir al hijo del hombre a quien debia su riqueza.

Gracias a ésta, la familia de don Dámaso era considerada como una de las mas aristocráticas de Santiago. Entre nosotros el dinero ha hecho desaparecer mas preocupaciones de familia que en las viejas sociedades europeas. En éstas hai lo que llaman aristocrácia de dinero, que jamás alcanza con su poder i su fausto a hacer olvidar enteramente la oscuridad de la cuna, al paso que en Chile vemos que todo va cediendo su puesto a la riqueza, la que ha hecho palidecer con su brillo el orgulloso desden con que ántes eran tratados los advenedizos sociales. Dudamos mucho que éste sea un paso dado hácia la democrácia, porque los que cifran su vanidad en los favores ciegos de la fortuna, afectan ordinariamente una insolencia, con la

que creen ocultar su nulidad, que les hace mirar con menosprecio a los que no pueden, como ellos, comprar la consideracion con el lujo o con la fama de sus caudales.

La familia de don Dámaso Encina era noble en Santiago por derecho pecuniario, i como tal, gozaba de los miramientos sociales por la causa que acabamos de apuntar. Se distinguia por el gusto hácia el lujo, que por entónces principiaba a apoderarse de nuestra sociedad, i aumentaba su prestigio con la solidez del crédito de don Dámaso, que tenia por principal negocio el de la usura en grande escala, tan comun entre los capitalistas chilenos.

Magnífico cuadro formaba aquel lujo a la belleza de Leonor, la hija predilecta de don Dámaso i de doña Engracia. Cualquiera que hubiese visto a aquella niña de diez i nueve años en una pobre habitacion, habria acusado de caprichosa a la suerte por no haber dado a tanta hermosura un marco correspondiente. Así es que al verla reclinada sobre un magnífico sofá forrado en brocatel celeste, al mirar reproducida su imájen en un lindo espejo al estilo de la edad media, i al observar su pié, de una pequeñez admirable, rozarse descuidado sobre una alfombra finisima, el mismo observador habria admirado la prodigalidad de la naturaleza en tan feliz acuerdo con los favores del destino. Leonor resplandecia rodeada de ese lujo como

un brillante entre el oro i pedrerías de un rico aderezo. El color un poco moreno de su cútis i la fuerza de espresion de sus grandes ojos verdes, guarnecidos de largas pestañas, los lábios húmedos i rosados, la frente pequeña, limitada por abundantes i bien plantados cabellos negros, las arqueadas cejas i los dientes para los cuales parecia hecha á propósito la comparacion tan usada con las perlas; todas sus facciones, en fin, con el óvalo delicado del rostro, formaban en su conjunto una belleza ideal de las que hacen bullir la imaginacion de los jóvenes i revivir el cuadro de pasadas dichas en la de los viejos.

Don Dámaso i doña Engracia tenian por Leonor la predileccion de casi todos los padres por el mas hermoso de sus hijos. I ella, mimada desde temprano, se habia acostumbrado a mirar sus perfecciones como una arma de absoluto dominio entre los que la rodeaban, llevando su orgullo hasta oponer sus caprichos al carácter i autoridad de su madre.

Doña Engracia, con efecto, nacida voluntariosa i dominante, enorgullecida en su matrimonio por los treinta mil pesos, origen de la riqueza de que ahora disfrutaba la familia, se habia visto poco a poco caer bajo el ascendiente de su hija, hasta el punto de mirar con indiferencia al resto de su familia i no salvar incólume de aquella silenciosa i

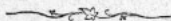
prolongada lucha doméstica, mas que su amor a los perritos falderos i su aversion hácia todo abrigo, hija de su temperamento sanguíneo.

En la época en que principia esta historia, la familia Encina acababa de celebrar con un magnífico baile la llegada de Europá del jóven Agustin, que habia traído del viejo mundo gran acopio de ropa i alhajas, en cambio de los conocimientos que no se habia cuidado de adquirir en su viaje. Su pelo rizado, la gracia de su persona i su perfecta elegancia, hacian olvidar lo vacío de su cabeza i los treinta mil pesos invertidos en hacer pasear la persona del jóven Agustin por los enlosados de las principales ciudades europeas.

Ademas de este jóven i de Leonor, don Dámaso tenia otros hijos, de cuya descripcion nos absten-drémos por su poca importancia en esta historia.

La llegada de Agustin i algunos buenos negocios, habian predispuesto el ánimo de don Dámaso hácia la benevolencia con que le hemos visto acoger a Martin Rivas i hospedarle en su casa. Estas circunstancias le habian hecho tambien olvidar su constante preocupacion de la hijiene, con la que pretendia conservar su salud, i entregarse con entera libertad de espíritu a las ideas de política que, bajo la forma de un vehemente deseo de ocupar un lugar en el Senado, inflamaban el patriotismo de este capitalista.

Por esta razon, habia pedido los periódicos despues de la benévola acogida que acababa de hacer al jóven provinciano.



III

Martin Rivas habia abandonado la casa de sus padres en momentos de dolor i de luto para él i su familia. Con la muerte de su padre, no le quedaban en la tierra mas personas queridas que doña Catalina Salazar, su madre, i Matilde, su única hermana. El i estas dos mujeres habian velado durante quince dias a la cabecera de don José moribundo. En aquellos supremos instantes, en que el dolor parece estrechar los lazos que unen a las personas de una misma familia, los tres habian tenido igual valor i sostenídose mutuamente por una enerjía finjida con la que cada cual disfrazaba su angustia a los otros dos.

Un dia, don José conoció que su fin se acercaba i llamó a su mujer i a sus dos hijos.

Este es mi testamento, les dijo, mostrándoles el

que habia hecho estender el dia anterior, i aqui hai una carta que Martin llevará en persona a don Dámaso Encina que vive en Santiago.

Luego, tomando una mano a su hijo :

— De tí va a depender en adelante, le dijo, la suerte de tu madre i de tu hermana : vé a Santiago i estudia con empeño. Dios premiará tu constancia i tu trabajo.

Ocho dias despues de la muerte de don José, la separacion de Martin renovó el dolor de la familia, en la que el llanto resignado habia sucedido a la desesperacion. Martin tomó pasaje en la cubierta del vapor, i llegó a Valparaiso, animado del deseo del estudio. Nada de lo que vió en aquel puerto ni en la capital llamó su atencion. Solo pensaba en su madre i en su hermana, i le parecia, oír en el aire las últimas i sencillas palabras de su padre. De altivo carácter i concentrada imaginacion, Martin habia vivido hasta entónces aislado por su pobreza i separado de su familia, en casa de un viejo tio que residia en Coquimbo, donde el jóven habia hecho sus estudios mediante la proteccion de aquel pariente. Los únicos dias de felicidad eran los que las vacaciones le permitian pasar al lado de su familia. En ese aislamiento, todos sus afectos se habian concentrado en ésta, i al llegar a Santiago juró regresar de abogado a Copiapó i cambiar la suerte de los que cifraban en él sus esperanzas.

— Dios premiará mi constancia i mi trabajo, decia, repitiéndose las palabras llenas de fé con que su padre se habia despedido.

Con tales ideas arreglaba Martin su modesto equipaje en las piezas de los altos de la hermosa casa de don Dámaso Encina.

A las cuatro de la tarde de ese mismo dia, el primojénito de don Dámaso golpeaba a una puerta de las piezas de Leonor. El jóven iba vestido con una levita azul abrochada sobre un pantalon claro que caia sobre un par de botas de charol, en cuyos tacos se veian dos espuelitas doradas. En su mano izquierda tenia una *huasca* con puño de marfil, i en la derecha un enorme cigarro habano consumido a medias.

Golpeó, como dijimos, a la puerta, i oyó la voz de su hermana que preguntaba :

— ¿Quién es?

— ¿Puedo entrar? preguntó Agustin entreabriendo la puerta.

No esperó la contestacion i entró en la pieza con aire de elegancia suma.

Leonor se peinaba delante de un espejo, i volvió su rostro con una sonrisa hácia su hermano.

— ¡Ah, exclamó, ya vienes con tu cigarro!

— No me obligues a botarlo, hermanita, dijo el elegante : es un *imperial* de a doscientos pesos el mil.

— Podias haberlo concluido ántes de venir a verme.

— Así lo quise hacer, i me fui a conversar con mamá ; pero ésta me despidió, so pretesto de que el humo la sofocaba.

— ¿Has andado a caballo ? preguntó Leonor.

— Sí, i en pago de tu complacencia para dejarme mi cigarro , te contaré algo que te agrada-
rá.

— ¿ Qué cosa ?

— Anduve con Clemente Valencia.

— ¿ I qué mas ?

— Me habló de ti con entusiasmo.

Leonor hizo con los labios una lijera señal de desprecio.

— Vamos, exclamó Agustin, no seas hipócrita, Clemente no te desagrada.

— Como muchos otros.

— Tal vez ; pero hai pocos como él.

— ¿ Por qué ?

— Porque tiene trescientos mil pesos.

— Si ; pero no es buen mozo.

— Nadie es feo con ese capital, hermanita.

Leonor se sonrió ; mas habria sido imposible decir si fué de la máxima de su hermano o de satisfaccion por el arte con que habia arreglado una parte de sus cabellos.

— En estos tiempos, hijita, continuó el elegante

reclinándose en una poltrona, la plata es la mejor recomendacion.

— O la belleza, replicó Leonor.

— Es decir que te gusta mas Emilio Mendoza porque es buen mozo : *fi, ma belle!*

— Yo no digo tal cosa.

— Vamos, ábreme tu corazon, ya sabes que te adoro.

— Te lo abriria en vano : no amo a nadie.

— Estás intratable. Hablarémos de otra cosa.

¿ Sabes que tenemos un alojado ?

— Así hé sabido : un jovencito de Copiapó ; ¿ qué tal es ?

— Pobrisimo, dijo Agustin con un jesto de desprecio.

— Quiero decir de figura.

— No le he visto : será algun provinciano rubicundo i tostado por el sol.

En este momento Leonor habia concluido de peinarse, i se volvió hácia su hermano.

— Estás *charmante*, la dijo Agustin, que aunque no habia aprendido mui bien el frances en su viaje a Europa, usaba gran profusion de galicismos i palabras sueltas de aquel idioma para hacer creer que lo conocia perfectamente.

— Pero tengo que vestirme, replicó Leonor.

— Es decir que me despides : bueno, me voi. *Un baiser, ma chérie*, añadió acercándose a la

niña i besándola en la frente. Luego, al tiempo de tomar la puerta, volvióse de nuevo hácia Leonor :

— De modo que desprecias a ese pobre Clemente.

— I ¿qué hacerle ? contestó con finjida tristeza la niña.

— Mira, trescientos mil pesos, no te olvides. Podrias irte a Paris i volver aquí a ser la reina de la moda. Yo te doi *ma parole d'honneur* que harias de Clemente *cire et pabile*, dijo, queriendo afrancesar una espresion vulgar con que pintamos al individuo obediente, sobre todo en amores.

Leonor, que conocia el frances mejor que su hermano, se rió a carcajadas de la fatuidad con que Agustin habia dicho su disparate al cerrar la puerta, i se entregó de nuevo a su tocador.

Los dos jóvenes que Agustin habia nombrado, se distinguian entre los mas asíduos pretendientes de la hija de don Dámaso Encina; pero la voz de la chismografía social no designaba hasta entónces cual de los dos se hubiera conquistado la preferencia de Leonor.

Como hemos visto, los títulos con que cada uno de ellos se presentaba en la arena de la galanteria, eran diversos.

Clemente Valencia era un jóven de veintiocho años, de figura ordinaria, a pesar del lujo que ostentaba en su traje gracias a los trescientos mil

pesos que tanto recomendaba Agustin a su hermana. Por aquel tiempo, es decir en 1850, los solteros elegantes no habian adoptado aun la moda de presentarse en la Alameda en *coupés* o *calèches* como acontece en el dia. Contentábanse, los que aspiraban al titulo de *leones*, con un cabriolé mas o menos elegante, que hacian tirar por postillones a la Daumont en los dias del Dieziocho i grandes festividades. Clemente Valencia habia encargado uno a Europa, que le servia de pedestal para mostrar al vulgo su grandeza pecuniaria; que llamaba la atencion de las niñas, i despertaba la critica de los viejos, los que miran con desprecio todo gasto supérfluo, desde algun sofá predilecto, donde forman sus diarios corrillos en el paseo de las Delicias. Mas, Clemente se cuidaba mui poco de aquella critica i lograba su objeto de l'amar la atencion de las mujeres, que, al contrario de aquellos respetables varones, rara vez consideran como inútiles los gastos de ostentacion. — Asi es que el jóven capitalista era recibido en todas partes con el acatamiento que se debe al dinero, el ídolo del dia. Las madres le ofrecian la mejor poltrona en sus salones; las hijas le mostraban gustosas el hermoso esmalte de sus dientes, i tenían para él ciertas miradas lánguidas, patrimonio de los elejidos; al paso que los padres le consultaban con deferencia sus negocios i tomaban su voto en consideracion, como

el de un hombre que en caso necesario puede prestar su fianza para una especulacion importante.

Emilio Mendoza, el segundo galan nombrado por Agustín Encina en la conversacion que precede, brillaba por la belleza que faltaba a Clemente i carecia de lo que a éste servia de pasaporte en los mas aristocráticos salones de la capital. Era buen mozo i pobre. Empero, esta pobreza no le impedia presentarse con elegancia entre los *leones*, bien que sus recursos no le permitian el uso del cabriolé en que su rival paseaba en la Alameda su satisfecho individuo. Emilio pertenecia a una de esas familias que han descubierto en la política una lucrativa especulacion i, plegándose desde temprano a los gobiernos, habia gozado siempre de buenos sueldos en varios empleos públicos. En aquella época, ocupaba un puesto con tres mil pesos de sueldo, mediante lo cual podia ostentar en su camisa, joyas i bordados de valor que apénas eclipsaba su poderoso adversario.

Ambos, ademas de su amor por la hija de don Dámaso, eran impulsados por la misma ambicion. Clemente Valencia queria aumentar su caudal con la herencia probable de Leonor; i Emilio Mendoza sabia que casándose con ella, ademas de la herencia que vendria mas tarde, la proteccion de don Dámaso le seria de inmensa utilidad en su carrera política.

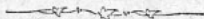
Entre estos dos jóvenes habia por consiguiente dos puntos importantes de rivalidad : conquistar el corazon de la niña i ganarse las simpatías del padre. Lo primero i lo segundo eran dos graves escollos que presentaban seria resistencia por la índole de Leonor i el carácter de don Dámaso. Este fluctuaba entre el ministerio i la oposicion a merced de los consejos de los amigos i de los editoriales de la prensa de ámbos partidos ; i Leonor, segun la opinion jeneral, tenia tan alta idea de su belleza, que no encontraba ningun hombre digno de su corazon ni de su mano. Miéntras que don Dámaso, preocupado del deseo de ser Senador se inclinaba del lado en que creia ver el triunfo, su hija daba i quitaba a cada uno de ellos las esperanzas con que en la noche anterior se habian mecido al dormirse.

Así es que Clemente Valencia, opositor por relaciones de familia mas bien que por convicciones, de las cuales carecia, encontraba a don Dámaso enteramente convertido a las ideas conservadoras, al dia siguiente de haberse despedido, de acuerdo con él sobre las faltas del gobierno i la necesidad de atacarlo. Así tambien hallaba la sonrisa en los lábios de Leonor, cuando se acercaba a ella casi persuadido de que Emilio Mendoza habia triunfado en su corazon.

Igual cosa acontecia a su rival, que trabajaba para hacer divisar a don Dámaso el sillón de Sena-

dor únicamente en la ciega adhesión a la autoridad, i sufría los desdenes de la hija cuando ya se creía seguro de su amor.

Tales eran los encontrados intereses que se disputaban la victoria en casa de don Dámaso Encina.



IV

Entregado a profunda meditacion se hallaba Martin Rivas , despues de arreglar su reducido equipaje en los altos que debia a la hospitalidad de don Dámaso. Al encontrarse en la capital, de la que tanto habia oido hablar en Copiapó ; al verse separado de su familia que divisaba en el luto i la pobreza ; al pensar en la acaudalada familia en cuyo seno se veia admitido tan repentinamente, disputábanse el paso sus ideas en su imaginacion, i tan pronto se oprimia de dolor su pecho con el recuerdo de las lágrimas de los que habia dejado, como palpitaba a la idea de presentarse ante jentes ricas i acostumbradas a las grandezas del lujo, con su modesto traje i sus maneras encojidas por el temor i la pobreza. En ese momento habian desaparecido para él hasta las esperanzas que acompañan a las almas jóvenes en sus continuas peregrina-

naciones al porvenir. Sabia, por el criado, que la casa era de las mas lujosas de Santiago; que en la familia habia una niña i un jóven, tipos de gracia i de elegancia; i pensaba que él, pobre provinciano, tendria que sentarse al lado de esas personas acostumbradas al refinamiento de la riqueza. Esta perspectiva heria el nativo orgullo de su corazon, i le hacia perder de vista el juramento que hiciera al llegar a Santiago i las promesas de la esperanza que su voluntad se proponia realizar.

A las cuatro i media de la tarde, un criado se presentó ante el jóven i le anunció que su patron le esperaba en la *cuadra*.

Martin se miró maquinalmente en un espejo que habia sobre un lavatorio de caoba, i se encontró pálido i feo; pero ántes que su pueril desaliento le abatiese el espíritu, su enerjía le despertó como avergonzado i la voluntad le habló el lenguaje de la razon.

Al entrar en la pieza en que se hallaba la familia, la palidez que le habia entristecido un momento ántes, desapareció bajo el mas vivo encarnado.

Don Dámaso le presentó a su mujer i a Leonor, que le hicieron un lijero saludo. En ese momento entró Agustin, a quien su padre presentó tambien al jóven Rivas, que recibió del elegante una pequeña inclinacion de cabeza. Esta fria acogida bastó para desconcertar je provinciano, que permanecia

de pié, sin saber cómo colocar sus brazos, ni encontrar una actitud parecida a la de Agutsin, que pasaba sus manos entre su perfumada cabellera. La voz de don Dámaso, que le ofrecia un asiento, le sacó de la tortura en que se hallaba, i mirando al suelo, tomó una silla distante del grupo que formaban doña Engracia, Leonor i Agustin, que se habia puesto a hablar de su paseo a caballo i de las excelentes cualidades del animal en que cabalgaba.

Martin envidiaba de todo corazon aquella insípida locuacidad, mezclada con palabras francesas i vulgares observaciones, dichas con ridícula afectacion. Admiraba ademas al mismo tiempo, la riqueza de los muebles, desconocida para él hasta entónces; la profusion de los dorados, la majestad de las cortinas que pendian delante de las ventanas, i la variedad de objetos que cubrian las mesas de arrimo. Su inesperienza le hizo considerar cuanto veía como los atributos de la grandeza i de la superioridad verdaderas, i despertó en su naturaleza entusiasta, esa aspiracion hácia el lujo, que parece sobre todo el patrimonio de la juventud.

Al principio, Martin hizo aquellas observaciones levantando los ojos a hurtadillas, pues sin conciencia de la timidez que le dominaba, cedia a su poder repentino, sin ocurrírsele combatirlo, como acababa de hacer al bajar de su habitacion.

Don Dámaso, que era hablador, le dirigió la palabra para informarse de las minas de Copiapó. Martin vió, al contestar, dirigidos hácia él los ojos de la señora i sus hijos. I esta circunstancia, léjos de aumentar su turbacion, pareció infundirle una seguridad i aplomo repentinos, porque contestó con acierto i voz entera, fijando con tranquilidad su vista en las personas que le observaban como a un objeto curioso.

Miéntas hablaba, volvía también la serenidad a su espíritu, gracias a los esfuerzos de su voluntad naturalmente inclinada a luchar con las dificultades. I pudo, solo entónces, observar a las personas que le escuchaban.

En el rincón mas oscuro de la pieza, divisó a doña Engracia, que se colocaba siempre en el punto ménos alumbrado para evitar la sofocación. Esta señora tenía en sus faldas una perrita blanca de largo i rizado pelo, por el cual se veía que acababa de pasar un peine, tal era lo vaporoso de sus rizos. La perrita levantaba la cabeza de cuando en cuando, i fijaba sus luminosos ojos en Martin con un ligero gruñido, al que contestaba cada vez doña Engracia diciéndole por lo bajo:

—¡Diamela! Diamela!

I acompañaba esta amonestación con lijeros golpes de cariño, parecidos a los que se dán a un niño regañon despues que ha hecho alguna *gracia*.

Pero Martin se fijó mui poco en la señora i en las señales de descontento de Diamela, i dejó tambien de admirar las pretensiosas maneras del elegante para detener con avidez la vista sobre Leonor. La belleza de esta niña produjo en su alma una admiracion indecible. Lo que experimenta un viajero contemplando la catarata del Niágara, o un artista delante del grandioso cuadro de Rafael «La transfiguracion» dará, bien esplicado, una idea de las sensaciones súbitas i estrañas que surjieron del alma de Martin en presencia de la belleza sublime de Leonor. Ella vestía una bata blanca con el cinturón suelto como el de las elegantes romanas, sobre un delantal bordado, en cuya parte baja, llena de calados primorosos, se veía la franja de *valenciennes* de una riquísima enagua. El corpiño, que hacia un pequeño ángulo de descote, dejaba ver una garganta de puros contornos i hacia sospechar la majestuosa perfeccion de su seno. Aquel traje, sencillo en apariencia, i de gran valor en realidad, parecia realizar una cosa imposible; la de aumentar la hermosura de Leonor, sobre la cual fijó Martin con tan distraida obstinacion la vista, que la niña volvió hácia otro lado la suya, con una lijera señal de impaciencia.

Un criado se presentó anunciando que la comida estaba en la mesa, cuando Agustin estaba haciendo una descripcion del *Boulevard* de Paris a su madre,

al mismo tiempo que don Dámaso, que en aquel día se inclinaba a la oposicion, ponía en práctica sus principios republicanos, tratando a Martin con familiaridad i atencion.

Agustin ofreció el brazo izquierdo a su madre tratando de agarrar a Diamela con la mano derecha.

—¡Cuidado, cuidado, niño! exclamó la señora al ver la poca reverencia con que su primojénito trataba a su perra favorita; vas a lastimarla.

—No lo crea mamá, contestó el elegante. Como la había de *hacer mal* cuando encuentro esta perrita *charmante*.

Don Dámaso ofreció su brazo a Leonor, i volviéndose hácia Martin:

—Vamos a comer, amigo, le dijo, siguiendo tras de su esposa i de su hijo.

Aquella palabra, «amigo» con que don Dámaso le convidaba, manifestó a Martin la inmensa distancia que había entre él i la familia de su huésped. Un nuevo desaliento se apoderó de su corazon al dirigirse al comedor en tan humilde figura, cuando veía al elegante Agustin asentar su charolada bota sobre la alfombra con tan arrogante donaire, i la erguida frente de Leonor resplandecer con todo el orgullo de la hermosura i de la riqueza.

Mientras tomaban la sopa solo se oyó la voz de Agustin:

—En los *Frères provençaux* comia diariamente una sopa de tortuga deliciosa, decia, limpiándose el bozo que sombreaba su labio superior.

—¡Oh, el pan de Paris! añadía al romper uno de los llamados franceses entre nosotros, es un pan *divino, mirobolante*.

—¿I en cuánto tiempo aprendiste el frances? le preguntó doña Engracia, dando una cucharada de sopa a Diamela i mirando con orgullo a Martin, como para manifestarle la superioridad de su hijo.

Mas, sea que con este movimiento no pusiera bien la cuchara en el querido hocico de Diamela, sea que la temperatura elevada de la sopa ofendiese sus delicados labios, la perra lanzó un ahullido que hizo dar un salto sobre su silla a doña Engracia; i su movimiento fué tan rápido, que echó a rodar por el mantel el plato que tenia por delante i el líquido que contenia.

—¡No ves! no ves! ¿qué es lo que te digo? Eso sale por traer perros a la mesa, exclamó don Dámaso.

—Probrecita de mi alma, decia sin escucharle doña Engracia, dando tan fuertes apretones de ternura a Diamela, que ésta ahullaba desesperada.

—Vamos, cállate, *polissonne*, dijo Agustin a la perra, que, viéndose un instante libre de los abrazos de la señora se calló repentinamente.

Doña Engracia alzó los ojos al cielo como admirando el poder del criador i bajándolos sobre su marido, dijole con acento de ternura:

—¡Mira, hijo, ya entiende frances esta monada!

—Oh, el perro es un animal lleno de intelijencia, exclamó Agustin; en Paris los llamaba en español i me seguian cuando les mostraba un pedazo de pan.

Un nuevo plato de sopa hizo cesar el descontento de Diamela i dejó restablecerse el órden en la mesa.

—¿I qué dicen de política en el norte? preguntó a Martin el dueño de casa.

— Yo he vivido léjos de las poblaciones, señor, con la enfermedad de mi padre, contestó el jóven, de modo que ignoro el espíritu que allí reinaba.

—En Paris hai muchos colores políticos, dijo Agustin: los orleanistas, los de la *brancha* de los Borbones i los republicanos.

—¿La *brancha*? preguntó don Dámaso.

—Es decir, la rama de los Borbones, repuso Agustin.

—Pero en el norte todos son opositores, dijo Dámaso, dirijiéndose otra vez a Martin.

—Creo que es lo mas jeneral, respondió éste.

—La política *gata* los espíritus, observó sentenciosamente el primojénito de la familia.

—¡Cómo es eso de gato! preguntó su padre con admiracion.

—Quiero decir que vicia el espíritu, contestó el jóven.

—Sin embargo, repuso don Dámaso, todo ciudadano debe ocuparse de la cosa pública i los derechos de los pueblos son sagrados.

Don Dámaso, que, como dijimos, era opositor aquel dia, dijo con gran énfasis esta frase que acababa de leer en un diario liberal.

—Mamá, ¿qué *confitura* es esa? preguntó Agustín, señalando una dulcera, para cortar la conversacion de política que le fastidiaba.

—Í los derechos de los pueblos, continuó diciendo don Dámaso sin atender al descontento de su hijo, están consignados en el Evangelio.

—Son albaricoques, hijo, decia al mismo tiempo doña Engracia, contestando a la pregunta de Agustín.

—¡Cómo, albaricoques! exclamó don Dámaso, creyendo que su mujer calificaba con esta palabra los derechos de los pueblos.

—No, hijo; digo que aquel es dulce de albaricoques, contestó doña Engracia.

—*Confiture d'abricots*, dijo Agustín, con el énfasis de un predicador que cita un testo latino.

Durante este diálogo, Martín dirijia sus miradas a Leonor, la que aparentaba la mayor indiferencia sin tomar parte en la conversacion de su familia.

Terminada la comida, todos salieron del comedor en el orden en que habian entrado, i en el salon continuó cada cual con su tema favorito.

Agustin hablaba a su madre del café que tomaba en Tortoni despues de comer; don Dámaso recitaba a Martin, dándolas por suyas, las frases liberales que habia aprendido por la mañana en los periódicos, i Leonor hojeaba con distraccion un libro de grabados ingleses al lado de una mesa. A las siete, pudo Martin libertarse de los discursos republicanos de su huésped i retirarse del salon.



V.

Martin se sentó al lado de una mesa con el aire de un hombre cansado por una larga marcha. Las emociones de su llegada a Santiago, de la presentación en una familia rica, la impresion que le habia causado la elegancia de Agustin Encina, i la belleza sorprendente de Leonor, todo, pasando confusamente en su espíritu, como las incoherentes visiones de un sueño, le habian rendido de cansancio.

Aquella desdeñosa hermosura, que no se dignaba tomar parte en las conversaciones de la familia, le humillaba con su elegancia i su riqueza. ¿Era tan vulgar su intelijencia como la de sus padres i la de su hermano, i esta la causa de su silencio? Martin se hizo esta pregunta maquinalmente, i como para combatir la angustia que oprimia su pecho al con-

siderar la imposibilidad de llamar la atencion de una criatura como Leonor. Pensando en ella, entrevió por primera vez el amor, como se divisa a su edad: un paraíso de felicidad indefinida, ardiente como la esperanza de la juventud, dorado como los sueños de la poesía, esta inseparable compañera del corazon que ama o desea amar.

Un repentino recuerdo de su familia disipó por un instante sus tristes ideas, i sacó a su corazon del círculo de fuego en que principiaba a internarse. Tomó su sombrero i bajó a la calle. El deseo de conocer la poblacion, el movimiento de esta, le volvieron la tranquilidad. Además, deseaba comprar algunos libros i preguntó por una librería al primero que encontró al paso. Dirigiéndose por las indicaciones que acababa de recibir, Martin llegó a la plaza de Armas.

En 1850, la pila de la plaza no estaba rodeada de un hermoso jardin como en el dia, ni presentaba al transeunte que se detenía a mirarla mas asiento que su borde de losa, ocupado siempre en la noche por jente del pueblo. Entre estos se veían corrillos de oficiales de zapatería que ofrecían un par de botines o de botas a todo el que por allí pasaba a esas horas.

Martin, llevado de la curiosidad de ver la pila, se dirigió de la esquina de la calle de las Monjitas, en donde se había detenido a contemplar la plaza, por

el medio de ella. A llegar a la pila i cuando fijaba la vista en las dos figuras de mármol que la coronan, un hombre se acercó a él diciéndole:

—Un par de botines de charol, patron.

Estas palabras despertaron en su memoria el recuerdo del lustroso calzado de Agustin i sus recientes ideas, que le habian hecho salir de la casa. Pensó que con un par de botines de charol haría mejor figura en la elegante familia que le admitia en su seno: era jóven, i no se arredró, con esta consideracion, ante la escasez de su bolsillo. Detúvose mirando al hombre que le acababa de dirijir la palabra, i éste, que ya se retiraba, volvió al instante hácia él.

—A ver los botines, dijo Martin.

—Aquí están, patroncito, contestó el hombre, mostrándole el calzado, cuyos reflejos acabaron de acallar los escrúpulos del jóven.

—Vea, añadió el vendedor, tendiendo un pañuelo al borde de la pila, siéntese aquí i se los prueba.

Rivas se sentó lleno de confianza i se despojó de su tosco botin, tomando uno de los que el hombre le presentaba. Mas no fué pequeño su asombro, cuando al hacer esfuerzos pera entrar el pié, se vió rodeado de seis individuos, de los cuales, cada uno le ofrecia un par de calzado, hablándole todos a un tiempo. Martin, mas confuso que el capitan de la ronda, cuando se vé rodeado de los que en-

cuentra en casa de don Bartolo, en el Barbero de Sevilla, oía las distintas voces i forcejeaba en vano por entrar el botín.

—Vea, patron, estos le están mejor, le decia uno.

—Póngase estos, señor, vea qué trabajo: de lo fino no mas, añadía otro, colocándole un par de botines bajo las narices.

—Aquí tiene unos, *pa toa la via*, le murmuraba un tercero al oído.

I los demas hacian el elogio de su mercancía en parecidos términos, confundiendo al pobre mozo con tan estraña manera de vender.

El primer par fué desechado por estrecho, el segundo por ancho i por mui caro el tercero.

Entre tanto, el número de zapateros habia aumentado considerablemente en derredor del jóven, que, cansado de la porfiada insistencia de tanto vendedor reunido, se puso su viejo botín i se incorporó, diciendo que compraria en otra ocasion. En el instante vió tornarse en áspero lenguaje la oficiosidad con que un minuto habia le acosaban, i oyó al primero de los vendedores decirle :

—Si no tiene ganas de comprar, *pa qué* está embromando.

I a otro añadir, como por via de apéndice a lo de este:

—*Pal* caso, que tal vez ni tiene plata.

I luego a un tercero replicar:

—I como que tiene traza de *futre* pobre, hombre!

Martin, recién llegado a la capital, ignoraba la insolencia de sus compatriotas obreros de esta ciudad, i sintió el despecho apoderarse de su paciencia.

—Yo a nadie he insultado, dijo dirijiéndose al grupo, i no permitiré que me insulten tampoco.

—I porqué lo insultan, porque le dicen pobre: *noshotros* somos pobres tambien, contestó una voz.

—*Entonhes* le iremos *ques* rico, *pué!* dijo otro acercándose al jóven.

—I si es tan rico porqué no compró *pué*, añadió el primero que habia hablado, acercándosele aun mas que el anterior.

Rivas acabó con esto de perder la paciencia i empujó con tal fuerza al hombre, que este fué a caer al pié de sus compañeros.

—I dejais que te pegue un *futre*, le dijo uno.

—*Levantate hom*, no seais falso, dijo otro.

El zapatero se levantó con efecto, i arremetió al jóven con furia. Una riña de pujilato se trabó entónces entre ambos, con gran alegría de los otros, que aplaudian i animaban, elojando con imparcialidad los golpes que cada cual asestaba con felicidad a su adversario.

—Báscale fuerte en las narices, decia uno.

— Sácale chocolate al *futre*, agregaba otro.

— Pégale fuerte i feo, exclamaba un tercero.

De súbito se oyó una voz que hizo dispersarse el grupo, como por encanto, i dejar solos a los combatientes.

— *Alli* viene el *paco*, dijeron, corriendo dos o tres.

I fueron seguidos por los otros, al mismo tiempo que un policial tomó a Martin de un brazo i al zapatero de otro, diciéndoles:

— Los dos van *pa entro cortitos*.

Rivas volvió del aturdimiento que aquella riña le habia causado cuando sintió esta voz i vió el uniforme del que le detenia.

— Yo no he tenido la culpa de este pleito dijo, suélteme Ud.

— *Pa entro, pa entro, ande no mas*, contestó el policial. I principió a llamar con el pito.

En vano quiso Martin esplicarle el oríjen de lo acaecido: el policial nada oía i siguió llamando con su pito hasta que se presentó un cabo seguido de otro soldado. Con estos, su elocuencia fracasó del mismo modo. El cabo oyó impasible la relacion que se le hacia i solo contestó con la frase sacramental del cuerpo de seguridad urbana.

— Páselos *pa entro*.

Ante tan uniforme modo de discutir, Rivas conoció que era mejor resignarse i se dejó conducir con su adversario hasta el cuartel de policía.

Al llegar, esperó Martin que el oficial de guardia, ante quien fué presentado, hiciera mas racional justicia a su causa; pero éste oyó su relacion i dió la órden de hacerle entrar hasta la llegada del Mayor.



VI.

A la misma hora en que Martin Rivas era llevado preso, el salon de don Dámaso Encina resplandecía de luces que alumbraban a la diaria concurrencia de tertulianos.

En un sofá conversaba doña Engracia con una señora, hermana de don Dámaso i madre de una niña que ocupaba otro sofá con Leonor i el elegante Agustin. En un rincon de la pieza vecina rodeaban una mesa de malilla don Dámaso i tres caballeros de aspecto respetable i encanecidos cabellos. Al lado de la mesa se hallaba como observador el jóven Mendoza, uno de los adoradores de Leonor.

Doña Engracia conversaba con su cuñada doña Francisca Encina, sobre las habilidades de Diamela i sus progresos en la lengua de Vaugelas i de Vol-

taire, mientras que un hijo de doña Francisca, perteneciente a la categoría de los niños regalones, se divertía en tirar la cola i las orejas de la favorita de su tía.

La niña que conversaba con Leonor, formaba con ella un contraste notable por su fisonomía. Al ver su rubio cabello, su blanca tez i sus ojos azules, un extranjero habría creído que no podía pertenecer a la misma raza que la jóven algo morena i de negros cabellos que se hallaba a su lado, i mucho ménos que entre Leonor i su prima, Matilde Elias, existiese tan estrecho parentesco. La fisonomía de esta niña, revelaba además cierta languidez melancólica, que contrastaba con la orgullosa altivez de Leonor, i aunque la elegancia de su vestido no era ménos que la de ésta, la belleza de Matilde se veía apagada a primera vista al lado de la de su prima.

Las dos niñas tenían sus manos afectuosamente entrelazadas, cuando entró al salón Clemente Valencia.

—¡Ah! ya viene este hombre con sus cadenas de reloj i sus brillantes, que huelen a capitalista de mal gusto, dijo Leonor.

El jóven no se atrevió a quedarse al lado de las dos primas por el frío saludo con que la hija de don Dámaso contestó al suyo i fué a sentarse al lado de las mamás.

— Sabes que te corren casamiento con él, dijo Matilde a su prima.

— ¡Jesus! contestó esta ¿porque es rico?

— ¡ porque creen que tú le amas.

— Ni a él ni a nadie, replicó Leonor con acento desdeñoso.

— ¿A nadie? i a Mendoza? preguntó Matilde.

— La verdad, Matilde ¿tú has estado enamorada alguna vez? dijo Leonor mirando fijamente a su prima.

Esta se ruborizó en extremo i no contestó.

— Cuando te ibas a casar, ¿sentias por Adrianoese amor de que hablan las novelas? continuó su prima.

— No, contestó ésta.

— ¡ por Rafael San Luis.

Matilde volvió a ruborizarse sin contestar.

— Mira, nunca me habia atrevido a hacerte esta pregunta. Tú me dijiste hace tiempo que amabas a Rafael; luego te negaste a toda confidencia i despues te ví preparar tus vestidos de novia para casarte con Adriano. ¿A cuál de los dos amabas? A ver, cuéntame lo que ha sucedido. Ya hace mas de un año que murió tu novio i me parece que es bastante tiempo para que estés haciendo papel de viuda sin serlo i el de reservada con tu mejor amiga. ¿Me dices que no amabas a Adriano?

— No.

— Entónces, no habias olvidado a Rafael.

—¿Podía olvidarle? i puedo acaso ahora mismo? contestó Matilde, en cuyos párpados asomaron dos lágrimas, que ella trató de reprimir.

—¿I por qué le abandonaste entónces?

—Tú conoces la severidad de mi padre.

¡Ah! a mí no me obligaria nadie, exclamó Leonor con orgullo, i ménos amando a otro.

—Si no hubieras amado nunca, como sostienes, no dirias esto último, replicó Matilde.

—Es verdad; nunca he amado, a lo ménos, segun la idea que tengo del amor. A veces me ha gustado un jóven; pero nunca por mucho tiempo. Ese empeño con que los hombres exigen que se les corresponda, me fastidia. Encuentro en ello algo de la superioridad que pretenden tener sobre nosotras i esta idea hace replegarse mi corazon. Aun no he encontrado al hombre que tenga bastante altivez para despreciar el prestigio del dinero i bastante orgullo para no rendirse ante la belleza.

—Yo jámas me he hecho reflexiones sobre esto, dijo Matilde: amé a Rafael desde que le ví i le amo todavía.

—¿I has hablado con él, despues que la muerte de Adriano te dejó libre?

No, ni me atreveria a hablarle. No tuve fuerzas para desobedecer a mi padre i así tiene derecho para despreciarme. A veces le he encontrado en la calle: está pálido i buen mozo como siempre. Te

aseguro que me he sentido desfallecer a su vista, i él ha pasado sin mirarme, con esa frente altanera que lleva con tanta gracia.

Leonor oía con placer la exaltacion con que su prima hablaba de sus amores i pensaba que debia ser mui dulce para el alma ese culto entusiasta i poético que llena todo el corazon.

—De modo que crees que ya no te ama, dijo.

—Así lo creo, contestó Matilde, dando un suspiro.

—¡Pobre Matilde! Mira, yo quisiera amar como tú, aunque fuera sufriendo así.

—¡Ah tu no has sufrido! no lo desees.

—Yo preferiria mil veces ese tormento a la vida insípida que llevo. A veces he llorado, creyéndome inferior a las demas mujeres. Todas mis amigas tienen amores i yo nunca he pensado dos dias seguidos en el mismo hombre.

—Así serás feliz.

—¡Quien sabe! murmuró Leonor pensativa.

Un criado anunció que el té estaba pronto, i todos se dirijieron a una pieza contigua a la que ocupaban los jugadores de malilla.

Dijimos que estos eran tres con el dueño de casa. Los dos otros eran un amigo de don Dámaso llamado don Simon Arenal i el padre de Matilde don Fidel Elias. Estos últimos eran el tipo del hombre parásito en política, que vive siempre al

arrimo de la autoridad i no profesa mas credo politico que su conveniencia particular i una ciega adhesion a la gran palabra *orden* realizada en sus mas restrictivas consecuencias. La arena política de nuestro pais está empedrada con esta clase de personajes, como pretenden algunos que lo está el infierno con buenas intenciones, sin que intentemos por esto establecer un simil entre nuestra politica i el infierno, por mas que les encontremos muchos puntos de semejanza. Don Simon Arenal i don Fidel Elias aprobaban sin exámen todo golpe de autoridad, i calificaban con desdeñosos títulos de revolucionarios i demagogos a los que, sin estar constituidos en autoridad, se ocupan de la cosa pública. Hombres serios, ante todo, no aprobaban que la autoridad permitiese la existencia de la prensa de oposicion i llamaban a la opinion pública una majadería de «pipiolos», comprendiendo bajo este dictado a todo el que se atrevia a levantar la voz sin tener casa, ni hacienda, ni capitales a interes.

Estas opiniones autoritarias, que los dos amigos profesaban en virtud de su conveniencia, habian acarreado algunos disgustos domésticos a don Fidel Elias. Doña Francisca Encina, su mujer, habia leído algunos libros i pretendia pensar por sí sola, violando así los principios sociales de su marido, que miraba todo libro como inútil, cuando no como pernicioso. En su cualidad de letrada, doña Francisca era liberal

en política, i fomentaba esta tendencia en su hermano a quien don Fidel i don Simon no habian aun podido conquistar enteramente para el partido del orden, que algunos han llamado con cierta gracia, en tiempos posteriores, el partido de los *enerjistas*.

Sentados a la mesa del té todos estos personajes, la conversacion tomó distinto jiro en cada uno de los grupos que componian, segun sus gustos i edades.

Doña Engracia citaba a su cuñada la escena de la comida, para probar que Diamela entendia el frances, a lo cual contestaba doña Francisca citando algunos autores que hablaban de la habilidad de la raza canina.

Leonor i su prima formaban otro grupo con los jóvenes; i don Dámaso ocupaba la cabecera de la mesa con su amigo i su cuñado.

—Convéncete, Dámaso, decíale don Fidel, esta sociedad de la Igualdad es una pandilla de descamisados que quieren repartirse nuestras fortunas.

—I sobre todo, decia don Simon, a quien el gobierno nombraba siempre para diversas comisiones, los que hacen oposicion es porque quieren empleo.

—Pero hombre, replicaba don Dámaso ¿i las escuelas que funda esa sociedad para educar al pueblo?

—¡Que pueblo, ni que pueblo! contestaba don Fidel. Es el peor mal que pueden hacer estar en-

señando a ser caballeros a esa pandilla de rotos.

—*Si yo fuese gobierno*, dijo don Simon, no los dejaba reunirse nunca. ¿A dónde vamos a parar con que todos se metan en política?

—¡Pero, si son tan ciudadanos como nosotros! replicó don Dámaso.

—Sí; pero ciudadanos sin un centavo, ciudadanos hambrientos, repuso don Fidel.

—I entonces para qué estamos en República, dijo doña Francisca, mezclándose en la conversacion.

—Ojalá no lo estuviéramos, contestó su marido.

—¡Jesus! exclamó escandalizada la señora.

—Mira, hija, las mujeres no deben hablar de política, dijo sentenciosamente don Fidel.

Esta máxima fué aprobada por el grave don Simon, que hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—A las mujeres, las flores i la *tualeta*, querida tia, la dijo Agustin que oyó la máxima de don Fidel.

—Este niño ha vuelto mas tonto de Europa, murmuró picada la literata.

—En dias pasados, dijo don Simon a don Dámaso, un ministro me hablaba de Ud., preguntándome si era opositor.

—¡Yo opositor! exclamó don Dámaso, nunca lo he sido: yo soi independiente.

—Era para darle, segun creo, una comision.

Don Dámaso se quedó pensativo, arrepintiéndose de su respuesta.

—¿I qué comision era? preguntó.

—No recuerdo ahora, contestó don Simon: Ud. sabe que el gobierno busca la jente de valer para ocuparla i.....

—I tiene razon, dijo don Dámaso: es el modo de establecer la autoridad.

—Mira, Leonor; ya están conquistando a tu papá, dijo doña Francisca.

—No, a mi no me conquistan, hija, replicó don Dámaso: siempre he dicho que los gobiernos deben emplear jente conocida.

—Yo no pierdo la esperanza de verte de Senador, dijo don Fidel.

—No aspiro a eso, repuso don Dámaso; pero si los pueblos me eligen.....

—Aquí los que elijen son los gobiernos, observó doña Francisca.

—I así debe ser, replicó don Fidel: de otro modo no se podría gobernar.

—Para gobernar así, mejor sería que nos dejaran en paz, dijo doña Francisca.

—Pero mujer, replicó su marido; ya te he dicho que ustedes no deben ocuparse de política.

Don Simon aprobó por segunda vez, i doña Francisca se volvió con desesperacion hácia su cuñada.

Después del té, la tertulia volvió al salón, donde siguieron la conversación política los papáes i los jóvenes rodearon a Leonor que se sentó al lado de una mesa. Sobre ésta se veía un hermoso libro con tapas incrustadas de nácar.

—Mira, Leonor, la dijo su hermano, ya te han *aportado* tu album, que me dijiste habías prestado.

—¿No lo tenía Ud? preguntó Leonor con indiferencia a Emilio Mendoza.

—Lo he traído esta noche, señorita, como había prometido a Ud.

—¿Lo llevó Ud. para ponerle versos? preguntó Clemente Valencia a su rival: yo nunca he podido aguantar los versos, añadió el capitalista haciendo sonar la cadena de su reloj.

—Ni *moi* tampoco, dijo el elegante Augustin.

—A ver el album, dijo doña Francisca abriendo el libro.

—Tía; si son *morsoes* literarios, exclamó Augustin, mejor sería que *hiciesen un poco de musica*.

—Lea mamá, dijo Matilde : hai mayoría por lo que mi primo llama *morsoes* literarios.

Doña Francisca abrió en una página.

—Aquí hai unos versos, dijo, i son del señor Mendoza.

—Tú haces versos, querido? le dijo Augustin, ¿qué estás enamorado?

Emilio se puso colorado, i lanzó una mirada a Leonor que pareció no haberla visto.

—Es una composicion corta, dijo doña Francisca, que ardia en deseos de que la oyesen leer.

—*Parta* pues, tia, la dijo Agustin.

Doña Francisca, con voz afectada i acento sentimental, leyó :

A LOS OJOS DE.....

Mas dulces habeis de ser
Si me volveis a mirar,
Porque es malicia a mi ver
Siendo fuente de placer,
Causarme tanto pesar.

De seso me tiene ajeno,
El que en suerte tan cruel
Sea ese mirar sereno
Solo para mi veneno,
Siendo para todos miel.

Si amando os puedo ofender,
Venganza podeis tomar,
Pues es fuerza os haga ver
Que, o no os dejo de querer,
O me acabais de matar.

Si es la venganza medida
Por mi amor, a tal rigor
El alma siento rendida;
Porque es mui poco una vida,
Para vengar tanto amor.

Emilio Mendoza.

Al concluir esta lectura Emilio Mendoza dirijió una lánguida mirada a Leonor como diciéndola:

—Ud. es la diosa de mi inspiracion.

—¿En cuánto tiempo ha hecho Ud. estos versos? le dijo doña Francisca.

—Esta mañana los he concluido, contestó Mendoza, con afectada modestia, cuidándose mui bien de decir que solo habia tenido el trabajo de copiarlos de una composicion del poeta español Campoamor, entónces poco conocido en Chile.

—Aquí hai algo en prosa, dijo doña Francisca:

«La humanidad camina hácia el progreso, jirando en un círculo que se llama amor i que tiene por centro el ángel que apellidan mujer.»

—¡Qué lindo pensamiento! dijo con aire vaporoso doña Francisca.

—Sí, para el que lo entienda, replicó Clemente Valencia.

Continuó por algun tiempo doña Francisca hojeando el libro en cuyas pájinas, llenas de frases

vacías o de estrofas que concluían pidiendo un poco de amor a la dueña del album, ella se detenía con entusiasmo.

—Si dejan a mi tía con el libro, es capaz de trasnochar, dijo Agustín a su amigo Valencia.

Don Fidel dió la señal de retirada, tomando su sombrero.²

—¿Sabes que Dámaso me ha dado a entender que le gustaría que su hijo se aficionase a Matilde? dijo a doña Francisca cuando estuvieron en la calle. Agustín es un magnífico partido.

—Es un muchacho tan insignificante, contestó doña Francisca, recordando la poca afición de su sobrino a la poesía.

—¿Cómo? insignificante i su padre tiene cerca de un millón de pesos! replicó con calor el marido.

Doña Francisca no contestó a la positivista opinión de su esposo.

—Un casamiento entre Matilde i Agustín, sería para nosotros una gran felicidad, prosiguió don Fidel. Figúrate, hija, que el año entrante termina el arriendo que tengo del *Roble*, i que su dueño no quiere prorogarme este arriendo.

—Hasta ahora, la tal hacienda del *Roble* no te ha dado mucho, dijo doña Francisca.

—Esta no es la cuestión, replicó don Fidel, yo me pongo en el caso que termine el arriendo. Casando a Matilde con Agustín, además que

aseguramos la suerte de nuestra hija, Dámaso no me negará su fianza, como ya lo ha hecho, para cualquier negocio.

—En fin, tú sabrás lo que haces, contestó con enfado la señora, indignada del prosaico cálculo de su marido.

Lo restante del camino lo hicieron en silencio hasta llegar a la casa que habitaban.

Volveremos nosotros a don Dámaso i a su familia que quedaron solos en el salon.

—I nuestro alojado ¿qué se habrá hecho? preguntó el caballero.

Un criado, a quien se llamó para hacer esta pregunta, contestó que no habia llegado aun.

—No será mucho que se haya perdido, dijo don Dámaso.

—¡En Santiago! exclamó Agustin con admiracion: en Paris sí que es fácil *egarse*.

—He pensado, dijo don Dámaso a su mujer, que Martin puede servirme mucho, porque necesito una persona que lleve mis libros.

—Parece un buen jovencito i me gusta porque no fuma, respondió doña Engracia.

Martin, con efecto, habia dicho que no fumaba cuando, despues de comer, don Dámaso le ofreció un cigarro, en un raptó de republicanismo. Mas, al despedirse, sus amigos le dejaban medio curado ya de sus impulsos igualitarios con la noticia de que

un Ministro se habia ocupado de él para encomendarle una comision.

—Despues de todo, pensaba al acostarse don Dámaso ¡estos liberales son tan exajerados!



VII.

En vano protestó Martin Rivas contra la arbitrariedad que en su persona se cometia, solicitando su libertad i prometiendo volver al dia siguiente para ser juzgado. El oficial de guardia sostuvo la primera órden que habia impartido, con la inflexibilidad de los granaderos de Napoleon el Grande, que morian antes que rendirse.

Rivas, cansado de protestar i de rogar, se resignó por fin a esperar con paciencia la llegada del Mayor, entregándose a las tristes reflexiones que su estraña situacion le sugería.

Ante todo pensó en la esplicacion que tendria que dar al dia siguiente a la familia de Don Dámaso, en caso que no pudiese obtener su libertad hasta entónces. Veia de antemano con vergüenza, la or-

gullosa mirada de Leonor, la risa insultante de Agustin i la humilladora compasion de los padres. A su juicio era Leonor la causa de su desagradable aventura. Su memoria le trazó la bella imájen de aquella niña, que era imposible mirar sin emocion, i una tristeza profunda nació en su espíritu al considerar el desden con que ella escucharia la relacion de su desgracia. En aquellos momentos, el pobre mozo maldijo su destino, i su corazon desesperado pidió cuenta al cielo de la pobreza de algunos i de la riqueza de otros. Solo entónces pensaba en las desigualdades injustas de la suerte i nacia en su corazon un vago encono contra los favorecidos de la fortuna.

—Si Leonor me perdonase lo ridículo del trance en que me hallo, pensaba Martin, lo demas me importaria mui poco i yo sabria castigar la insolencia del que se atreviese a reirse.

Esta sola reflexion manifestaba que Rivas, por mas que hubiese querido huir de la profunda impresion que la vista de Leonor le habia dejado en al alma, solo habia conseguido pensar en ella.

—¿Me despreciará? pensaba con amarga tristeza.

A veces le ocurría la idea de regresar a Copiapó con los cortos recursos de que disponia i consagrarse allí a trabajar para su familia; mas, pronto su enérgica voluntad le hacia avergonzarse de querer

quebrantar su juramento por el vano temor de verse despreciado de una mujer que solo habia visto una vez.

El Mayor llegó a las doce de la noche i concedió audiencia a Martin. Despues de la relacion que éste hizo del suceso, el Jefe vió que las palabras del jóven hablaban mas en su favor que la pobreza de su traje, i dió orden de ponerle en libertad.

Martin llegó a las doce i media a casa de su protector i encontró cerrada la puerta. Dió algunos lijeros golpes que nadie, al parecer, oyó en el interior de la casa i se retiró sin atreverse a hacer otra tentativa para entrar. Armóse de paciencia i se resolvió a pasar la noche recorriendo las calles sin alejarse mucho de casa de don Dámaso.

Santiago era entónces una ciudad silenciosa desde temprano; así fué que Rivas no tuvo mas espectáculo durante sus correrias, que las fachadas de las casas i los serenos que roncaban en cada esquina, velando por la seguridad de la poblacion.

Al dia siguiente pudo Martin entrar a la casa cuando se abria la puerta para dar paso al criado que iba a la plaza. Este le miró con una sonrisa burlona, que sirvió de precursor al jóven para saborear de antemano la humillacion en que se encontraria pronto ante la familia de don Dámaso.

Poco ántes de la hora de almorzar bajó al patio,

resuelto a arrostrar la vergüenza de su situación, ántes que dejar el campo libre a las suposiciones de su huésped i de sus hijos.

Don Dámaso vió a Martin que se dirigia a su escritorio i le abrió la puerta.

—¿Cómo se ha pasado la noche, Martin? preguntó contestando el saludo del jóven.

—Mui desgraciadamente, señor, contestó éste.

—¡Cómo! no ha dormido Ud. bien.

—He pasado en la calle la mayor parte.

Don Dámaso abrió tamaños ojos.

—¡En la calle! ¿I dónde estuvo Ud. hasta las doce, hora en que se cerró la puerta.

—Estuve preso en el cuartel de policía.

Martin refirió entónces circunstanciadamente su aventura. Al terminar vió que su protector hacia visibles esfuerzos para contener la risa.

—Siento en el alma lo que le ha sucedido, dijo don Dámaso, apelando a toda su seriedad, i para olvidar este desagradable suceso hablaré a Ud. de un proyecto que tengo relativo a su persona.

—Estoi a sus órdenes, contestó el jóven, sin atreverse a exigir el secreto a don Dámaso sobre su aventura.

—Dispondrá Ud. de muchas horas desocupadas en el dia despues de atender a sus estudios, dijo el caballero, i desearia saber si Ud. tiene inconveniente en ocuparse de mi correspondencia i de al-

gunos libros que llevo para el arréglo de mis negocios. Yo daré a Ud. por este servicio treinta pesos al mes i me alegraré mucho de que Ud. acepte mi proposicion: será Ud. como mi secretario.

—Señor, contestó Martin, acepto la ocasion que Ud. me presenta de corresponder en algo a la bondad con que Ud. me trata i llevaré gustoso sus libros i correspondencia; pero me permitirá no hacer igual aceptacion del sueldo con que Ud. quiere retribuir tan lijero servicio.

—Pero hombre, Ud. es pobre, Martin, i así podría Ud. disponer de cincuenta pesos.

—Quiero mas bien disponer del aprecio de Ud., contestó Rivas con un acento de dignidad que hizo sentir a don Dámaso cierto respeto por aquel pobre provinciano, que rechazaba un sueldo que muchos en su lugar habrian codiciado.

Martin se impuso de lo que tendria que hacer en el escritorio de don Dámaso i éste, miéntras recorria algunos papeles, pensaba, a pesar suyo, en la conducta de su protegido. Para ciertos hombres, un rasgo que revela desprendimiento del dinero es el colmo de la magnanimidad. Por manera que don Dámaso admiró como un verdadero heroismo las palabras de Martin. El culto del oro ha tenido siempre tan numerosos prosélitos, que una escepcion parece increíble, sobre todo en los años que

alcanzamos. Al mismo tiempo que su admiracion i tal vez como la única manera de esplicársela, se ocurrió a don Dámaso la idea de que Rivas tenia sus puntillas de lo que los hombres positivos llaman quijotismo i, preocupado como estaba de pensamientos políticos, pensó en que aquel jóven seria mui fácil de arrastrar por las que, desde su conversacion de la noche precedente, juzgaba vanas palabras de libertad i de fraternidad.

—Vea Ud., Martin, dijo, despues de algunos instantes de reflexion, Santiago está ahora, lleno de jentes que solo se ocupan de política. Si Ud. me permite un consejo, le diré que tenga mucho cuidado con esos pretendidos liberales. Siempre están abajo, nunca contentos i jamás han hecho nada de bueno: acá para entre nosotros, creo que un hombre, para pererse completamente, no tiene mas que hacerse liberal. En Chile, a lo ménos, creo mui difícil que suban.

La franqueza de estas palabras dió a conocer a Martin los principios políticos que constituian la profesion de fé con que don Dámaso aspiraba a ocupar un puesto en el Senado de República. Alejado del trato social i entregado únicamente a sus estudios, Rivas ignoraba que aquella profesion era la que íntimamente cultivaban la mayor parte de los políticos de su patria. Su juicio recto i su noble orgullo de jóven le hicieron concebir mui triste

idea de su protector, como personaje político. En este juicio tenia mas parte su instinto que su criterio, porque Martin no habia pensado jamás con detencion en las cuestiones que ajitan a la humanidad como una fiebre, que solo calmará cuando su naturaleza respire en la esfera normal de su existencia que es la libertad.

Poco ántes de almorzar, don Dámaso refirió a su mujer i a sus hijos, los percances ocurridos a Rivas.

—¿De modo que ese pobre muchacho no ha dormido en toda la noche? dijo doña Engracia, acariciando a Diamela.

—Es decir, mamá, dijo Agustin, que ha pasado la noche *a la belle étoile*. Es una aventura deliciosa.

—Pero oigan ustedes, repuso don Dámaso; ese muchacho que vá a comprar botines a la plaza i que solo tiene veinte pesos al mes para todos sus gastos, ha rehusado esta mañana un sueldo de treinta pesos que le ofreci porque me sirviera de secretario.

—Ah, ah, exclamó atusándose su bozo Agustin, *es a decir que quiere hacer el fiero*.

—¿No quiere servirte de secretario? preguntó doña Engracia.

—Sí, sí: acepta el puesto; pero no admite el sueldo.

Leonor miró a su padre como si solo entónce oyese la conversacion i Agustin reclinándose en un sofá:

—Es para que le perdonen lo de los botines, dijo, contemplando con satisfaccion sus elegantes chinelas de taco rojo i su pantalon de mañana.

En aquel instante entró Martin, a quien habian llamado a almorzar.

—Amigo Martin ¿con que se duerme mal en Santiago? le dijo Agustin saludándole.

Martin se puso encarnado, miéntras que don Dámaso hacia señales a su hijo de callarse.

—Es cierto, contestó Rivas, tratando de aceptar la broma lo mejor que pudo.

—Pero hombre, replicó el elegante ¡ir a buscar calzado a la plaza! ¿por qué no me lo dijo Ud. i le habria indicado un botero francés.

—¿Qué quiere Ud?, contestó Martin con orgullo, soi provinciano i pobre. Lo primero esplica mi aventura i lo segundo que un botero francés seria tal vez mui caro para mí.

—Tú nunca nos has referido las torpezas que cometiste por ignorancia al llegar a Paris, dijo Leonor a su hermano, i por eso criticas al señor con tanta facilidad.

Estas palabras las dijo Leonor con aire risueño, para disimular la acritud que envolvian i sin mirar a Martin.

Rivas conoció que debía dar las gracias a la niña por la defensa que acababa de hacer de su causa, pero su turbación no le dejó decir una sola palabra.

Entre tanto Agustín, que conocía la superioridad de su hermana, no halló tampoco nada que contestar, i disimuló su derrota, haciendo un cariño a Diamela que su madre tenía ya en sus faldas.

—He contado su aventura a mi familia, dijo don Dámaso, para explicar la ausencia de Ud. anoche.

—I ha hecho Ud. muy bien, señor, respondió Martín, que había recobrado su serenidad con las palabras de Leonor. Espero que estas señoritas, añadió, me perdonarán mi involuntaria falta.

—Cómo no, caballero, le dijo doña Engracia, es un contratiempo que puede suceder a cualquiera.

—Ciertamente a cualquiera, repitió Agustín, viendo que todos tomaban el partido de Rivas: lo que yo decía a Ud. era una *plesanteria sin consecuencia*.

Leonor había aprobado con la cabeza las palabras de su madre, i Martín recibió esta pequeña señal como la absolución del ridículo que el origen de su aventura arrojaba sobre su persona.

Después de almorzar, se informó de la situación del Instituto Nacional i de los pasos que debía dar para incorporarse a la clase de práctica forense en la sección Universitaria.

Practicadas todas sus diligencias regresó a casa de don Dámaso i se puso a trabajar en el escritorio de éste, repitiéndose para sí:

—Ella no me desprecia.

Esta idea levantaba el enorme peso que oprimia a su corazon i le mostraba de nuevo la felicidad en los horizontes lejanos de la esperanza.



VIII.

Desde el día siguiente principió Martin sus tareas con el empeño del jóven que vive convencido de que el estudio es la única base de un porvenir feliz, cuando la suerte le ha negado la riqueza.

El pobre i anticuado traje provinciano llamó desde el primer día la atencion de sus condiscipulos, la mayor parte jóvenes elegantes, que llegaban a la clase con los recuerdos de un baile de la víspera o las emociones de una visita, mucho mas frescos en la memoria que los preceptos de las siete Partidas o del Prontuario de los Juicios. Martin se encontró por esta causa aislado de todos. Entre nuestra juventud, el hombre que no principia a mostrar su superioridad por la elegancia del traje, tiene que luchar con mucha indiferencia, i acaso con un poco de desprecio, ántes de conquis-

tarse las simpatías de los demas. Todos miraron a Rivas como a un pobre diablo que no merecia mas atencion que su raida catadura i se guardaron bien de tenderle una mano amiga. Martin conoció lo que podria mui propiamente llamarse el orgullo de la ropa i se mantuvo digno en su aislamiento, sin mas satisfaccion que la de manifestar sus buenas aptitudes para el estudio cada vez que la ocasion se le presentaba.

Una circunstancia habia llamado su atencion, i era la ausencia de un individuo a quien los demas nombraban con frecuencia.

—¿Rafael San Luis, no ha venido? oía preguntar casi todos los dias.

I sobre la respuesta negativa, oía tambien variados comentarios sobre la ausencia del que llevaba aquel nombre i que, a juzgar por la insistencia con que se recordaba, debia ejercer cierta superioridad entre los otros que así se ocupaban de él.

Dos meses despues de su incorporacion a la clase, notó Martin la presencia de un alumno a quien todos saludaban cordialmente, dándole el nombre que habia oido ya. Era un jóven de veintitres a veinticuatro años, de pálido semblante i facciones de una finura casi femenil, que ponian en relieve la fina curva de un bigote negro i lustroso. Una abundante cabellera, dividida en la mitad de la frente, realzaba la majestad de ésta i dejaba caer

tras de dos pequeñas i rosadas orejas, sus hebras negras i relucientes. Sus ojos, sin ser grandes, parecían brillar con los destellos de una inteligencia poderosa i con el fuego de un corazón elevado i varonil. Esta espresion enérgica de su mirada, cuadraba muy bien con las elegantes proporciones de un cuerpo de regular estatura i de simétricas i bien proporcionadas formas.

Al principio de la clase, Rivas fijó con interés su vista en aquel joven, hasta que éste habló a un compañero despues de mirarle. En ese momento, el profesor pidió a Martin su opinion sobre una cuestion jurídica que se debatía, i despues de darla recibió una contestacion destemplada del alumno a quien acababa de corregir. Martin replicó con enerjía i altivez, dejando la razon de su parte, lo que hizo enrojecer de despecho a su adversario.

Entre el joven que habia llamado la atencion de Martin i el que estaba a su lado habia mediado la siguiente conversacion:

—¿Quién es ese? preguntó Rafael, al ver la atencion con que le observaba Rivas.

—Es un recién incorporado, contestó el compañero. Por la traza parece provinciano i pobre. No conoce a nadie i solo habla en la clase cuando le preguntan algo. No parece nada tanto.

Rafael observó a Rivas durante algunos instantes

i pareció tomar interés en la cuestion que éste debatía con su adversario.

Al salir de la clase, el que habia manifestado su despecho al verse vencido por Martin, se le acercó con ademan arrogante.

—Bien está que Ud. corrija, le dijo mirándole con orgullo; pero no vuelva a emplear el tono que ha usado hoi.

—No sufriré la arrogancia de nadie i responderé siempre en el tono que usen conmigo, dijo Martin, i ya que Ud. se ha dirijido a mí, añadió, le advertiré que aqui solo admito lecciones de mi profesor i únicamente en lo que concierne al estudio.

—Tiene razon este caballero, exclamó Rafael San Luis adelantándose: tú, Miguel, has contestado al señor con aspereza cuando él solo cumplía con su obligacion corrijiéndote. Además el señor está recién llegado i le debemos a lo ménos las consideraciones de la hospitalidad.

La discusion terminó con estas palabras, que el jóven San Luis habia pronunciado sin afectacion ni dogmatismo.

Martin se acercó a él con aire tímido.

—Creo que debo dar a Ud. las gracias por lo que acaba de decir en favor mio, le dijo, i le ruego las acepte con la sinceridad con que se las ofrezco.

—Así lo hago, le contestó Rafael, tendiéndole la mano con franca cordialidad.

—I ya que Ud. se ha dignado hablar en mi favor, continuó Rivas, le suplico que cuando pueda, me guie con sus consejos. Hace mui poco tiempo que habito en Santiago e ignoro las costumbres de aquí.

—Por lo que acabo de ver, contestó Rafael, Ud. poco necesita de consejos. Lo que predomina en Santiago es el orgullo i Ud. parece tener la suficiente enerjía para ponerlo a raya. Ya que hablamos sobre esto, le confesaré a Ud. que intercedi hace poco en su favor, porque me dijeron que era pobre i no conocia a ninguno de nuestros condiscipulos. Aquí las jentes se pagan mucho de las esterioridades, cosa con la cual no convengo. La pobreza i el aislamiento de Ud. me han inspirado simpatías, por ciertas razones que nada tienen que ver con este asunto.

—Me felicito por tales simpatías, dijo Martin, i me alegraré mucho si Ud. me permite cultivar su amistad.

—Tendrá Ud. un triste amigo, replicó San Luis con una sonrisa melancólica; pero no me falta cierta experiencia que acaso pueda aprovecharle. En fin, eso lo dirá el tiempo: hasta mañana.

Con estas palabras se despidió, dejando una estraña impresion en el ánimo de Martin Rivas, que se quedó pensativo, mirándole alejarse.

Habia, en verdad, cierto aire de misterio en torno

de aquel jóven, cuya poética belleza llamaba la atencion a primera vista. Martin observó con curiosidad sus maneras, en las que resaltaba la dignidad en medio de la sencillez, i la vaga melancolía de su voz le inspiró al instante una poderosa simpatía. Llamó tambien la atencion de Rivas el traje de Rafael, en el que parecia reinar el capricho i un absoluto desprecio a la moda que uniformaba a casi todos los otros alumnos de la clase. Su cuello vuelto contrastaba con la rijidez de los que llevaban los demas, i su corbata negra, anudada con descuido, dejaba ver una garganta cuyos suaves lineamentos traian a la memoria la que los escultores han dado al busto de Byron. Martin vió ademas en las últimas palabras de aquel jóven, una lijera analogía con su situacion, complaciéndose en aumentarla con la idea de que seria como él un hijo desheredado de la fortuna. Este pensamiento le hizo acercarse a Rafael al dia siguiente i anudar con él la conversacion interrumpida el anterior.

—Cuando Ud. quiera, le dijo San Luis, véngase a comer conmigo a un hotel de pobre apariencia que suelo frecuentar i allí conversaremos mas amigablemente. ¿Dónde vive Ud?

—En casa de don Dámaso Encina.

—¡En casa de don Dámaso! exclamó con admiracion Rafael; ¿es Ud. su pariente?

—No, he traído una carta de mi padre para él i

me ha hospedado en su casa. ¿Ud. le conoce?

—Algo, contestó San Luis con disimulada turbacion.

Los dos jóvenes permanecieron silenciosos algunos instantes, hasta que Rafael rompió el silencio hablando de asuntos indiferentes i mui distintos del que les acababa de ocupar.

Al salir de la clase, San Luis convidó a almorzar a Martin i se dirijieron a un hotel de pobre apariencia, como lo habia calificado el primero.

Una botella estableció mas franqueza en la conversacion de los dos jóvenes.

—Aquí no comerá Ud. con el hijo de don Dámaso, dijo Rafael; pero sí con mas libertad.

—¿Ha visitado Ud. su casa? preguntó Rivas, a quien habia picado la curiosidad la turbacion de su nuevo amigo al hablar de su protector.

—Sí, en mejores tiempos, contestó éste. ¿I su hija?

—Oh, está lindísima, dijo Martin con entusiasmo.

—¡Cuidado! esa respuesta revela una admiracion que puede a Ud. serle fatal, observó San Luis, poniéndose sério.

—¿Por qué? preguntó Rivas.

—Porque lo peor que puede suceder a un joven pobre como Ud. es el enamorarse de una niña rica. Adios estudios, porvenir, esperanzas, exclamó San

Luis empujando con febril entusiasmo un vaso de vino. Ud. me pidió consejos ayer; pues bien, ahí tiene Ud. uno i es de los mas cuerdos. El amor, para un jóven estudiante, debe ser como la manzana del paraíso : fruto vedado. Si Ud. quiere ser algo, Martín, i le digo esto porque Ud. parece dotado de la noble ambición que forma los hombres distinguidos, rodee su corazón de una capa de indiferencia tan impenetrable como una roca.

—No pienso enamorarme, contestó Martín, i tengo para ello muy poderosas razones: entre ellas la que Ud. acaba de apuntar.

San Luis cambió entónces de conversacion i habló sobre tan distintas materias i con tal verbosidad que parecia tener empeño en hacer olvidar a Martín las primeras palabras que habia dicho aconsejándole.

En casa de don Dámaso habló Martín de su nuevo amigo, a quien Agustín habia nombrado.

—Ese mocito es muy intrigante, dijo don Dámaso, i busca niña con buena dote.

—Pero papá, replicó Leonor, es necesario no ser injusto; yo tengo mejor idea de San Luis.

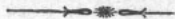
—Es un *parvenido*, dijo Agustín; papá tiene razón. *A la época donde estamos*, todos quieren plata.

—I hacen bien, cuando hai pobres que la merecen mas que muchos ricos, exclamó Leonor.

Estas pocas palabras arrojaron la duda en el espíritu de Rivas. La energía con que Leonor defendía a Rafael de los ataques de su padre i de su hermano, i las palabras de su amigo sobre el amor, hicieron brillar de repente cierta luz a sus ojos, que hirió su corazón con un malestar desconocido. No podía pensar sino que San Luis había amado a Leonor i que su pasión había sido condenada por don Dámaso. Semejante descubrimiento le desazonó como si acabase de recibir alguna triste noticia, i se entregó al trabajo sin explicarse el descontento que le hacía mirar el porvenir bajo un prisma sombrío.

Cuando hubo despachado la correspondencia de don Dámaso, su pensamiento, después de dar mil vueltas a la misma idea, no había llegado más que a esta conclusión que le llenaba de desconsuelo:

—No hai duda que se han amado, i puesto que Leonor le defiende, debe amarle todavía.



IX

La idea de que Leonor amase a su nuevo amigo, infundió a Rivas cierta reserva para con éste, a pesar de la viva simpatía que hacía él le arrastraba. Durante varios días trató en vano de aclarar sus sospechas en sus conversaciones con Rafael San Luis. Las confidencias no vinieron jamás a satisfacerle.

Una tarde, despues de comer en casa de don Dámaso, se retiraba Martin como de costumbre, ántes que hubiese llegado la hora de las visitas.

—¿Es Ud. aficionado a la música? le dijo Leonor, cuando él habia tomado su sombrero.

Martin sintió que la turbacion se apoderaba de su pecho al responder. Le parecia tan extraño que la orgullosa niña le dirijiese la palabra, que al oír su voz se figuró estar bajo la alucinacion de ún

sueño. Con esta impresion se habia vuelto hácia Leonor sin responderla i como creyendo haber oido mal.

Leonor repitió su pregunta con una pequeña sonrisa.

—Señorita, contestó Rivas conmovido, he oido tan poco, que no puedo calificar de gusto la aficion que tengo por ella.

—No importa, dijo la niña con tono imperativo: oirá Ud. lo que voi a tocarle i siéntese al lado del piano porque tengo que hablar con Ud.

Martin siguió a Leonor abismado de admiracion.

Don Dámaso, su mujer i Agustin jugaban al juego frances llamado *patience*, que el jóven les enseñaba.

Leonor principió a tocar la introduccion de un valse despues de mostrar a Rivas un asiento mui cerca de ella. El jóven la miraba extasiado en sa belleza i dudando de la realidad de aquella situacion, que no se habria atrevido a imaginar un momento ántes.

Leonor tocó la introduccion i los primeros compases del valse sin dirigirle la palabra. I cuando Martin empezaba a figurarse que era el juguete de un capricho de la niña, ésta fijó en él su mirada altanera.

— ¿Ud. conoce a Rafael San Luis? le preguntó.

— Sí, señorita, contestó Rivas, mirando en esta pregunta la confirmacion de las sospechas que le atormentaban.

—¿Le ha hablado a Ud. de alguien de mi familia? volvió a preguntarle Leonor.

—Mui poco, le creo mui reservado, contestó él.

—¿Ud. es amigo suyo?

—Mui reciente: le he conocido en el colejio hace pocos dias.

—Pero en fin, Ud. ha hablado con él.

—Casi todos los dias desde que hicimos amistad.

—¿I nada de particular le ha dicho a Ud. sobre alguien de mi familia?

—Nada: ah, sí; me preguntó una vez por Ud.

Martin añadió la segunda parte de esta contestacion con la esperanza de leer en el rostro de la niña la confirmacion de la sospecha que aumentaba en su espíritu.

—¿Ah? dijo Leonor. ¿I nada mas?

—Nada mas, señorita, contestó el jóven, desesperado de la majestuosa impassibilidad de aquel rostro lindísimo.

Leonor siguió tocando algunos instantes sin decir una palabra.

Martin se sentia sofocado, inquieto, descontento ante la arrogancia de aquella niña que solo se dignaba dirijirle la palabra para hablar de un hombre a quien tal vez amaba. Su amor propio le infundia

violentos deseos de poseer una belleza singular, una inmensa fortuna o una celebridad; algo, en fin, que le pusiese a la altura de Leonor, para arrastrar su atencion i ocupar su espíritu, que acaso en ese instante se olvidaba de él como de los muebles que habia en torno suyo. Humillábale mas que nunca su oscuridad i su pobreza i se sentia capaz de un crimen para ocupar los pensamientos de la niña, aunque fuera con el temor.

Al cabo de cortos momentos, ella le miró de nuevo.

—Pero, en fin, dijo anudando la conversacion interrumpida, Ud. debe saber lo que ese jóven hace o adonde visita.

—Siento en el alma, señorita, no poder satisfacer la curiosidad que Ud. me manifiesta, contestó Martin con cierta dureza de acento. No he recibido de San Luis ninguna confidencia ni sé absolutamente las casas en que visite: solo nos vemos en el colejio.

Leonor dejó de tocar, hojeó algunas piezas de música i se levantó.

—¿Ya están Uds. mui diestros en ese juego? dijo, acercándose a la mesa en que jugaban sus padres i su hermano.

—Tan diestros como yo, dijo Agustin.

Rivas se puso rojo de vergüenza i de despecho. Leonor no le habia dirijido ni una sola palabra, ni

una sola mirada. Se habia retirado como si él no estuviese allí por órden suya.

—¿Ud. no entiende este juego? le preguntó por fin Leonor, como acordándose solo entónces de que le habia dejado junto al piano.

—No, señorita, contestó él.

I salió al cabo de algunos minutos, que empleó en buscar la manera de hacerlo sin llamar la atencion.

Martin entró a su cuarto con el corazon despedazado. Su angustia le impedia el esplicarse los encontrados i violentos sentimientos que le agitaban. Mudas imprecaciones contra su destino i el orgullo de los ricos, locos proyectos de venganza, un desaliento sin límites al mirar hácia el provenir, arrebatos de conquistarse un nombre que le atrajese la admiracion de todos, mil ideas confusas hiriendo como otros tantos rayos su cerebro, haciendo dilatarse su corazon, agitando la velocidad de su sangre, destrozándole el pecho, arrancándole lágrimas de fuego: hé aquí lo que le hacia retorcerse desesperado sobre una silla, mirarse con ojos espantados al espejo; i como un relámpago en medio de una deshecha tempestad, aparecia en su mente a cada instante i cortando la hilacion de sus demas ideas, ésta que sus lábios no formulaban, pero que hacia estremecersele el corazon.

—¡Ah, i ser tan bella! tan bella!

La calma sobrevino poco a poco, haciéndole pasar a los encantados idilios del amor primero. ¡Había perdonado! Leonor descubria de repente los tesoros de su corazon virgen i fogoso; aceptaba un amor lleno de sumision i de ternura, ¡se dejaba adorar! Martin recorrió así un mundo fantástico, oyendo la música celestial de un valse a cuyos compases se repetian él i Leonor los juramentos para toda la vida, juramentos que ignoran los dias de la vejez i piden una tumba para renacer juntos en la mansion de la vida infinita. Vió que puede de repente nacer en el pecho una pasion que pisotea al orgullo, que encuentra en la tierra los elementos de una felicidad reputada como quimérica, i se acostó distraido, casi cantando, para continuar sus sueños, olvidándose de la verdad.

Miéntas Rivas pasaba por esta crisis, en la que al fin se dibujó radiante su amor, como aparece en el fondo de un crisol la plata que la accion del fuego hace desprenderse del metal, Leonor se retiraba con Matilde a un sofá apartado del gran salon en que conversaban algunas visitas.

— Como te dije el otro dia, principió por decir Leonor, estrechando una mano de su prima, Martin habló en la mesa de Rafael San Luis a quien yo defendi de los ataques de mi padre.

Matilde apretó la mano de Leonor con reconocimiento; i ésta continuó.

— Esta tarde llamé a Martin junto al piano i le hice varias preguntas sobre San Luis. Es amigo de él, pero de poco tiempo a esta parte. Nada me ha podido informar sobre la vida que lleva, pues Rafael parece no haberle confiado aun ninguna cosa que revele el estado de su corazon; pero te prometo que yo lo averiguaré. Rivas es intelijente, i espero que pronto se captará su entera confianza. Así sabremos si todavía te ama.

Las dos niñas continuaron su conversacion hasta que Emilio Mendoza ocupó un asiento al lado de Leonor i comenzó a hablarla de su amor, sin que ella manifestase el menor desagrado, ni diese tampoco ninguna contestacion propia para alentar las esperanzas de aquel jóven.

Al dia siguiente, Martin recibió con frialdad el saludo de su amigo. Este, que habia concebido por él un cariño verdadero, notó al instante su reserva.

¿Qué tienes? le preguntó, empleando por primera vez aquel tono familiar : te veo triste.

Martin se sintió desarmado en presencia de la cordialidad que San Luis le manifestaba, cuando le habia visto tratar a todos sus condiscipulos con la mayor indiferencia. Se hizo, ademas, la reflexion de que Rafael no tenia ninguna culpa de lo que le atormentaba, i tuvo bastante razon para conocer la ridiculez de sus celos.

— Es verdad , dijo estrechando la mano que San Luis le habia presentado, anoche sufrí mucho.

— ¿Puedo saber la causa? preguntó Rafael.

— Para qué, respondió Rivas : nada podrias hacer para darme la felicidad.

— ¡Cuidado, Martin! no olvides mi consejo. El amor, para un estudiante pobre, debe ser como la manzana del paraíso : si lo pruebas te perderás.

— I ¿qué puedo hacer cuándo
San Luis no le dejó terminar.

— No quiero saber nada, le dijo : hai ciertos sentimientos que aumentan en el alma cuando se confían, i el amor es uno de ellos. No me digas nada. Pero tengo por tí un verdadero interes i quiero curarte ántes que el mal haya echado raíces. La soledad es un consejero fatal, i tú vives mui solo.

— Es necesario que te distraigas, añadió, viendo que Martin se quedaba pensativo , i yo me encargo de hacerlo.

— Dificil me parece, dijo Martin que se sentia bajo la impresion de la escena de la víspera.

— No importa; haremos un ensayo, nada se pierde. Vente a mi casa mañana a las ocho de la noche i te llevaré a ver ciertas jentes que te divertirán.

Los dos amigos se separaron, dirijiéndose Martin a casa de don Dámaso.

X

A la hora de comer entró al salon donde Leonor se hallaba sentada al piano. La timidez que la niña le habia infundido desde el primer dia, se manifestó en su pecho mas poderosa que ántes. Parecióle que si se dejaba ver, estando ella sola, Leonor leeria en su corazon el amor que la profesaba ya. El amor que teme no ser correspondido, infunde esta clase de timidez a los hombres mas enérjicos.

— Me tendrá compasion, pensó al instante, retirándose i sintiendo que la humillacion que le hacia sufrir esta sola idea, encendia sus mejillas.

Leonor alcanzó a divisar a Rivas cuando entraba. Léjos de manifestar la indiferencia que siempre mostraba por la presencia del jóven, dejó precipitadamente su asiento i salió hastal a puerta para llamarle.

Martin volvió entre la sorpresa i la turbacion que le causaba aquel llamado tan imprevisto.

—¿Por qué se retira U.? le preguntó Leonor, notando la confusion que se pintaba en el semblante de Martin.

—Creí que U. estaba ocupada i temí incomodarla, contestó él.

—¡Incomodarme! ¿I por qué? Ya ve U. que le he llamado.

—Mil gracias.

—Venga a sentarse, tenemos que hablar.

Martin pensó con disgusto que el tono afectuoso que empleaba Leonor para hablarle, seria un nuevo medio de someterle a algun interrogatorio parecido al del dia anterior. Entró al salon tras de la niña i permaneció de pié, algo distante de una poltrona en que ésta se habia sentado.

Leonor le señaló con amabilidad una silla.

—Ayer se retiró U. sin que yo le viese, le dijo, mirándole fijamente.

—Señorita, contestó Rivas, serenado ya de la turbacion en que estaba, creí que U. no tenia nada mas que preguntarme.

—No fué solo con ese objeto que le convidé a U. Es cierto que cometí la distraccion de dejarle solo, i por eso he querido hablar con U. para manifestarle el sentimiento que tengo al pensar que puedo haberle ofendido sin intencion ninguna. Estaba preocupada i no pensé en lo que hacia.

En estas palabras de satisfaccion, solo faltaba el

tono que ordinariamente las acompaña. Parecia que la niña luchaba con su orgullo al espresarse así i queria manifestar a Rivas la distancia que los separaba, empleando el acento algo imperioso del que cree tratar con un inferior. Tal satisfaccion habia sido dictada, en efecto, por el instinto de rectitud que, a pesar del orgullo que su familia habia formentado en ella, prevalecia en su corazon i hablaba poderosamente en su conciencia. Leonor notó el dia precedente la salida de Martin i conoció al instante que, por humilde que fuese, tenia derecho de ofenderse. Si en lugar de Rivas, pobre i desvalido, se hubiese encontrado alguno de sus elegantes i ricos adoradores, ella talvez no habria fijado su atencion en aquella circunstancia, ni preocupádose un minuto en averiguar la rectitud de su conducta. Mas, al ver salir a Rivas, sintió una grave impresion por su falta i conoció que habia obrado mal. De aquí a decidirse por una franca satisfaccion, solo medió el tiempo necesario para pensarlo : es decir un instante mui corto.

Al verse, empero, en presencia del jóven i en la necesidad de dar excusas, Leonor sintió que el paso no era tan fácil como al principio le habia parecido. Era para ella tan estraña la situacion, que solo la firmeza de su voluntad, pudo decidirla a cumplir lo que, sin calcular los inconvenientes, habia resuelto. Así fué que al hablar, temió que sus pala-

bras tuviesen alguna otra interpretacion a los ojos de Martin, i empleó el tono de voz que la colocaba mui alto sobre el hombre a quien se dirijia.

Despues de hablar, miró a Rivas para leer en su semblante la impresion que habia recibido. Las últimas palabras despertaron las sospechas del jóven, i brilló en sus ojos el descontento que le causaban. Empleando entónces el mismo tono que Leonor:

—Por mi parte, señorita, dijo, ayer sentí en el alma no poder dar a Ud. mas circunstanciados informes sobre la persona que parece interesarla.

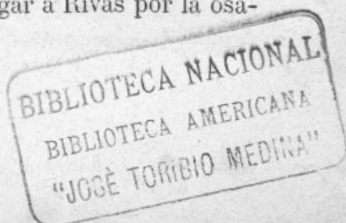
—¡Si no es por mí! exclamó sorprendida Leonor, alvidándose de todo sijilo i del afectado tono de superioridad con que acababa de hablar.

—¡Ah! dijo Martin, sin poder ocultar su alegría ¡no es por Ud!

Leonor, con la penetracion propia de su sexo en asuntos del corazon, supo interpretar la alegría que se pintó en el rostro del jóven.

—¿Qué? me amaré? se preguntó, sintiendo una vaga timidez bajo la ardiente mirada con que Rivas habia pronunciado las últimas palabras.

Luego, como picada de la sorpresa que habia sufrido al decir que no se informaba de San Luis por interés propio, volvió a su tono de voz anterior, cual si hubiese querido castigar a Rivas por la osadía de amarla.



—Veo, caballero, dijo, que Ud. tiene una imajinacion mui viva para basar suposiciones sobre lo que oye.

—Es verdad, señorita, confieso que he pensado con lijereza, contestó él sin llegar a comprender a aquella niña, que le llamaba para darle satisfacciones i poco despues le reconvenia con acento mas duro aun que sus palabras.

—¿Qué motivos tuvo Ud. para pensar que yo tuviese algun interés por San Luis, al informarme acerca de su vida?

—Ninguno, i la protesto a Ud. con la mayor sinceridad, que si tal sospecha nació involuntariamente en mi imajinacion, no he hecho ni haria jamás uso de ella.

—Así lo espero, le dijo Leonor con una mirada altanera, que oprimió dolorosamente el corazon de Martin.

En este momento entró doña Engracia seguida por su marido. Al atravesar la primera pieza contigua al salon, don Dámaso vió que Rivas i Leonor estaban solos.

—¿Por qué está la niña sola con este muchacho? dijo a doña Engracia.

Al entrar, entabló una conversacion de negocios con Martin, miéntras que la señora participó a su hija la observacion del padre.

—Mi papá no piensa lo que dice, exclamó Leonor

con indignacion, i dá demasiada importancia a su protegido. Bien está que le conceda habilidad, si como dice, le ayuda tanto en los negocios; pero no convengo en que le suponga tanto valimiento para que yo fuese a fijarme en él.

La madre bajó la cabeza sin atreverse a replicar i se consoló del poco prestigio de su autoridad tomando en las faldas a Diamela, que saltaba a sus piés para recordar su presencia.

Don Dámaso, entretanto, habia olvidado ya la impresion que acababa de recibir al ver solo a Martin con su hija, i oia la opinion que éste le daba sobre una importante especulacion que se hallaba con ánimo de emprender.

La contestacion de Leonor a su madre manifestaba que don Dámaso hacia frecuentes elojios de su secretario, el que, iniciado en sus secretos comerciales como autor de la correspondencia que mantenía con sus agentes de las provincias, le habia ayudado mas de una vez con saludables consejos. Para esto, Martin habia hecho uso de la clara inteligencia que habia recibido del cielo, mas que de la experiencia mercantil de que casi completamente carecia. Movidó por el deseo de pagar con algo la hospitalidad que se le daba, ponía todo su conato en desempeñar su puesto de modo que don Dámaso conociese su importancia i se felicitase de tenerle a su lado. De manera que, en el corto tiempo que

habia prestado sus servicios, Martin gozaba de un alto concepto en el ánimo de don Dámaso i era consultado en los negocios que éste emprendia con sus cuantiosos bienes.

En aquel instante, como dijimos, la conversacion rodaba entre ellos sobre negocios, i Martin acababa de dar una opinion que abria un nuevo campo a las especulaciones de don Dámaso. Este, lleno de satisfaccion, buscaba un medio de espresar al jóven su reconocimiento.

—He notado, le dijo, que Ud. no viene al salon en la noche.

—Mis estudios, señor, poco tiempo me dejan, contestó Rivas, a quien semejante observacion llenaba de contento, porque veia en ella la posibilidad de acercarse a Leonor i de conocer a los que la cortejaban.

—Sin embargo, replicó don Dámaso, cuando tenga tiempo, venga Ud. con confianza: yo deseo que Ud. se relacione i vaya conociendo a nuestra sociedad. Para un jóven que se dedica a la abogacía, las amistades son siempre una ventaja.

En la noche, aprovechó Martin aquella invitacion para presentarse en los salones de doña Engracia, en los que a las nueve se hallaban ya reunidas las personas que conoce el lector.

Necesario es tambien advertir que en su corto tiempo de permanencia en Santiago, Rivas habia

mejorado notablemente sus prendas de vestuario, valiéndose de una industria indicada por Rafael San Luis. Esta consistia en pedir articulos a un sastre mediante el pago de doce pesos al mes, que Martin habia principiado a pagar al recibir un traje completo. De este modo podia ya presentarse con la decencia necesaria, habiendo dejado ocho pesos para atender a sus otros gastos mensuales.

Para comprender la agitacion que reinaba aquella noche en casa de don Dámaso, daremos una idea de la situacion de la capital, que esplicará la conversacion que mantenian los tertulianos de doña Engracia i pintará el estado de los espíritus en aquella época de ardiente preocupacion política.

La Sociedad de la Igualdad, de la que dos veces hemos hecho mencion en esta historia, compuesta a principios de 1850 de un corto número de personas, habia visto engrosarse con gran prontitud sus filas i llegado a ser el objeto de la preocupacion jeneral a la fecha de los sucesos que vamos refiriendo. Su nombre solo habria bastado para despertar la suspicacia de la autoridad, si no lo hubieran hecho el programa de los principios que se proponia difundir i el ardor con que acudieron a su llamamiento individuos de las distintas clases sociales de la capital. Al cabo de corto tiempo, la Sociedad contaba con mas de ochocientos miembros i ponia en discusion graves cuestiones de sociabili-

dad i de política. Con esto se despertó poco a poco una nueva vida en la inerte poblacion de Santiago i la política llegó a ser el tópicó de todas las conversaciones, la preocupacion de todos los espíritus, la esperanza de unos i de otros la pesadilla.

Vió entónces el pacífico ciudadano tornarse en foro de acalorados debates a su estrado; abrazaron los hermanos diverso bando los unos de los otros; hijos rebeldes desobedecieron la voluntad de los padres, i turbó la zaña política la paz de gran número de familias. En 1850 i despues en 51, no hubo tal vez una sola casa de Chile donde no resonara la descompuesta voz de las discusiones políticas, ni una sola persona que no se apasionase por alguno de los bandos que nos dividieron. Licurgo no habria podido aplicar entónces en Chile su lei sobre los indiferentes a la cosa pública porque no habria hallado delincuentes.

La Sociedad de la Igualdad llevaba ya celebradas cuatro sesiones jenerales ántes del 19 de agosto en que tuvo lugar la famosa sesion, llamada comunemente de los palos.

En aquella noche era tambien cuando Martin Rivas debia asistir por primera vez a la nocturna tertulia de su protector.

XI

Reinaba, como dijimos, grande animacion entre las personas que componian la tertulia ordinaria de don Dámaso Encina.

Era la noche del 19 de agosto, i desde algun tiempo circulaba la noticia de que la Sociedad de la Igualdad seria disuelta por órden del Gobierno. Citábase como prueba el ataque de cuatro hombres armados hecho en una de las noches anteriores, al tiempo de instalarse en la Chimba el grupo núm. 7 de los que componian esa sociedad.

Martin se sentó despues de ser presentado por don Dámaso a las personas de su tertulia, i la conversacion, interrumpida un momento, siguió de nuevo.

—La autoridad, dijo don Fidel Elias, respondiendo a una objecion que se le acababa de hacer,

está en su derecho de disolver esa reunion de demagogos, porque ¿qué se llama autoridad? El derecho de mando; luego mandando disolver, está, como dije, en su derecho.

Doña Francisca, mujer del opinante, se cubrió el rostro horrorizada de aquella lójica autoritaria.

—Ademas, repuso don Simon Arenal, viejo solteron que presumía de hombre de importancia, un buen pueblo debe contentarse con el derecho de divertirse en las festividades públicas i no meterse en lo que no entiende. Si cada artesano dá su opinion en política, no veo la utilidad de estudiar.

Don Dámaso, que tenía perdida la esperanza de ser comisionado por el Gobierno, como se le habia hecho esperar, se hallaba en aquella noche bajo la influencia de los periódicos liberales, cuyos articulos recordaba perfectamente.

—El derecho de asociacion, dijo, es sagrado. Es una de las conquistas de la civilizacion sobre la barbarie. Prohibirlo, es hacer estéril la sangre de los mártires de la libertad i ademas.....

—Yo te viera hablar de mártires i de libertad cuando te vengán a quitar tu fortuna, exclamó interrumpiéndole don Fidel.

—Aquí no se trata de atacar la propiedad, replicó don Dámaso.

—Se equivoca Ud., dijo don Simon Arenal. ¿Cree

Ud. que ese título es tomado sin premeditacion? Sociedad de la Igualdad, quiere decir, Sociedad que trabajará para establecer la igualdad, i como lo que mas se opone a ella es la diferencia de fortunas, claro es que los ricos serán los patos de la boda.

—Eso es: *les canards des nocces*, dijo el elegante Agustin.

—Sobre eso no hai duda, señor, le dijo tambien Emilio Mendoza, que habia aprobado hasta entónces con la cabeza.

Don Dámaso se quedó pensativo. Aquellos argumentos contra la seguridad de su fortuna, con que por entónces se trataba de intimidar a todo rico que se presentaba con tendencias al liberalismo, le dejó perplejo i taciturno.

—Los hombres de valor como Ud., le dijo Emilio, deben aprovechar esta oportunidad para ofrecer su apoyo al Gobierno.

—Claro, repuso don Fidel con su aficion a los silojismos; es el deber de todo buen patriota, porque la patria está representada por el Gobierno, luego apoyándolo es el modo de manifestarse patriota.

— Pero hijo, replicó doña Francisca, tu proposicion es falsa porque.....

—Ta, ta, ta, interrumpió don Fidel, las mujeres no entienden de política; ¿no es así, caballero? añá-

dió dirijiéndose a Martin, que era el mas próximo que tenia.

— No es esa mi opinion, señor, respondió Rivas con modestia.

Don Fidel le miró con espanto.

—¡Como! exclamó.

Luego, cual si una idea súbita le iluminase:

—¿Es Ud. soltero? le preguntó.

—Sí, señor.

—Ah, por eso, pues hombre: no hablemos mas.

En este momento entró Clemente Valencia, que siempre llegaba mas tarde que los demas.

—Vengo de la calle de las Monjitas, dijo, donde me detuvo un tropel de jente.

—¿Qué, es revolucion? preguntaron a un tiempo palideciendo don Fidel i don Simon.

—No es revolucion; pero si la hai, el Gobierno tiene la culpa, contestó Valencia, causando con esta frase gran admiracion a los que le oian, porque estaban acostumbrados a la dificultad con que el capitalista hilvanaba una frase.

—Creo que con política, hasta los tontos se ponen elocuentes, dijo doña Francisca a Leonor que tenia a su lado.

—Vamos, hombre ¿qué hai? estas *esuflado*, dijo Agustin a Valencia, que se calló cuando todos esperaban en silencio la explicacion de aquellas palabras.

—Sí ¿qué es lo que hai? dijeron los demas.

—Habia sesion jeneral en la Sociedad de la Igualdad, contestó Clemente.

—Eso ya lo sabiamos.

—La sesion concluyó como a las diez.

—Gran noticia, dijo doña Francisca por lo bajo.

—Esto es lo que me contaron en la calle, añadió el jóven.

—¿I qué mas? preguntó Agustin, qué *arrivo* despues?

—Entraron unos hombres al salon donde quedaban algunos socios i cargaron a palos con ellos.

—¡A palos! dijeron hombres i mujeres.

—¡A golpes de bastones! exclamó Agustin con acento afrancesado.

—Es una atrocidad, dijo indignada doña Francisca, parece que no estuviéramos en un pais civilizado.

—¡Mujer! mujer! replicó don Fidel, el Gobierno sabe lo que hace; no te metas en política!

—Sí, pero esto es *mui fuerte*, dijo Agustin, esto *depasa* los límites.

—El deber de la autoridad, exclamó don Simon, es velar por la tranquilidad, i esta asociacion de revoltosos la amenazada directamente.

—¡Pero eso es exasperar! objetó exaltada doña Francisca.

—¡Qué importa, el Gobierno tiene la fuerza!

—Bien hecho, bien hecho que les den duro, dijo don; Fidel ¿no les gusta meterse en lo que no deben?

—Pero esto puede traer una revolucion, dijo don Dámaso.

—Ríase de eso, le contestó don Simon: es la manera de hacerse respetar. Todo Gobierno debe manifestarse fuerte ante los pueblos, es le modo de gobernar.

—Pero eso es apalear i no gobernar, replicó Martin, cuyo buen sentido i jenerosos instintos se revelaban contra la argumentacion de los autoritarios.

—Dice bien el señor don Simon, replicó Emilio Mendoza: al enemigo, con lo mas duro.

—Estraña teoría, caballero, repuso Martin picado: hasta ahora habia creido que la nobleza consistia en la jenerosidad para con el enemigo.

—Con otra clase de enemigos; pero no con los liberales, contestó Mendoza con desprecio.

Rivas se acercó a una mesa reprimiendo su despecho.

—No discuta Ud. porque no oirá otras razones, le dijo doña Francisca.

Continuó la conversacion política entre los hombres, i las señoras se acercaron a una mesa, sobre la cual un criado acababa de poner una bandeja con tazas de chocolate.

Martin observó a Leonor durante todo el tiempo que duró su visita i le fué imposible conocer la opinion de la niña respecto de las diversas opiniones emitidas. Otro tanto le sucedió cuando quiso averiguar si Leonor daba la preferencia a alguno de sus dos galanes, con cada uno de los cuales la vió conversar alternativamente, sin que en su rostro se pintase mas que una amabilidad de etiqueta, mui distinta de la turbacion que retrata el rostro de la mujer cuando escucha palabras a las que responde su corazon. Mas este descubrimiento, léjos de alegrar a Martin, le dió un profundo descon-suelo.

Pensó que si Leonor miraba con indiferencia al empleado elegante i al fastuoso capitalista, nunca su atencion podria fijarse en él, que no contaba con ningun medio de seducccion capaz de competir con los que poseian los que ya reputaba como sus rivales. I al mismo tiempo sentia cada vez mas avasallado el corazon por la altanera belleza que su amor rodeaba con una auréola divina. Cada uno de sus pensamientos eran en ese instante, otros tantos idilios sentimentales, de los que nacen en la mente de todo enamorado sin esperanzas, i se le figuraba por momentos que Leonor era demasiado hermosa para rebajarse hasta sentir amor hácia ningun hombre.

Mientras Rivas luchaba para no dirigir sus ojos

sobre Leonor, temiendo que los demas adivinasen lo que pasaba en su corazon, Matilde i su prima se habian separado de la mesa.

—Este jóven es el amigo de Rafael, dijo Leonor.

—¿Sabes que es interesante? contestó Matilde.

—Tu opinion no es imparcial, repuso Leonor sonriéndose.

—¿Le has vuelto a preguntar algo sobre Rafael?

—No, porque mis preguntas le hicieron creer que era yo la enamorada, i ademas se ofendió porque solo le llamaba para hacerle esas preguntas.

—¡Ah, es orgulloso!

—Mucho, i me estraña que haya venido esta noche aquí, porque jamás lo habia hecho. En la mesa habla rara vez sin que le dirijan la palabra i cuando lo hace, es para manifestar su desprecio por las opiniones vulgares.

—Veo que lo has estudiado con detencion, dijo Matilde en tono de malicia a su prima, i creo que te estás ocupando de él mas que de todos los jóvenes que vienen aquí.

— ¡Qué ocurrencia! contestó Leonor, volviendo desdeñosamente la cabeza.

La observacion de Matilde, habia sin embargo hecho pensar a Leonor que Martin, sin saberlo ella misma, preocupaba su pensamiento mas que lo que

ordinariamente lo hacian los otros jóvenes de que en todas partes se veia rodeada. Esta idea introdujo una estraña turbacion en su espíritu e hizo cubrirse de rubor sus mejillas al recordar que ella coincidia con el pensamiento que la ocurrió al ver la alegría con que el joven habia recibido ántes su disculpa sobre el motivo de sus preguntas acerca de su amigo San Luis. Esa turbacion i ese rubor en la que desdeñaba el homenaje de los mas elegantes jóvenes de la capital, se esplican perfectamente en el carácter de una niña mimada por sus padres i por la naturaleza. Por mas que Leonor habia manifestado a su prima el deseo de amar, se veia que gran parte de su orgullo estaba cifrado en la indiferencia con que trataba a los jóvenes mas admirados por sus amigas. Así es que la idea de haber fijado su atencion en uno que miraba como insignificante, la disgustó consigo misma, e hizo formar el propósito de poner a prueba su voluntad para triunfar de lo que ella calificó de involuntaria debilidad. El corazon de la mujer es aficionado especialmente a esta clase de pruebas, en las que encuentra un pasatiempo para disipar el hastío de la indiferencia. Leonor miró a Rivas desde ese instante como a un adversario, sin advertir que su propósito la obligaba a caer en la falta que acababa de reprocharse como una debilidad : es decir a ocuparse de él.

Martin, mientras ella formaba esta resolucion, se retiró desesperado. Como todo el que ama por primera vez, no trataba de combatir su pasion, sino que se complacia en las penas que ella despertaba en su alma. Hallábase bajo el imperio de la dolorosa poesia que encierran los primeros sufrimientos del corazon i saboreaba su tormento encontrando un placer desconocido en abultarse su magnitud. El amor, en estos casos, produce en el alma el vértigo que experimenta el que divisa el vacío bajo sus plantas desde una altura considerable. Rivas divisó ese vacío de toda esperanza para su alma i la lanzó a estrellarse contra la imposibilidad de ser amado.

Estas sensaciones le hicieron olvidar la cita que Rafael le habia dado para el dia siguiente i solo pensó en ella cuando su amigo le dijo al salir de clase :

— No olvides que debes venir esta noche a casa.

— ¿A dónde vas a llevarme? le preguntó él.

— No faltes i lo verás : quiero ensayar una curacion.

— ¿Con quién?

— Contigo, te veo con síntomas mui alarmantes.

— Creo que es inútil, dijo Martin con tristeza, estrechando la mano de San Luis que se despedía.

Este nada contestó, i a dos pasos de Rivas dió un suspiro que desmentía el contento con que acababa de hablar para infundir alegres esperanzas a su amigo.

XII

A las ocho de la noche entró Martin en una casa vieja de la calle de la Ceniza que ocupaba San Luis.

Este salió a recibirle i le hizo entrar en una pieza que llamó la atención de Rivas por la elegancia con que estaba amueblada.

— Aquí tienes mi nido, dijo Rafael ofreciéndole una poltrona de táfete verde.

— Al pasar por esta calle, dijo Rivas, no se sospecharia la existencia de un cuarto tan lujosamente amueblado como este.

Los recuerdos de mejores tiempos es lo que ves en torno tuyo, contestó Rafael. Entre muchas cosas que he perdido, añadió con acento triste, me queda aun el gusto por el bienestar i he conservado estos muebles.

Pero hablemos de otra cosa porque quiero que estés alegre i para estarlo yo tambien. ¿Sabes a dónde voi a llevarte?

— No por cierto.

— Pues voi a decírtelo miéntras me afeito.

Rafael sacó un estuche, preparó espuma de jabon i se sentó delante de un espejo redondo, susceptible de bajar i subir. Hecho esto empezó la operacion, hablando segun ella se lo permitia.

— Te diré pues, que te voi a presentar en una casa en donde hai niñas i que vas a asistir a lo que en términos técnicos se llama un *picholeo*.

« Si conoces la significacion de esta palabra, inferirás que no es al seno de la aristocrácia de Santiago a donde vas a penetrar. Las personas que te recibirán, pertenecen a las que otra palabra social chilena llama jentes *de medio pelo*.

— I las niñas ¿qué tales son? preguntó Rivas para llenar una pausa que hizo Rafael.

Ya te lo diré; pero vamos por partes. La familia se compone de una viuda, un varon i dos hijas. Darémos primero el paso al bello sexo por órden de fechas. La viuda se llama doña Bernarda Cordero de Molina. Tiene cincuenta años mal contados i se diferencia de muchas mujeres por su aficion inmoderada al juego, en lo que tambien se parece a ciertas otras. Las hijas se llaman Adelaida i Edelmira. La primera debe su nombre a su pa-

drino i la segunda a su madre, que la llevaba en el seno cuando vió representar a Otelo i quiso darla un nombre que la recordase las impresiones de una noche de teatro. Ya la oirás hablar de estos recuerdos artisticos. Adelaida cultiva en su pecho una ambicion digna de una aventurera de drama : quiere de casarse con un *caballero*. Para las jentes de medio pelo, que no conocen nuestros salones, un *caballero* o como ellas dicen, *de hijo de familia*, es el tipo de la perfeccion, porque juzgan al monje por el hábito. La segunda hermana, Edelmira, es una niña suave i romántica como una heroína de algunas novelas de las que ha leído en folletines de periódicos que la presta un tendero aficionado a las letras. Las dos hermanas se parecen un poco : ámbas tienen pelo castaño, tez blanca, ojos pardos i bonitos dientes; pero la expresion de cada una de ellas, revela los tesoros de ambicion que guarda el pecho de Adelaida i los que atesora el de Edelmira de amor i de desinterés. El corazon de ésta es como ha dicho Balzac por él de una de sus heroínas : una esponja a la que haria dilatarse la menor gota de sentimiento.

Nos queda el varon, que tiene veintiseis años de edad i ni un adarme de juicio en el cerebro. Es el tipo de lo que todos conocen con el nombre de *siutico* i para aditamento le regalaron en la pila el de Amador. Lleva el bigote i la perilla correspon-

diente a su empleo i dice *vida mida* cuando canta en guitarra. Es un curioso objeto de estudio : ya lo verás.

Ahora decirte como vive esta familia, sin mas apoyo que un mozo calavera, es lo que solo puede hacerse por conjeturas. Don Damian Molina, marido de doña, Bernarda pretendia ser, de buena familia, como lo verás por los recuerdos de la señora. Vivió pobre casi toda su vida i dejó, segun me han contado, un pequeño capitalito de ocho mil pesos con el cual la familia se ha librado de la miseria. El promojénito, despues de derrochar su haber paterno, vive a espensas de la madre i costea con los naipes sus menudos gastos. En tiempo de elecciones es un activo patriota, si la oposicion le paga mejor que el gobierno i conservador neto si éste gratifica su actividad : a veces lleva su filosofia hasta servir a los dos partidos a un tiempo, porque, como él dice, todos son compatriotas.

Con dos chicas bonitas era imposible que el amor no buscase allí un techo hospitalario, i así lo ha hecho. Pero apenas lo creerás cuando te nombre el amartelado galan de Adelaida.

— ¿Quién es? preguntó Martin.

— El elegante hijo de tu protector.

— ¡Agustin!

— El mismo. Poco tiempo despues de llegar de Europa, le llevó allí un amigo suyo. Al principio

creyó enamorar a Adelaida con su traje i sus galicismos i fué tomando sérias proporciones su afición a la chica a medida que encontró mas enérgica resistencia que la que esperaba.

Si la muchacha le hubiese amado, creo que él no habria tenido escrúpulo de perderla i abandonarla; mas con la resistencia, su capricho va tomando el colorido de una verdadera pasión.

— ¡I la otra ¿a quién quiere?

— Ahora a nadie, a pesar de los rendidos suspiros de un oficial de policía que la ofrece seriamente su mano. Edelmira ha soñado tal vez algo de mas poético en armonía con los héroes de folletín, porque desdeña los homenajes de este hijo menor de Marte que se desespera dentro de su uniforme como si se tratase de una perpetua postergación en su carrera.

Al decir estas palabras, Rafael habia concluido de vestirse i daba la última mano a su peinado. En este momento i como habia dejado de hablar, fijó la vista Rivas en un retrato de daguerreotipo que habia colocado sobre una mesa de escritorio.

— ¡Hombre, dijo, esta cara la he visto en alguna parte!

— ¿Si? quién sabe, contestó San Luis, alejando la luz. ¿Quieres que nos vayamos? añadió apagando una de las velas i tomando la otra como para salir.

—Vamos, respondió Martin, saliendo junto con su amigo.

Dirijiéronse de casa de San Luis a una casa de la calle del Colejio cuya puerta de calle estaba cerrada, como se acostumbra entre ciertas jentes en sus festividades privadas.

Rafael dió fuertes golpes a la puerta, hasta que una criada vino a abrirla.

Dar una idea de aquella criada, tipo de la sirvienta de casa pobre, con su traje sucio i raido i su fuerte olor a cocina, seria martirizar la atencion del lector. Hai figuras que la pluma se resiste a pintar, prefiriendo dejar su reproduccion al pincel de algun artista: allí está en prueba el Niño Mendigo de Murillo, cuya descripcion no tendria nada de pintoresco ni agradable.

—Estamos en pleno picholeo, dijo Rafael a Rivas, deteniéndose delante de una ventana que daba al estrecho patio a que acababan de entrar.

—Veo, contestó Martin, muchas mas personas que las que me has descrito.

—Esas son las amigas i las amigas de éstas, convidadas a la tertulia. Mira: allí tienes a la ambiciosa Adelaida. ¿Qué tal te parece?

—Mui bonita; pero hai algo de duro en su ceño que revela un carácter calculador i que rechaza toda confianza. Este juicio es tal vez un resultado de la descripcion que me has hecho de ella.

—No, no, todo eso retrata la fisonomía de Adelaida, tienes razon: pero a los ojos del vulgo, esa dureza de espresion es majestad. Tu conocido Agustin Encina dice que se le figura una reina disfrazada. Mira, no obstante lo que se parecen con su hermana ¡qué inmensa diferencia hai entre ella i Edelmira, que está allí cerca! ¡Quitale un poco de esa languidez que el romanticismo dá a sus ojos i tendrás una criatura adorable!

—Tienes razon, contestó Rivas, la encuentro mas bonita que la hermana.

—Mira, mira, dijo San Luis, asiendo el brazo de Martin, allí vá Amador, el hermano; ese que lleva un vaso de *ponche* llamado en estas reuniones *chincolito*. ¿No encuentras que Amador es soberbio en su especie? Ese chaleco de raso blanco, bordado de colores por alguna querida prolija, es de un mérito elocuentísimo. La corbata tiene dos listas lacres que dan un colorido especial a su persona i el pelo encrespado, como el de un ángel de procesion, tiene la muda elocuencia del mas hábil pincel porque caracteriza perfectamente al personaje. Miralo, está en su elemento con el vaso de licor que ofrece a una niña.

En ese instante un jóven se acercó al que así ocupaba la atención de los dos amigos i le dijo algunas palabras al oido.

Amador salió de la pieza a otra que daba al patio

i por ésta al lugar en que San Luis i Rivas se habian detenido.

—Caballeros, dijo acercándose, ¿qué no me harán Uds. la gracia de entrar a la *cuadra*?

—Estábamos poniéndonos los guantes, contestó Rafael: ya íbamos a entrar.

Luego señalando a su amigo.

—Don Amador, le dijo, tengo el gusto de presentarle al señor don Martin Rivas.

—El señor don Amador Molina, dijo a Martin.

—Un criado de Ud., para que me mande, dijo Amador, recibiendo el saludo del jóven Rivas.

Los tres entraron entónces a la pieza contigua a la que Amador habia llamado la *cuadra*.



XIII

Las miradas de los concurrentes se dirijieron hácia los que llegaban precedidos por Amador. Los jóvenes les saludaron con amaneramiento i recelo, las niñas hablándose al oido despues que les eran presentados,

El bullicio que reinaba en aquella reunion cuando Rivas i San Luis se detuvieron en el patio, cesó repentinamente apénas ellos entraron. En medio de este silencio se oyó una voz sonora de mujer que lo interrumpió con estas palabras:

—El es, ya se quedaron como muertos, como si nunca hubieran visto jente.

Era la voz de doña Bernarda que, puesta en jarra en medio del salon, animaba con el jesto a los tertulianos.

Las niñas se sonrieron bajando la vista i los jóvenes parecieron volver en sí con tan elocuente exhortacion.

—Dice bien *misia* Bernardita, exclamó uno, vamos bailando cuadrillas, pues.

—Cuadrillas, cuadrillas, repitieron los demas, siguiendo el ejemplo de éste.

Un amigo de la casa, se acercó al piano, que él mismo habia hecho llevar allí por la mañana i comenzó a tocar unas cuadrillas, miéntras se ponian de pié las parejas que iban a bailarlas. Entre éstas no habia distincion de edades ni condiciones, hallándose una madre que rayaba en los cincuenta, frente a la hija de catorce años que hacia esfuerzos por alargarse el vestido i parecer *grande* a riesgo de romper la pretina.

—*Anda rompete* el vestido con tanto tiron, le decia la primera, causando la desesperacion de su compañero, que afectaba la maneras del buen tono en presencia de Rivas i de su amigo,

En otro punto, un jóven hacia requiebros en voz alta a su compañera para manifestar que no tenia vergüenza delante de los recién llegados.

—Señorita, la decia, le digo que es ladrona porque Ud. anda robando corazones.

A lo que ella contestaba en voz baja i con el rubor en las mejillas:

—Favor que Ud. me hace, caballero.

Doña Bernarda recorría como dueña de casa, el espacio encerrado por las parejas, diciendo a su manera un cumplido a cada cual. Al llegar frente a la mamá que hacía *vis a vis* con su hija, principió a mirarla meneando la cabeza con aire de malicia.

—¡Mira la vieja como se anima también! exclamó, i con un buen mozo además! Eso es, hijita, no hai que recular!

—Por supuesto pues, contestó ésta, ¿que las niñas no mas se han de divertir?

Amador se ajitaba en todas direcciones buscando una pareja que faltaba.

—I Ud., señorita, dijo a una niña despues de haber recibido las excusas de otras, ¿no me hará el merecimiento de acompañarme?

—No he bailado nunca cuadrillas, respondió ella con voz chillona, ¿si quiere *porca*?

—Sale no mas, Mariquita, la dijo doña Bernarda: aquí te enseñarán, no *pensis*, que es tan rudo.

Al cabo de algunas instancias, Mariquita se decidió a bailar i la cuadrilla dió principio al compás de los desacordes sonidos del piano, sobre cuyo pedal el tocador hacía esfuerzos inauditos, ajitándose en el banquillo, que con tales movimientos sonaba casi tanto como el instrumento.

No contribuía poco también la algazara de los danzantes i espectadores a sofocar los apagados sonidos del piano, porque Mariquita i la niña de

catorce años se equivocaban a cada instante en las figuras i recibian lecciones de tres o cuatro a un tiempo.

—Por aquí, Mariquita, decia uno.

—Eso es, ahora un saludo, añadía otro.

—Por acá, por acá, gritaba una voz.

—Míreme a mí i haga lo mismo, la decia Amador, contorneándose al hacer *adelante i atras* con su *vis a vis*.

—No griten tanto, pues, vociferaba el del piano, así no se oye la música.

—*Toma* un traguito de mistela, para la calor, le dijo doña Bernarda, pasándole una copa, miéntras que Amador daba fuertes palmadas para indicar al del piano el cambio de figura.

En la segunda, la niña de catorce años quiso hacer lo mismo que en la primera, turbando tambien al que bailaba a su frente e introduciendo jeneral confusion, porque todos querian principiar a un tiempo para corregir a los equivocados i restablecer el órden a fuerza de esplicaciones. Este desórden, que desesperaba a los jóvenes i a las niñas que pretendian dar a la reunion el aspecto de una tertulia de buen tono, regocijaba en extremo a doña Bernarda, que con una copa de mistela en mano, aplaudia las equivocaciones de los danzantes i repetia de cuando en cuando, llena de alborozo por lo animado de la reunion:

—¡Vaya con la liona que arman para bailar!

Rafael San Luis era, con gran sorpresa de Rivas, uno de los que mas alegría manifestaban, contribuyendo por su parte en cuanto podia a embrollar el mui enmarañado nudo de la cuadrilla; haciendo a veces oir su voz sobre todas las otras, i aprovechando la confusion para quitar a alguno su compañera i principiar con ella otra figura, lo que perturbaba la tranquilidad apénas daba visos de restablecerse.

Martin observaba a su amigo bajo aquel nuevo punto de vista, que contrastaba con la melancólica seriedad que siempre habia notado en él, i creia divisar algo de forzado en el empeño que San Luis manifestaba por aparentar una alegría sin igual.

—Su amigo es el regalon de la casa, le dijo acercándose doña Bernarda.

—No le creia tan de buen humor, contestó Rivas.

—Así es siempre, griton i *mete bulla*; pero tiene un corazon de serafin. ¿No le ha contado lo que hizo conmigo?

—No, nunca me ha dicho nada.

—Esa es otra que tiene, a nadie le cuenta las obras de caridad que hace; pero yo se la contaré para que lo conozca mejor. El año pasado estuve a la muerte i despues de sanar, cuando quise pagar al médico i al boticario, me encontré con que no

les debia nada, porque él ya los habia pagado. ¡Ah, es un buen muchacho!

El profundo agradecimiento con que doña Bernarda pronunció aquellas palabras, hizo una fuerte impresion en el ánimo de Rivas, llamando su atencion de nuevo sobre la loca alegría de San Luis, que en ese momento habia hecho llegar a su colmo la confusion i algazara de los de la cuadrilla.

Al verse observado por su amigo, Rafael vino hácia él. En el corto espacio que recorrió para llegar hasta Martin su rostro habia dejado la espresion de contento que lo cubria, por la serena tristeza que revelaba ordinariamente.

—Esto principia no mas, le dijo: a medida que nos pierdan la vergüenza, nos divertiremos mejor.

—¿I realmente te diviertes? le preguntó Martin.

—Real o finjido, poco importa, contestó San Luis con cierta exaltacion, lo principal es aturdirse.

I se alejó despues de estas palabras, dejando a Rivas en el mismo lugar. Iba éste a salir a la pieza contigua, cuando se halló frente a frente con Augustin Encina, que llegaba deslumbrante de elegancia. Los dos jóvenes se miraron un momento indecisos, i un lijero encarnado cubrió sus rostros al mismo tiempo.

—¡Ud. por aquí, amigo Rivas! exclamó el elegante.

—Ya lo vé Ud... contestó Martin, i no adivino por qué se admira, cuando Ud. frecuenta la casa.

—Admirarme, eso no: lo decia porque como Ud. es hombre tan retirado.... Yo vengo porque esto me recuerda algo las *grisetas* de Paris i luego en Santiago no hai *amuzamientos* para los jóvenes.

Agustin se fué, despues de esto, a saludar a la dueña de casa, que por mostrarle su amabilidad le señaló tres dientes que le quedaban de sus perdidos encantos.

En este momento Rafael, que acababa de divisar al jóven Encina, tomó del brazo a Rivas i se adelantó hácia él.

—¿Has saludado, le dijo estrechando la mano de Agustin, a este elegante? Aquí, todas las chicas se mueren por él.

—Estás de buen humor querido, le contestó Encina, poniéndose lijeramente encarnado; mucho me alegro.

I pasó al salon, ostentando una gruesa cadena de reloj con la que esperaba subyugar a la desdeñosa Adelaida.

Terminada la cuadrilla, doña Bernarda llamó a algunos de sus amigos.

—Vamos al montecito, les dijo; es preciso que nosotros tambien nos divirtamos.

Varias personas rodearon una mesa sobre la cual

doña Bernarda colocó un naípe, i las restantes, con Rivas i San Luis, entraron al salón donde se oía el sonido de una guitarra.

Tocábala Amador, sentado en una silla baja i dirijiendo miradas a la concurrencia, miéntras que la criada que habia abierto la puerta a Rafael, pasaba una bandeja con copas de mistela.

Hombres i mujeres acojieron el licor con agrado, i Amor, dejando la guitarra, presentó un vaso a Rivas i otro a Rafael, obligándoles a apurar todo su contenido. A esta libacion, sucedieron varias otras que aumentaron la alegría pintada en todos los semblantes e hicieron acojer con entusiasmo la voz de uno que resonó diciendo:

—¡Cueca, cueca, vamos a la cueca!

Ajitáronse al aire varios pañuelos i Rivas vió con no poco asombro salir al medio de la pieza a una niña que daba la mano al mismo oficial que le habia recibido en la policía la noche de su prision.

—Este es el oficial que estaba de guardia cuando me llevaron preso, dijo a Rafael.

—I el mismo enamorado de Edelmira, le contestó éste: acaba de llegar, por eso no le habias visto.

Resonó en esto la alegre música de la Zamacueca bajo los dedos de Amador, i se lanzó la pareja en las vueltas i movimientos de este baile, junto con la voz del hijo de doña Bernarda, que cantó elevando

los ojos al techo, el siguiente verso, tan viejo tal vez como la invencion de este baile:

Antenoche soñé un sueño
Que dos negros me mataban
I eran tus hermosos ojos
Que enojados me miraban.

Seguian muchos de los espectadores, palmo-teando, al compas del baile i animando otros a los de la pareja con descomunales voces.

—¡Ai, morena! gritaba una voz haciendo un largo suspiro con la primera palabra.

—¡Ha, haa, decia otra al mismo tiempo.

—¡Ofrécele, chico!

—¡No la dejes parar!

—¡Bornéale el pañuelo!

—Echale mas *guara* oficialito!

Eran voces que se sucedian i repetian, miéntras que Amador cantaba:

A dos niñas bonitas
Queriendo me hallo;
Si feliz es el hombre
Mas lo es el gallo.

Al terminar la repeticion de estas últimas palabras, un *bravo* jeneral acojió la vieja galantería que usó el oficial, poniéndose de rodillas delante de su compañera al terminar la última vuelta.

Continuaron entónces las libaciones, aumentando el entusiasmo de los concurrentes, que lanzaban amanerados requiebros a las bellas i bromas de problemática moralidad a los galanes. Al estiramiento con que al principio se habian mostrado para copiar los usos de la sociedad de gran tono, sucedia esa mezcla de confianza i alambicada urbanidad que da un colorido peculiar a esta clase de reuniones. Colocada la jente que llamamos de *medio pelo*, entre la democrácia que desprecia i las *buenas familias* a las que ordinariamente envidia i quiere copiar, sus costumbres presentan una amalgama curiosa, en las que se ven adulteradas con la presuncion las costumbres populares, i hasta cierto punto en caricatura las de la primera jerarquía sôcial, que oculta sus ridiculeces bajo el oropel de la riqueza i de las buenas maneras.

Rafael hacía a Rivas estas observaciones mientras huian de uno que se empeñaba en hacerles apurar un vaso de ponche.

—Por esto, decia Sans Luis, entre estas jentes, los amores avanzan con mas celeridad que por medio de los estudiados preliminares que en los grandes salones emplean los enamorados para llegar a la primera declaracion. El uso de las ojeadas, recurso de los amantes tímidos i de los amantes tontos, es aquí casi superfluo. ¿Te gusta una niña? se lo dices sin rodeos: no creas que obtienes tan franca contestacion como

podrias figurarte. Aquí, i en materia que toque al corazon, la mujer es como en todas partes: quiere que la obliguen, i no te responderá sino a medias.

—Te confieso, Rafael, dijo Rivas, que no puedo divertirme aquí.

—Eh, yo no te obligo a divertirme, replicó San Luis; pero te declaro perdido si no te distraes siquiera con la escena que vas a ver. Te voi a mostrar un espectáculo que tú no conoces.

—¿Cual?

—El de un rico presuntuoso a merced de la passion, como el mas infeliz: espérate.

Rafael llamó al jóven Encina que multiplicaba sus protestas de amor al lado de Adelaida. El rostro del jóven estaba encendido por el vapor de la mistela, i por la desesperacion que le causaba la frialdad con que la niña recibia sus declaraciones.

—¿Cómo están los amores? le preguntó San Luis.

—Así, así, contestó Agustin contorneándose.

—Quiere U. que le diga una verdad?

—Veamos.

—Al paso que va U. no será nunca amado.

—¿Por qué?

—Porque U. está haciendo la corte a Adelaida como si fuera una gran señora. Es preciso, para agradar a estas jentes, mostrarse igual a ellas i no darse el tono que U. se dá.

—Pero ¿cómo?

—¿Ha bailado U.?

—No.

—Pues saque a bailar a Adelaida una zamacueca, i ella verá entónces que U. no se desdena de bailar con ella.

—¿Cree U. que surta buen efecto eso?

—Estoi seguro.

Agustin, cuyas ideas no estaban mui lucidas con las libaciones, halló mui lójica la argumentacion que oía; pero tuvo una objeccion.

—Lo peor es que yo no sé bailar zamacueca.

—Però qué importa? ¿no dice U. que en Francia ha bailado lo que llaman *can-can*?

—¡Oh, eso sí!

—Pues bien, es lo mismo, con corta diferencia.

Agustin se decidió con aquel consejo i solicitó de Adelaida una zamacueca.

Un bravo acojió la aparicion de la nueva pareja; Rafael puso la guitarra en manos de Amador que cantó, improvisando con voz que la mistela habia puesto mas sonora:

Sufriendo estoi vida mida
De mi suerte los rigores
Mientras que, ingrata tirana
Te ries de mis dolores.

Agustin, animado por San Luis, se lanzó desde

las primeras palabras del canto con tal impetu, que dió un traspie i bamboleó por algunos segundos a las plantas de Adelaida. Gritaron entónces todos los que palmoteaban, dirijiendo cada cual su chuscada al malhadado elegante.

—¡Allá vá el pinganilla!

—Venga hijito, para levantarlo.

—No se asuste, que cae en blando.

—Pásenle la balanza que está en la cuerda.

Enderezóse, sin embargo, Agustin i continuó su baile, haciendo tales cabriolas i movimiento de cuerpo, que la grita aumentaba léjos de disminuir, i Amador, finjiendo voz de tiple, cantaba con gran regocijo de los oyentes:

Al saltar una acequia
Dijo una coja
Agárrenme la pata
Que se me moja.

Repitiendo todos estas últimas palabras, hasta que el elegante creyó que las voces que oía las arrancaba el entusiasmo i cayó de rodillas a los pies de su compañera para imitar a los que le habian precedido.

Adelaida recibió aquella muestra de galantería con una franca carcajada, corriendo hácia su asiento, i los demas repitieron los ecos de su risa al ver al jóven que habia quedado de rodillas en medio de la pieza.

Rafael siguió a Rivas al cuarto vecino. Este parecía descontento con el papel que acababa de ver representar al hijo de su protector.

—Es un fátuo redomado, contestó San Luis a una observacion que él hizo en este sentido; i se figura, como nuestros ricos en jeneral, que su dinero le pone a cubierto del ridículo. Además, es tan grande el acatamiento que nuestra sociedad dispensa a los que cubren con oro su impertinencia, que bien puedo reirme de uno de ellos.

Rivas se separó de su amigo, que se habia detenido junto a la mesa en que doña Bernarda jugaba al monte.

Una silla habia al lado de Edelmira i Martin se sentó en ella.

—Poca parte le he visto tomar en la diversion, le dijo la niña.

—Soi poco amigo del ruido, señorita, contestó él.

—De manera que Ud. habrá estado descontento:

—No; pero veo que no tengo humor para estas diversiones.

—Tiene Ud. razon: yo que las he visto tanto, no he podido aun acostumbrarme a ellas.

—¿Por qué? preguntó Martin, sintiendo picada su curiosidad por aquellas palabras.

—Porque creo que nosotras perdemos en ellas

nuestra dignidad i los jóvenes que, como Ud. i su amigo San Luis, vienen aquí, nos miran solo como una entretencion i no como a personas dignas de Uds.

—En esto, creo que Ud. se equivoca, a lo ménos por lo que a mí respecta, i ya que Ud. me habla con tanta franqueza, le diré que hace poco rato, mirándola a Ud. creí adivinar en su semblante lo que Ud. acaba de decirme.

—¡Ah, lo notó Ud!

—Sí, i confieso que me agradó ese disgusto i pensé, con sentimiento, que Ud. tal vez sufría por su situacion.

—Jamás, como dije a Ud., he podido acostumbrarme a estas reuniones de que gustan mi madre i mi hermano. Entre jóvenes, como Uds. i nosotras, hai demasiada distancia para que puedan existir relaciones desinteresadas i francas.

—¡Pobre niña! pensó Rivas, al encontrar otro corazon herido, como el suyo, por el anatema de la pobreza.

A esta idea unió Martin la de su amor, para imaginarse que tal vez Edelmira amaba como él sin consuelo.

—No comprendo, la dijo, el desaliento con que Ud. se espresa, al pensar en que Ud. es joven i bella. No crea Ud. que sea esta una lisonja, añadió viendo que Edelmira bajaba la vista con tristeza; mi observacion nace de la probabilidad con que

puedo pensar que Ud. debe haber sido amada i haya tal vez podido ser feliz.

—A nosotras, contestó Edelmira con tristeza, no se nos ama como a las ricas: tal vez las personas en quienes tenemos la locura de fijarnos, son las que mas nos ofendan con su amor i nos hagan conocer la desgracia de no poder contentarnos con lo que nos rodea.

—¿De modo que Ud. no cree poder hallar un corazon que comprenda el suyo?

—Puede ser, mas nunca encontraré uno que me ame bastante para olvidar la posicion que ocupo en la sociedad.

—Siento no poseer aun la confianza de Ud. para combatir esa idea, dijo Rivas.

—I yo le hablo con esta franqueza, repuso ella, porque ya su amigo me habia hablado de Ud. i porque Ud. ha justificado en parte lo que él dice.

—¡Cómo!

—Porque Ud. ha hablado sin hacerme la corte, lo que casi todos los jóvenes hacen cuando quieren pasar el tiempo con nosotras.

Varios de los concurrentes trataron de hacer bailar zamacueca a Rivas con Edelmira, a lo que ambos se negaron con obstinacion. Mas no habrian podido libertarse de las exigencias que les rodeaban, si Rafael no hubiese socorrido a su amigo, asegurando que jamás habia bailado.

XIV

Entre tanto, la animacion iba cobrando por momentos mayores proporciones i los vapores espirituosos de la mistela apoderándose del cerebro de los bebedores en grado visible i alarmante. Cada cual, como en casos tales acontece, elevaba su voz para hacerla oír sobre las otras i los que al principio se mostraban callados i circunspectos, desplegaron poco a poco una locuacidad que solo se detenía en algunas palabras a causa del entorpecimiento comunicado a las lenguas por el licor.

Una harpa se había agregado a la guitarra i hecho desdeñar el uso del piano como superfluo. Tocaban de concierto aquellos dos instrumentos, i a la voz nasal de la cantora, que a duo se elevaba con la de Amador, se unía el coro de animadas voces con que los demás trataban de entonar su acompaña-

miento con el estribillo de una tonada; todo lo cual hacia levantar de cuando en cuando la cabeza a doña Bernarda i esclamar para establecer el órden.

—¡Adios, ya se volvió merienda de negros!

El oficial de policía, a quien llamaban por el nombre de Ricardo Castaños, aprovechándose del momento en que Rivas se puso de pié para libertarse de la zamacueca, se habia sentado junto a Edelmira i la daba quejas por la conversacion que acababa de tener, miéntras que Agustin, olvidado de su aristocrática dignidad, bebia todo el contenido de un vaso en el que Adelaida habia mojado sus lábios.

—I si Ud. no lo quiere, decia el oficial a Edelmira, ¿por qué deja que le hable al *oído*?

—Mi corazon es *todo a Ud.*, decia en otro punto Agustin, yo se lo doi todo entero.

La del harpa i Amador cantaban:

Me voi, pero voi contigo,
Te llevo en mi corazon;
Si quieres otro lugar
No permite otro el amor.

I todos los que por ambas piezas vagaban con vaso en mano; repetian con descompasadas voces:

No permite otro el amor.

I Rivas, entre tanto, oia la última palabra, que

despertaba en su pecho la amarga melancolía de su aislamiento, haciéndole pensar que tal vez no vería nunca realizada la magnífica dicha que ella promete a los corazones jóvenes i puros. Hostigábale por eso el ruido i oprimía su pecho la facilidad con que los otros rendían sus corazones a un amor improvisado por los vapores del licor.

Miéntas hacia estas reflexiones, Rafael, llamaba a los concurrentes al patio i prendía allí voladores, que al estallar por los aires, arrancaban frenéticos aplausos i vivas prolongados a doña Bernarda, dueña del Santo.

La voz de Amador llamó a los convidados al interior.

—Ahora muchachos, dijo, vamos a cenar.

—¡A cenar, exclamaron algunos, ese sí que es lujo!

—¿I qué estaban pensando, pues? replicó el hijo de doña Bernarda; aquí se hacen las cosas en regla.

La bulliciosa jente invadió una pequeña pieza blanqueada, en la que se habia preparado una mesa. Cada cual buscó colocacion al lado de la dama de su preferencia i atrás de ellas quedaron de pié los que no encontraron asiento al rededor de la mesa.

—Hijitos, exclamó doña Bernarda, aquí el que no tenga *trinche* se bota a pié i se rasca con sus uñas.

Esta advertencia preliminar fué celebrada con nuevos aplausos i dió la señal del ataque a las viandas, que todos emprendieron con denuedo.

Frente a doña Bernarda, que ocupaba la cabecera de la mesa, ostentaba su cuero dorado por el calor del horno, el pavo que figura como un bocado clásico en la cena de Chile, cualquiera que sea la condicion del que la ofrece. El pescado frito i la ensalada, daban a la mesa su valor característico i lucian junto al chanco arrollado i a una fuente de aceitunas, que doña Bernarda contaba a sus convidados haber recibido por la mañana de parte de una prima suya, monja de las Agustinas. Para facilitar la dijestion de tan nutritivos alimentos, se habian puesto algunos jarros de la famosa cosecha baya de García Pica i una sopera de ponche en la que cada convidado tenia derecho de llenar su vaso, con la condicion de no mojar en el líquido los dedos, segun la prevencion hecha por Amador al llenar el suyo i apurarlo entero para dar su opinion sobre su sabor.

Los galanes iniciaron con las niñas una série de atenciones i *finezas* olvidadas en los mejores textos de urbanidad. Un jóven ofrecia a la que cortejaba, la parte del pavo donde nacen las plumas de la cola, i al pasar esta presa clavada en el tenedor, lanzaba un requiebro en que figuraba su corazon atravesado por la zaeta de Cupido. El oficial de policía se ne-

gababa a beber en otro vaso que el que los labios de Edelmira habian tocado, i Amador amenazaba destruirse para siempre la salud, bebiendo grandes vasos de chicha a la de una jóven que tenia al lado. Agustin, al mismo tiempo, habiendo agotado ya su elocuencia amatoria con Adelaida, referia sus recuerdos sobre las cenas de Paris i hablaba de la *suprema de volalla*, engullendo un supremo trozo de chanco arrollado.

Las frecuentes libaciones comenzaron por fin a desarrollar su maléfica influencia en el cerebro del oficial, que quiso probar su amor dando un beso a Edelmira, que lanzó un grito. A esta voz la dignidad maternal de doña Bernarda la hizo levantarse de su silla i lanzar al agresor una reprimenda en la que figuraba la abuela del oficial, que en este caso era tuerta, como bien puede pensarse. Amador quiso castigar tambien la osadía del temerario enamorado, pero sus piernas se negaron a conducirle, dejándole caer en tierra. Este suceso suspendió por un momento la alegría jeneral; mas no el efecto de la mezcla de licores en el estómago de Agustin, quien fué llevado por otros como un herido en una batalla, al mismo tiempo que el oficial principió a dar voces de mando cual si se encontrase al frente de su tropa. Otros, entretanto, a fureza de beber se habian enternecido i referian sus cuitas a las paredes con el rostro bañado en lágrimas, miéntras

que en algun rincón habia grupos de jóvenes que se juraban, abrazándose, eterna amistad i muchos otros que repetian hasta el cansancio a doña Bernarda que no debia enojarse porque besaban a Edelmira. Estos diversos cuadros, en los que cada personaje se movia a influjos del licor, i no de la voluntad, tenian todo el grotesco aspecto de esas pinturas favoritas de la escuela flamenca en las que el artista traslada al lienzo, sin rebozo, las consecuencias de lo que en los términos de la jente que describimos se llama *borrachera*. Anunciaban tambien esos cuadros la decadencia del *picholeo* con la inutilidad fisica de los actores, de los cuales la mayor parte recibian socorros de las bellas, para calmar sufrimientos capaces de destruir la mas acendrada pasión.

Los pocos que quedaban en pié, sin embargo, no daban por terminada la fiesta i mantenian escondida la llave de la puerta de calle para no dejar salir a Rivas i a San Luis que querian retirarse. Allí tuvo lugar, como escena final, una discusion de un cuarto de hora, en la que tomaron parte todas las personas que querian salir i los obstinados en prolongar la diversion. Por fin los ruegos de doña Bernarda hicieron desistir de su propósito a los que guardaban la puerta, que dió paso a los concurrentes que habian quedado con fuerzas para trasladarse a sus habitaciones por sus propios piés.

Doña Bernarda i sus hijas volvieron al campo donde yacia por tierra el oficial i otro de los convidados, a los que se les cubrió con frazadas. El jóven heredero de don Dámaso Encina dormia profundamente en la cama de Amador a donde le habian llevado sin sentido.

Doña Bernarda se retiró con sus hijas a una pieza que servia a las tres de dormitorio. Apénas se hallaron en ella, apareció Amador, que, mas aguerrido que los demas en esta clase de campañas, habia recobrado un tanto sus sentidos.

— Vaya, hermana, dijo a Adelaida, ya creo que el mocito está enamorado hasta las patas.

— ¡I esta otra tonta, dijo doña Bernarda, señalando a Edelmira! que se lleva haciendo la dengosa con el oficialito. Podia aprender de su hermana.

— Pero madre, yo no quiero casarme, contestó la niña.

— ¿I qué, estais pensando que yo te voi a mantener toda la vida? Las niñas se deben casar.

— Mira, el oficialito tiene buen sueldo, i el sargento que es pariente de la criada me dijo que lo iban a ascender.

— No todas encuentran marqueses, como ésta, repuso Amador, dirijiendo la vista hácia Adelaida.

— Pero cuidado pues, exclamó la madre, andarse con tiento : estos hijos de rico solo quieren embromar : Adelaida, la que pestaña, pierde.

— Si no habla de casamiento, allí está Amador para echarlo de aquí, contestó Adelaida.

— Déjenmelo a mí no mas, repuso Amador. Antes de un año, madre, hemos de estar emparentados con esos ricachos.

Con esto se dieron las buenas noches, encargando la dueña de casa que despertasen temprano a los inválidos de la fiesta, para que pudieran irse ántes que ellas saliesen a misa.

Miéntas tanto, Agustin roncaba como su estado de embriaguez lo exijia, sin saber los caritativos proyectos de sus huéspedes para acojerlo en el seno de la familia.



XV

Rafael i Martin llegaron a casa del primero poco tiempo despues de salir de la de doña Bernarda.

Era ya cerca de las tres de la mañana cuando los jóvenes llegaron a la casa de la calle de la Ceniza que ocupaba San Luis.

—Ya es mui tarde para que te vayas, dijo éste a Rivas i mejor me parece que te quedes conmigo. Agustin no se encuentra en estado de moverse, de modo que nadie entrará i no notarán tu ausencia.

Al decir estas palabras, encendia Rafael dos luces i presentaba a Rivas una poltrona.

—¿ Nada te has divertido? le preguntó.

—Poco, dijo Martin, reclinándose caviloso en la poltrona.

—Te vi un momento conversar con Edelmira. Es

una pobre muchacha desgraciada, porque se avergüenza de los suyos i aspira a jentes que la valgan, a lo ménos por el lado del corazon.

— Lo que he advinado de sus sentimientos en la corta conversacion que tuvimos, me inspiró lástima, dijo Martin. ¡Pobre muchacha!

— ¿La compadeces?

— Sí, tiene sentimientos delicados i parece sufrir.

— Es verdad; pero ¡qué hacer! Será un corazon mas que se queme por acercarse a la luz de la felicidad, dijo Rafael suspirando.

Luego añadió, pasando los dedos entre sus cabellos :

— Es la historia de las mariposas, Martin; las que no mueren, conservan para siempre las señales del fuego que les quemó las alas. ¡Vaya, parece que estoi poetizando : es el licor que habla!

— Sigue, díjole Rivas, a quien por el estado de su alma, cuadraba el acento triste con que San Luis habia pronunciado aquellas palabras.

— Esa maldita mistela me ha puesto la cabeza como fuego. Tomemos té i conversemos : los vapores del licor desatan la lengua i ponen expansivo el corazon.

Encendió un anafe con espíritu de vino, i un cigarro en el papel con que acababa de comunicar la luz al licor.

— No te has divertido segun he visto, dijo tendiéndose en un sofá.

— Es cierto.

— Tienes un defecto grave, Martin.

— ¿Cuál?

— Tomas la vida mui temprano por el lado sério.

— ¿Por qué?

— Porque te has enamorado de veras.

— Tienes razon.

— A ver, hagamos una cuenta, porque en todo es preciso calcular; ¿en qué proporcion aprecias tus esperanzas?

— ¿Esperanzas de qué?

— De ser amado por Leonor, porque a Leonor es a quien amas.

— En nada, no las tengo.

— Vamos, no eres tan desgraciado, exclamó Rafael levantándose.

Rivas le miró con asombro, porque creia que amar sin esperanzas era la mayor desgracia imaginable.

— Es decir, prosiguió San Luis, que ni una ojeada, ni una de esas señales casi imperceptibles con que las mujeres hablan al corazon.

— No, ninguna.

— ¡Tanto mejor!

— ¿Conoces a Leonor? le preguntó Martin cada vez mas admirado.

— Si, es lindísima.

— Entonces, no te comprendo.

— Voi a explicarme. Supongo que ella te ame.

— ¡Oh, jamas lo hará!

— Es una suposicion. Me confesarás que un amor correspondido tiene mil veces mas fuerzas para aferrarse al corazon que el que vive de suspiros i sin esperanza. Está dicho : ella te ama. Has conquistado el mundo entero, i para afianzar la conquista quieres casarte con ella. Esta es la vida, i tú bendices al cielo hasta el momento en que vas a pedirla a los padres. Tu amor i el de tu ángel, que te eleva a tus propios ojos a la altura de un semidios, te ha hecho olvidar que eres pobre, i la realidad, bajo la forma de los padres, te pone el dedo en la llaga. ¡Estás leproso i te arrojan de la casa como un perro! Esta historia, querido, no pierde su desgarradora verdad por repetirse todos los dias en lo que llamamos sociedades civilizadas. ¿Quieres ser el héroe de ella.?

Martin vió que San Luis se habia ido exaltando hasta concluir aquellas palabras con una risa sofocada i trabajosa.

— ¡Pobre Martin! repuso San Luis preparando el té. Créeme, tengo experiencia en mis cortos años i te lo voi a probar con mi propia historia. A nadie he hablado de ella; pero en este momento su recuerdo me ahoga i quiero confiártela para que te

sirva de leccion. Te he estudiado desde que te conozco, i si busqué tu amistad fué porque eres pobre, te he querido despues porque eres bueno i noble : ¡no quisiera verte desgraciado!

—Gracias, contestó Martin; a tu amistad debo la poca alegría que he tenido en Santiago.

San Luis sirvió dos tazas de té, aproximó una pequeña mesa junto a Rivas i se colocó a su frente.

Oyeme, pues, le dijo. No es una novela estu-
penda lo que voi a contarte. Es la historia de mi
corazon. Si no te hallases enamorado, me guarda-
ria bien de referirtela, porque no la comprenderias
a pesar de su sencillez. Me veo obligado a empezar,
como dicen, por el principio, porque jamás nada te
he dicho de mi vida. Mi madre murió cuando yo
solo tenia seis años : el sueño me trae a veces su
imájen, divinizada por un cariño de huérfano; pero
despierto apenas recuerdo su fisonomía. Me crié de
interno en un colejio al que mi padre venia a
verme con frecuencia. ¡Pasó la infancia, llevándose
su alegría inocente i vino la pubertad! Yo habia
sido un niño puro i continué siéndolo cuando la re-
fleccion comenzó a tener parte en mis acciones. A
diez i ocho años me gustaba la poesía i rimé con
ese calor en el pecho de que habla Descartes
cuando describe el amor. A esa edad conocí a la
dueña de ese retrato.

Martin miró el daguerreotipo que Rafael le presentaba. Era el mismo que habia llamado su atencion algunas horas ántes.

— ¿Es Matilde, la prima de Leonor? preguntó fijándose bien en el retrato.

— La misma, contestó San Luis, sin mirarlo.

— La ví anoche en casa de don Dámaso.

— Ese amor, continuó Rafael, llenó mi corazon i me puso a cubierto de los desarreglos a que el despertar de las pasiones arroja a la juventud. Amé a Matilde dos años sin decírselo. Nuestros corazones hablaron mucho tiempo ántes que nuestras lenguas. A los veinte años, supe que ella me amaba tambien hacía dos. Me encontré, pues, en esa situacion, que calificué hace poco, diciéndote que habias conquistado el mundo : ese mundo, para un jóven de veinte años, lo presenta con todas sus glorias el corazon de una mujer amante.

Rafael hizo una pausa para encender su cigarro que habia dejado apagarse.

— Hasta aquí eres mui feliz, dijo Rivas, que pensaba que la dicha de ser amado una vez, seria bastante para quitar el acibar de todas las desgracias ulteriores.

« Viví hasta los veintidos años en un mundo rosado, continuó San Luis. Los padres de Matilde me acariciaban porque el mio era rico i especulaba en grande escala. Ella, siempre tierna, me hacia ben-

decir la vida. Era como acabas de decirlo, mui feliz. Los mas lindos dias de primavera se nublan de repente i Matilde i yo nos encontrábamos en la estacion florida de la existencia. Tuve un rival : jóven, rico i buen mozo. El mundo de color de rosa tomaba a veces un tinte gris que me hacia sufrir de los nervios, i luego mi almohada me guardaba para la noche visiones que oprimian mi corazon. Despues de luchar con los zelos por algun tiempo, mi orgullo transijió con mi amor; ¡tenia zelos! No hai dignidad delante de una pasion verdadera, i la mia lo era tanto, que vivirá cuanto yo viva. Matilde me descubrió una parte del cielo, jurándome que jamás habia dejado de amarme, i yo vi cambiarse mi amor en una pasion sin limites cuando creí reconquistar su corazon. Los nublados se despejan i vuelven. Así ví lucir el sol i ocultarse otra vez tras nuevas dudas. En esta batalla pasó un año.

« Mi padre me llamó un dia a su cuarto i al entrar se arrojó en mis brazos. Mis propias preocupaciones me habian impedido ver que su rostro estaba marchito i desencajado hacia tiempo. Sus primeras palabras fueron estas :

— ¡Rafael, todo lo he perdido!

Le miré con asombro, porque la sociedad le creia rico.

— Pago mis deudas, me dijo, i solo nos queda con qué vivir pobremente.

— I así viviremos, le contesté con cariño; ¿Por qué se aflije U.? Yo trabajaré.

« Esplicarte la ruina de mi padre, seria referirte una historia que se repite todos los dias en el comercio : buques perdidos con grandes cargamentos; trigo malbaratado en California ¡esa mina de pocos i ruina de tantos! En fin, los mil perances de las especulaciones mercantiles. Aquella noticia me entristeció por mi padre. Para mí, fué como hablar al emperador de la China de la muerte de unodesus súbditos. ¡Yo poseia sesenta millones de felicidad, porque Matilde me amaba! ¿Qué podría importarme la pérdida de quinientos o seiscientos mil pesos?

— ¿Ella te amaba, apesar de tu pobreza? dijo Rivas con su idea fija.

— Todavía. Seguí visitando en casa de Matilde, hablando de amor con ella i de letras con su madre. Tú sabes que el amor tiene una venda en los ojos. Esta venda me impedia ver la frialdad con que don Fidel reemplazó de repente las atenciones que me prodigaba. Una noche llegué a casa de Matilde i encontré solo en el salon a don Dámaso, tu protector. No sé por qué sentí helarse mi sangre al recibir su saludo.

— Me hallo encargado, me dijo, de una comision desagradable i que espero que U. acojerá con la moderacion de un caballero.

— Señor, le contesté, puede Ud. hablar : en el colejo recibí las lecciones de urbanidad de que necesito i no he menester que me las recuerden.

— Ud. no ignora, repuso don Dámaso, que la situacion de una niña soltera es siempre delicada i que sus padres se hallan en el deber de alejar de ella todo lo que pueda comprometerla. Mi cuñado Elías, ha sabido que la sociedad se ocupa mucho de las repetidas visitas de Ud. a su casa, i teme que la reputacion de Matilde pueda sufrir con esto.

« La punta del puñal habia entrado en medio de mi pecho i sentí un dolor que estuvo a punto de privarme del conocimiento.

— ¡Es decir, le dije, que don Fidel me despide de su casa !

— Le ruega que suspenda sus visitas, me contestó don Dámaso.

« Mi bravata sobre la urbanidad resultó ser completamente falsa, porque, ciego de cólera, me arrojé sobre don Dámaso i le tomé de la garganta. Aquí debo advertirte que un amigo me habia referido que este caballero, acosado por Adriano, el otro preteniente de Matilde, para el pago de una gran cantidad cuyo importe le perjudicaba cubrir habia obtenido un plazo, comprometiéndose a conseguir con su cuñado la mano de Matilde para su acreedor. Me habia negado ántes a creerlo, pero mis dudas a este respecto se desvanecieron cuando le ví encar-

gado de arrojarme de casa de don Fidel i la rabia me hizo olvidar toda moderacion.

« Al ver enrojecerse el semblante de don Dámaso bajo la furiosa presion de mis dedos en su garganta i espantado por la sofocacion de su voz, le solté arrojándole contra un sofá i salí desesperado de la casa.

« En la mia hallé a mi padre en cama tomando un sudorífico. Mi tia Clara, con la que vivo aquí, se hallaba a su lado i solo se despidió cuando le vió dormirse. Yo me senté a la cabecera de su cama i velé allí toda la noche.

« Hubo momento, en que quise leer; pero me fué imposible : el dolor me ahogaba, i mis ojos hacian vanos esfuerzos para hacerse cargo de las palabras del libro, porque en mi imaginacion ardía un volcan. En dos horas sufrí un martirio imposible de describir. La respiracion trabajosa de mi padre, en vez de inspirarme algun cuidado, me parecia la de don Dámaso, a quien castigaba por la noticia terrible con que tronchaba para siempre mi felicidad. Al fin, mi padre principió a toser con tal fuerza, que el dolor se suspendió de mi pecho para dar lugar al temor de la enfermedad. Al dia siguiente, el médico declaró que mi padre se hallaba atacado de una fuerte pulmonía. La violencia del mal era tan grande que en tres dias le arrebató la vida. Yo no me separé un momento de su lecho, velando

con mi tia que vino a vivir en la casa. En el dia nos acompañaba tambien otro hermano de mi padre, que entónces era pobre i se ha enriquecido despues. ¡Mi pobre padre espiró en mis brazos bendiciéndome! Ya ves que tuve necesidad de una fuerza sobrehumana para resistir a tanto dolor!

« Cuando despues de un mes sali a pagar algunas visitas de pésame, supe que Matilde i Adriano debian casarse pronto. El mundo rosado se cambió en sombrío para mí desde entónces. ¿Sufrir lo que he sufrido, sin contar con la muerte de mi padre, no te parece demasiado?

— Es verdad, dijo Martin.

— Por eso te decia que tu mal no es irreparable puesto que no eres amado : todavía puedes olvidar.

— ¡Olvidar cuando el amor principial no es fácil, exclamó Rivas : prefiero sufrir.

— Trata de amar a otra entónces.

— No podria. Ademas, mi pobreza me cierra las puertas de la sociedad o a lo ménos me enajena su consideracion.

— Fué lo que me sucedió, dijo Rafael. Despues de un año de pesares renegué de mi virtud i quise hacerme libertino. La desesperacion me arrojaba a los abismos del desenfreno, en cuyo fondo me figuraba encontrar el olvido. Empeñé la realizacion de este nuevo designio con esa amargura, que no carece de aliciente, del que se venga de la desgra-

cia cometiendo alguna mala accion contra sí mismo. Parecíame que el sacrificio de alguna niña pobre no era nada comparado con las torturas que mi abandono me imponia. Desde entónces descuidé mis estudios que habia cursado con ejemplar aplicacion, para casarme con Matilde al recibir mi titulo de abogado. En lugar de asistir a las clases, frecuenté los cafées i maté horas enteras tratando de aficionarme al billar. Allí contraí amistad con algunos jóvenes, de esos que gritan a los sirvientes i hacen oír su voz cual si quisieran ocupar a todos de lo que dicen.

«Mi reputacion de tuñante principiaba a cimentarse, sin que hubiese perdido ni la virtud ni el punzante recuerdo de mis amores perdidos, cuando paseándome una tarde de procesion del señor de Mayo por la plaza de armas con uno de mis nuevos amigos, llamó mi atencion un grupo de tres mujeres, de ese tipo especial que parece mostrarse con preferencia en las procesiones. Una de ellas entrada en años; jóvenes i bellas las otras dos. Habia en ellas ese no sé qué, con que distingue un buen santiaguino a la jente de medio pelo.

—Bonitas muchachas, dije al que me acompañaba.

—¿No las conoces? me preguntó él. Son las Molinas, hijas de la vieja que está con ellas.

—¿Tú las visitas? le pregunté.

—Como no, en casa de ellas hemos tenido magníficos picholeos, me respondió.

«Adelaida sobre todo llamó mi atención por la gracia particular de su belleza. Sus labios frescos i rosados me prometían de antemano el olvido de mis pesares. Sus ojos, de mirar ardiente i decidido, sus negras i acentuadas cejas, el negro pelo que alcanzaba a ver fuera del manton, su gallarda estatura, me ofrecieron una conquista digna de mis nuevos propósitos. Fiado en mi buena cara i en la osadía que juré desplegar en mi calidad de calavera, hiceme presentar en la casa i hablé de amor a Adelaida desde la primera visita.

—No miré la procesion ni a las bellezas que habia en la plaza por verla a U., dije poco despues de hallarme a su lado.

«Este cumplido de mala lei no pareció disgustarla: mi introductor en la casa habia dicho que yo era rico i esto me rodeaba de una auréola que en todas partes fascina. En la noche, al acostarme, mis ojos buscaron el retrato de Matildé. Su frente pura i su mirada tranquila me hicieron avergonzarme del jénero de vida que queria adoptar; pero los zelos tuvieron mas imperio que aquella reprimacion de la conciencia. Seguí visitando en casa de Adelaida i aparenté una alegría loca en las diversiones para perder la memoria. Hai jentes que se niegan a creer que una pasion desgraciada pueda

desesperar a un jóven en pleno siglo XIX, sin pensar que el corazon de la humanidad no puede envejecerse. Yo he cargado con el sentimiento de mi desdicha en medio del bullicio de la orjía i he oido la voz de Matilde en los juramentos de Adelaida, porque al cabo de un mes ella me amaba. Muchas veces quise retroceder ante la villanía de mi conducta; pero cedí a la fatal aberracion que hace divisar la venganza de los engaños de una mujer en el sacrificio de otra. Ademas, la desgracia, Martin, destruye la pureza de los sentimientos nobles del alma; i de todos los desengaños que buscan el olvido en una existencia desordenada, los de amor son los primeros. ¡Ah, en ese pacto solemne de dos corazones, que cambian su ser para vivir de la existencia de otro, el que traiciona no sabe que al retirarse priva de su atmósfera vital al que deja abandonado! Yo debí tambien hacerme esa reflexion ántes de perder a Adelaida; pero la desesperacion me habia cegado. Las pocas personas que conocia me contaban con bárbara prolijidad los detalles de la próxima union de Matilde con Adriano. Una señora, antigua amiga de mi familia, me ponderaba la felicidad de Matilde, diciéndome que la habian regalado tres mil pesos en alhajas! Despues de todo, yo estoi mui léjos de tener la virtud de José i me creia con derecho de pisotear la moral, ya que el destino habia pisoteado con tanta crueldad mi corazon.

«Mui poco tiempo bastó para convencerme de que el único medio de hacer frente a la desgracia es la resignacion, porque me ví luego mas infeliz que ántes. La vida impura de un seductor sin conciencia, me hizo avergonzarme ante la mia i los placeres ilícitos en que me habia lanzado, léjos de curarme de mi mal, me dieron la conciencia de mi bajeza, haciéndome considerar indigno del amor de Matilde, al que siempre aspiré despues de perdida la esperanza. Hace pocos meses, mis obligaciones con la familia de esa muchacha se hicieron mas sérias porque tenia un hijo. Desde entónces empleé todos mis recursos pecuniarios en mejorar la condicion material de la familia de doña Bernarda i formé la resolucion de cortar las relaciones con Adelaida. Ella recibió esta declaracion con una frialdad admirable. Su corazon, al que siempre noté cierta dureza, pareció quedar impásible a lo que yo decia, i cuando concluí de hablar no me dió una sola queja.

«Desde ese dia me ha tratado como si jamás una palabra de amor hubiese mediado entre nosotros. ¿Me ama todavia o me odia? No lo sé.

«Ahora me preguntarás por qué te he llevado a esa casa i si no he pensado en que podia sucederte lo mismo que a mi.

—Es cierto, dijo Martin.

—Tengo la esperiencia adquirida a costa de mu-

chos remordimientos, repuso San Luis, i solo he querido distraerte. Te veo lanzado en una via funesta i deseo salvarte; por esto te ofrecí una distraccion i te refiero al mismo tiempo lo que he hecho. Si hubiese visto en tí el carácter jeneralmente lijero de los jóvenes, me habria guardado mui bien de llevarte a esa casa.

—Tienes razon i me has juzgado bien, contestó Martin: para mí, ¡Leonor o nada! Yo no tengo derecho de quejarme porque ella nada ha hecho para inspirarme amor. Pero hablemos del tuyo. ¿Qué dirias si yo te volviese el amor de Matilde?

Rafael dió un salto sobre su silla.

—¿Tú? le dijo. ¿I cómo?

—No sé; pero puede ser.

San Luis dejó caer la frente sobre los brazos que apoyó en la mesa.

—Es imposible, murmuró. Su novio ha muerto, es verdad, pero yo soi siempre pobre.

Levantóse despues de decir estas palabras i empleó algunos momentos en preparar una cama sobre un sofá.

—Aquí puedes dormir, Martin, dijo. Buenas noches.

I se arrojó sin desnudarse sobre su cama.

XVI

Con el atentado del 19 contra la sociedad de la Igualdad, la politica ocupaba la atencion de todas las tertulias, en las que se sucedian las mas acaloradas discusiones.

Así acontecia en casa de don Dámaso Encina, en donde se encontraban reunidas las personas que de costumbre frecuentaban la tertulia. Era la noche del 21 de agosto i la conversacion rodaba sobre los rumores propalados desde la víspera sobre que Santiago seria declarado en estado de sitio.

—El gobierno debia tomar esta medida cuanto ántes, dijo don Fidel Elías, el padre de Matilde.

—Seria una ridiculez, replicó su mujer.

—Francisca, contestó exaltado don Fidel, ¿hasta cuándo te repetiré, hija, que las mujeres no entienden de política?

—Me parece que la de Chile no es tan oscura para que no pueda entenderla, replicó la señora.

—Vea, comadre, la dijo don Simon que era padrino de Matilde, mi compadre tiene razon: U. no puede entender lo que es estado de sitio porque es necesario para eso haber estudiado la constitucion.

Este caballero, considerado como un hombre de capacidad en la familia, por lo dogmático de sus frases i la elocuencia de su silencio, decidia en jeneral sobre las discusiones frecuentes que doña Francisca trababa con su marido.

—Por supuesto, repuso don Fidel, i la constitucion es la carta fundamental, de modo que sin ella no puede haber razon de fundamento.

Don Dámaso, miéntrastanto, no se atrevia a salir en defensa de su hermana porque sus amigos le habian hecho inclinarse al Gobierno con el temor de una revolucion.

—Tú podias defenderme, le dijo doña Francisca: ah, bien dice Jorje Sand, que la mujer es una esclava.

—Pero hija, si hai temor de revolucion yo creo que seria prudente.....

—Don Jorje Sand puede decir lo que le parezca, repuso don Fidel, consultando la aprobacion de su compadre; pero lo cierto del caso es, que sin estado de sitio los liberales se nos vienen encima. ¿No es así, compadre?

—Parece por lo que UU. les temen, exclamó doña Francisca, que esos pobres liberales fueran como los bárbaros del norte de la edad media.

—Peores son que las siete plagas de Egipto, dijo con tono doctoral don Simon.

—Yo no sé a la verdad lo que temeria mas, exclamó don Fidel, si a los liberales o a los bárbaros araucanos, porque la Francisca se está equivocando cuando dice que son del norte.

—He dicho que son los bárbaros de la edad media, replicó la señora enfadada con la petulante ignorancia de su marido.

—No, no, dijo don Fidel, yo no hablo de edades i entre los Araucanos habrá viejos i niños como entre los liberales; pero todos son buenos pillos; i si yo fuese Gobierno les plantaria el estado de sitio.

—El estado de sitio es la base de la tranquilidad doméstica, amigo don Dámaso, dijo don Simon viendo que el dueño de casa no se decidia francamente.

—Eso sí, yo estoi por los gobiernos que nos aseguren la tranquilidad, dijo don Dámaso.

—Pero señor, exclamó Clemente Valencia mordiendo su baston de puño dorado, nos quieren dar la tranquilidad a palos.

—A *golpes de bastones*, dijo Agustin.

—Así debe ser, replicó Emilio Mendoza, que,

como dijimos, pertenecía a los autoritarios: es preciso que el gobierno se muestre enérgico.

—I si no, mañana atropellan la Constitucion, dijo don Fidel.

—Pero yo creo que la constitucion no habla de palos, observó doña Francisca, que no podia resistir a la tentacion de replicar a su marido.

—¡Mujer, mujer! exclamó don Fidel: ya te he dicho que.....

—Pero, compadre, dijo don Simon interrumpiéndole; la constitucion tiene sus leyes suplementarias i una de ellas es la ordenanza militar, i la ordenanza habla de palos.

—¿No ves? qué te decia yo? repuso don Fidel; has leído la ordenanza?

—Pero la ordenanza es para los militares, objetó doña Francisca.

—Todo conato de oposicion a la autoridad, dijo en tono dogmático don Simon, debe ser considerado como delito militar; porque para resistir a la autoridad tienen necesidad de armas i en este caso los que resisten están constituidos en militares.

—¿No ves? dijo don Fidel pasmado con la lógica de su compadre.

Doña Francisca se volvió hácia doña Engracia que acariciaba a Diamela.

—Disputar con estos políticos es para acalorarse no mas, la dijo.

—Así es, hija, ya están principiando los calores, contestó doña Engrecia, que como ántes dijimos, padecía de sofocaciones.

—Digo que estas disputas acaloran, replicó doña Francisca, maldiciendo en su interior contra la estupidez de su cuñada.

—I yo pues, hija, añadió esta; que sin disputar paso el dia con la cabeza caliente i los piés como nieve.

Doña Francisca se puso para calmarse a hojear el album de Leonor.

Esta se habia retirado con Matilde a un rincon de la pieza cuando Martin dejaba su sombrero en la vecina, llamada dormitorio en nuestro lenguaje familiar.

Agustin se adelantó hácia Rivas inmediatamente que le vió aparecer.

—No diga Ud. nada de lo de anoche, le dijo, ántes que Martin entrase al salon: en casa no saben que no nos recojimos.

Al mismo tiempo Leonor decia a Matilde:

—Esta noche veré si puedo vencer su discrecion para que me dé mas noticias de Rafael.

Una circunstancia mui natural vino a favorecer pronto el proyecto de Leonor, porque un criado entró trayendo unos cortes de vestido que doña Engracia habia mandado buscar a una tienda. A la vista de los vestidos, doña Francisca perdió su mal humor i dejó de pensar en política, para entrar con

su cuñada en una larga disertacion de modas, miéntras que don Dámaso i sus amigos discutian con calor sobre los destinos de la patria con esa argumentacion de gran número de los políticos de la cual llevamos apuntadas algunas muestras. Además, Agustin, cansado de la política, se sentó al lado de Matilde para hablarla de Paris, i los otros jóvenes siguieron la discusion, porque no se atrevieron a atravesar la sala para ir a mezclarse en el grupo de las niñas.

Al anunciar Leonor a su prima que hablaria con Rivas, no solamente lo hacia para esplicar a esta lo que iba a hacer, sino que buscaba tambien algo que la disculpase a sus propios ojos de lo que su conciencia calificaba de debilidad.

La ausencia de Martin i su propósito de ensayar sus fuerzas contra un hombre que un instante habia llamado su atencion, eran ideas cuyo predominio se negaba a confesarse ella misma; así es que buscó un pretexto que disculpase a su juicio el deseo que la arrastraba a hablar con el joven. Leonor, de este modo, daba el primer paso en esa escaramuza preliminar de la guerra amorosa que tan poéticamente ha designado la conocida espresion de *jugar con fuego*. Su presuntuoso corazon queria triunfar en lo que habia visto sucumbir a muchas de sus amigas, i entraba en la liza con el orgullo de su belleza, por arma principal.

Martin buscó los ojos de Leonor i los halló fijos en él. Al dirigirse al salon de don Dámaso, venia tambien como Leonor, buscando, aunque por causa distinta, una disculpa para la debilidad que le arrastraba a los piés de una niña que su amor revestia de divinidad. Esta disculpa se fundaba en el deseo de servir a su amigo, dando a Leonor sobre él mas ámplios informes que en su última conversacion.

Vió que los ojos de la niña le ordenaban acercarse i fué a ocupar un asiento a su lado con la reverencia de un súbdito que llega a presentarse ante su soberano.

La emocion con que Martin se habia acercado, turbó a su pesar el pecho de Leonor, que hizo un ligero movimiento impacientada con su corazon que aceleraba sus latidos contra los mandatos de su voluntad.

Este ligero movimiento persuadió a Martin que se habia equivocado al interpretar la mirada de la niña. Con esta persuasion habria querido hallarse a mil leguas de aquel lugar, i maldecia su torpeza, dejando conocer en el semblante la desesperacion que le agitaba.

Por fin, cuando Leonor se creyó segura de sí misma, volvió la vista hácia Rivas, poniendo término al eterno instante en que el jóven juraba huir para siempre de aquella casa.

XVII

—Nuestra conversacion de ántes de ayer, le dijo, fué interrumpida por mi mamá i yo lo senti mucho.

Rivas no halló nada que responder, ni tampoco cómo esplicarse la última parte de la frase de Leonor; la que despues de esperar una contestacion, continuó:

—Lo sentí, porque quedé con el temor de no haberme esplicado bien sobre las preguntas que hice a Ud. sobre su amigo San Luis.

Desvanecida su idea de haberse equivocado cometiendo una ridiculez al sentarse al lado de la niña, Martin se sintió mas sereno.

—Se esplicó Ud. perfectamente, señorita, contestó.

—¿Comprendió Ud. que no lo hacia por mí?

—Lo comprendí entónces i conozco ahora el objeto con que Ud. lo hacia.

—¡Ah! exclamó Leonor; ¿Ud. ha descubierto algo de nuevo?

—Como Ud. lo dice, he descubierto el fin de las preguntas que Ud. me hizo.

—¿I ese fin es.....?

—Segun creo, servir a una amiga.

—A ver, cuénteme Ud. lo que sabe.

—Esa amiga, tiene interés por Rafael.

—¿I..... qué mas?

—Ciertas circunstancias los han separado.

—Ya veo que Ud. ha recibido confidencias.

—Es verdad.

—I ahora se decide Ud. a ser comunicativo, dijo Leonor con acento de reproche.

—Solo ayer recibí esas confidencias, contestó Martin, que brillaba de alegría al verse en tan familiar conversacion con la que un dia ántes le desesperaba.

—Por consiguiente, replicó Leonor, Ud. puede contestarme.

—Creo que sí.

—Ya que Ud. parece enterado de todo, comprenderá que el objeto principal de mis preguntas era averiguar un solo punto: ¿su amigo ama todavía a Matilde?

—Con toda el alma.

—¿De veras?

—Lo creo firmemente. El entusiasmo con que me ha hablado de sus amores; la tristeza que el desengaño ha dejado en su alma i el desaliento con que mira el porvenir, me parecen confirmar mi opinion.

Martin habia dicho estas palabras con tanto calor como si abogase por su propia causa. Su tono arrancó a Leonor esta observacion:

—Habla Ud. como si se tratase de su propio corazon.

—Creo en el amor, señorita, dijo Rivas con cierta melancolía.

La niña vió un peligro en aquella respuesta i tuvo instintivamente deseos de callar; pero su orgullo la hizo avergonzarse de ese temor i la sujirió una pregunta que no habria dirijido a ningun hombre en circunstancias ordinarias.

—¿Está Ud. enamorado?

Martin no pudo ocultar la sorpresa que semejante pregunta le causaba, ni tampoco el deseo irresistible que le arrastró a manifestar a Leonor, que en el pecho de un pobre i oscuro jóven de provincia, podia alentar un corazon digno del de los elegantes que siempre la habian rodeado.

—Una persona en mi posición, dijo, no tiene derecho de estarlo; pero sí puede creer en el amor como en una esperanza que le dé fuerza para la lucha a que la suerte le destina.

—Veo que el desencanto que Ud. dice sufre su amigo le ha contagiado a Ud. tambien.

—No, señorita; pero la especie de admiracion con que Ud. me dirigió su pregunta, me ha hecho volver en mí: principio a creer, por lo poco que conozco a Santiago, que aquí se considera el amor como un pasatiempo de lujo, i mal puede gastarlo aquel para quien el tiempo es de un inmenso valor.

—Pero dicen, replicó Leonor, que nadie puede imponer leyes al corazon.

—En este punto tengo poca esperiencia, contestó Martin.

—¿De dónde nace entónces la fé que Ud. acaba de manifestar? Ud. dice que cree en el amor.

—Mi fé se funda en mi propio corazon: hai algo que me dice con frecuencia que no está formado para latir únicamente por el curso regular de la sangre; que la vida tiene un lado ménos material que las especulaciones con que todos buscan el dinero; que en los paseos, en el teatro, en las tertulias, el alma de un jóven va buscando otro placer que el de mirar, que el de oír, o que el de conversaciones mas o ménos insípidas.

—I ese placer, ese algo desconocido, lo llama Ud. amor. ¿No es así?

—I creo que el que desconoce su existencia, replicó Martin con cierto orgullo, o ha nacido con

una organizacion incompleta, o es mas feliz que los demas.

—¡Mas feliz! ¿por qué?

—Tendrá ménos que sufrir, señorita.

—Es decir, que el amor es una desgracia.

—Cada cual puede considerarlo segun su posicion en la vida: a mí por ejemplo, creo que me toca considerarlo como tal.

—Luego Ud. está enamorado, puesto que tiene ideas tan fijas en esta materia.

Estas palabras resonaron con un tono burlon que hizo encenderse las mejillas de Rivas. Su carácter impetuoso le hizo olvidar el temor que le sobrecojia al lado de la niña.

—Suponga, dijo, que este punto no la interesa a Ud. tan vivamente que desee una contestacion sincera de mi parte; pero no tengo dificultad para dársela; i puesto que me toca considerar el amor como una desgracia, estoi resuelto a sobreponerme a su influjo.

—Es decir que Ud. se considera superior a los demas.

—Seré egoista i nada mas: no creo que haya gran mérito en seguir el camino que se juzgue mas ventajoso.

Leonor que esperaba dominar a su antojo, se veia contrariada por la aparente humildad con que Rivas manifestaba una enerjia que ella se propuso

vencer. Apeló entónces a su altanera mirada i al tono imperativo que empleaba jeneralmente con los hombres.

—Ud. se ha separado mucho del objeto de esta conversacion, dijo, acentuando estas duras palabras para manifestar su desagrado.

—Si Ud. tiene algo mas que preguntarme, contestó Martin, aparentando no haberse fijado en la intencion de las palabras de Leonor, estoi pronto, señorita, a satisfacer su curiosidad o a retirarme tambien si Ud. lo ordena.

—Hablábamos de su amigo, repuso Leonor con tono seco.

—Rafael, ama i es desgraciado, señorita.

—Podia Ud. enseñarle su filosofía de resignacion.

—Es que él mismo me ha enseñado, que cuando deben sobrevenir desengaños, es mas prudente no buscar correspondencia.

—Ud. cuenta siempre con los desengaños.

—Esa es una prueba de que no me creo superior como Ud. suponía, i manifiesto que tengo bastante modestia para calificar mi valimiento.

Hai modestias que se parecen mucho al orgullo, caballero, dijo Leonor; i en tal caso, la suya probaria todo lo contrario de lo que Ud. dice. No sea que entre sus lecciones su amigo haya olvidado decirle que el orgullo, debe buscar un punto de apoyo para poder manifestarse.

No esperó la contestacion del jóven i abandonó su asiento sin mirarle. Por la primera vez de su vida, se sentia Leonor humillada en una lucha que ella misma habia provocado. En lugar de los rendidos i banales galanteos de los elegantes con quienes habia jugado hasta entónces esta clase de juego de vanidad, hallaba la orgullosa sumision de un hombre oscuro i pobre que no queria doblar la rodilla ante la majestad de su amor propio i la confesaba sin afectacion ninguna que no aspiraba a tener la dicha de agradarla. Aquella conversacion la hacia pensar en que se habia equivocado suponiendo que Rivas la amaba, por la alegría que creyó ver en su semblante cuando le dijo que no tenia interes par Rafael San Luis. I este desengaño, que burlaba su creencia en el supremo poder de su belleza, irritó su vanidad que contaba ya con un nuevo esclavo atado al carro de sus numerosos triunfos. Al abandonar su asiento, no pensaba en entretenerse a costa de Martin, ensayando el poder de su voluntad en la lid amorosa, sino que se prometia vengar su desengaño, inspirando un amor violento del que se jactaba de tener suficiente fuerza para huir.

Martin, al mismo tiempo, quedaba entregado a la tristeza, que cada una de sus conversaciones con Leonor dejaba en su alma. Persuadiase cada vez mas que era el juguete de aquella niña que, para

distraerse algunos momentos, se entretenia en burlarse del amor que él habia dejado confesar a sus ojos en su primera conversacion. Apénas la vió alejarse recorrió en la memoria cuanto habia hablado i maldijo su torpeza que habia dejado pasar varias oportunidades de hacer ver a la niña que tenia un corazon capaz de comprenderla i una intelijencia que ella no podria despreciar. Las últimas palabras de Leonor le dejaron aterrado i decían bien claro que a sus ojos ni el corazon ni la intelijencia podian tener valor ninguno, si no iban acompañados por la riqueza o un distinguido nacimiento.

Esta reflexion desconsoladora, le hizo retirarse desesperado, pidiendo al cielo, como le piden todos los amantes infelices, el poder sobrenatural, no de olvidar, sino de infundir en el pecho de la mujer amada una de esas pasiones que las arrastra a someterse a la voluntad del hombre.

De este modo Leonor i Martin hacian votos con idéntico objeto: ella confiando en su hermosura; él sin esperanza, pidiendo al cielo lo que le parecia imposible.

No bien Leonor se habia levantado, despidióse doña Francisca con Matilde i su marido.

Miéntas Leonor arreglaba el pañuelo a su prima pudo solo decirle estas palabras.

—¡Te ama! mañana iré a verte i hablarémos.

Matilde estrechó sus manos con un agradecimiento indecible. Nunca habia regresado a su casa mas alegre i lijera.

Don Dámaso, al hallarse solo con su mujer, la manifestó las ideas conservadoras a que sus amigos le habian convertido al fin de la discusion política.

—Despues de todo, la dijo, no les falta razon a estos ministeriales; ¿qué ha hecho jamás de bueno el partido liberal? I no se equivocan al aconsejarme, porque en todas partes del mundo los hombres ricos están al lado de los gobiernos, como en Inglaterra, por ejemplo: todos los lores son ricos.

Hecha esta reflexion se fué a acostar pensando en que con estas ideas, era como mas pronto ocuparia el asiento de Senador en el Congreso de la República.



XVIII

Dijimos que Rafael San Luis ocupaba con una tia suya la casa de la calle de la Ceniza. Esta tia, a quien la falta de dinero i de hermosura habian dejado soltera, concentró poco a poco todos sus afectos en Rafael, cuando le vió huérfano i abandonado de la suerte. Uniendo una pequeña suma que poseia, con ocho mil pesos que su sobrino habia recibido de la testamentaria de su padre, despues de cubiertos los créditos al tiempo de su muerte, Doña Clara San Luis, consagró sus desvelos a Rafael, a quien llevó a vivir a su lado. Sin mas ocupaciones que la asistencia a la misa i a las novenas de su devocion, la señora siguió sobre el rostro de Rafael la historia de sus pesares, con la prespicacia de una persona que se encuentra ya libre de personales preocupaciones en la vida. Sin solicitar jamás

las confidencias del jóven, supo seguirle paso a paso en su desaliento, atreviéndose cuando mas a aventurar algun consejo cristiano sobre la necesidad de la resignacion i de la virtud.

En los mismos dias en que tenian lugar las escenas que llevamos referidas, doña Clara se hallaba profundamente ocupada en buscar a Rafael alguna ocupacion que le alejase de Santiago, en donde veia que descuidaba sus estudios para entregarse a los pasatiempos de ocio i de disipacion en que San Luis habia buscado el olvido de sus pesares.

En la mañana del 21, cuando Rafael dormia aun despues de referir su historia a Martin, doña Clara salió de la casa envuelta en su manton i se dirijió a la de su hermano don Pedro San Luis, que vivia en una de las principales calles de Santiago.

Don Pedro, como San Luis habia dicho a Rivas, era rico. Poseía no léjos de Santiago unos haciendas que los quebrantos de su salud le habian obligado a poner en arriendo. Su familia se componia solo de su mujer i un hijo, llamado Demetrio, que a la sazón contaba quince años.

Al dirigirse doña Clara a casa de su hermano, le habia ocurrido una idea con la que esperaba realizar su propósito de mejorar la suerte de su sobrino.

Don Pedro, tenia un verdadero afecto por los suyos i se hallaba siempre dispuesto a servirles.

Recibió a su hermana con cariño i la llevó a su cuarto de escritorio, cuando doña Clara le dijo que venia para hablar de asuntos importantes.

—¿Cómo está Rafael? le preguntó cuando vió a su hermana bien acomodada sobre una poltrona.

—Bueno i vengo a hablarte de él: ya sabes que es mi regalon.

—Demasiado tal vez, observó don Pedro, i es una lástima porque es un muchacho capaz.

—¿No es verdad? Pero hijo, su tristeza es cada vez mayor i poco a poco va descuidando todos sus estudios.

—Malo, tú debias aconsejarle.

—Traigo otro proyecto que depende de tí.

—¿De mí? A ver cual es.

—A fuerza de pensar, dijo doña Clara, he visto que lo que mas convendria a este muchacho seria el alejarse de Santiago i consagrarse al campo, donde la esperanza de mejorar de fortuna i la vida activa del trabajo, le harán olvidar esa melancolía que le consume.

—Tienes razon ¿quieres que le busque un arriendo?

—Mejor que eso. Tú deseas, segun varias veces me has dicho, ocupar a tu hijo tambien en trabajos de campo, ¿no es verdad?

—Es preciso; pues, hija, este niño no tiene salud

para estudiar i es necesario que vaya conociendo los fundos que han de ser suyos.

—Pues entónces ¿por qué no lo pones a trabajar en una de tus haciendas en compañía con Rafael?

—Bien pensado, exclamó don Pedro; a quien la idea de dejar solo a su hijo en el campo, preocupaba desde largo tiempo. ¿Sabes si Rafael quiere salir de aquí?

—Nada le he preguntado; pero eso lo veremos despues. ¿Cuándo concluye el arriendo del Roble?

—En mayo del año entrante, i ayer he tenido aquí a don Simon Arenal, que viene a nombre de su compadre don Fidel para que le prometa prolongar el arriendo por otros nueve años.

—¿I.....?

—Nada contesté, porque necesitaba pensar sobre si convendria enviar allí a mi Demetrio.

—Entónces, dijo con alegría la señora, vas a responder que no puedes.

—Será lo mejor, si Rafael quiere abandonar su carrera de abogado, para la cual estudia.

—Yo lo aconsejaré; es presiso que acepte, porque creo que por los estudios ya no hai esperanza.

Doña Clara volvió a su casa llena de alegría i participó sus nuevos proyectos a su sobrino. Rafael pidió algunos dias para reflexionar.

Al siguiente, despues de la clase, salió del colejo

con Martin. Este se hallaba aun bajo las impresiones de su entrevista con Leonor.

Pensó revelar a San Luis su conversacion con la niña, pero un instinto de delicadeza le hizo desistir de esta idea, porque no se hallaba facultado por Leonor para revelarla.

San Luis le dijo, para romper el silencio en que Rivas permanecía haciendo esta reflexion :

—Me proponen un proyecto, Martin; sobre el cual deseo me des tu opinion.

—¿Qué proyecto?

—El de un arriendo en el campo.

—¿I promete alguna ganancia?

—Bastante.

—¿Tienes tú aficion a los estudios?

—Mui poca ya.

—Entónces acepta.

—Voi a explicarte los antecedentes, pues son ellos los que me hacen vacilar. ¿Sabes quién es el arrendatario actual de la hacienda i que desea continuar en el arriendo? Don Fidel, el padre de Matilde.

— Ah, eso cambia un tanto la cuestion : a ver, explícate mas.

— Don Fidel no ha sido siempre el hombre ministerial hasta la mas porfiada intolerencia que tú conoces, dijo Rafael. Antes de hacerse apóstata en politica, como tantos de los antiguos *pipiolos* a

cuyo partido pertenecía, don Fidel hacia la guerra al principio conservador, que por desgracia durará aun muchos años en Chile. Sus principios le habian ligado estrechamente con los de la misma comunión política en jeneral; pero mui particularmente con mi padre i mi tio, que habiéndose consagrado al campo e invertido sus ganancias en bienes raices, no ha perdido como mi padre, en el comercio, el fruto de largos trabajos, en dos o tres especulaciones erradas. Cuando mi tio Pedro compró casa en Santiago para venir a curarse, llovieron los empeños para el arriendo de su hacienda del Roble. Naturalmente la preferencia debia obtenerla el amigo i correligionario político don Fidel, que solicitó el arriendo. Para don Fidel, el negocio era mas ventajoso tambien que para los demas, porque posee al lado del Roble un pequeño fundo de cien cuabras perfectamente regado i con buenas alfalfas, que es el pasto de que carece la hacienda de mi tio, que en cambio es mui buena para siembras i para crianza. Al tiempo de reducir el negocio a escritura, se presentó una dificultad i fué esta la falta de un fiador. Don Dámaso, no se habia establecido aun en Santiago i los demas amigos de don Fidel no se hallaban en situacion de prestarle ese servicio. Mi tio exijió el fiador porque el Roble habia sido comprado casi todo con el dote de su mujer i no queria, ni aun por

amistad, dejar de revestir el arriendo de las garantías necesarias. En estas circunstancias, don Fidel recibió la oferta de don Simon Arenal, como la de un ángel salvador. Don Simon le conocia poco; pero llevaba un fin al ofrecerle su fianza con tanta jenerosidad, i ese fin era el de satisfacer una ambicion política.

Don Fidel, con efecto, ejerció i ejerce aun, gran influencia entre los electores del departamento en que se encuentra su fundo, i don Simon quiso conquistar esa influencia para hacerse elejir diputado. Acaso me preguntarás, qué interés puede tener un hombre rico como don Simon en ser diputado. Ese interés se esplica sabiendo que don Simon es de familia oscura, enriquecido recientemente i que necesita ocupar puestos honrosos para relacionarse con la sociedad a que aspiran llegar los *caballeros improvisados*, que es un tipo bastante comun entre nosotros i al que él pertenece. Desde entónces, don Fidel i don Simon estrecharon intimamente su amistad; se hicieron compadres, se relacionó don Simon con las mejores familias de Santiago i don Fidel pasó, mediante aquella i otras fianzas, de liberal a conservador, porque don Simon se habia plegado desde el principio a este partido con la esperiencia que le daban sus años para saber que en política no medra entre nosotros el que no busca su apoyo al lado de la autori-

dad. Mi tio vió poco a poco que perdía un amigo en su arrendatario, pero el contrato estaba firmado i no había lugar a ningún reclamo. Ahora, estando para espirar el término del arriendo, don Fidel quiere continuar a toda costa, porque han llegado días mui florecientes para la agricultura con el nuevo mercado de California, i envía a su compadre don Simon para obtener un nuevo arriendo de mi tio. Este me propone el Roble con un hijo suyo a quien naturalmente facilitará capitales para la especulación. Hé aquí pues el negocio.

— Creo que debes aceptarlo, dijo Martin.

— He pedido algunos días para responder, repuso San Luis i vas a ver mi debilidad : este plazo lo he solicitado porque no puedo abandonar completamente la esperanza de que Matilde me ame.

— ¿I qué ganas con esto, cuando siempre eres pobre? preguntó Rivas, que vencía con dificultad las tentaciones que le daban de informar a su amigo de sus sospechas vehementes sobre este punto.

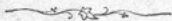
— Es cierto, soi todavía pobre, contestó San Luis; pero si ella me amase, podría tal vez obtener su mano cediendo el arriendo a su padre, lo que para él es una cuestion importantísima. Recomendándome de este modo a sus ojos, él i yo, olvidáramos lo pasado, Matilde seria el lazo de union

entre las dos familias i yo con el apoyo de mi tío, emprendería cualquier otro trabajo en compañía con su hijo.

Martin pensó que tal vez su última conversacion con Leonor decidiría sobre la suerte de su amigo, pues no podia suponer que las repetidas preguntas que sobre él le habia hecho la niña hubiesen sido por mera curiosidad.

— Tienes razon, dijo a San Luis; pero en lugar de pedir un plazo indeterminado, creo que debes esponer tu plan a tu tío i hablarle con entera franqueza. Así, este asunto se arreglará mejor que esperando indeterminadamente.

Al dar este consejo, se proponia Martin en su interior participar a la hija de don Dámaso lo que acontecia, si ella le llamaba de nuevo para hablarle de Rafael.



XIX

Leonor, para cumplir la promesa que hizo a su prima, se presentó en casa de esta a las doce del día siguiente.

Matilde la recibió con un abrazo. Una noche de esperanza habia dado a su rostro la frescura de la alegría, i a sus ojos la viveza que les trasmite el corazón cuando late por una expectativa de amor.

— Estamos solas, dijo haciendo sentarse a Leonor : mi mamá ha salido. ¡ Ya me figuraba que no vendrias !

— Como viste anoche, llamé a Martin para preguntarle nuevas noticias sobre Rafael.

— I muchas debe haberte dado, porque la conversacion fué larga, observó Matilde risueña.

— Todas las que recibí, dijo Leonor, se resumen en lo que anoche te dije : Rafael te ama.

— ¿Como lo sabe Martin ?

— El se lo ha dicho, a lo que parece.

— Sí ; pero no basta que él lo diga, exclamó Matilde entristeciéndose. ¿Qué puedo hacer yo ?

— Tú le amas tambien.

— Es verdad ; pero seguiremos separados.

— Tuya será entónces la culpa.

— ¡ Mia ! ¿I qué quieres que haga ?

— El caso me parece mui claro. Fué Rafael quien te abandonó ?

— No ; pero....

— Fuiste tú, esta es la verdad.

— Bien sabes que no podia desobedecer a mi papá.

— Mas esta disculpa no vale para él, replicó Leonor. San Luis, arrojado de tu casa, sin recibir noticia ninguna de tu parte, tuvo sobrado motivo para creerse olvidado.

— Yo le juré mil veces que jamás le olvidaría.

— Pero ibas a casarte con otro ; ¿no era esto desmentir tus juramentos ?

— El debe saber que lo hacia contra mi voluntad.

— Mira, Matilde, dijo Leonor con tono sério ; yo creo que estos juramentos de amor son demasiado sagrados, sobre todo si son hechos a un hombre que tus padres recibian i festejaban. Si él empo- breció despues, tus juramentos no desaparecian por esto i debiste cumplirlos.

— Ya sabes, contestó Matilde con los ojos llenos de lágrimas, que no tuve fuerza contra la voluntad de mi padre.

— Lo sé, repuso Leonor, i no te hago esta reflexion sino para manifestarte que si realmente amas a San Luis, debes reparar tu falta, puesto que ya sabes que él no te ha olvidado.

— Sí, ¿pero como hacerlo?

— Escribele, contestó con voz resuelta Leonor.

— ¡Ah, no me atrevo! exclamó Matilde.

— En tal caso renuncia a su amor, puesto que no quieres dar el primer paso hácia la reconciliacion.

Mathilde se cubrió el rostro con las manos prorumpiendo en llanto.

— Pero hijita, la dijo Leonor con acento mas suave que el que habia empleado hasta entónces, i acariciando con cariño a su prima; te afliges sin razon. Es preciso que alguna vez tengas valor en la vida.

— ¡Ah, tu hablas así porque no estás en mi lugar!

— Eso no, repuso con viveza Leonor; yo tendré enerjía para cumplir mis juramentos si alguna vez los hago.

— Pero ya que a mí me falta el valor, tú podias ayudarme.

— ¿Cómo?

— Encargando a Martin de decirle lo que no me atrevo a escribir.

— Es verdad, dijo Leonor reflexionando. Por las preguntas que yo le he hecho acerca de Rafael i por las confidencias de éste, Martin ya lo sabe todo; pero supongamos que por medio de él hagamos saber a San Luis que le amas todavía, ¿basta esto? No es necesario que le des algunas esplicaciones para sincerar tu conducta pasada?

— Tienes razon, contestó Matilde con desaliento.

— Es preciso, añadió Leonor, que mides bien, ántes de dar un paso decisivo, la distancia que te separa de Rafael. Debes pensar que una vez transmitida la noticia por medio de Rivas, San Luis querrá verte, oir de tu boca la justificacion de tu conducta, i no podrás negarte a ello, a ménos de romper con él nuevamente i para siempre, porque tendrá razon para creerse el juguete de una burla.

— Yo le amo i tendré valor para todo si tú me ayudas, exclamó Matilde, secando el llanto que humedecía sus mejillas i estrechando con cariño las manos de Leonor.

— ¡Al fin te decides! dijo ésta. Con tus vacilaciones me estabas haciendo dudar de la sinceridad de tu amor.

— ¡Ah! créemelo Leonor, le amo sobre todo, he llorado tanto durante este tiempo, que a veces,

por volverle a ver, a oír de sus lábios los juramentos que ántes me hacia, me creo con fuerzas de vencer todos mis temores.

— Veamos pues lo que se puede hacer, replicó Leonor.

— Me confío a tí, no me abandones, dijo Matilde, besándola con ternura.

— Yo creo que debes verle, ya que no te atreves a escribirle, i para esto Martin, como dijiste, puede servirnos.

— ¿Cuál es tu plan?

— Avisarle que en la alameda puede verse contigo.

— ¿Cuándo? preguntó Matilde, sin poder ocultar la ansiedad que aquella sola idea la causaba.

— Mañana; irás conmigo i Agustin nos acompañará.

— ¡Dios mio! murmuró Matilde, a quien la emocion hacia temblar cual si estuviese ya en presencia de Rafael, si mi papá llegase a saberlo!

— Yo me hago responsable de todo, contestó Leonor, que parecia animarse a medida que su prima se dejaba vencer por el miedo.

— Matilde la abrazó dándole las gracias entre sollozos que no podia reprimir.

— Nada me deberás, Matilde, repuso Leonor correspondiéndola sus caricias, porque, ademas de mi amor a tí, tengo otro interés al servirte.

— ¡Otro interés! exclamó Matilde, alzando la frente que apoyaba en el seno de su prima.

— Sí, otro interés, repuso ésta : quiero reparar una falta de mi padre, que fué en gran parte, como tú me has dicho varias veces, la causa de que despidiesen a Rafael de tu casa.

En esta esplicacion de su interés por Matilde, callaba Leonor una razon tan poderosa para ella como la que acabada de aducir. Si bien era verdad que deseaba reparar el mal causado por su padre, no influia poco en su determinacion el deseo de distraerse, para combatir el desconsuelo que su última conversacion con Martin habia dejado en su alma. Sentia tanto mas imperiosamente esta necesidad, cuanto que ella misma habia provocado aquella conversacion, que la dejaba un amargo desengaño al ver escapársela el triunfo que de antemano saboreaba su orgullo. Este era el primer golpe que recibia su amor propio i debia naturalmente preocuparla i entristecerla. Sin renunciar a vengarse de aquella humillacion de su vanidad, experimentó un ardiente deseo de ocuparse de algo, deseo propio de organizaciones vehementes como la suya, para quienes la reflexion i la calma es un martirio. Esa misma vehemencia la impedia considerar las consecuencias que el plan concertado podia tener para la reputacion de su prima i para la de ella misma.

— Sabes que en la alameda nos puede ver cualquiera persona conocida i contarlo a mi papá, observó Matilde, tras una breve pausa.

— Es preciso, Matilde, exclamó Leonor, a quien indignaba toda señal de debilidad, que hagas una resolucion formal de adoptar alguno de los partidos que se presentan i que para mí están claramente trazados : renunciar al amor de Rafael, o ponerte con valor en situacion que tu padre no pueda obligarte a que aceptes el marido que a él le plazca imponerte. Lo que acabo de aconsejarte fué suponiendo que estabas completamente decidida por Rafael : si no es así no dés paso ninguno ; pero olvídale.

— Tal vez esperando se presente ocasion de.....

— Dime, ¿no has esperado mas de un año?

— Es cierto.

— I en todo este tiempo ¿ha dado San Luis el menor paso para acercarse a tí?

— No, ninguno, contestó Matilde con un hondo suspiro : por eso creí que me despreciaba.

— I sin embargo te ama; pero parece que su resentimiento, o tal vez el temor le impiden buscarte. Lo que hai de cierto es que nada avanzarás esperando. El seguirá creyendo que le engañaste i las apariencias justificando su opinion.

— Bien lo conozco; pero temo tanto que mi papá llegue a saber.....

— Pues yo, en tu caso preferiria que lo supiese. Si tu amor es sincero i nunca, como dices, amarás a otro que Rafael, tarde o temprano, lo que tú tanto temes sucederá.

— Yo me habia resuelto a sufrir en silencio.

— Pero quisiste saber si San Luis te habia olvidado.

— Sí.

— I me dijiste que darias tu vida por recobrar su amor.

— Es cierto. ¡Ah, quisiera tener tu valor!

— Si no lo tienes renuncia a tu amor : aun es tiempo. Me pediste consejos i apoyo. Yo te he dicho lo que haria en tu situacion. Mas si no posees suficiente enerjia para vencer tus temores por el hombre que amas, tienes razon; no debes dar ningun paso comprometiente, porque la sociedad te despreciaria i tú seguirias siendo desgraciada.

— ¡Ah! pero yo no renunciaré jamás al amor de Rafael, exclamó Matilde ; tú tienes razon, he sufrido mucho ya para tener derecho de buscar mi felicidad.

— En ese caso, si tienes valor, signe adelante. Entre sufrir en silencio i tal vez despreciada, a sufrir despues de justificarte, yo prefiero lo último.

— I yo tambien, dijo Matilde con resolucion.

— Es decir, que hablaré con Martin.

— ¿Qué le dirás?

— Que tú amas a Rafael : esto ya debe Rivas haberlo sospechado.

— ¿I que mas?

— Que mañana, te pasearás conmigo por la alameda, cerca de la pila, entre la una i las dos de la tarde. Que él puede encontrarse allí por casualidad i acercarse a nosotras si tú le saludas.

— Bueno, contestó Matilde, reprimiendo el temblor que estremecía todo su cuerpo.

— Para esto es preciso que me vaya pronto, dijo Leonor, porque debo hablar con Martin ántes que salga del escritorio de mi padre, pues en la noche puede no presentarse la ocasion de hablarle.

— Cuando se despedían las dos niñas, el coche de don Dámaso esperaba ya a la puerta por órden que Leonor habia dejado en su casa.

— Diéronse un tierno abrazo, despidiéndose hasta la noche, i Leonor subió al carruaje que partió con velocidad.



XX

Miéntras Leonor i el recuerdo de Rafael vencian los temores en el corazon de Matilde, don Fidel Elías regresaba a su casa bajo el peso de la noticia que acababa de trasmitirle don Simon Arenal sobre el arriendo de la hacienda del *Roble*.

Entró pensativo al cuarto en que su mujer se entregaba la mayor parte del dia a la lectura de sus novelistas i poetas favoritos. En aquel instante leia el sueño de Adan en el Diablo mundo de Espronceda, i oyó la voz de su marido cuando el héroe pide a Salada un caballo, como lo pedia Ricardo III para reconquistar su reino. La presencia de don Fidel la sacó de su éxtasis poético para arrastrarla a la prosa de la vida.

— Me dice mi compadre Arenal, principió diciendo don Fidel, que el arriendo del Roble no está nada seguro.

Doña Francisca le miró sin comprender lo que oía. Además, estaba desde mucho tiempo acostumbrada a oír i no a dar su opinion en los asuntos que su marido dirijia, por lo cual, ella solo la daba en presencia de otros para manifestar su superioridad intelectual.

— Me acaba de decir don Simon, prosiguió él, creyendo que doña Francisca no le habia oído, que don Pedro San Luis ha dicho que tiene que reflexionar ántes de comprometerse a prolongar el arriendo de la hacienda.

— Esperemos, pues, contestó ella, deseosa de continuar su lectura.

— Bueno es decirlo, replicó don Fidel; pero entre tanto a mí me interesa mucho el saber una contestacion definitiva, porque si pierdo la hacienda, me puedo arruinar.

— Entónces, busquemos algunos empeños para don Pedro.

— Ya habia pensado en ello; pero lo peor es esta maldita politica, que me ha privado de su amistad cuando mas la necesito.

— Ah, entónces te convences de que yo tengo razon, dijo animándose doña Francisca, al ver una oportunidad de desquitarse de las humillaciones a que su marido la condenaba en sociedad.

— Yo sé mui bien lo que hago i no soi niño para que me anden dando consejos, repuso con voz ágría

don Fidel. Pero dejemos la hacienda para hablar de otra cosa. ¿Te parece que Agustin se decidirá por Matilde?

—No sé, quien sabe.....

—Para contestar eso no se necesita mucha penetracion, dijo impaciente don Fidel. Yo te pregunto, porque un hombre ocupado como yo, no tiene tiempo de andarse fijando en esas cosas que son buenas para las mujeres.

—Nada he visto que me haga pensar de otro modo, respondió doña Francisca, tomando con impaciencia el libro que acababa de dejar sobre una mesa.

—Porque siempre estás pensando en libros i en sonseras; miéntras que yo solo me ocupo del bienestar de la familia.

—Pero ¿cómo quieres que me ocupe por mi parte, cuando crees que nadie puede hacer las cosas como tú?

—I esa es la verdad; el hombre ha nacido para dirigir los negocios; pero como yo no tengo tiempo para todo, es preciso que tú trabajes por ese lado. Agustin es un buen partido que no debemos dejar escaparse i yo hablaré con Dámaso sobre este negocio, puesto que yo debo hacerlo todo en esta casa.

Doña Francisca abrió el libro i aparentó estar leyendo. Don Fidel tomó su sombrero i salió per-

suadido de que solo él era capaz de dirigir de frente varios negocios a un tiempo, porque él calificaba entre los negocios como la jeneralidad de los padres, el establecimiento de una hija.

Doña Francisca le vió salir sin estrañarse, pues se hallaba acostumbrada a terminar de este modo sus conversaciones con su marido.

Volvió despues al sueño de Adan, deplorando la falta de poesia del hombre con quien se hallaba unida por lazos indisolubles, i esta idea la hizo suspender la lectura para tornar su memoria a Jorje Sand, con quien se comparaba por su aversión a la coyunda matrimonial.

El coche de don Dámaso, entretanto, llevó a Leonor con gran velocidad a su casa a pesar del malísimo empedrado de nuestras calles, que solo ahora ha llamado la atencion de la autoridad local.

Leonor atravesó con paso lijero el patio de su casa i llegó a la puerta del cuarto, escritorio de su padre.

En el tránsito de casa de don Fidel a la suya, habia pensado ya el modo de desempeñar su comision cerca de Martin. Su carácter la aconsejó una entera franqueza en este asunto. Así fué que, despues de asegurarse que Rivas estaba solo, entró en la pieza i se aproximó al escritorio en que aquel trabajaba.

Al verla, Martin se puso de pié. Su corazon latió

con violencia i el color desapareció instantáneamente de sus mejillas.

—Siéntese Ud., le dijo Leonor con cierto tono de superioridad.

—Permítame, señorita, permanecer de pié, contestó el jóven, viendo que Leonor apoyaba una mano sobre la mesa i se quedaba inmóvil.

—Vengo con el mismo objeto de que ántes le he hablado, repuso Leonor, acentuando estas palabras, cual si quisiese evitar a Rivas cualquiera otra explicacion de aquel paso.

—Estoi a sus órdenes, señorita, respondió Martin, con el acento de orgullosa modestia que habia llamado ántes la atencion de la niña.

—Se trata de su amigo San Luís, de cuyas confidencias me habló Ud. anoche. El nombró a Ud. por supuesto la persona que ama.

—Es la señorita Matilde Elías, prima de Ud.

—Rafael, segun me dijo Ud., la ama todavía.

—Es verdad.

—Cree Ud. que se alegraria de saber que Matilde le ha correspondido siempre.

—Creo que esta noticia le volveria la felicidad, señorita.

—Pues bien, Ud. puede decírselo: una nueva como esta se recibe de un amigo con doble alegria, segun me parece.

—Tendré un placer infinito en dársela, dijo Martin.

La sinceridad con que el jóven pronunció aquellas palabras, hizo conocer a Leonor que Rivas poseia un corazon capaz de abrigar una amistad verdadera. Esta observacion templó un tanto el encono con que creia deber mirarle desde la noche anterior.

Parece que de vuelta a su casa Leonor habia cambiado un tanto, acerca del plan combinado con su prima porque hizo ademan de retirarse.

—Una palabra, señorita, dijo Martin: Rafael se ha creido engañado; ¿creerá ahora lo que voi a decirle?

—No sé, i me parece que si le interesa, él puede buscar los medios de averiguar la verdad.

Leonor salió tras estas palabras i Rivas dejó caer su frente entre las manos que apoyó sobre la mesa que tenia delante.

—Está visto, se dijo con amargo desconsuelo: me considera un poco mas que a un criado; pero mucho ménos que los jóvenes que la visitan.

La amargura de aquella reflexion nacia del imperioso acento con que Leonor acababa de hablarle i de la profunda tranquilidad que ella manifestaba en presencia de su turbacion.

Continuó Rivas preocupado con estas ideas, hasta que dió fin a su trabajo de aquel dia i se retiró a su

cuarto. De allí salió pocos momentos después en dirección a la casa de San Luis.

—Nunca podrás, dijo a Rafael que le recibió con cariño, darme en tu vida una noticia como la que te traigo.

—¡Una noticia! exclamó Rafael con un presentimiento vago de la realidad: habla ¿qué hai?

—Matilde te ama.

Rafael miró a su amigo con tristeza.

—Mira, Martin, le dijo, no te chances con lo que para mí hai de mas sério en la vida. Me sometes en este momento a una horrible tortura, porque sin creerte lo que con tan poca ceremonia me dices, me figuro no obstante que hai algo de cierto en ello.

—Es mui verdadero, replicó Rivas; respeto demasiado tu dolor para engañarte: óyeme.

Refirió entónces a San Luis sus distintas conversaciones con Leonor i terminó por la que acababa de tener lugar.

Rafael le estrechó entre sus brazos con una alegría imposible de describirse.

—Me traes mas que la felicidad, le dijo, me traes la vida.

Principió a pasearse por la pieza, hablando de sus recuerdos i de sus esperanzas con una verbosidad increíble. Al cabo de un cuarto de hora, Martin conocia con sus pormenores todas las escenas de

aquel amor puro i ardiente que habia llenado la vida de su amigo, i envidiaba su felicidad.

—Me olvidaba de tí, mi buen Martin, le dijo Rafael, sentándose a su lado, ¿i tus amores?

—No tienen historia, contestó Rivas, su pasado, su presente i su porvenir no encierran mas que desconsuelo. Es una locura de la que debo curarme como me has aconsejado varias veces. Ya lo ves: ella me considera bueno para darte a conocer tu felicidad.

—Vamos, ten buen ánimo; Leonor tal vez te amará algun dia. El interés que demuestra por su prima prueba que tiene un corazon noble i podrá comprenderte. Esto me reconcilia con ella i hasta con su padre, a quien perdono el mal que me ha hecho.

Martin tomó su sombrero para despedirse.

—No te vayas, le dijo San Luis. Acompáñame a comer: comeremos con mi tia. Ella se alegrará tanto como yo de lo que sucede. Ademas, tengo necesidad de hablar aun contigo: las últimas palabras que te dijo Leonor me hacen pensar ahora, porque es preciso que yo vea Matilde, que hable con ella. ¿Me dices que Leonor te contestó.....?

—Que a tí te interesaba averiguar la verdad.

—¡Ya lo ves! Debo buscar un medio para ver a Matilde. A ver, tú eres ingenioso, ¿qué harías en mi lugar?

— La escribiría: esto me parece mui natural.

— Las cartas me fastidian: yo quiero oir su voz: quiero decirla que la amo mas que nunca. Vamos, piensa en algo mejor que eso. Las cartas de amor o son frias o son ridículas por afectacion. Ademas, una carta suya me bastaria por una vez; pero es preciso que yo la vea.

— En una carta puedes pedirle una entrevista.

— Pero ¿en dónde?

— Ella tal vez resuelva ese problema.

— Bueno, la escribiré.

Llamaron a comer. Rafael contó a su tia, ántes de entrar al comedor, la noticia que Martin le habia traído i comunicó su alegría a la señora. En la mesa, San Luis despidió al criado i dijo a su tia:

— Es preciso que Ud. hable con mi tio Pedro i le refiera lo que sucede. ¡Ah, yo tuve una inspiracion feliz cuando le pedí algunos dias para reflexionar sobre el negocio que me propuso!

— ¿I qué le diré sobre esto? preguntó doña Clara.

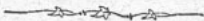
— Le dirá que este es un medio excelente de obtener el consentimiento de don Fidel: yo le cedo el arriendo del Roble si mi tio me quiere hacer este servicio, i con esto nos reconciliamos. Si él lo exige para darme la mano de Matilde, estudiaré hasta recibirme de abogado, o si lo prefiere, trabajaré en el campo con el apoyo de mi tio. Ud., por su-

puesto, sabrá convencerle: mi tío nos quiere i es jeneroso. Yo no dudo que él me haga este servicio.

Despues de comer, Martin se despidió de la señora i de Rafael i llegó a casa de don Dámaso cuando la familia de éste salia del comedor. Al subir la escala que conducia a su habitacion, oyó el sonido del piano que Leonor tocaba ordinariamente a su padre a esta hora.

Leonor esperaba ver a Martin en la mesa para continuar con él el plan de desdeñosa indiferencia por medio del cual queria vengarse de las palabras con que pensaba que Rivas habia humillado su amor propio. Con la ausencia del jóven, se figuró que habria ido a casa de San Luis i le pareció indudable que asistiria en la noche a la tertulia.

Esta idea la ponía alegre, porque esperaba hacer arrepentirse a Rivas en la noche de sus palabras de la anterior.



XXI

En aquel mismo instante entraba Agustin Encina al cuarto de Rivas.

El elegante habia estrechado su amistad con Martin desde la noche en que le vió en casa de doña Bernarda.

Un principio de egoismo, que dirige a la mayor parte de las acciones humanas, imperaba en el ánimo de Agustin al buscar la amistad de Rivas, a quien miraba con el desprecio del elegante Santiago por el que viste mala ropa.

—Martin podrá acompañarme a casa de las Molina i servirme mucho, se decia Agustin.

Esta idea le indujo a vencer su orgullo de poderoso hasta tratar a Rivas con cierta familiaridad.

La espresion de *servirme mucho*, que Agustin habia empleado al acercarse a Martin, necesita es-

plicarse bajo el punto de vista social en que Encina la usaba al formular su reflexion.

Un jóven visita en una casa. El amor, esta estrella que guia los pasos de la juventud, le ha dirigido allí. La falta de animacion que se nota en nuestras tertulias, anuda la voz en su garganta del que tiene que confiar a los ojos la frase amorosa que el temor de ser oida por los profanos le impide pronunciar.

Pero el amor lleva el sello de la humanidad que le rinde su culto: tiene que desarrollarse i progresar. Las miradas que bastaron para alimentar lo que Stendhal llama «admiracion simple» no alcanzan a satisfacer las exigencias del corazon que llega pronto a lo que el mismo autor distingue con el nombre de «admiracion tierna.» Es preciso entónces oir la voz de la mujer querida i confiarla tambien las dulces cuitas del alma enamorada. Mas la conversacion es jeneral o fria en la tertulia. i no es fácil dirigir en privado la palabra a una de las niñas.

Entónces busca un amigo.

Este puede entretener a la mamá con una charla mas o ménos insípida, o a las hermanas, que siempre tienen el oido mas listo que la madre.

I el enamorado puede entónces desarrollar a mansalva su elocuencia de frases cortadas i de suspensivos.

En este sentido pensó Agustín que Rivas podría servirle mucho en casa de doña Bernarda, en la que la vijilancia de la madre era tanto mayor, a pesar de su afición al juego, cuanto era también mayor el peligro de la situación, siendo el galán de su hija un mozo de familia acaudalada.

Agustín entró al cuarto de Rivas entonando el estribillo de una canción francesa.

—¿Ud. no ha vuelto a *rendir* visita a las Molina? dijo a Martín, ofreciéndole un hermoso cigarro puro.

—Nó, no he vuelto, contestó Martín.

—¿Qué no piensa Ud. *returnar* a la casa?

—Nada había pensado sobre esto.

—Son excelentes muchachas.

—Así me han parecido.

—Yo pienso ir esta noche a verlas. ¿Quiere Ud. acompañarme?

—Con mucho gusto.

—¿Qué le ha parecido Adelaida?

—Bastante bien, pero no tanto como a Ud., dijo Martín sonriéndose.

—¿Le han dicho a Ud. que estoy enamorado de ella? preguntó Agustín.

—Lo he conocido a primera vista.

—Pues hombre, es la verdad, no hai ninguna niña de nuestros salones que me guste tanto como Adelaida.

—Malo, dijo Rivas.

—¿Por qué?

—Porque ese amor puede convertirse en pasión i hacerle cometer alguna locura.

—¿Qué llama Ud. locura? En Paris todos tienen esta clase de amores.

—Llamo una locura, por ejemplo, que Ud. llegase a querer casarse con ella.

—¡Bah! querido, Ud. no conoce el mundo. Todas esas chicas saben que un jóven como yo no se casa con ellas.

Martin hizo todas las reflexiones morales que le vinieron a la imaginación para combatir los principios parisienses del elegante, quien se contentó con decirle que no conocia el mundo.

—Lo que hai de cierto es que yo la amo, dijo Agustin para terminar la amonestación de Rivas, i que solo o acompañado por Ud. seguiré visitándola. Sentiré si que Ud. no me acompañe.

—Si Ud. quiere le acompañaré, respondió Martin.

Rivas dió esta respuesta recordando la pintura que San Luis le habia hecho del carácter de Adelaida i de sus aspiraciones a casarse con algun hombre rico.

—Eso es, hombre, exclamó Agustin contento de la respuesta; es preciso ser complaciente con los amigos. Ademas es necesario divertirse en algo

porque esta vida de Santiago es tan insípida. Con que *¿es conveniente?* Me voi a vestir i le encuentro a Ud. listo dentro de media hora.

—Bueno, estaré pronto, contestó Martin pensado tambien que él tenia necesidad de distraer de algun modo su tristeza.

Martin hizo la siguiente reflexion despues de la salida del hijo de don Dámaso:

—Cada vez siento aumentarse mi pasion a medida que la esperanza de ser amado se aleja. ¿No es mejor, como Rafael i Agustin, apagar en un amor fácil la sed del alma, que devora la tranquilidad del espíritu?

Esta idea se revolvía en su imaginacion mientras él se preparaba para la visita que debia hacer con Agustin. La tendencia del amor a curar sus pesares con el principio de los semejantes, despertaba en él su orgullo humillado ante la altanera majestad de Leonor.

La vuelta de Agustin le sacó de su meditacion. Venia vestido con una elegancia irreprochable.

En el camino tomó luego la palabra para hablar de sus amores hasta que llegaron a casa de doña Bernarda.

En ese momento, Leonor se habia sentado al piano i tocaba con entusiasmo. Hallábase contenta de haber manifestado a Rivas que podia encontrarse con él sin conmoverse i deseaba su llegada para

aterrarle con su desden. No podia olvidar las palabras del jóven al confesarle su propósito de no amar. ¿No era este un reto insolente arrojado a su hermosura i que nadie hasta entónces se habia atrevido a hacerla?

Cansada de tocar se retiró del piano i fué a sentarse pensativa en un sofá.

Cada ruido de pasos que se oia en el patio hacia latir con violencia su corazon; así es que recibia con un frio saludo a las personas que llegaban. La ausencia de su prima vino a aumentar la duracion de aquella larga noche, en la que esperaba esplotarla sus razones para no haber descubierto a Rivas todo el plan acordado en el dia.

Perdida ya la esperanza de ver llegar a Martin, su irritacion se aumentó con aquel lijero incidente que la privaba del placer de una victoria. Parecíala que Rivas cometia una falta imperdonable no presentándose a recibir la insultante indiferencia con que se preparaba a hacerle conocer el desprecio que la habia inspirado su presuntuoso propósito de no amar.

Leonor creia de buena fé en aquel instante que ese propósito era usurpado, contra los fueros de su belleza, que todos debian admirar.

Don Dámaso, por su parte, sin preocuparse de la impaciencia de su hija ni del sueño en que doña Engracia habia caido con Diamela en las faldas, se

sostuvo durante toda la noche en abierta oposicion al ministerio, contra don Fidel i don Simon que le atacaron vigorosamente.

Al llegar don Fidel a su casa, en donde Matilde, pretestando un fuerte dolor de cabeza, habia quedado con doña Francisca, encontró sola a su mujer i entregada a la lectura de Jorje Sand.

Don Fidel, despues de argumentar en contra de la oposicion delante su compadre i fiador, se preguntaba al volver a su casa, si pasándose a la oposicion, podria obtener la próroga del arriendo del Roble.

En presencia de doña Francisca siguió en voz alta sus reflexiones que, jirando en torno de las probabilidades que el caso presentaba, tomaron la forma que indican las siguientes palabras.

—La cosa seria acertar el golpe, porque si ahora me paso a la oposicion, pierdo la fianza de mi compadre que, como ya se encuentra figurando entre la jente decente, se echará para atrás conmigo. ¡Maldita politica!

Doña Francisca, que bajo la impresion de su lectura, se hallaba en disposicion de reducirlo todo a teorías, exclamó para formular una:

—Mira, hijo : la politica, como dice no sé qué autor, es un círculo inflamado que.....

—Qué círculo, mujer, ni qué autor, replicó impaciente don Fidel: si don Pedro me firmase un

nuevo arriendo del «Roble,» yo me reiria de todo el mundo.

Doña Francisca se contentó con levantar los ojos, como poniendo al cielo por testigo del prosaico corazon a que habia unido el suyo.



XXII

Rivas i Agustin entraron a casa de doña Bernarda en circunstancias que la señora preparaba la mesa de juego i llamaba a dos amigos de Amador, que con éste i el oficial de policia, rodeaban a las niñas.

—Vaya, hijitos, decia doña Bernarda, no estén hablando sonseras i vengan a echar una manito.

Los dos amigos de Amador acudieron al llamado de la dueña de casa, que recibió a los que llegaban en ese momento con el naipe en la mano.

Doña Bernarda quiso adelantarse a recibirles.

—No se incomode Ud., señora, por nosotros, la digo Agustin, continúe siempre.

—No, hijito, no es incomodidad, contestóle doña Bernarda.

—Quiero decir a Ud. que no se moleste, replicó el jóven Encina con graciosa sonrisa.

—Ah, si no le habia entendido al francesito de agua dulce, exclamó con alegre carcajada doña Bernarda, ¿Quieren Uds., echar una manito?

—Mas tarde, señora, contestó Agustin, vamos a saludar a estas señoritas.

Las niñas que se hallaban en la pieza vecina fueron llamadas por la madre.

—Traigan la vela para acá, les dijo, i estarémos todos juntos.

Adelaida i Edelmira obedecieron aquella orden i el oficial de policia las siguió con la palmaria.

—Así me gustan los militares subordinados, fueron las palabras con que doña Bernarda, alabó la galanteria de Ricardo Castaños, que colocó la palmaria sobre una mesa i se sentó al lado de Edelmira.

Agustin vió que en aquella pieza era difícil sostener una conversacion animada con Adelaida sin ser oido, i empezó a hacer alabanzas del canto de Amador.

—Oh, yo soi loco por el canto, dijo al jóven Molina, quetomó inmediatamente la guitarra.

—¿Qué tonada le gusta mas? preguntó este.

—La que Ud. ame mas, todas me placen, contestó Agustin.

Amador afinó la guitarra, miéntras que Agustin entablaba su conversacion, i entonó luego algunos

versos, acompañándose con la música monótona de nuestras antiguas tonadas:

Yo no me pienso matar,
Por quien por mi no se muere;
Querer a quien me quisiere
I al que no me quiera, andar!

Agustin, aprovechándose del ruido, decia con apasionado acento a Adelaida:

—Yo necesito una prueba de su amor.

—¿I Ud., qué prueba me dá? preguntó ella.

—¿Yo? la que Ud. demande.

—Si Ud. me quisiese, como dice, replicó la niña, se contentaria con mi palabra i no me pediria mas pruebas.

—Es que nunca puedo hablar con Ud. con libertad, repuso Agustin i por eso insisto en lo que la pedia la otra noche.

—¿La otra noche? Qué cosa? No me acuerdo.

—Una cita.

—¡Ai por Dios! eso es mucho pedir.

—¿Por qué? preguntó Agustin con la mas rendida entonacion de voz.

—Si le doi una cita ¿quién puede perder en ella? Soi yo ¿no es verdad?

—¿No me cree Ud. bastante caballero?

—Al contrario: demasiado

—¿I por qué demasiado?

—Porque nunca se casaria conmigo; diga la verdad.

Adelaida, al decir estas palabras, fijó en el jóven una mirada penetrante. Era la primera vez que entraba en discusion tan franca con Agustin.

Este, confundido con semejante pregunta, vaciló un momento; pero recurriendo luego a la elástica moral, cuyas teorías habia desarrollado a Rivas en la tarde, respondió:

—Sí ¿por qué duda Ud.?

Adelaida leyó en la vacilacion la falsía de la respuesta; mas no dió señales de disgusto. Finjiendo, por el contrario, haber creido en ella, volvió a preguntar.

—¿No me engaña Ud.? me lo jura?

Agustin, lanzado en el campo de la mentira, no titubeó para responder al instante.

—Sí, se lo juro.

I la lijereza con que lo dijo, sirvió a Adelaida para confirmar la opinion que en la anterior respuesta le acababa de dar la incertidumbre del jóven.

—¡Ah, si Ud. no mintiera! exclamó con un acento de pasion que Agustin creyó sincero.

—Juro a Ud. que no miento, respondió el jóven: concédame Ud. la cita i hablaremos.

En este momento concluia la tonada de Amador, i Adelaida, le dijo con voz breve:

—Mañana a las doce de la noche: la puerta de calle estará abierta.

Agustin dió casi un salto sobre su silla: la alegría iluminó su rostro haciendo centellear sus ojos.

—Me *rinde Ud.* el mas feliz de los mortales, exclamó apagando el sonido de su voz, que se confundió con las últimas vibraciones del canto.

—Retírese Ud., porque mi madre nos mira, le dijo entre dientes Adelaida.

El elegante se dirigió hácia la mesa de juego, prodigando al mismo tiempo sus cumplimientos a Amador por la tonada que no habia escuchado.

—A ver, francesito, le dijo doña Bernarda que tallaba al monte, haga una parada a la sota.

Martin, entre tanto, habia permanecido solo en su asiento. Por una propiedad comun a los verdaderos enamorados, hallábase aislado en medio de las personas que le rodeaban i al compas de las notas de la tonada de Amador, él cantaba su amor sin esperanzas, en versos incoherentes que solo resonaban en su imaginacion.

Cuando terminó el canto, sus ojos i los de Edelmira se encontraron.

La idea de buscar su consuelo en otro amor hirió de nuevo su mente. En la mirada de Edelmira habia una tristeza que cuadraba con la que a él le aflijía.

En ese instante, Amador llamó al oficial para que le diese su voto sobre una mistela hecha en la casa, i Ricardo Castaños no pudo negarse a tan honorífica consulta.

Rivas aprovechó aquella circunstancia para sentarse al lado de Edelmira.

— No esperaba verle tan pronto por aquí, le dijo la niña.

— ¿Por qué? preguntó Martin.

— Porque la otra noche creo que no se divirtió Ud. mucho.

— Pero hablé algunos momentos con Ud. i ellos bastaron para darme deseos de volver.

Rivas dijo estas palabras para probar cómo serian recibidas, dominado por su idea de buscar un consuelo en un nuevo amor.

Edelmira le miró con aire de sorpresa i de sentimiento.

— ¿Es Ud. como todos? le preguntó.

— ¿Por qué me hace Ud. esta pregunta?

— Porque me figuré que Ud. era distinto de los demas.

Rivas ignoraba la significacion que dan jeneralmente las mujeres a frases como la última de Edelmira.

No pensó en que la admiracion con que ella recibió su cumplimento i lo que acababa de decirle, podian perfectamente interpretarse como de

feliz agüero para los nuevos amores a que aspiraba.

— ¿Cómo me ha considerado Ud. entónces? le preguntó.

— Sincero en sus palabras, contestó Edelmira, e incapaz de jugar con cosas serias.

Aquella apelacion sencilla a su honradez, tuvo para el alma delicada i noble de Martin, toda la fuerza de un amargo reproche. Vió al instante que iba a tomar un camino indigno de un hombre honrado, i la historia de Rafael trajo elocuentes, a su memoria, los remordimientos que su amigo le pintaba en conversaciones posteriores a su primera confidencia.

— No crea Ud., dijo, que haya mentido cuando la dije que el recuerdo de la conversacion que tuve con Ud. me daba deseos de volver : es la verdad. El modo como Ud. me pintó el pesar que la causaba su posicion en el mundo, me inspiró una viva simpatia, porque encontré cierta analogia con mi propia situacion.

— Me gusta mas que Ud. me hable de este modo, repuso Edelmira, que como Ud. habia principiado.

— Lo que acabo de decirle es sincero, replicó Martin.

— Si lo creo, i me gustará mucho si Ud., algun dia, tiene bastante confianza en mí para hablarme con la franqueza que yo lo hice la otra noche.

— Ya he principiado, puesto que la digo que encuentro analogía entre mi situacion i la de Ud.

Continuaron de este modo su conversacion durante largo rato. Edelmira habia encontrado en Martin el tipo del héroe que las mujeres aficionadas a la lectura de novelas se forjan en la juventud, i cedia a un temor mui natural cuando no queria oir de su boca los galanteos que oia diariamente de Ricardo Castaños i de los demas jóvenes que frecuentaban su casa. Hallaba una grata satisfaccion en penetrar en el alma de Rivas por medio de la expansion de la amistad, recurso de que instintivamente hacen uso las almas sentimentales que tienen horror innato a las formas estudiadas del lenguaje amoroso.

Martin, que habia ya condenado en su conciencia la idea de inspirar un amor al que no podia corresponder, halló por su parte mucha dulzura en la amistad romántica que le ofrecia Edelmira. En poco rato, su simpatía por aquella niña ocupó un lugar considerable en su corazon. Hallaba en ella una sensibilidad esquisita unida a un profundo desprecio a las jentes que se creian con derecho a su amor cuando eran incapaces de comprender la delicadeza de sus sentimientos. En su desconsuelo habia cierto perfume de poesia, que rara vez deja de encontrar un eco amigo en el corazon de un joven moralmente bien organizado; así fué que

Martin, cautivado por la sensibilidad que descubria en Edelmira, llegó a un punto de su conversacion en que dijo estas palabras :

— La confesaré la verdad : amo i sin esperanza.

Esta franca confesion, con la que Rivas se ponía en la imposibilidad de dejarse tentar de nuevo por la idea de buscar un consuelo en el amor de Edelmira, oprimió dolorosamente el corazón de la niña. Parecióla que la arrancaban una esperanza que su conversacion con Martin iba revistiendo de formas precisas. Al mismo tiempo, esas palabras despertaron en su pecho lo que una media confianza no deja nunca de despertar en una mujer : la curiosidad.

— ¿Será a alguna señorita rica i bonita? preguntó.

— ¡Es bellísima! dijo Martin con entusiasmo que no procuró disimular.

Esta contestacion produjo una pausa, que fué interrumpida por Amador i el oficial, que entraron declarando que la mistela era de primera calidad.

Martin se levantó de su silla.

— Espero que Ud. no dejará de venir a verme, le dijo Edelmira.

— Teniendo ya una amiga como Ud., contestó Rivas, no necesitaré buscar compañero.

Todos rodearon en ese momento la mesa de juego i Amador tomó el naipe que dejaba doña

Bernarda, contenta con haber ganado cien pesos.

El que perdía la mayor parte era Agustín Encina, que entusiasmado con el buen éxito de sus amores, desafiaba a todos los circunstantes al juego, después de haber perdido, para manifestar delante de Adelaida su desprendimiento del dinero.

Amador hizo traer una botella de la nueva mistela para fomentar la animación de Agustín y las libaciones corrieron parejas con las apuestas.

Sin duda el hijo de doña Bernarda conocía alguno de los métodos con que cierta clase de jugadores se apoderan del dinero de los demás, con más cortesía, pero no más honradez que los salteadores de camino; porque parecía haber avasallado a la fortuna ganando cada vez cantidades que al cabo de un cuarto de hora había agotado el dinero de Agustín.

—Juego sobre mi palabra, exclamó éste, apurando una copa de mistela, cuando se encontró sin plata.

— Como Ud. guste, contestó Amador; pero yo abandonaría el partido en su lugar.

— ¿Por qué? preguntó el joven Encina.

— Porque está de mala suerte.

— Yo la compondré, contestó con orgullo el elegante, que miraba con desprecio a tan pobres adversarios.

Amador y otro de los que rodeaban la mesa cambiaron una mirada significativa.

— ¿Cuánto apuesta? preguntó el hijo de doña Bernarda sacando dos cartas.

— Seis onzas al siete de oros, dijo Agustin.

Al cabo de una hora, habia perdido mil pesos que en media hora mas se doblaron. Martin intervino entónces i puso término al juego.

— Traiga Ud. papel i le firmaré un documento; dijo Agustin a Amador.

El documento fué otorgado por dos mil pesos. Agustin lo habria firmado por cuatro, porque en aquel instante recibia de Adelaída una mirada de amorosa admiracion.

Al salir de casa de doña Bernarda, el jóven Encina, entusiasmado con su conquista i con los vapores de la mistela, contaba, en su jerga peculiar, a Martin, la manera irresistible que habia empleado para reducir el corazon de Adelaída.

Despues de la salida de las visitas, quedaron en la pieza, al lado de la mesa de juego doña Bernarda, Adelaída i Amador.

Edelmira se retiró despues de oir de boca de su madre algunas amonestaciones sobre la necesidad en que está toda muchacha de buscarse un buen marido.

Cuando Amador se vió solo con su madre i su hermana mayor, cerró la puerta por la cual acababa de pasar Edelmira.

— ¿Qué hubo? preguntó despues de esto, dirigiéndose a Adelaida.

— Para mañana en la noche, contestó ella.

— Ah, ah, exclamó doña Bernarda, ¿el frances de agua dulce pidió la cita?

— No es la primera vez, dijo Adelaida.

— Estos ricos, repuso Amador, quieren andar engañando muchachas : éste la pagará caro.

— Entónces, mañana traes a tu amigo, añadió doña Bernarda.

— De juro, pues, respondió Amador.

— ¿I si no quiere? preguntó la madre.

— No le dé cuidado, mamita; contestó Amador, tomando una vela para retirarse.

Luego añadió acercándose a ella:

— No se le olvide no mas lo que le dijimos.

— ¿Qué soi tonta para que se me vaya a olvidar? contestó ella : *veris* si yo sé hacer las cosas.

En el momento en que Amador se retiraba, se oyó un lijero ruido tras de la puerta que éste habia cerrado al principiar aquella conversacion.

— Será la tonta de la Edelmira que estará oyendo, exclamó doña Bernarda.

¿Qué importa que nos oiga? dijo Amador : mañana ha de saber lo que pase.

La madre pareció satisfecha con la respuesta i dió las buenas noches a sus hijos.

XXIII

Rafael San Luis habia pasado con tanta prontitud, del profundo abatimiento en que vivia, a la felicidad, que despues de despedirse de Martin, le parecia un sueño la inesperada noticia que acababa de traerle su amigo.

Su primer cuidado fué el de enviar a su tia para enterar a don Pedro de sus nuevos proyectos sobre la hacienda del Roble, con cuyo arriendo esperaba vencer las dificultades que le separaban de Matilde, ganándose la voluntad de don Fidel Elías.

Cuando se vió en su cuarto, rodeado de sus muebles, testigos de su constante dolor, cubrió de besos el retrato que guardaba de su querida i volvió la memoria hácia los pasados tiempos de su dicha, no sin una triste impresion al recordar las acciones de su vida desde que la suerte le habia separado de Matilde. El remordimiento de haber

sacrificado el honor de Adelaida Molina al consuelo de sus penas, habló entónces mas alto en su conciencia que en los dias anteriores. La felicidad le volvió hácia la virtud así como la desesperacion le hiciera quebrantar sus leyes. Sintió con vergüenza que no iria puro como ántes, a jurar amor a los piés de la que inmaculados le guardaba su corazon i su fé. Aquella fué la primera idea que vino a enturbiar la onda cristalina de su alegría i tambien la que le sacó de la contemplacion en que se hallaba sumerjido, para hacerle sentir la necesidad de mayores emociones que le distrajesen de su enojoso recuerdo.

Ver a Matilde i oir de su boca las tiernas protestas de su amor santamente conservado, fué lo que al momento ocupó su imaginacion. Recordó con esto que la última frase de Leonor, que Rivas le habia trasmitido, le abria el camino para buscar los medios de llegar hasta Matilde. Sentóse a su mesa i principió a escribir con un ardor febril. Al cabo de una hora, habia roto dos cartas i escribia la siguiente, que fué la única que satisfizo su impaciencia.

« Un amigo me acaba de decir que Ud. me ama »
» todavía. No puedo pintarla la felicidad que esta »
» noticia me trae de repente: seria preciso que Ud. »
» me oyese, porque una carta no bastaria para »
» contener la historia de los pesares que la nueva

» esperanza desvanece. Si es verdad que Ud. me
» conserva ese amor, que ha sido hasta hoy mi
» única dicha i mi único pensamiento querido, dé-
» jeme oírlo de su voz. Esta súplica se la haria de
» rodillas si Ud. pudiese verme, porque si Ud. la
» desoye creeré que me han engañado, i volver
» ahora a mi largo desconsuelo seria horrible para
» mí. »

San Luis se contentó con esta carta porque era la única que se hallaba en armonía con la agitacion de su espíritu. Las largas frases de amor que habia confiado a las dos primeras, le parecieron muy frias para pintar el estado de su alma bajo la violenta emocion que le agitaba. Despues de cerrarla se dirigió a casa de don Fidel. Al llegar al umbral de aquella puerta que habia atravesado por última vez con el corazón despedazado, temblaba como en la proximidad de un inmenso peligro.

Para entregar su carta no habia imaginado otro medio que el inventado tal vez desde el origen de la escritura. La hora favorecia sus intenciones, porque la noche habia llegado ya i el mal alumbrado de las calles le permitia acercarse a la casa sin temor de ser conocido. En el cuarto del zaguán preguntó por una criada antigua de doña Francisca que habia conocido durante sus visitas. Cuatro reales bastaron para que el criado que ocupaba la pieza del zaguán se prestase a llamar a la persona por quien

Rafael preguntaba; i diez minutos despues la carta se hallaba en manos de Matilde.

Llegada la hora en que don Fidel asistia con doña Francisca i su hija a casa de su cuñado, Matilde, finjió un dolor de cabeza para quedarse, temiendo que en la tertulia de don Dámaso, alguien pudiese leer en su semblante la turbacion en que se hallaba despues de leer la carta de San Luis.

A las ocho de la mañana del siguiente dia, Leonor salia de una iglesia envuelta en su manton i acompañada por una sirviente.

De la iglesia se dirijió a casa de su prima, que la recibió en la misma pieza en que habian estado el dia anterior.

—¿Estás realmente enferma, como anoche me dijeron? preguntó a Matilde, en cuyo rostro se veía la palidez que deja ordinariamente una noche de insomnio.

—Mira esta carta, fué la contestacion de Matilde, que puso en manos de su prima la que Rafael la habia dirijido.

—¿I tu mamá? preguntó Leonor sentándose i sin mirar la carta.

—Está durmiendo.

Leonor echó hácia atras el manton que cubría su frente i empezó a leer. Despues de terminar, alzó los ojos sobre su prima. Esta permanecia de

pié, frente a ella, i en la actitud de un culpable delante del juez.

—No habrás comprendido, la dijo Leonor, cómo San Luis te pide una entrevista despues de nuestra conversacion de ayer.

Matilde, en su turbacion no se habia fijado en aquella circunstancia i solo entónces recordó que en su convenio con Leonor habian resuelto citar a Rafael para ese dia.

—Es cierto, contestó.

—Al irme de aquí, repuso Leonor, cambié de plan. Me pareció mas natural decir solo la mitad de él i dejar que San Luis pidiese la cita. Esta carta manifiesta que no me engañé, ¿has contestado?

—No, esperaba verte para hacerlo.

—¿Has cambiado de resolucion desde anoche?

—Tampoco, dijo Matilde. Es verdad que tengo miedo; pero me venceré. Ahora que Rafael me ha escrito, es imposible cambiar de determinacion porque si me negase creeria que no le amo.

—Tienes razon. De modo que le contestarás ahora.

—¿Qué le diré?

—Lisa i llanamente lo que ayer convinimos. Es temprano i tu contestacion llegará a tiempo. No olvides que es para las dos a mas tardar. Yo estaré aquí con Agustin a la una.

Despues de la salida de su prima, Matilde contestó en los términos que acababa de recomendarle i envió su carta por el mismo conducto que habia recibido la de Rafael.

Leonor llegó pronto a su casa i se dirijió a las piezas que ocupaba su hermano, a una de cuyas puertas dió tres lijeros golpes.

La voz de Agustin preguntó del interior :

—¿Quién es?

—¿No estás en pié? preguntó Leonor.

—Entra, hermanita, dijo a la niña. ¿Qué es esto tan de mañana? Vienes de la iglesia?

Leonor dió una respuesta afirmativa a la última pregunta i se sentó en una poltrona de tafilete verde que la presentó el elegante.

—I tú ¿cómo estás tan temprano en pié? preguntó la niña quitándose el manton.

Agustin habia pasado mala noche con la felicidad, que a veces desvela tanto como el pesar.

—No sé, dijo, desperté temprano.

—Anoche te recojiste tarde.

—Sí, me entretuve por ahí, contestó Agustin, que veia con placer una ocasion de recordar su visita de la noche anterior.

—¿Dónde estuviste? preguntó Leonor con aire de distraccion.

—En casa de unas niñas.

—¿Habia muchos jóvenes?

—Algunos: yo estuve con Martin.

—¡Con Martin! dijo Leonor admirada. ¿En casa de qué niñas.

—Ah, hermanita, eres mui curiosa : se cuenta el milagro sin nombrar al santo.

—No sabia que a nuestro alojado le gustase visitar, dijo Leonor, jugando con el libro de misa que tenia entre las manos.

—Como a todo hijo de vecino.

—¿Son bonitas las niñas?

—¡Oh, encantadoras!

El entusiasmo de esta respuesta produjo en Leonor una estraña sensacion.

—¿Las conozco yo? preguntó con curiosidad.

—No sé..... puede ser.

Agustin dió esta contestacion, porque si bien se hallaba con deseos de contar que era amado, no queria por otra parte hacer sospechar a su hermana la baja esfera social en que habia ido a buscar sus conquistas amorosas.

—De esas niñas, dijo Leonor, alguna debe gustarte.

—La mas bonita, contestó Agustin con orgullo.

—¿I ella te quiere?

—No faltan pruebas para creerlo.

Leonor habia hecho las preguntas anteriores para no llamar la atencion de su hermano sobre esta otra.

—¿I Martin..... hace la corte a alguna de ellas?

—No sé precisamente; pero le he visto conversar mucho con una hermana de la mía.

Agustín dió a este posesivo toda la fatuidad que le inspiraba el recuerdo de la cita que habia obtenido de Adelaida.

— ¿I es bonita tambien? preguntó Leonor.

— Bonita, como no! aunque no tanto como la otra; pero es interesante.

La niña se quedó pensativa durante algunos momentos. Sentíase humillada por aquella revelacion.

Era claro que Rivas habia mentido, al contarla con pretendida modestia su propósito de no amar; i que probablemente hablaba de amor con otra cuando ella le esperaba para confundirle con su desden. Miéntras hizo estas reflexiones, la ocurrió la idea de que su silencio podia despertar las sospechas de su hermano sobre la causa que las motivaba i determinó llamar su atencion sobre el asunto que la llevaba allí.

— Ah, exclamó al instante de pensar esto, se me olvidaba que tengo que pedirte un servicio.

— ¿Un servicio, hermanita? dijo Agustín, habla, *soi todo a ti*.

— Quiero que me acompañes hoy a la Alameda entre la una i las dos de la tarde.

— ¿Para qué? hoy no es domingo.

— Despues te diré : prométeme primero que me acompañarás.

— Te lo prometo, no tengo dificultad ninguna.

— Díme, Agustin ¿tú estás verdaderamente enamorado de esa niña de que acabas de hablarme?

— Oh, la amo *de todo mi corazon*.

— De modo que si no pudieses verla, lo sentirias mucho.

— Muchísimo; pero no creo que esto suceda.

— Eso no importa; supon que te separasen de ella.

— ¡Caramba, no seria tan fácil!

— Ya lo sé; pero dalo por hecho.

— Ah, ¿es una suposicion? bueno.

— Estando así, sin verla, ¿no agradecerias mucho a la persona que te proporcionase con ella una entrevista?

— ¡Cómo no! se lo agradeceria en el alma!

— Pues es lo mismo que tú vas a hacer acompañándome a la alameda.

— ¡Ah, picarona, tienes tus amorcillos, eh?

— No, hijo, no soi yo, dijo con cierta tristeza Leonor.

— Entónces. ¿Quién es?

— Matilde.

— ¡La primita! I este es ¿el cuántos? Porque cuando yo estaba en Europa, supe que tenia amores con Rafael San Luis, tú me escribiste que se

iba a casar con otro i ahora quiere que la lleven a la alameda para ver, sin duda, a un tercero.
¡ Fichtre ! Escuse Ud. de lo poco !

— No es para ver a un tercero ; Matilde no ha amado nunca mas que a Rafael San Luis.

— I entónces ¿ cómo iba a casarse con Adriano ?

— En gran parte por culpa de mi papá.

— ¡ De mi papá, hermanita ! No comprendo.

— Porque tú no has sabido que mi papá fué el que aconsejó al tio Fidel para que despidiese a San Luis de su casa.

— ¿ I por qué ?

— Dicen que porque estaba pobre Rafael.

— No deja de ser una razon.

— Aunque lo fuese, mi padre no debió intervenir para causar la desgracia de un jóven bueno.

— Es verdad.

— I yo creo que nosotros cumplimos con un deber, reparando su falta en lo que podamos.

— Así me parece, es justo.

— Matilde ama siempre a San Luis i nunca amará a otro.

— Hace bien, yo estoi por la constancia.

Leonor esplicó en seguida lo restante de su plan, dejando a su hermano mui convencido de la necesidad de apoyar a Matilde en sus amores.

Despidiéronse despues de esta conversacion , prometiendo Agustin no faltar a la hora convenida.

El elegante se hallaba en un día de indulgencia con la alegría que le causaba la expectativa de la cita, así fué que no tuvo un momento de escrúpulo para favorecer los amores de Matilde.



XXIV

Un poco ántes de la una del día, salió Leonor de su pieza al cuarto de antesala. La completa elegancia de su traje hacia resplandecer su admirable belleza. Un vestido de popelina claro ajustaba su talle delicado, que se divisaba al traves de un ancho encaje de chantilly que guarnecía una mantelita bordada, de terciopelo negro. Los numerosos pliegues de la pollera se perdian longitudinalmente hácia el suelo, realzando la majestad de su porte i un cuello de finos encajes de valenciennes, ajustado por un prendedor de ópalos, confundia su blanco bordo con la delicada cútis de su bien delineada garganta.

Leonor se sentó a esperar a su hermano, entreteniéndose en jugar con un quitasol que tenia entre las manos. Al cabo de cortos instantes se separó de su asiento, i se puso delante del espejo de la chime-

nea, pasando una mano sobre sus lustrosos *bandeaux*, con un cuidado que acreditaba el culto que profesaba a su persona.

Mui distante se hallaba Leonor de figurarse que en ese momento dos ojos dirijian sobre ella una mirada ardiente al traves de la vidriera de la puerta que comunicaba la antesala con el escritorio de su padre. Aquellos ojos eran los de Martin, que habiendo oido cerrar la puerta por la cual Leonor acababa de pasar, se habia puesto en observacion, como muchas veces lo hacia, para ver a la niña que a esa hora estudiaba diariamente el piano.

Tanta belleza i elegancia, hacian latir el corazon del enamorado mozo con desesperada violencia. Con la avidez de todo amante, quiso Rivas contemplar de mas cerca a su ídolo e imaginó al momento un pretesto para acercarse. Sentia una estraña fascinacion que le arrastraba en su amor a despreciar la altivez con que era tratado : era el efecto de la misteriosa fuerza que impulsa a todo infeliz a ponderarse sus pesares, a todo criminal a seguir en la oscura senda a que un primer delito le arroja. Martin deseaba complacerse en su propia desgracia, sentir la opresion de su pecho ante la mirada altanera de Leonor, comparar cerca de ella la miseria de su destino con la opulenta riqueza i hermosura de la niña. Estas sensaciones le hicieron abrir la puerta con un ardor febril, sin esplicarse lo que

hacia, i cegado ya por la desesperacion sobre su suerte que la vista de Leonor le infundia.

La niña volvió precipitadamente la cabeza hácia el punto en que se abria la puerta i vió aparecer a Martin, pálido i turbado delante de ella.

Al momento vinieron a la memoria de Leonor sus propósitos de la víspera i recibió el saludo del jóven con fria mirada i orgulloso ademan.

Ante aquel saludó conoció Rivas lo aventurado i temerario de lo que hacia.

— Señorita, dijo con voz tímida, me he tomado la libertad de presentarme para decir a Ud. que ayer cumplí el encargo que Ud. se sirvió hacerme.

— Yo esperaba haber recibido anoche esa respuesta, contestó Leonor, sentándose.

Martin tomó el tirador de la puerta en señal de retirarse.

— Mi hermano me hizo esta mañana ciertas confidencias, dijo Leonor, sin dar tiempo a Rivas de hacer lo que intentaba, que me han explicado por qué no sucedió lo que yo esperaba.

La palidez de Martin desapareció bajo un vivo encarnado al oir aquellas palabras, porque se figuró que Agustin hubiese hablado de la casa de doña Bernarda.

— No creí, señorita, contestó, que Ud. aguardase con tanta impaciencia la respuesta.

— De modo que Ud. ha vuelto la felicidad a su amigo, dijo Leonor sin aceptar por ninguna señal exterior la disculpa del joven.

— Gracias a Ud., señorita, repuso Martin inclinándose.

— Este será un mal ejemplo para Ud., replicó con una imperceptible sonrisa de malicia.

— No veo por qué, señorita.

— Porque la felicidad de su amigo puede influir contra los heroicos propósitos que Ud. me manifestó la otra noche.

— Rafael ocupa una posicion mui distinta de la mia, dijo Rivas con un acento tan naturalmente melancólico, que Leonor fijó en él una profunda mirada.

— ¿Porque está seguro de ser amado? preguntó.

— Precisamente.

— ¿I Ud.?

— Yo..... no pretendo serlo, contestó Martin con verdadera modestia.

— Es Ud. mui desconfiado, replicó Leonor, con la sonrisa que un momento ántes se habia dibujado en sus labios.

— Creo que mi desconfianza podrá servirme de escudo contra mayor desgracia que la de no ser nunca amado.

— ¿Mayor desgracia? Cuál? por ejemplo.

— La de amar sin esperanza.

Martin pronunció estas palabras con voz tan intimamente conmovida, que Leonor, a pesar de su imperio sobre sí misma, se puso encarnada i bajó la vista al encontrarse con la ardiente mirada del jóven.

Su invencible orgullo la hizo al momento avergonzarse de su involuntaria emocion.

En el instante de bajar la vista oyó la voz de su amor propio escarnecerla por su debilidad. De modo que, apénas sus dilatados párpados habian cubierto las pupilas, alzáronse de nuevo dejando ver la arrogante mirada del orgullo ofendido.

—No debe Ud. arredrarse ante esa desgracia, dijo; pocos son los hombres que no encuentran alguna vez siquiera quien los ame. Por lo que me dijo Agustin, Ud. está en camino de encontrarse pronto a cubierto de lo que tanto parece temer.

Levantóse al decir esto de su asiento con la majestad de una reina, i arrojó al jóven, mirándole con aire de burla, que en nada disminuía su dignidad, estas palabras:

—Una de las niñas que Uds. visitaron anoche, dice Agustin que manifiesta aficion por Ud.: ya vé que puede tener mas confianza en su estrella.

I salió de la pieza llamando a una criada i dejando a Rivas sin movimiento en el punto donde habia permanecido de pié durante toda la conversacion.

Mui luego oyó la voz de Leonor que decia;

—Di a Agustin que le estoi esperando hace mas de una hora.

Estas palabras le sacaron de su estupefaccion. Abrió la puerta i entró al escritorio de don Dámaso con las lágrimas próximas a escapársele de los ojos.

Las últimas palabras de Leonor i lo que habia dicho despues a la criada, le hacian creer que le miraba como un objeto de pasatiempo i de burla. Esta creencia arrojó en su alma una tristeza que nubló los resplandores que todo jóven divisa en el porvenir.

—Vamos, se dijo con rábia, apoyando ámbas manos en la frente, es preciso trabajar.

I tomó la pluma con ardor desesperado, evocando el recuerdo de su pobre familia, para calmar la desesperacion que le oprimia el pecho i le daba deseos de llorar como un niño.

Leonor volvió a sentarse pensativa en el sofá que habia ocupado miéntras hablaba con Martin. Maquinalmente se detuvieron sus ojos en la puerta que el jóven acababa de cerrar i parecíale verle aun, de pié, próximo a esa puerta, pálido i turbado, dirijirla con ardiente mirada i conmovido acento aquella frase que en pocas palabras pintaba el melancólico desconsuelo de su alma: «Amor sin esperanza.» I bajó de nuevo, por un movimiento maquinal tambien, su vista; pero al levantarla otra vez

no brillaban ya en sus ojos los rayos de su orgullo receloso i tenaz, sino la vaga espresion que pinta la alborada de una nueva emocion en el alma.

Leonor pensó entónces, mas sin formular con precision tal pensamiento, que en aquellas palabras de un verdadero sentimentalismo, en la eloçuente mirada de los ojos negros de Martin, en la íntima emocion que acusaba su voz, habia mil veces mas atractivos que en los estudiados cumplimientos de los elegantes jóvenes que cada noche la repetian sus hostigosos cumplidos. Aquella lijera entrevista dejaba en su ánimo una profunda i desconocida emocion, una tristeza indefinible que borraba de su memoria la imájen del pobre provinciano, tímido i mal vestido, para ceder su lugar al joven modesto i sentimental, que en pocas palabras dejaba entrever un corazon de grandes sensaciones.

La llegada de Agustin vino a cortar aquellas reflexiones, sin forma fija, en que vagaba complacida la mente de Leonor.

El elegante habia apurado la combinacion de la corbata con el chaleco i pantalones a la mas perfecta armonía de los colores: el cútis lustroso de su cara atestiguaba el paso de la navaja sobre una barba naciente i su pelo despedia el perfume de la mas rica pomada de jazmin de Portugal que fabrica la Sociedad Higiénica de Paris.

—¿Te he hecho esperar, mi toda bella? preguntó

a Leonor, ostentando con arte la gracia de su pantalón cortado por Dussotoy en la capital de la elegancia.

—Algo, contestó Leonor levantándose.

Salieron de la casa i llegaron poco despues a la de don Fidel donde les esperaba Matilde.

Esta habia dado tambien un cuidado prolijo a su traje que bien podia rivalizar en gracia con el de su prima. La resolacion un poco violenta de que se habia armado, añadia cierta gracia a su belleza modesta hasta la timidez i sus ojos estaban animados por una viveza que aumentaba su brillo i su hermosura.

Pusiéronse en camino, aparentando una alegría que solo Agustin tenia en realidad, porque Leonor i sobre todo Matilde no podian ocultar la turbacion que de ellas se apoderaba al aproximarse a la Alameda. Al llegar al paseo de que nos enorgullecemos todos como buenos santiaguinos, Leonor habia recobrado ya su serenidad i alentaba a Matilde, a quien el temor habia hecho perder enteramente la viveza i animacion que al salir de su casa se miraba en su semblante.

La Alameda estaba desierta como lo está en dias que no son festivos. El alegre sol de primavera jugaba en las descarnadas ramas de los álamos i estendia sus dorados rayos sobre el piso del paseo.

Las dos niñas avanzaron con Agustin hasta el

punto en que se encuentra la pila. La soledad del lugar infundió confianza a Matilde i la conversacion, que al llegar habia languidecido, recobró su animacion cuando estuvieron sentadas no léjos del maiten que algun intendente amigo de los árboles nacionales, hizo colocar en el óvalo de la pila como una muestra de su predileccion.

Poco rato despues que se hallaban en aquel lugar, Agustin dijo al oido de Leonor:

—Allí viene Rafael.

Matilde le habia divisado desde léjos i hacia poderosos esfuerzos para ocultar i reprimir el temblor de su cuerpo.

San Luis se acercó al sofá i saludó con gracia a Leonor i a su prima primero, dando la mano a Agustin, que le acojió con risueño semblante. Igual cortesía habia mostrado al saludar a cada una de las niñas, sin que hubiese podido distinguirse que una de ellas ocupaba su corazon únicamente desde muchos años.

Rafael tuvo tambien bastante oportunidad para entablar luego una conversacion, en la que todos tomaron parte, destruyendo de este modo el natural embarazo que debia suceder al saludo. Con esa conversacion, Matilde se serenó del todo i pudo dirijir sin temblar sus miradas a Rafael, con la ternura de un amor verdadero, que desdeña el artificio i deja retratarse en el ros-

tro las gratas emociones que se apoderan del alma.

Leonor dió poco despues la señal de la vuelta, levantándose i apoderándose del brazo de su hermano. Rafael ofreció el suyo a Matilde i las dos parejas se pusieron en marcha con lento paso.

San Luis entabló pronto la conversacion con que habia soñado tantas veces en sus dias de tristeza; pintó con calor sus pesares; hizo estremecerse de gozo el corazon de su querida con la espresion apasionada de un amor que habia llenado su existencia, i recibió con una alegría que le costaba reprimir las sencillas i tiernas palabras con que Matilde le contó los dolores del sacrificio que habia hecho a la voluntad paterna. Hubo en esa mútua confidencia de dos corazones unidos por una pasion sincera i separados por la ambicion, esa expansion sin arte que desborda del pecho inundado por una felicidad completa, palabras que contaban con una vida sin limites, miradas que brillaban con celestial ventura.

—En fin, dijo Rafael, todos mis pesares los borra este momento: ya veo que los mas locos sueños de la imaginacion pueden realizarse. ¡Ud. me ama!

Esta frase fué pronunciada cuando Matilde referia los temores que habia vencido para dar la cita.

—Ahora, añadió la niña, que en aquel momento

de suprema dicha sentia en su alma un valor decidido, mi resolucion es irrevocable. He sufrido mucho para no tener en adelante la fuerza de resistir.

Rafael contó entónces su nuevo plan i las probabilidades con que contaba para vencer la obstinacion de don Fidel. Este plan, abria a los amantes el campo rosado de la esperanza, desarrollando a sus ojos los mirajes infinitos que siempre se presentan a los enamorados felices. Los alegres proyectos cirmieron sobre ellos sus alas doradas i les pareció que el cielo era mas azul i mas puro el aire en que resonaban sus palabras.

En andar tres cuadras habian empleado cerca de media hora, durantê la cual Agustin contaba a Leonor sus amores, transformando en su narracion, a Adelaida en la hija de una de las principales familias de Santiago, i sin llegar a la relacion de la cita que fué sustituida por mil pruebas de una violenta pasion, inventadas por la imaginacion del elegante.

Al terminar la cuarta cuadra Leonor se detuvo i fué preciso separarse: Matilde i Rafael creian no haber hablado todavía. El jóven se despidió como habia saludado: llevaba la esperanza de una nueva entrevista si Leonor consentia en acompañar de nuevo a Matilde, miéntras se ponía en ejecucion el plan que debia dar por resultado el consentimiento de don Fidel Elias.

XXV

Nuestra narracion debe en este punto retroceder hasta el dia siguiente de la fiesta celebrada en casa de doña Bernarda, para esplicar las palabras que mediaron entre esta, Adelaida i Amador, despues de la visita en que Agustin Encina habia abtenido la cita.

El secreto que Rafael habia revelado a Martin sobre sus amores con Adelaida Molina, era tambien conocido por Edelmira i Amador, a quien esta niña lo habia confiado para ocultar a su madre el fruto de su estravío. Amador habia servido de auxiliar a su hermana en este designio, i facilitádola los medios de ausentarse de casa de doña Bernarda durante un mes, al cabo del cual Adelaida regresó de un paseo a Renca en donde dejaba a su hijo con una hermana de doña Bernarda.

Edelmira, por su parte, se habia limitado a llorar por la falta de su hermana.

Inútil nos parece referir circunstanciadamente los medios de que se valió Amador para evitar las sospechas sobre tan delicado asunto. El resultado fué que Adelaida regresó al hogar de la familia sin que la mas lijera mancha empañase a los ojos del mundo el lustre de su reputacion.

Pero Amador era hombre que gustaba de sacar partido de los accidentes de la vida para compensar los rigores de la suerte contra su siempre necesitado bolsillo. Por esto se valió del ascendiente que aquel secreto le daba sobre su hermana, para obligarla a ser ménos desdeñosa con el amartelado hijo de don Dámaso Encina.

Adelaida meditaba solo alguna venganza contra el que la abandonaba, cuando Agustin entró a la casa atraído por sus lindos ojos. El elegante llegaba, como se vé en mal momento, i debió naturalmente sufrir por algunos dias los desdenes que su mala estrella le deparaba.

Sin embargo, Agustin no se desalentó con los primeros reveses i atribuyó su constancia la sonrisa afable que sus requiebros hicieron dibujarse en los labios de Adelaida, cuando Amador habia ordenado aquella amabilidad con la mira de sacar algun partido de aquel amor de un hijo de familia.

La ambicion hizo entrever a Amador hasta la

posibilidad de enlazar su estirpe plebeya i pobre con la dorada del nuevo amante de Adelaida.

Esta se dejó dominar i consintió en representar el papel que en aquella comedia la asignaba su ambicioso hermano, sin esperar mas ventaja de su obediencia que la posibilidad de mejorar de fortuna, i poder así, con mas probabilidad, encontrar algun medio do vengarse de Rafael San Luis.

Al día siguiente de la fiesta celebrada por doña Bernarda en honor de su cumpleaños, Amador entró al cuarto de Adelaida en circunstancias que doña Bernarda i Edelmira habian salido a las tiendas.

—¿Cómo te fué anoche con Agustín? preguntó Amador sentándose. ¿Siempre enamorado?

—Siempre, contestó Adelaida sin levantar la vista de una costura en que se hallaba ocupaba.

—¿I tú? qué le dices?

La niña miró a su hermano con la resolucion que naturalmente se pintaba siempre en su semblante.

—Yo, dijo, nada casi le contesto, porque hasta ahora no me has explicado lo que quieres hacer.

—¿Lo que quiero hacer? No te he dicho que le hagas creer que le quieres?

—¿I para qué?

—Primero, porque estoy pobre, dijo Amador encendiendo un cigarro i lanzando al aire el fósforo con que acababa de prenderlo.

—No sé como estés pobre cuando todas las noches casi le ganas plata, replicó Adelaida, volviendo a su costura.

—Harto saco con ganarle: me firma documentos.

—¿I por qué no los cobras?

—¿Sabes lo que sucede? Varias ocasiones ha pasado lo mismo: uno le gana al hijo de un rico i cuando no le quieren pagar, se vá donde el padre que se pone furioso i lo amenaza a uno con mandarlo a la cárcel.

—¿I la plata que te pagó Agustin?

—Eso es mui poco, una o dos onzas: se me van entre los dedos.

Adelaida se quedó en silencio.

Amador dejó pasar un corto rato i dijo:

—Lo que yo quiero es que tú i yo saquemos alguna buena ventaja. Dime, ¿no te gustaria casarte con Agustin?

—Ya sabes que yo, lo primero que quiero es que Rafael me la pague.

Esta vulgar contestacion resonó de un modo extraño entre los labios de Adelaida en cuyos ojos brillaron al mismo tiempo los sombríos reflejos de un odio concentrado i tenaz.

—Yo te ayudaré si tú me ayudas, la dijo Amador. Mira, no seas lesa: si haces lo que te digo te casas con Agustin i eres rica. ¿Qué mas quieres?

—Tú hablas de casamiento como si fuese tan fácil, replicó Adelaida, que no se atrevia a contradecir a su hermano que era dueño de su secreto.

—Cierto que es difícil, contestó éste; pero yo sé como hacerlo.

—¿Cómo?

—Le vas dando esperanzas a Agustín. ¿Me me has dicho que siempre te está pidiendo cita?

—Cierto.

—Bueno; cuando yo te avise, le das la cita. Entonces llego yo con un amigo que tengo por ahí i lo obligo a casarse.

—Sí; ¿pero quién nos casa?

—Mi amigo; no te dé cuidado.

—Tu amigo no es mas que sacristan.

—¿I eso qué importa? escúchame primero. Como hemos de tener que decírselo a mi madre i ella no consentiria si supiese que mi amigo no es mas que sacristan, le decimos que es cura o que trae licencia para casar.

—¿I despues?

—Yo digo a mi madre que despues que ella vea que están casados le diga a Agustín que no te dejará juntarte con él hasta que no se lo avise a su familia i den parte que se han casado. Así estoi seguro que mi madre no se opone. Agustín se lo tiene que contar a su padre i éste, como ya no hai remedio, se conforma i dá parte a los amigos. Yo le aconsejaré a

Agustin que digan en su casa que se van a casar en el campo o en cualquiera parte. Una vez que hayan dado parte descubro yo la cosa a Agustin que por no pasar por la vergüenza de contarle i que en Santiago se rian de él se casa entónces de veras.

—Pero entónces me aborrecerá viendo lo que yo hago con él.

—¿I para qué le vas a decir que sabes nada? Mira: apenas él entre a la cita nos presentamos mi madre i yo: tú te haces la inocente i lloras o gritas si te dá gana: entre tanto yo obligo a Agustin i se casan. Agustin creerá que tú no sabias nada.

Adelaida opuso a este plan algunas objeciones demasiado débiles ante la voluntad de su hermano, que en caso de formal resistencia la amenazaba con perderla. Este plan ademas no dejó de lisonjear un tanto su orgullo, que la hizo divisarse como la mujer de un jóven rico i de la primera clase de la sociedad, con la que podria rozarse entonces de igual a igual, triunfando de la envidia de sus amigas. Otra causa obraba, ademas, en el ánimo de Adelaida para someterse con mui pequeña resistencia a la voluntad de Amador: esta causa tomaba su orijen del estado de su alma. Abatida por la conciencia de su desgracia, fácilmente se adheria al nuevo plan que la ofrecia la probabilidad de cambiar su destino por la felicidad de una existencia regalada con los

goces materiales del lujo que ocupan tan vasto lugar en el alma humana.

Después de esta conversacion, Adelaida templó sus rigores con Agustin hasta el punto de hacerle creer en que correspondia a su amor i darle la cita para la cual el elegante se preparaba después del paseo a la Alameda con Leonor i su prima.

Amador, en los dias que habia mediado entre su conversacion con Adelaida i el designado para la cita, tuvo cuidado de hacer entrar en sus miras a doña Bernarda, a quien la idea de ver a su familia enlazada con la opulenta de los Encina, le hizo concebir gran orgullo por haber dado a luz un hombre como Amador, capaz de concebir un plan como el que este le revelaba. Mecida por dulces esperanzas prometió su cooperacion, creyendo, segun Amador se lo decia, que el amigo complaciente de su hijo era un sacerdote con licencia para bendecir la union de Adelaida i Agustin.

— Si no hacemos esto, madre, habia dicho Amador al esponerle su plan, el dia ménos pensado alguno de estos ricos nos seduce a la niña i quedamos frescos.

— Tienes mucha razon, contestó doña Bernarda, con los ojos húmedos de la viva emocion que le causaba la idea de los regalos con que la rica familia de su yerno por fuerza, colmaria necesariamente a su hija, sino por amor, a lo ménos por vanidad.

— No crea tampoco, añadió Amador, que todo está en casarlos, porque es preciso que la familia de Agustín reconozca el matrimonio.

— De juro, pues, repuso la madre.

— Entónces, haga lo que le digo : — cuando Ud. dé parte a su familia, le dice al mocito, entónces le entrego a su mujer.

— ¿I si no quiere ?

— Lo amenazo yo, pues, i le digo que le sale peor.

Con estas esplicaciones se comprenderá ahora el sentido de la conversacion que, despues de la salida de Agustín i de Rivas, tuvo lugar entre doña Bernarda i sus dos hijos mayores, la noche anterior a la fijada para la cita.



XXVI

Agustin regresó con su hermana del paseo en que habian acompañado a Matilde, consultando a cada momento su reloj, cuyos punteros, se le figuraba retardaban aquel dia su marcha, que él media con su impaciencia de ver llegar la noche.

Habia convenido con Adelaida, que, para alejar toda sospecha, no se presentaria a la visita ordinaria en casa de doña Bernarda i que un postigo de una pequeña ventana, con reja de palo, que daba a la calle, indicaria estando abierto, que su querida le esperaba.

Aquel dia Martin no se presentó a la hora de comer : haber recibido una esquila de San Luis que lo llamaba para referirle sus emociones del paseo i hablarle de la felicidad que desbordada de su corazon.

Agustin sostuvo la conversacion en la mesa con

gran prodigalidad de galicismos i frases afrancesadas, algunas de las cuales, segun decia doña Engracia, la regalona Diamela comprendía, porque así lo indicaba el movimiento de sus orejas.

Don Dámaso, preocupado con sus indecisiones políticas, mezclaba algunas palabras a la conversacion de su hijo, palabras que por su poca analogía con el asunto de aquella, habrian hecho pensar que estaba dormido o era sordo, i Leonor, evocaba sin pensarlo ni quererlo, la sentimental imájen de Martin, apoyado a la puerta i dirijiéndola aquella mirada que a un mismo tiempo habia hecho experimentar a su corazon una sensacion de calor i de frio inesplicable.

Despues de comer, Agustin se retiró a su cuarto i fumó varios cigarros, para adormecer su impaciencia, siguiendo en las caprichosas formas que dibuja el humo al subir al techo, el jiro caprichoso tambien de sus esperanzas i devaneos.

A las nueve de la noche entró al salon de su familia, despidiendo un olor de agua de colonia, de la banda i de varios *bouquets* favoritos de otras tantas princesas i duquesas europeas, que pronto llenó los ámbitos del salon, revelando la prolija escrupulosidad con que el elegante se habia perfumado para el mejor éxito de su amorosa correría.

Para engañar su impaciencia se sentó al lado de Matilde que pocos momentos ántes habia llegado

con sus padres. El corazon de la hija de don Fidel habia comunicado a su rostro la alegría con que palpitaba. En las mejillas de Matilde lucia ese color diáfano i brillante con que las emociones de un amor feliz iluminan el rostro de la mujer que parece adquirir una nueva vida en su atmósfera vital del sentimiento. En tal disposicion encontró Agustín a su prima i le fué fácil entablar con ella una conversacion animada que pronto recayó sobre San Luis.

Don Fidel i doña Francisca, que desde distintos puntos observaban a su hija, notaron la animacion con que Matilde hablaba, i supusieron al instante, presumiendo de gran experiencia, que entre aquellos dos jóvenes que con tanta viveza conversaban, debian estarse iniciando los preliminares de una pasion.

Tal idea sujirió distintas reflexiones a los observadores padres de Matilde.

— Ah, ah, yo no me equivoco nunca : bien habia pensado yo que se habian de querer, pensaba don Fidel.

Doña Francisca, decia mirando a su hija.

— Despues de todo, no deja de ser una felicidad la de poseer una alma vulgar, estraña a los estáticos que arrobamientos de las almas privilegiadas, que atraviesan el erial de la existencia sin encontrar otra capaz de comprender la delicadeza con que aspiran a realizar, etc., etc...,

I ambos se imaginaban que la alegría que animaba el rostro de Matilde no podia provenir sino de las galanterías con que su primo debía estarla cortejando.

Martin entró en èse momento al salon. Traia en su pecho el peso de las confidencias de su amigo, que naturalmente le ponian en la precision de envidiar una felicidad que le parecia imposible alcanzar para sí. La aspiracion a ser amado, sueño constante de la juventud, cobraba en su alma proporciones inmensas, que con incansable tenacidad le esclavizaba.

Leonor, que temia no verle presentarse aquella noche, léjos de confesarse la satisfaccion que acababa de sentir al verle aperecer, encontró en su orgullo razones para consedirar la visita del jóven como una osadía, despues de la escena de la mañana. El ativo corazon de aquella niña, mimada por la naturaleza i por sus padres, no queria persuadirse de que en la lucha que habia emprendido para jugar con sus propios sentimientos i burlar el decantado poder del amor, iba por grados perdiendo su altanera seguridad i dando cabida a ciertas emociones estrañas, cuyo dulce imperio la parecia una humillacion de su dignidad.

Martin, despues de saludar, se habia sentado solo, no léjos del piano, i dirijía a hurtadillas sus ojos hácia el punto en que Leonor hablaba con Emilio Mendoza.

Desde su asiento no podia notar el cambio que se habia hecho en el rostro de Leonor, que, agitada por los sentimientos que acabamos de describir, aparentó oir con gran interés las palabras de Mendoza, que apenas escuchaba, momentos ántes.

Al cabo de algunos minutos Leonor pareció cansada de la afectada atencion que oia las palabras galantes del jóven i cayó nuevamente en su distraccion. Aprovechándose entónces de un instante en que Emilio Mendoza contestaba a una pregunta de doña Francisca, Leonor se dirigió al piano en cuyo banquillo se santó dejando correr distraidamente sus dedos sobre las teclas.

Martin, en aquel momento, recordaba como una felicidad perdida la conversacion que algunos dias ántes habia tenido con Leonor en aquel mismo lugar. El corazon que ama sin esperanzas, se vé obligado a poetizar las mas insignificantes escenas pasadas, a falta de poder esperar en el presente ni en el porvenir. Por esto Rivas evocaba el recuerdo de aquella conversacion, olvidándose voluntariamente del pesar que entónces le habia dado.

— Martin, en ese libro que tiene a su lado está la pieza que busco : tenga la bondad de pasármelo.

Estas palabras, dichas por Leonor en tono mui natural, sacaron al jóven de su meditacion. Al tiempo de pasar el libro, su espíritu buscada la in-

tencion de aquella órden con la inclinacion de todo enamorado a imijinar un sentido oculto a todas las palabras que oye de la persona a quien ama. La frialdad con que Leonor le dió las gracias, poniéndose a hojear el libro, le persuadió que al pedirselo ella no habia tenido otra intencion que la de buscar una pieza. Martin, novicio en el amor, pensaba siempre lo contrario de lo que en su caso habria pensado alguno de los fátuos que pululan en los salones, figurándose que para conquistar un corazon, no tienen mas que, como el Sultán usa de su pañuelo, arrojar una mirada a la víctima que pretenden avasallar.

Martin iba a retirarse cuando dijo Leonor sin dirijirse a él :

— Las hojas de este libro no se sujetan.

I al mismo tiempo sostenia el libro con la mano izquierda, tocando algunas notas con la derecha.

— Si Ud. me permite, la dijo acercándose, Martin, yo puedo sujetar el libro.

Leonor, sin contestar, dejó a la mano del jóven ocupar el lugar en que tenia la suya i empezó a tocar la introduccion de un valse que le era familiar.

— ¿Podrá Ud. volver la hoja solo? le preguntó al cabo de algunos instantes,

— No señorita, contestó Rivas, que temblaba de emocion; esperaré que Ud. me indique el momento oportuno.

La conversacion estaba ya principiada i era preciso seguirla. A lo ménos así pensó Leonor, mientras que Rivas, habia olvidado todos sus pesares, entregándose a contemplar a la niña, que fijaba su vista alternativamente en el libro i en el piano.

— Hoi habrá visto Ud. a su amigo, dijo Leonor, cuando tuvo que mirar a Rivas para indicarle que era preciso volver la hoja.

— Sí, señorita, contestó Martin : le he encontrado el hombre mas feliz del mundo.

— De modo que Ud. le habrá compadecido, repuso Leonor, mirando fijamente al jóven.

— ¡Yo! ¿i por qué señorita? exclamó éste admirado.

— Para ser consecuente con su teoría de huir del amor como de una desgracia.

— Mi teoría se refiere al amor sin esperanza.

— Ah, se me habia olvidado. ¿I ese amor puede existir?

Martin tuvo al momento la idea de citarse como un ejemplo de lo que Leonor aparentaba dudar; de pintarla con la elocuencia de una profunda melancolia, los dolores que destrozan al alma que ama sin esperanza; de revelarla su adoracion respetuosa i delirante, con palabras que pintaran los tesoros de pasion que guardaba en su pecho para la que ignoraba poseer su absoluto dominio. Pero al momento tambien, anudó la voz en su garganta i

heló el valor de que se sentia animado, el recuerdo del glacial desden con que Leonor habia recibido sus palabras i su involuntaria mirada, en la conversacion de la mañana. Vióse de antemano escarnecido por su amor, se figuró con espanto la altanera i sarcástica mirada con que la niña recibiria sus palabras, i su alma se replegó palpitante a la reserva que su condicion la imponia.

Estas reflexiones pasaron por su espíritu con tal rapidez, que solo medió un instante mui breve entre la pregunta de Leonor i la respuesta que él dió.

— Se me figura que si señorita, contestó, tratando de dominar su emocion.

— ¡Ah! es decir que Ud. no está seguro.

— Seguro no, señorita.

— En su amigo sin embargo, tiene Ud, un ejemplo de que no debe considerarse como una desgracia.

— Rafael habia sido amado ántes, de modo que podia esperar volverlo a ser.

— Eso no : si él hubiese pensado como Ud., habria tratado de olvidar, i es digno ahora de su felicidad porque ha tenido constancia.

— ¿De qué serviria ser constante a un hombre que no se atreviese a confesar nunca su amor? dijo Rivas, alentado por el raciocinio i la conclusion de Leonor.

— No sé, contestó ella; por mi parte no comprendo en un hombre esa timidez.

— Señorita, se trata de su felicidad i tal vez de su vida, replicó con emocion Martin.

— ¿No esponen los hombres muchas veces su vida por causas ménos dignas?

— Es verdad; pero entónces combaten contra un enemigo i en el caso de que hablamos, tal vez pueden dar a su amor mas precio que a su vida. Rafael, por ejemplo, del que hemos hablado, no creo que tiemble en presencia de un adversario, i no obstante, jamás se habria atrevido a dirigirse a su prima de Ud., sin las felices circunstancias que los han reunido. Un amor verdadero, señorita, puede poner tímido como un niño al hombre mas enérgico, i si ese amor es sin esperanza, le infundirá mayor timidez aun.

— Dicen que todo se aprende con la práctica, dijo Leonor con una lijera sonrisa, i presumo que el modo de vencer esa timidez esté sujeto a la misma regla.

Martin no contestó, porque temia adivinar el objeto de aquella observacion.

— ¿No lo cree Ud.? le preguntó Leonor.

— Difícil me parece, contestó él.

— Sin embargo, nada se pierde ensayándolo i creo que Ud. está en camino de hacerlo.

— ¡Yo! jamás lo he pensado.

Leonor no se dignó replicar.

— Ud. se olvida de volver la hoja, le dijo, despues que habia tocado todo el valse de memoria.

— Esperaba la señal, contestó Martin, turbado ante la fria mirada con que Leonor dijo aquellas palabras.

La niña, entre tanto, habia vuelto a principiar el valse.

— ¿I qué plan tiene ahora su amigo? preguntó.

— En primer lugar, contestó Rivas, no piensa mas que en volver a ver a la señorita Matilde.

— El domingo pensamos salir a caballo al Campo de Marte : allí puede verla.

— Esta noticia me la agradecerá en el alma, dijo Rivas, si Ud. me permite dársela.

Leonor cesó de tocar i abandonó el piano. Martin, que por falta de esperanza miraba todo por el lado del pesimismo, pensó que aquella conversacion habia sido sostenida por Leonor para llegar a decirle las últimas palabras, así como en una carta se pone muchas veces en la posdata el objeto que la ha dictado.

Agustin lo sacó de su meditacion viniendo a conservar con él hasta las once de la noche hora a que ambos se retiraron.

Poco despues se retiró tambien don Fidel Elias con su mujer i Matilde.

— ¡Has visto, dijo en el camino a doña Francisca, lo que Agustín i Matilde han conversado? Que es lo que yo decia : ya se quieren, estoi seguro de ello, i mañana voi a hablar con Dámaso para que arreglemos el matrimonio.

— No sería mejor esperar hasta saber de cierto si se aman? observó doña Francisca.

— ¡Esperar! ¿Se te figura que un partido como Agustín se encuentra tan fácilmente? Si esperamos no faltará quien lo comprometa. ¡Quién sabe en dónde visita! No señor, en estas cosas es preciso ser vivo. Mañana hablaré con Dámaso.

En ese mismo momento Agustín daba una nueva mano a su elegante traje i vaciaba en su ropa mezcladas gotas de las mas afamadas esencias de olor para asistir a la cita.



XXVII

Media hora ántes de la convenida, se encontraba Agustín en las inmediaciones de la casa de doña Bernarda.

Las visitas se habian retirado, i la criada cerró la puerta de calle que rechinó al jirar sobre sus goznes. No léjos de Agustín, que ocultó su rostro bajo el cuello de un ancho paletot, pasaron dos de los visitantes de doña Bernarda con Ricardo Castaños, el oficial de policía.

El corazón del hijo de don Dámaso palpitó de alegría, al ver abrirse el postigo que daba la señal de que era esperado. Considerábase en ese instante como el héroe feliz de alguna novela, i de antemano se regocijaba su orgullo al pensar que una mujer bonita le amaba lo bastante para sacrificarle su honra. Esta reflexión le realzaba considerablemente a sus propios ojos, llenándole de amor i re-

conocimiento hácia la divina criatura que le entregaba su corazon, fascinada por los irresistibles atractivos de su persona.

En la dulce expectativa de su dicha le sorprendieron las campanas de algunos relojes de iglesia que daban las doce. Era la hora convenida, i Agustin, a pesar de la satisfaccion de su orgullo, sintió miedo al empujar suavemente la puerta, que se abrió con el mismo ruido con que se habia cerrado. Al oir este ruido, el elegante tuvo tentaciones de arrancar i retrocedió algunos pasos; pero viendo que nada se movia en el interior de la casa, se adelantó con mas seguridad i entró en el patio.

El patio estaba oscuro, lo que le permitió distinguir mejor un rayo de amortiguada luz que se divisaba al traves de la puerta de la antesala, que no estaba cerrada herméticamente. Adelaida no le habia dicho que le esperaria con luz, i aquella circunstancia no dejó de desconcertar su valor.

Despues de unos momentos de perplejidad, que empleó en observar al traves de la puerta, el silencio que reinaba en toda la casa le decidió a entrar, lo que hizo con grandes precauciones, a fin de evitar el ruido de esta nueva puerta que tenia que traspasar. Un instinto de precaution le aconsejó dejarla entre abierta para tener espedito el camino de la huida en caso necesario.

La pieza en que Agustin acababa de penetrar

estaba sola i alumbrada por una luz que ardia tras de una pantalla verde, en una palmatoria de cobre dorado.

Agustin sintió aumentarse el miedo con que habia entrado, al encontrarse solo, i le pasó por la mente la idea de una traicion. Como entre sus prendas morales no figuraba el valor, tenia necesidad de apelar a la fuerza de su pasion i a su poco enérgica voluntad, para no dar cabida a los consejos del miedo que le impelian a volverse de prisa por el camino que acababa de andar.

La entrada de Adelaida, en circunstancias que su voluntad iba ya a negarle su apoyo, le volvió repentinamente a la calma i la idea de su felicidad.

— Ya temia que Ud. no llegase, dijo a la niña, tratando de tomarla una mano, que ella retiró.

— Estaba esperando en mi cuarto, contestó Adelaida, que todo estuviese en silencio.

— ¡Qué imprudencia la de dejar la luz! exclamó con tierno acento el enamorado, dirijiéndose hácia la mesa para apagarla.

— No la apague Ud., le contestó Adelaida, fingiendo una deliciosa turbacion, que llenó de orgullo al jóven al ver el temor amoroso que inspiraba.

— ¿No tiene Ud. confianza en mí? preguntó, renovando su ademan de apoderarse de un mano de Adelaida.

—Sí, pero con luz estamos mejor, contestó ésta retirando su mano.

—¿Por qué no me deja Ud. su mano? preguntó el jóven.

—¿Para qué?

—Parâ hablar a Ud. de mi amor i sentir entre las mias esa divina mano que.....

Un gran ruido cortó la declaracion del galan, que vió con espanto abrirse una puerta i aparecer en ella a doña Bernarda i Amador con luces que cada cual traia.

El primer impulso de Agustin fué el de huir por la puerta que habia dejado entreabierta, miéntras que Adelaida se habia arrojado sobre una silla, ocultando su rostro entre las manos.

Amador corrió mas lijeron que Agustin i se interpuso entre éste i la puerta, amenazándole con un puñal.

El rostro del elegante se puso pálido como el de un cadáver i la vista del puñal le hizo dar aterrizado un salto hácia atras.

—¡No vé madre! exclamó Amador ¿que le decia yó? Estos son los caballeros que vienen a las casas de las jentes pobres, pero honradas, para burlarse de ellas. Pero yo no consiento en eso.

Miéntras esto decia, Amador daba vuelta a la llave i sacándola de la chapa, la ponía en su bolsillo i se adelantaba al medio de la pieza con aire amenazador.

—¿Qué ha venido Ud. a hacer aquí? exclamó con voz atronadora dirigiéndose a Agustín.

—Yo..... creia que no se habian acostado i..... como pasaba por aquí.....

—Mentira, le gritó Amador, interrumpiéndole.

—¡Ah, francesito, exclamó doña Bernarda, con que así te metes en las casas a seducir a las niñas!

—Mi señora, yo no he venido con malas intenciones, contestó Agustín.

—Esta picarona tiene la culpa, dijo Amador, aparentando hallarse en el último grado de exasperacion, porque si ella no hubiese consentido, *el otro* no podria entrar. Esta me la ha de pagar primero.

Tras estas palabras, se arrojó sobre Adelaida con furibundo ademan, i dirigió sobre ella una puñalada con tanta maestría, que cualquiera hubiese jurado que solo la agilidad con que Adelaida se levantó de su silla, la habia librado de una muerte segura.

Doña Bernarda se echó en los brazos de su hijo, dando gritos de espanto, e invocando su clemencia en nombre de gran número de santos, Amador parecia no escucharla i preocuparse solo del maternal abrazo, que al parecer le privaba de todo movimiento.

—Pues si Ud. no quiere que ésta pague su maldad, exclamó, déjenme solo con este mocito, que quiere deshonorarnos porque es rico.

Su ademan se dirijía entónces a Agustín, que temblaba en un rincón, en donde tras de unas sillas se guarecía.

Al oír estas palabras i al ver como Amador arrastraba a su madre para desasirse de sus brazos, Agustín creyó llegado su último instante i elevó sus fervientes súplicas al Eterno para que le librase de tan temprana e inesperada muerte.

Un supremo esfuerzo de Amador echó a rodar por la alfombra el cuerpo de su madre i de un salto llegó al punto en que Agustín se encomendaba al todo poderoso, parapetándose lo mejor que podía tras de las sillas.

Al ver que Amador levantantaba el tremendo puñal, Agustín se arrojó de rodillas implorando perdón.

—¿I qué ofrece, pues, para que lo perdonen? le preguntó el hijo de doña Bernarda con aire i acento amenazadores.

—Todo lo que Uds. exijan, contestó el aterrado amante: mi padre es rico i les daré.....

—¡Plata, no es así, exclamó Amador, haciendo chispear de finjida cólera sus ojos. Te figuras que te voi a vender mi honor por plata? así son estos ricos! Si no tienes mejor cosa que ofrecer, te despacho aunque despues me *afusilen*.

—Haré lo que Uds. quieran, dijo con lastimosa voz Agustín, penetrado de espanto a la vista del

desórden que se pintaba en el semblante de Amador.

—Lo que yo quiero es que te cases *o de no* te mato, contestó Amador con tono de resolucion.

—Bueno, me caso mañana mismo, dijo Agustin, que miraba aquella condicion como el único medio de salvar la vida.

—¡Mañana! ¿Te quieres reir de nosotros? Para que te mandases cambiar quien sabe dónde? No; ha de ser ahora mismo.

—Pero ahora no puedo ¿qué diria mi papá?

—Tu papá dirá lo que se le antoje: para qué tiene hijos que quieren deshorrar a la jente honrada? Vamos: ¿te casas o nó?

—Pero ahora es imposible, exclamó desesperado el elegante.

—¡Imposible! No ves tonta, dijo Amador dirigiéndose a su hermana, no ves para lo que éste te quiere? para reirse de tí. ¡Ah, yo conozco a los de tu calaña! exclamó mirando a Agustin. Por última vez ¿te casas o nó?

—Le juro a Ud. que mañana.....

Amador no le dejó concluir la frase, porque, quitando las sillas que de Agustin le separaban, quiso apoderarse del jóven.

Miéntas quitaba las sillas, habia dado tiempo a doña Bernarda de acercarse i ésta sujetó su brazo, colgándose de él, cuando Amador alzaba el puñal en el aire.

Agustin, que no vió el movimiento de doña Bernarda, se arrojó al suelo prometiendo que consentia en casarse.

—¡Ah, ah! ¿consientes, no? le dijo Amador. Haces bien, porque sin mi madre te habia traspasado el corazon. Vamos a ver ¿dirás al padre que yo traiga que quieres casarte?

—Sí, lo diré.

—Yo veo que lo hace de miedo, Esclamó Adelaida, i no quiero casarme así.

—No, no es de miedo, contestó avergonzado el elegante: yo ofrecia hacerlo mañana, pero su hermano no me cree.

—Ahora mismo, dijo Amador: yo lo mando.

Dirijióse a todas las puertas del cuarto i las cerró guardándose las llaves. Luego sacó del bolsillo la que pertenecia a la puerta que comunicaba con el patio, que abrió.

—Uds. me esperarán aquí, dijo, yo voi a buscar al cura que vive aquí cerca. Si Ud. se arranca, añadio dirijiéndose a Agustin, me voi mañana a su casa i le cuento al papá todas sus gracias, ademas de ajustar con Ud. la cuenta despues.

—No tenga Ud. cuidado, contestó Agustin, que aun se sentia humillado con la observacion de Adelaida.

Amador salió cerrando con llave la puerta que caia al patio.

Oyóse el ruido de sus pasos sobre el empedrado i luego el de la puerta de calle que se abría i se cerraba.

Inmediatamente despues, Agustin pareció salir del espanto que la bien finjida cólera de Amador le habia causado i se dirigió a doña Bernarda.

—Señora, la dijo, yo prometo que me casaré mañana si Ud. me deja salir: ahora es imposible que lo haga, porque papá no me perdonaria que me casase sin avisarle.

—¡Las cosas del francesito! exclamó doña Bernarda, haciendo un movimiento de hombros. ¿Qué no vé que Amador era capaz de matarme si lo dejo arrancarse? ¡Tan mansito que es! Ya lo vió Ud. *endenantes* que por nada no le ajusta una púñalada a la niña.

—Pero señora, por Dios, yo le juro que vuelvo mañana a casarme.

—Si yo pudiera lo dejaria salir, exclamó Adelaida mirándole con desprecio, i si no me obligasen no me casaría, porque veo que Ud. me estaba engañando.

Agustin se tiró con desesperacion su perfumado cabello. Todo parecia revelarse en su contra.

—Se engaña Ud., exclamó con voz de súplica, porque la amo de veras; pero no creo que Ud. considere honroso para U. lo que me obligan a hacer. Yo me casaria sin necesidad de que me amenazasen.

—Consígallo si puede con Amador, le dijo doña Bernarda. ¿Qué quiere que hagamos nosotras?

Entre súplicas i respuestas trascurrió como un cuarto de hora. Agustín se sentó desesperado i ocultó el rostro entre las manos, apoyando los codos sobre las rodillas. A veces le parecía una horrible pesadilla lo que le acontecía i divisaba la vergüenza a que se vería condenado diariamente delante de su familia i de las aristocráticas familias que frecuentaba.

Un ruido de pasos resonó en el patio i entró luego Amador.

—Aquí está el padre, dijo a Agustín con sombrío tono de amenaza. ¡Cuidado con decir que no! ni chistar una sola palabra que haga ver lo que hai de cierto, porque a la primera que diga, lo tiendo de una puñalada.

Dichas estas palabras, volvió a la puerta que caía al patio.

—*Dentre mi padre*, dijo, aquí están todos.

Un sacerdote entró en la pieza con aire grave. Un pañuelo de algodón doblado como corbata i atado por las puntas sobre la cabeza, que además estaba cubierta por el capuchón del hábito, le ocultaba parte del trostro i parecía puesto para librar del aire a una abultada hinchazón que se alzaba sobre el carillo izquierdo.

Un par de anchas antiparras verdes ocultaba sus

ojos i cambiada el aspecto verdadero de su fisonomía con ayuda del pañuelo amarrado sobre la cara.

— Vaya, *parenses* pues, dijo Amador.

Doña Bernarda, Adelaida i Agustin se pusieron de pié.

El padre hizo que Adelaida i Agustin se tomasen de las manos. Doña Bernarda i Amador se colocaron a los lados. Despues, acercando la vela que tomó en una mano, al libro que habia abierto i tomado con la otra, comenzó, con la voz gutural i monótona del caso, la lectura de la fórmula matrimonial.

Terminadas las bendiciones, Agustin se dejó caer sobre una silla mas pálido que un cadáver.

El padre se retiró acompañado de Amador, despues de firmar una partida del acto que acababa de verificarse.

Amador regresó luego a la pieza en que permanecian silenciosos la madre i los recién casados.

— Vaya don Agustin, dijo con cierta sorna, ya está Ud. libre.

— Jamás me atreveré a confesar un casamiento celebrado de este modo, contestó Agustin con voz sombría.

— Por poco se aflige el francesito, dijo doña Bernarda. ¿Qué no quiere a la Adelaida pues?

— Por lo mismo que la amo habria querido ca-

sarme con ella con el consentimiento de mi familia, replicó Agustín que, viéndose casado, quería por lo ménos destruir en el ánimo de Adelaída la mala impresion que su resistencia hubiese podido dejarla.

— ¡Vaya? Lo mismo tiene atrás que por las espaldas, exclamó Amador : en lugar de pedir ántes de casarse el consentimiento al papá, se lo pide despues.

— No es lo mismo, contestó el novio i pasará mucho tiempo ántes que pueda decir a papá que estoi casado.

Estas palabras oprimieron la voz de Agustín con la idea que le desesperaba de hallarse emparentado con aquella, que, algunas horas ántes; consideraba solo digna de servir a sus caprichos.

— Pues hijito, le dijo doña Bernarda, no piense que le entrego la mujer hasta que avise a su familia que está casado. Allá en la casa de su papá es donde Ud. la recibirá.

Esta nueva declaracion no hizo tanto efecto en el ánimo de Agustín, porque lo tenía ya embargado con la realidad abrumadora de su triste aventura.

— I si él no dá parte, madre, dijo Amador; yo tengo boca, pues, ¿qué está pensando? i no me morderé la lengua para contar que mi hermana está casada.

La amenaza de Amador pareció impresionar

mas fuertemente al contristado jóven que la de doña Bernarda.

— Es preciso que a lo ménos me den tiempo para preparar al ánimo de papá, exclamó exasperado. ¡Cómo quieren que lo haga de repente!

— Se le darán algunos dias, contestó Amador.

— I en estos dias ¿Ud. promete callarse?

— Lo prometo.

— Vaya pues, ya es tarde, dijo doña Bernarda, i será bueno que se vaya para su casita.

Agustin se dirijió entónces a Adelaida, que finjía perfectamente un pesar desgarrador.

— Veo, la dijo, que Ud. sufre tanto como yo de la violencia que han cometido sus *parientes*.

Adelaida, por toda contestacion, bajó los ojos suspirando.

— Yo habria querido darla mi mano de otro modo continuó el elegante.

— I yo siento mucho que...

Aquí los sollozos cortaron la voz de Adelaida, dejando con esta reticencia, mas agradable impresion en el espíritu del jóven que si hubiese dicho algo, porque pensó que Adelaida era como él víctima de la trama.

— No te aflijais, tonta, dijo doña Bernarda a su hija.

— Esa afliccion, repuso Agustin, me prueba que ella no participa de lo que Uds. han hecho.

Para sellar la tardía entereza con que pronunció aquellas palabras, Agustin salió encasquetándose hasta las cejas el sombrero.

— No se le olvide lo convenido, le dijo Amador, asomándose a la puerta de la antesala cuando Agustin llegaba a la de la calle.

Dió un fuerte golpe a esta puerta como toda persona débil que descarga su cólera contra los objetos inanimados, i se dirigió a su casa con el pecho despedazado por la vergüenza i por la rabia.

Amador, entre tanto, habia cerrado la puerta i echádose a reir.

— ¡Vaya con el susto que le metí! exclamó : hasta se le olvidaron todas las palabras francesas con que anda siempre!

Despues de algunos comentarios sobre la conducta que debian observar en adelante, separáronse los dos hijos de la madre, dirigiéndose cada cual a su aposento.

Adelaida encontró a su hermana en pié.

— Cómo has consentido en pasar por esa farsa? la dijo Edelmira que, al parecer, habia observado sin ser vista la escena del supuesto matrimonio.

— Me admira tu pregunta, respondió Adelaida : ¿no vés que Agustin se habria burlado de mí si hubiese podido? Todos estos jóvenes ricos se figuran que las de nuestra clase han nacido para sus pla-

ceres. ¡Ah si yo hubiese sabido esto ántes, tendria mejor corazon; pero ahora los aborrezco a todos igualmente!

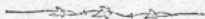
Edelmira renunció a combatir los sentimientos que la desgracia habia hecho nacer en el corazon de su hermana.

— Este, añadió Adelaida, habria jugado con mi corazon como *el otro* si yo lo hubiese querido : no está de mas darle una buena leccion.

Como Edelmira no contestó tampoco a estas palabras. Adelaida se calló, siguiendo en su imaginacion las reflexiones que como la que precede, manifestaban la preocupacion constante de su espíritu. Adelaida, así como tantas otras víctimas de la seducccion, que en su primer amor reciben un terrible desengaño, habia perdido los delicados sentimientos que jerman en el corazon de la mujer, entre los dolores del desencanto i el violento deseo de venganza que el abandono de Rafael habia despertado en su pecho. Su alma, que en la dicha habia encontrado espacio para esplayar los nobles iustintos, arrojada en su primera i mas pura expansion en la desgracia, parecia solo capaz de odio i de sombrías pasiones. Ignorando su historia, todos atribuian a orgullo la indiferencia con que Adelaida consideraba las cosas de la vida. Esta historia de un corazon destrozado al nacer a la vida del sentimiento, es bastante comun en todas

las sociedades i en la nuestra, particularmente en la esfera a que Adelaida pertenecia, para que no encuentre un lugar preparado en este estudio social.

Adelaida habia hecho de su rencor el pensamiento de todos sus instantes, de modo que en su criterio no existia ya diferencia entre las personas que se presentasen para saciarlo, con tal que perteneciesen a lo aristocracia de nuestra sociedad. Por esto no habia tenido un solo momento de compasion por las aflicciones de Agustin, el que despues de entrar en su cuarto, se arrojó sobre la cama dando rienda suelta a su desesperacion.



XXVIII

Los dias que mediaron entre las escenas referidas en el capítulo anterior i el domingo que Leonor habia anunciado a Rivas que saldria con su prima al campo de Marte, fueron para Agustin fecundos en tormentos i sobresaltos. Tenia ese vigilante i receloso sinsabor que tortura el alma del que ha cometido una falta i se figura que los triviales incidentes de la vida viēnen de antemano preparados por el destino para descubrirle a los ojos del mundo. Una pregunta de Leonor sobre los amores que él la habia confiado ántes, alguna observacion de su padre sobre sus frecuentes ausencias de la casa, le arrojaban en la mas desesperante turbacion i hacianle ver en los lábios de todos las fatales palabras que revelaban su secreto. Hijo de una sociedad que tolera de buen grado la seducccion en las clases inferiores, ejercida por sus com-

patricios; pero no un acto de honradez que concluyese por el matrimonio para paliar una falta, Agustin Encina no solo temía la cólera del padre, los llantos i reproches amargos de la madre, el orgullosa desprecio de la hermana, que le amenazaban si describía su casamiento, sino que en medio de esas espadas de Damocles suspendidas sobre su garganta, divisaba el fantasma zumbon e implacable que domina en nuestras sociedades civilizadas, ese juez adusto i terrible que llamamos *el que diran*. El infeliz elegante, que tan caro espiaba su conato de libertinaje en el campo de fácil acceso que forma la jente de *medio pelo*, perdía el color, el sueño i el apetito ante la idea de ver divulgada su fatal aventura en los dorados salones de las *buenas familias* i escuchaba, por presentimiento, los malignos comentarios que al ruido de las tazas del té, al rededor del brasero, al compas de alguna ária de Verdi o de Bellini, harían de su situacion los mas caritativos de sus amigos. Al peso de estas ideas habia perdido, su jenial alegría i su decidida afición al afrancesamiento del lenguaje. La conciencia de su situacion le hacia mirar con indiferencia las mas elegantes prendas de su vestuario : el mundo no tenía ya ventura para él. ¡Una corbata negra le bastaba por un dia entero para envolver su cuello ! Habia visto cambiarse la corona florida de don Juan i de Lovelace, que pen-

saba colocar en sus sienes para que la turba la envidiase, en la coyunda abrumadora de un matrimonio clandestino i contraído en baja esfera! Solo su falta de coraje le libertaba del suicidio, única salida que divisaba en tan angustiado i vergonzoso trance. Si contar que una seducción era una gloria, referir la verdad era un baldon, que le arrojaba para siempre en la vergüenza. Hé ahí su situacion, que Agustin no podia disimularse, i que a fuerza de pensar en ella cobraba por instantes las mas aterradoras proporciones.

Durante estos dias contínuo sinsabor, Agustin asistía todas las noches a casa de doña Bernarda i representaba, por consejo de Amador, el papel de galan que los demas amigos de la casa le conocian, para alejar así toda sombra de sospecha acerca de su matrimonio. En todas estas visitas se acompañaba con Martin, a quien engañaba tambien, refiriéndole supuestas conversaciones con Adelaida, a fin de hacerle creer que siempre se hallaba en los preliminares del amor.

Martin le seguia gustoso, porque encontraba en sus conversaciones con Edelmira un consuelo a los pesares que le agobiaban. La confianza que se habian prometido aumentaba de dia en dia. Valiéndose de ella, i sin hablar de su amor a la hija de don Dámaso. Rivas descubria a Edelmira la delicadeza de su corazon i el fuego juvenil de su pasiones

exaltadas por un amor sin esperanza. Edelmira oía con placer esas dulces divagaciones sobre la vida del carazon que para los jóvenes, que viven principalmente de esa vida, tiene tan poderosos atractivos. Cada conversacion la revelaba nuevos tesoros en el alma de Rivas, a quien veia ya rodeado de la aureola con que la imaginacion de las niñas sentimentales engalana la frente de los cumplidos héroos de novela. I hemos dicho ya que Edelmira, a pesar de su oscura condicion, leia con avidez los folletines de los periódicos que un amigo de la familia la prestaba.

Ricardo Castaños veia con gran disgusto las conversaciones de Edelmira i Martin, a quien considerabaga como su rival. Envano habia querido desprestijiarle, refiriendo con colores desfavorables para Rivas la aventura de la plaza i la prision del joven. Los recursos mezquinos de su intriga habian producido en el carazon de Edelmira un efecto enteramente contrario al que él se prometia. La guerra que un amante odiado declara contra su preferido rival en el corazon de una mujer, sirve las mas veces para aumentar su prestigio, por esa tendencia hácia la contrariedad, natural a la índole femenil. Por esto, miéntras mayor empeño desplegaba el oficial para dañar a Martin en el ánimo de Edelmira, con mayor fuerza se desarrollaban en ésta los sentimientos opuestos en favor de aquel joven melan-

cólico, de delicado lenguaje, que daba al amor la vaporosa forma que encanta el espíritu de la mujer.

Entre Edelmira i Martin, sin embargo, no habia mediado ninguna de esas frases galantes con que los enamorados buscan el camino del corazon de sus queridas. Martin tenia con Edelmira un verdadero afecto de amistad, cuya solidez aumentaba a medida que descubria la superioridad de la niña sobre las de su clase, mientras que Edelmira le miraba ya con esa simpatía, que en la mujer toma las proporciones del amor, sobre todo cuando no es solicitado.

Mucho agradaba a Agustin la asiduidad de las visitas de Rivas, a casa de doña Bernarda. Temiendo exasperar a la familia con su ausencia, no se atrevía a faltar una sola noche i creia que acompañado por un amigo era ménos notable a sus propios ojos i a los de Adelaida la ridícula i falsa posicion en que se hallaba colocado.

Entretanto Amador habia principiado ya a recojer los frutos de su intriga, cobrando a su supuesto cuñado algunas deudas de juego que éste, por asegurar su silencio, se habia apresurado a pagarle, diciendo a su padre al tiempo de pedirle el dinero, que era para pagar algunas cuentas de sastre.

Amador rebozaba de alegría al ver la facilidad con que Agustin habia satisfecho su exigencia i se habia apresurado a derrochar el dinero con esa

facilidad que tienen los que le adquieren sin trabajo. Además de sus gastos presentes, le había sido también preciso cubrir el importe de otros atrasados, para suspender por algún tiempo las continuas persecuciones a que sus deudas le condenaban. Con decidido amor al ocio, sin profesión ninguna lucrativa i sin mas recursos que el juego, Amador se hallaba siempre bajo el peso de un pasivo, muy considerable en atención a sus eventuales entradas. El dinero de Agustín le trajo, pues, cierta holganza a que aspiraba al emprender el plan con que le había engañado. Con un reloj que debía a su habilidad en hacer trampas, i una gruesa cadena que acababa de comprar, Amador había adquirido gran importancia a sus propios ojos, i aparentaba aires de caballero en el café, que le hacían notar de toda la concurrencia.

El sábado que precedió al día fijado para el paseo a la Pampilla en casa de don Dámaso Encina, tuvo lugar entre doña Bernarda i Amador una conversación que debía atacar de nuevo la tranquilidad de Agustín.

Era por la mañana, i Amador trataba de recuperar el sueño, que los espirituosos vapores que llenaban su cerebro después de una noche de orjía, ahuyentaban de sus párpados, produciendo en todo su cuerpo la agitación de la fiebre.

Doña Bernarda entró al cuarto de su hijo después

de haber esperado largo rato a que se levantase.

—Vamos, flojonazo; le dijo; ¿hasta cuándo duermes?

—Ah, es Ud., mamita, contestó Amador, dándose vuelta en su cama.

Estiró los brazos para desperezarse, dió un largo i ruidoso bostezo i, tomando un cigarro de papel, lo encendió en un mechero que prendió de un solo golpe.

—Me he llevado pensando en un cosa, dijo doña Bernarda, sentándose a la cabecera de su hijo.

—¿En qué cosa? preguntó éste.

—Ya van porcion de dias que Adelaida está casada, repuso doña Bernarda i Agustin no le ha hecho ni siquiera un regalito.

—Es cierto, pues, que no le ha dado nada.

—De qué nos sirve que sea rico entonces: uno pobre le habria dado ya alguna cosa.

—Yo arreglaré esto, dijo Amador con tono majistral: no le dé cuidado madre. Si el chico quiere hacerce desentendido se equivoca! no pasa de hoi que no se lo diga.

—Al todo tambien, pues, observó la madre: No solo no confiesa el casamiento a su familia, sino que se quiere hacer el inocente con los regalos.

—Déjelo no mas, yo lo arreglaré, dijo Amador.

Doña Bernarda entró entónces en la descripcion

de los vestidos que convendrían a su hija, sin olvidar los que a ella le gustaria tener, indicando las tiendas en que podrian encontrarse. Lo prolijo de los detalles hacia ver que la buena señora habia meditado detenidamente su asunto, del cual impuso con escrupulosidad a Amador. En su enumeracion entraron, ademas de los vestidos de color, una buena basquiña negra i un manton de espumilla para ella que no podia, por el calor, sufrir el de merino. Ayudada con los conocimientos aritméticos que Amador habia adquirido en la escuela del maestro Vera, cuyo recuerdo hace temblar aun a algunos desdichados que esperimentaron el rigor de su férula. doña Bernarda sacó la cuenta del número de varas de jénero de hilo que entraban en una docena de camisas para Adelaida, con mas el importe de los vuelos bordados que debian adornarlas, el de dos docenas de medias, varios pares de botines franceses i diversos articulos de primera necesidad para la que, segun ella, estaba destinada a figurar en breve, en la mas escojida sociedad de Santiago.

—Pero madre, la dijo Amador, comó quiere que Agustin o yo vayamos a comprar todo eso? ¿no será mejor que él dé la plata i Ud. haga las compras?

—¡Vé que gracia! por supuestó, respondió doña Bernarda.

—Le diré que con unos quinientos pesos se puede comprar lo mas necesario.

—O seiscientos, mejor es de mas que de ménos, dijo la madre.

En la noche se presentó Agustín acompañado de Rivas.

Amador le llamó luego a un punto de la pieza distante del que ocupaban las demas personas que alli habia.

—¿I... cuando avisa, pues, a su familia? dijo al elegante, que palideció bajo la mirada de su dominador.

—Es preciso hacerlo con tiento, contestó, pórque si no elijo bien la ocasion, papá puede enojarse i desheredarme.

—Eso está hueno, replicó Amador; pero Ud. se ha olvidado que tiene mujer? En dónde ha visto novio que no haga ni un solo regalo?

—He estado pensando en ello: Ud. sabe que no puedo pedir plata a papá todos los dias.

—¡Qué! un rico como Ud. no puede hallarse en apuros por la friolera de mil pesos : el lunes voi a buscarlos a su casa.

—¡Pero el lunes es mui pronto! exclamó aterrizado Agustín: el otro dia no mas pedi mil pesos, ahora es imposible; ¿qué dirá papá?

—Papá dirá lo que le dé la gana; lo cierto del caso es que yo iré el lunes a buscar los mil pesos.

—Espéreme siquiera unos quince dias.

—¡Quince dias ! Qué poco! Dejante que me tiene Ud. avergonzado con mi mamita i las niñas, porque les tenia dicho que a todas les regalaria algo.

—Esa es mi intencion; pero necesito tiempo para pedir a papá la plata sin que entre en sospechas.

—¿I si entra? qué tiene, pues? Qué se está figurando que siempre nos hemos de estar callados?

—Yo no digo que Ud. no le haga al papá el ánimo sobre lo del casamiento; pero lo de la plata es otra cosa. El viejo es bien rico i no importa que le duela.

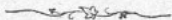
—Pero ? cómo pedirle tan pronto?

—No sé como, ya le digo: el lunes sin falta me tiene por allá.

Retiróse Amador, dejando perplejo i abismado al infeliz que tenia en su poder. La rabia que la exigencia de dinero despertaba en Agustin, se calmaba o mas bien reprimia su ímpetu por el temor de ver revelado el secreto de su casamiento, que él se lisonjeaba poder aplazar hasta un tiempo mas oportuno, figurándose, como todo el que con un carácter débil se encuentra en alguna apurada alternativa, que el tiempo le reservaba algun modo de salir del difícil trance en que seveía colocado.

Bajo el peso de semejante situacion se retiró Agustin a las once de la noche, sin que las palabras de Adelaida, ni los cariños que doña Bernarda le prodigaba, hubiesen podido calmar la inquietud

que oprimia su corazon. En el camino anduvo silencioso al lado de Martin, a quien el extraño silencio de su nuevo amigo no alcanzaba a preocupar, porque, como todo enamorado que no se halla con su confidente, preferia caminar en silencio, para dar rienda suelta a sus pensamientos sobre Leonor.



XXIX

Amaneció el domingo en que Leonor habia anunciado que saldria con su prima al Campo de Marte.

Algunos pormenores que daremos acerca de estos paseos en jeneral, están mas bien dedicados a los que lean esta historia i no hayan tenido ocasion de ver a esta gloriosa capital de Chile, cuando se prepara para celebrar los recuerdos del mes de setiembre de 1810.

Estos preparativos son la causa de los paseos al campo de Marte, en que nuestra sociedad va a lucir las galas de su lujo, allí primero i despues a la Alameda.

Para celebrar el simulacro de guerra que anualmente tiene lugar en el campo de Marte el dia 19 de setiembre, los batallones cívicos se dirijen a ese campo en los domingos de los meses anteriores,

desde junio, a ejercitarse en el manejo de armas i evoluciones militares con que deben figurar la derrota de los dominadores españoles.

En esos domingos, nuestra sociedad, que siempre necesita algun pretesto para divertirse, se da cita en el campo de Marte con motivo de la salida de las tropas.

Antes que las familias acomodadas de Santiago, hubiesen reputado como indispensable el uso de los elegantes coches que ostentan en el día, las señoras iban a este paseo en calesa i a veces en carreta, vehículo que en tales días usan ahora solamente las clases inferiores de la sociedad santiaguina.

Los elegantes, en lugar de las sillas inglesas i caballos *inglesados* en que pasean su garbo al presente por las calles laterales del paseo, gustaban entónces de sacar en exhibicion las enormes montañas de pellones, las antiguas botas de campo i las espuelas de pasmosa dimension, que han llegado a ser de uso esclusivo de los verdaderos *huasos*.

Pero entónces como ahora, la salida de las tropas a la *Pampilla* era el pretesto de tales paseos, porque la índole del santiaguino ha sido siempre la misma, i entre las señoras sobre todo, no se admite el paseo por sus fines hijiénicos, sino como una ocasion de mostrarse cada cual los progresos de la

moda i el poder del bolsillo del padre o del marido para costear los magníficos vestidos que las adornan en estas ocasiones.

En Santiago, ciudad eminentemente elegante, seria un crimen de lesa moda el presentarse al paseo dos domingos seguidos con el mismo traje.

De aquí la razon porque en Santiago solo los hombres se pasean cotidianamente i por qué las señoras sienten, cuando mas cada domingo, la necesidad de tomar el aire libre de un paseo público.

Los que no desean ir al *llano* no tienen carruajes en que hacerlo, se pasean en la calle del medio de la alameda, con la seriedad propia del carácter nacional, i esperan la llegada de los batallones, observándose los vestidos si nos mujures, o buscando las miradas de éstas las varones.

Antes que el tambor haya anunciado la venida de los milicianos, los coches se estacionan en filas al borde de la alameda i los elegantes de a caballo lucen su propio donaire i el trote de sus cabalgaduras, dando vueltas a lo largo de la calle i haciendo caracolear los bridones en provecho de la distraccion i solaz de los que de a pié les miran.

La crítica, esta inseparable compañera de toda buena sociedad, dá cuenta de los primorosos trajes i de los esfuerzos con que los dandys quieren conquistarse la admiracion de los espectadores.

En cada corrillo de hombres, nunca falta alguno de buena *tijera*, que sobre los vestidos de los que pasan, corte algun otro con sus correspondientes ribetes de ridículo.

Las señoras, por su parte, aplican su espíritu de análisis al traje de las que pasan, recordando, con admirable memoria, la fecha de cada vestido.

—El de la Fulana, ese verde de una pollera, es el que tenia de vuelos el año pasado, que se puso en el dieziocho.

—Miren a la mengana con la manteleta que compró ahora tres años: ella cree que nadie se la conoce porque le ha puesto el encaje del vestido de su mamá.

—El vestido que lleva la Perengana es el que tenia su hermana ántes de casarse, i era primero de su mamá, que lo compró junto con el de mi tía.

Con estas observaciones, que prueban la privilegiada memoria femenil, se mezclan las admiraciones sobre tal o cual *adefecio* de las amigas.

Las tropas desfilan, por fin, en columna por la calle central de la Alameda, en medio de la concurrencia que deja libre el paso, i los oficiales que marchan delante de sus mitades, reparten saludos a derecha e izquierda con la espada, absorviéndose a veces en esta ocupacion hasta hacerse pisar los talones por la tropa que marcha tras ellos.

En 1850, época de esta historia, habia el mismo entusiasmo que ahora por esta festividad, precursora de la del *dieziocho*, bien que entónces el lado norte de la Alameda no se llenase completamente, como en el día, de brillantes carruajes, desde los cuales muchas familias asisten al paseo sin moverse de muelles cojines.

Leonor habia anunciado a su padre que deseaba ir a la pampilla a caballo con su prima, i aquel deseo habia sido una orden para don Dámaso, que a las doce del domingo tenia ya preparados los caballos.

Habia uno para Leonor i otro para Matilde de hermosas formas i arrogante trote.

Otro de paso para don Dámaso a quien su hija habia exigido la acompañase.

Dos mas, destinados a Agustin i a Rivas, a quien su nuevo amigo habia convidado para ser de la comitiva.

El día era de los mas hermosos de nuestra primavera.

A las tres de la tarde habia gran jentío en el campo de Marte, presenciando las evoluciones i ejercicio de fuego de los milicianos. Los coches, conduciendo hermosas mujeres, corrian sobre el verde pasto del campo, flanqueados por elegantes caballeros que trotaban al lado de las puertas, buscando las miradas i las sonrisas. Alegres grupos

de niñas i jóvenes galopaban en direcciones distintas, gozando del aire, del sol i del amor. Entre estos grupos llamaba la atencion el que componian Leonor, su prima i los caballeros que las acompañaban. El trote desigual de las cabalgaduras, hacia que las niñas marchasen a veces solas, a veces rodeadas por los hombres que se disputaban su lado. A este grupo habian venido a agregarse Emilio Mendoza i Clemente Valencia que picaban sus caballos para escoltar a Leonor. Siempre retirado de ella i contemplándola con arrobamiento, seguia Martin la marcha, sin fijarse en las bellezas del paisaje que desde aquel llano se divisan. Leonor se le presentaba en aquellos momentos bajo un nuevo punto de vista que añadia desconocidos encantos a su persona. El aire daba a sus mejillas un diáfano encarnado, el ruido bélico de las bandas de música hacia brillar sus ojos de animacion, i su talle, aprisionado en una chaqueta de paño negro, de la cual se desprendia la larga pollera de montar, revelaba toda la gracia de sus formas. El placer mas vivo se retrataba francamente en su rostro. No era en aquel instante la niña orgullosa de los salones, la altiva belleza en cuya presencia perdia Rivas toda la enerjía de su pecho; era una niña que se abandonaba sin afectacion a la alegría de un paseo en el que latia de contento su corazon por la novedad de la situacion, por la belleza del dia i del

paisaje, por las oleadas de aire que azotaban su rostro, impregnadas con los agrestes olores del campo, húmedo aun con el rocío de la noche.

La comitiva se habia detenido un momento, cerca de un batallon de cargaba sus armas. Al ruido de la primera descarga, los caballos se principiaron a mover, dando saltos algunos de ellos, que se repitieron a la segunda descarga. Entre los mas asustados se contaba el caballo de don Dámaso, que al ruido de los tiros habia perdido su pacífico aspecto para transformarse en el mas alborotado bridon.

—I me habian dicho que era tan manso, decia don Dámaso, palideciendo al sentirlo encabritarse con furia, cuando, despues de la segunda descarga, principió el fuego graneado.

Al ruido continuo de este fuego, todos los caballos principiaron a perder la paciencia i algunos a seguir el ejemplo del de don Dámaso, que en un espanto habia echado al suelo una canasta con naranjas i limas que un vendedor presentaba a los jóvenes. Con este incidente hubo un cambio en la posicion de cada jinete, i ora fuese efecto de la casualidad, ora de un movimiento intencional, Leonor se encontró de repente al lado de Rivas; i Matilde, que trataba de contener los movimientos de su caballo, oyó a su lado la voz de San Luis que la saludaba.

—Aquí estamos mal, dijo Leonor a Martin. ¿Le gusta a Ud. galopar?

—Sí, señorita, contestó Rivas.

—Sígame entónces, repuso Leonor volviendo su caballo hácia el sur.

Hizo señas al mismo tiempo a Matilde que emprendió el galope, miéntras que don Dámaso arreglaba con el naranjero el precio de las naranjas que por causa de él habian ido a parar a manos de los muchachos que siempre escoltan a los batallones en sus salidas al llano.

—Síguelas tú, ya las alcanzo, dijo don Dámaso a Agustín, al ver partir a los que con él estaban, a galope tendido.

Leonor azotaba a su caballo, que iba pasando del galope a la carrera, animado tambien por el movimiento del de Martín.

Este corria al lado de Leonor sintiendo ensancharse su corazón por primera vez al influjo de una esperanza. El convite de la niña para que la siguiese, la naturalidad de sus palabras, la franca alegría con que ella se entregaba al placer de la carrera, le parecieron otros tantos felices presajios de ventura. Bajo la influencia de semejante idea, miéntras corria, contemplaba con entusiasmo indecible a Leonor que, animada por la velocidad creciente del caballo, con el rostro azotado por el viento, vivos de contento infantil los grandes ojos, le parecia una niña modesta i sencilla, que debia tener un corazón delicado i exento del or-

gullo con que hasta entónces se habia aparecido.

La carrera se terminó mui cerca del lugar que ocupa la cárcel penitenciaria. Leonor se detuvo i contempló durante algunos momentos a los demas de la comitiva, que habiendo solo galopado venian aun mui distantes del punto en que ella se encontraba con Rivas.

—Nos han dejado solos, dijo mirando a Martin, que en ese momento se creia feliz por primera vez desde que amaba.

Durante la carrera i alentado por las ideas que describimos, Martin habia resuelto salir de su timidez i jugar su felicidad en un golpe de audacia. Al oir las palabras de Leonor, sintió palpar con violencia su corazon, porque veía en ellas una ocasion de realizar su nuevo propósito. Armóse entónces de resolucion i con voz turbada.

—¿Lo siente Ud.? la preguntó.

Para seguir paso a paso el estudio del altanero corazon de la niña, nos vemos obligados a interrumpir con frecuentes advertencias las conversaciones entre ella i Martin. Entre dos corazones que se buscan, i sobretodo cuando se encuentran colocados a tanta distancia como los que aquí presentamos cada conversacion va marcando sus pasos graduales que deben conducirlos a estrecharse o a separarse para siempre. La poca locuacidad es un rasgo peculiar de semejantes situaciones. En las presentes

circunstancias mui pocas palabras habian bastado para poner a esos dos corazones frente a frente. Leonor estaba mui léjos de pensar que iba a recibir aquella pregunta por contestacion, i esa pregunta sola, fué bastante para despertar su orgullo. Habia mandado convidar a Martin para librarse del galanteo infalible de sus dos enamorados elegantes que, sobre todo en los último dias, la fastidiaban. En Rivas veía Leonor el objeto de la lucha que sehabia propuesto para sacar triunfante a su corazon, i contaba con la timidez del jóven, acaso con su frialdad real o calculada; mas no con la osadia que revelaba la pregunta. Para contestarla, acudió Leonor a esa indiferencia glacial conque habia castigado ya a Martin en otra ocasion: finjiendo no haber oido dijo solamente:

—¿Cómo dice Ud?

La sangre del jóven pareció agolparse toda a sus mejillas, que cambiaron su juvenil sonrosado en el rojo subido de la vergüenza. Pero Rivas, como todo hombre naturalmente enérgico, sintió rebelarse su corazon con aquella contrariedad, i a pesar de que latía con violencia i de que su lengua parecia negarse a formular ninguna sílaba, hizo un esfuerzo para contestar.

—Pregunté senorita si Ud. sentia el verse sola conmigo, dijo, para esplicar a Ud. que la he seguido por órden suya i temiendo que pudiera sucederla algun accidente.

—Ah, exclamó Leonor, no ya indiferente, sino con tono picado. Ud. ha venido para socorrerme en caso necesario.

—Para servirla, señorita, replicó con dignidad el jóven.

Leonor oyó con placer el acento de aquellas palabras, que revelaban cierta altanería en el que las habia pronunciado.

—Ud. se impone demasiadas obligaciones para pagar nuestra hospitalidad, le dijo, ¿No basta que Ud. sirva a mi padre en todos sus negocios?

—Señorita, repuso Martin, yo me coloco en la posicion que Ud. parece querer señalarme, porque aun estoi léjos de tener una alta idea de mi importancia social.

—¿Se compara a Ud. con alguien que le parezca mui superior?

—Con esos caballeros que vienen hácia nosotros por ejemplo.

—¿Con Agustin?

—No, senorita, con los otros, con los señores Mendoza i Valencia.

—¿I por qué con ellos precisamente? preguntó Leonor con una lijera turbacion que disimuló con maestría.

—Porque ellos, por su posicion, pueden aspirar a lo que yo no me atreveria.

Cuando Rivas dijo estas palabras, la cabalgata

que venia a galope corto hácia el lugar en que se encontraba con Leonor, estaba ya mui próxima.

— No veo la diferencia que Ud. indica contestó Leonor con voz que parecia afectuosa i confidencial : a mis ojos un hombre no vale ni por su posicion social i mucho ménos por su dinero. Ya vé Ud., añadió con una lijera sonrisa que bañó en la mas suprema felicidad el alma de Rivas , que casi siempre pensamos de diverso modo.

Dió con su huasca un lijero golpe al anca de su caballo i se adelantó a juntarse con los que llegaban.

Martin la vió alejarse diciéndose :

— ¡ Estraña criatura ! ¿ Tiene corazon o solo cabeza ? Se rie de mí , o realmente quiere elevarme a mis propios ojos ?

El grupo que formaba la comitiva habia llegado hasta el punto en que Martin se encontraba cuando hacia estas reflexiones. Ellas, como se vé , eran mui distintas de las que sus anteriores conversaciones con Leonor le habian sugerido. Ya la esperanza, doraba con sus reflejos el horizonte de sus ideas, abriendo nuevo campo a las sensaciones de su pecho i a los devaneos de su espíritu. Esa esperanza sola, era para Martin una felicidad.

Miéntras Leonor i Rivas tenian la conversacion que precede, los demas de la comitiva caminaban hácia ellos, como dijimos a galope corto , que fué

poco a poco cabiándose en trote. Rafael se habia colocado al lado de Matilde i repetido con ella una conversacion sobre el mismo tema que la primera, el mismo tambien en que se engolfan todos los enamorados. En su rostro resplandecia la felicidad; i sus ojos, al mismo tiempo que sus lábios, se juraban ese amor al que siempre los amantes dan por duracion la eternidad. San Luis, que deseaba aprovechar el momento para informar a su amante de los progresos favorables de su intento de unirse a ella, salió del idilio amoroso para hablar de las realidades.

— Mi tio, dijo, se encuentra perfectamente dispuesto a servirme i protegerme : mis esperanzas aumentan. Si su padre vuelve a empeñarse para el arriendo de la hacienda, es lo mas probable que seamos felices. ¿Podré contar con que Ud. tenga la entereza de confesar a su padre que me ama todavia?

— Sí, la tendré, contestó Matilde : si no soi de Ud. no seré de nadie.

— Esas palabras, repuso Rafael, las recibiria de rodillas : con el sufrimiento, mi amor por Ud. ha aumentado, puede decirse, porque se ha arraigado para siempre en mi pecho.

Insensiblemente volvieron al eterno divagar sobre la misma idea que forma el paraíso de los enamorados que se comprenden. Asi llegaron al lu-

gar en que se hallaba Martin. Algunas palabras habló San Luis, despues de esto, con Leonor i Rivas, i, viendo acercarse a Don Dámaso, se retiró al galope.

Don Dámaso habia arreglado su asunto con el naranjero i emprendido la marcha para reunirse a los suyos. A su edad i cuando no se monta con frecuencia a caballo, el cuerpo se resiente pronto del movimiento algo áspero de la cabalgadura, aun cuando sea de paso, como la que él montaba. Al llegar al grupo en que estaban sus hijos, don Dámaso esperaba descansar del largo trote que habia dado; pero Leonor emprendió luego la marcha i los demas la siguieron, con gran descontento de don Dámaso a quien el sol i el cansancio comenzaban a dar el mas triste aspecto.

Caminando el rededor de los carruajes i de la jente de a caballo que rodeaba a los batallones, la comitiva encontró al coche en que doña Engracia se paseaba, acompañada por doña Francisca, i con Diamela en las faldas. Don Dámaso aseguró a su mujer que no estaba cansado i comió alegremente con los demás, limas naranjas i dulces que en tales ocasiones se pasan de los coches a los de a caballo. Pero, por su mal. Leonor parecia infatigable i fué preciso seguirla en nuevas escursiones hasta la hora de regresar a la Alameda. Allí volvieron a detenerse junto al coche de doña En-

gracia, En diez minutos de reposo, don Dámaso se figuraba haberse repuesto de la fatigua; mas al emprender de nuevo la marcha, su cuerpo que se habia enfriado, sintió todo el peso de canancio; i el paso del caballo, a pesar de su suavidad le arrancó ahogados jemitos que el buen caballero confundió con la promesa formal de no volver a semejantes andanzas. Sus juramentos se repitieron varias veces, porque fueron muchos los paseos que dió su hija a lo largo de la Alameda, deteniéndose solo durante pequeños momentos, que don Dámaso aprovechaba para volver a su lugar el nudo de su corbata, que parecia querer dar la vuelta completa de su pescuezo con el movimiento de la marcha, i para volver su sombrero a su natural posicion, trayéndolo del cuello de la levita en que iba a réposar dejando la frente al aire, sobre los puntos de su cabeza en qué acostumbraba asentarle.

Al bajar del caballo en el patio de la casa, don Dámaso hizo algunos jestos que manifestaban su lamentable estado, i rogo a Leonor que en ese año, no le volviese a convidar para salir a tales paseos.



XXX

Inmenzos esfuerzos de paciencia i las mas reiteradas súplicas tuvo que emplear Agustin Encina para obtener de Amador algunos dias de plazo a su exijencia de dinero. Sin otra mira que la de ganar tiempo, habia solicitado aquel aplazamiento, porque sabia que un nuevo pedido de plata a su padre, despertaria las sospechas de éste i haria probablemente descubrir su casamiento.

La idea dominante de Agustin era ocultar este casamiento, alentado por la vaga esperanza de todo el que, puesto en una dificil posicion, espera del tiempo mas bien que de su enerjia, el allanamiento de las dificultades que le rodean.

Su amor a Adelaida, basado sobre las elásticas ideas de moralidad que la mayor parte de los jóvenes profesa, se habia modificado singularmente desde que se creia unido a ella por lazos indisolu-

bles. Encontrando una esposa donde él habia buscado una querida, sus sentimientos de una pasion que él juzgaba sincera, se entibiaron ante la inminencia del peligro con que su enlace le amenazaba a toda hora. Temiendo siempre la burla i el deshonra, segun las leyes del código que rije a la sociedades aristocráticas, Agustin solo pensaba en conjurar lo mas largo tiempo posible ese peligro, en vez de ocuparse de Adelaida.

Así trascurrieron los dias hasta el 10 de setiembre. Doña Bernarda, en ese dia manifestó a su hijo que el dieziocho estaba mui próximo i que nada habian comprado aun para solemnizar tan gran festividad.

En todas las clases sociales de Chile es una lei que nadie quiere infringir, la de comprar nuevos trajes para los dias de la Patria.

Doña Bernarda observaba esa lei con todo el rigor de su voluntad, i pensaba que en aquella ocasion podrian, ella i sus hijas, acudir a las tiendas mejor que nunca, con el auxilio del dinero que Agustin debia entregar a Amador.

Esta consideracion dió lugar a un acuerdo entre la madre i el hijo para exigir el pago de la cantidad estipulada sin otorgar un solo dias mas de plazo que los ya concedidos.

En la noche del dia en que se verificó tan terminante acuerdo, Agustin, vino como de costumbre con Rivas a casa de doña Bernarda.

Amador notificó a su cuñado supuesto la órden conminatoria, i anunció que se presentaria sin falta al dia siguiente para percibir la suma. Los ruegos de Agustin se estrellaron contra la voluntad de Amador, que fulminó la terrible amenaza de divulgar la noticia del matrimonio.

Edelmira, conversaba entre tanto con Martin, en los momentos que podia sustraerse a la porfiada vijilancia de Ricardo Castaños. En esas conversaciones hallaba aquella niña nuevos encantos cada dia, i abandonaba su corazon a los dulces sentimientos que Martin la inspiraba, sin atreverse a manifestar al jóven un amor que él no habia contribuido a formar de ningun modo. Edelmira, como ya lo hemos dicho en otras ocasiones, era dada a la lectura de novelas i por naturaleza romántica: esta cualidad la daba la fuerza de cultivar en su pecho un amor solitario, al que poco a poco iba entregando su alma, sin mas esperanza que la de amar siempre con esa melancolía voluptuosa que las pasiones de este jénero despiertan comunmente en el corazon de la mujer la que posee una organizacion mas pasiva que la del hombre, en estos casos, porque sus sentimientos son mas puros tambien.

De vuelta a la casa, Agustin no quiso entrar al salon i se retiró a su cuarto. En el camino habia luchado victoriosamente contra su debilidad, que

le aconsejaba confiarse enteramente a Martin i ponerse bajo el amparo de sus consejos. Pero el amor propio habia triunfado i Agustin guardó su secreto i su pesar para él solo, esperando con temor la llegada del siguiente dia.

Martin se retiró tambien a su cuarto sin presentarse en el salon, como en las noches anteriores lo habia hecho. Despues del paseo a caballo, la esperanza que en su pecho habian hecho nacer las palabras de Leonor, permanecia en el mismo estado. La niña habia destruido con estudiada indiferencia los doseos que alentaban a Rivas de declararla su amor; mas no le desesperaba tampoco, porque a veces tenia palabras con las cuales la pregunta que en la pampilla se habia hecho Martin, volvia como entónces, suscitando las mismas dudas en su espíritu.

Durante aquellos dias, don Fidel, por su parte, habia hecho sérias reflexiones acerca de la determinacion que anteriormente anunciara a su mujer. No obstante que aparentaba no seguir en todo mas que los consejos de su propia intelijencia, la observacion hecha por doña Francisca sobre lo prematuro de su proyecto, tuvo bastante fuerza a sus ojos para obligarle a esperar. Pero don Fidel era hombre de poca paciencia, así fué que trascurridos los dias que mediaron entre la última de sus conversaciones con su mujer, que hemos referido, i el 10 de se-

tiembre a que han llegado los acontecimientos de nuestra narracion, don Fidel determinó llevar a afecto su propósito de hablar a don Dámaso sobre su deseo de ver unidos in *facie ecclesia* a Matilde con Agustin. Este enlace, segun sus cálculos, era un buen negocio, puesto que su sobrino heredaria por lo ménos cien mil pesos. Así calculaba don Fidel, con la precision del hombre para quien las ilusiones del mundo van tomando el color metálico que fascina la vista a medida que se avanza en la existencia.

A pesar de esto, don Fidel, no descuidaba el negocio del arriendo del Roble. Su ambicion le aconseja mascar a dos carrillos, como vulgarmente se dice, i le parecia que era una empresa digna de su ingenio la de casar a Matilde con Agustin i obtener al mismo tiempo un nuevo arriendo por nueve años de la hacienda en que se cifraban sus mas positivas esperanzas de futura riqueza. Con tal mira habia suplicado de nuevo a su amigo don Simon Arenal el hacer otra tentativa cerca del tío de Rafael para conseguir el arriendo deseado.

Don Fidel no creyó necesario esperar la respuesta de su amigo i el dia 11 se apresuró a dirigirse a casa de don Dámaso ántes de las doce del dia, hora en que se cuñado salia de su casa a dar una vuelta por las calles i a conversar algunas horas en los almacenes de los amigos, ocupacion

de la que mui pocos capitalistas de Santiago se dispensan.

Miéntas camina don Fidel, nosotros veremos a Amador Molina que llega a casa de don Dámaso, como en la noche anterior lo habia anunciado a Agustin. El hijo de dona Bernarda ara equella vez puntual como todo el que cobra dinero, i llevaba el sello del *siutico*, mas marcado en toda su persona, que en cualquiera de las demas ocasiones en que ha figurado en estas escenas.

Sombrero bien acepillado, aun que viejo, inclinado a lo *lacho* sobre la reja derecha.

Corbata de vivos i variados colores, con grandes puntas figurando alas de mariposa.

Camisa de pechera bordada por las hermanas, bajo la cual se divisaba la almohadilla forrada en raso carmesí, que por entónces usaban algunos, con pretenciones de elegantes, para ostentar un cuerpo esbelto i levantado pecho.

Chaleco bien abierto, de colores, en pleito con los de la corbata, abotonado por dos botones solamente i dejando ver a derecha e izquierda los tirantes de seda, bordados al telar por alguna querida para festejarle en un dia de su santo.

Frac de color dudoso, i dejando ver por uno de los bolsillos la punta del pañuelo blanco.

Pantalones comprados a lance i un poco cortos, color perla algo deteriorado.

I por fin botas de becerro, con su lijero remiendo sobre el dedo pequeño del pié derecho; i lustradas con prolijo cuidado.

Añádase a esto un grueso baston, que Amador daba vueltas entre los dedos, haciendo molinete, i un cigarrillo de papel, arqueado por la presion del dedo pulgar de la derecha bajo el índice i el dedo grande, en el dedo siguiente una sortija con este mote en esmalte negro «viva mi amor,» i se tendrá el perfecto retrato de Amador, que al entrar en casa de don Dámaso, acarició sus bigotes i perilla, como para darse un aire de matamoros, propio para infundir sérios temores, en el ánimo de su víctima.

Agustin le esperaba entregado a una mortificadora inquietud. En sus ojos hundidos, en la palidez de su rostro, se veían, a mas de los temores del momento, las angustias de una noche de insomnio i de sobresalto.

Hacia poco que la familia de don Dámaso habia concluido de almorzar, cuando Amador se encontró en el patio de la casa.

Oíase en el interior el sonido del piano en que Leonor ejecutaba algunos ejercicios. Don Dámaso i Martin se encontraban en el escritorio, despachando algunas cartas de negocios i Agustin, tras de los vidrios de una puerta, observaba con ojo inquieto a las personas que atravesaban el patio.

Al ver a Amador, abrió con precipitación la puerta i le hizo entrar.

Amador se sentó sin que le ofreciesen asiento i puso su sombrero sobre la alfombra.

—¡Caramba, dijo pasando en revista el amueblado i adornos de la pieza, esto está de lo que hai!

Agustín cerró bien las puertas, mientras que Amador sacaba un mechero i encendia el cigarro que se habia apagado.

—¿I.... ya están prontos los realitos? preguntó al jóven, que se paró a su frente pálido i turbado.

—Todavía, no, dijo Agustín: estoi seguro que papá se vá a enojar con este pedido de plata.

—Qué le haremos, pues; tendrá dos trabajos: el de enojarse i el de soltar las pesetas.

—I si no quiere lo perdemos todo, replicó Agustín suplicante ¿por qué no espera algunos dias?

—Si yo tuviera casa como esta i muebles i criados i buena bucólica, de seguro que esperaba; pero hijito, la familia está pobre i su mujer no puede andar vestida como una cualquiera. Si el viejo se enoja, es porque no sabe que Ud. se ha casado: yo le daré a tragar la pildora si quiere hacer el cicatero: déjelo no mas.

Agustín se volvió desesperado hácia la puerta que daba al patio i vió a don Fidel Elias que entraba al escritorio de su padre. Aquella visita le pareció un favor del cielo.

—Mire Ud., dijo a Amador; allí vá mi tio Fidel entrando al cuarto de mi padre. ¿Cómo quiere que vaya ahora a pedirle dinero?

—Aguardarémolos a que el tio Fidel se vaya, respondió Amador. ¿No tiene Ud. por *hei* un puro i alguna copita de licor? Así conversaremos como buenos hermanos.

Agustin le dió un cigarro habano i le presentó una licorera con copas i botellas. Amador prendió el cigarro en su mechero, se sirvió una copa de coñac, que tragó como una gota de agua; llenó de nuevo la copa i miró con satisfaccion a su víctima.

—No está malo, le dijo ¡vaya lo que vale ser rico! I uno que tiene que echarse al estómago un anisado ordinario!

Les dejarémolos seguir su conversacion miéntras que damos cuenta de la que don Fidel i don Dámaso acababan de entablar.

Don Fidel llevó a su cuñado a un rincon de la pieza, miéntras que Rivas escribía sobre una mesa en otro.

—Te vengo a hablar de un asunto que me preocupa desde hace dias, dijo en voz baja, i que nos interesa a los dos.

¿Cómo así? preguntó don Dámaso, tomando para hablar, el mismo aire de misterio con que se le había dirijido don Fidel.

—Como tú no eres mui observador, no te habrás fijado en una cosa.

—¿En qué cosa?

—Tu hijo i mi chiquilla se quieren, dijo don Fidel al oido de su cuñado.

—¿De veras? preguntó con admiracion don Dámaso, no me habia fijado.

—Pero yo me fijo en todo i a mí no se me vá ninguna: estoi seguro que estan enamorados.

—Así será

—Bueno, pues, yo te vengo a ver para eso: es preciso que nos arreglemos: Agustin me parece un buen muchacho i no será mal marido.

—¡Pero hombre, todavía está mui jóven para casarse!

—¿I yó, de qué edad te parece que me casé? Tenia veintidos años no mas. Es la mejor edad. Los que no se casan pronto, es por tunantear. Si quieres que tu hijo se pierda, déjalo soltero i verás como te cuesta un ojo de la cara. ¡Ah, yo conozco estas cosas: no vés que a mí no se me vá ninguna?

—Puede ser, puede ser, repuso don Dámaso, siguiendo su propension a inclinarse al parecer de aquel con quien hablaba; pero es preciso ver lo que dice la Engracia primero. No ves que yo solo, no es regular que disponga de un hijo?

—Ah! es decir que andas buscando disculpas,

dijo don Fidel, olvidando, con la impaciencia, el hablar en voz baja.

— No hombre, por Dios, replicó don Dámaso : yo no busco disculpas ; pero ¿no te parece mui natural que consulte ántes a mi mujer ? porque al fin i al cabo, ella es la madre de Agustin.

— Pero lo que yo deseo saber es tu determinacion : ¿apruebas o no lo que te he venido a proponer ?

— Por mi parte, cómo nó, con mucho gusto.

— ¿I te empeñarás con tu mujer para que consienta ?

— Tambien.

— Acuérdate de lo que te digo : si dejas a tu hijo soltero , el dia ménos pensando se bota a tunante i te come un ojo de la cara : yo sé lo que son estas cosas, pues, a mí no se me ván asi no mas.

Con la seguridad de nuevas promesas de don Dámaso se retiró don Fidel, satisfecho del modo como habia conducido aquel negocio i dejando a su cuñado pensativo.

— En eso de los gastos no le falta razon, murmuró, recordando los frecuentes desembolsos de dinero que habia hecho últimamente por Agustin.

Metió las manos en los bolsillos i principió a pasearse pensativo a lo largo de la pieza.

Amador, entretanto, empezaba a impacientarse

de esperar i se levantó a espiar la salida de don Fidel.

— Vamos, ya se vá el tio, dijo viéndole salir.

Agustin miró a don Fidel, que atravesaba el patio con el semblante alegre por las felicitaciones que se iba dando a sí mismo. Con él se iba tambien su esperanza de librarse, por un dia a lo ménos, de pedir el dinero a su padre.

Intentó de nuevo conseguir un plazo, pero Amador se mostró inflexible.

— Vaya, pues, dijo este, tendré yo mismo que ir a hablar con el papá : esto va pareciendo juego de niños.

— Bueno, espéreme esta noche en su casa i le llevaré la plata o la contestacion de papá, exclamó Agustin, armándose de una resolucion desesperada.

— No, no, aquí estoi bien, contestó Amador sentándose i encendiendo otro cigarro ; vaya no mas, hable con el papá i tráigame la contestacion.

Agustin alzó los ojos al cielo implorando su ayuda i se dirijió al cuarto de don Dámaso como una víctima al suplicio.



XXXI

Don Dámaso continuaba su paseo i sus reflexiones. El vaticinio de su cuñado le parecia un oportuno aviso para fijarse en adelante con mas cuidado en la conducta de su hijo.

Martin concluyó sus quehaceres i se retiró del escritorio, dejando a su huésped entregado a estas reflexiones.

Cuando Agustin entró en el cuarto, don Dámaso le miró siguiendo la hilacion de sus ideas.

— Agustin ¿en dónde visitas ahora? le preguntó.

Agustin, que habia preparado ya la frase con que debia entablar su peticion de dinero, se turbó al oir la pregunta de su padre. Temeroso de ver divulgado su secreto. parecíale que semejante pregunta era un indicio evidente de que don Dámaso tenia ya alguna sospecha de su casamiento.

—¿Yo? contestó balbuciente, visito en algunas, como Ud. sabe i.....

—Seria tiempo que pensases ya en trabajar en algo, le dijo don Dámaso interrumpiéndole.

—Oh, yo estoi mui dispuesto a trabajar. ¡Ojalá ahora mismo se presentase la ocasion.

—Bueno, me gusta oírte hablar así, le dijo el padre revistiéndose de un aire doctoral : los jóvenes no deben estar de ociosos, porque no hacen mas que perder tiempo i dinero.

Esta reflexion caia mui mal para las circunstancias de Agustin. No obstante, la idea de ver aparecer a Amador i de que todo se descubriese, le dió ánimo para persistir en la resolucion con que habia entrado.

—Así es papá, dijo; Ud. tiene razon i por eso yo deseo trabajar.

—Está bien hijo, yo te buscaré alguna ocupacion.

—Gracias : cuando esté trabajando no pensaré en hacer gastos como ahora que, sin saber cómo, me encuentro con una deuda de mil pesos.

Agustin pronunció su frase con la mayor serenidad que le fué posible i observó con ansiedad el efecto que producía en su padre.

Don Dámaso, que habia vuelto a su paseo, se detuvo i fijó los ojos en su hijo. Las palabras que don Fidel acababa de decirle, tomaron entónces en su imaginacion un alcance profético.

— ¡Mil pesos! exclamó; pero hace mui pocos dias que tē di otro tanto!

— Es cierto papá, pero, yo no sē como..... se me habia olvidado... i ademas con los amigos i el sastre.....

— Fidel tiene razon, dijo ajitado don Dámaso; estos muchachos no piensan mas que en gastar.

Luego volviéndose hácia Agustin :

— ¡Pero hombre, mil pesos! Es decir, dos mil pesos en ménos de dos meses! Caramba amigo : Ud. está gastando como que no le cuesta nada.

— En adelante será otra cosa i Ud. verá cuando yo esté trabajando, repuso en tono meloso el elegante.

— ¡Eh! qué has de trabajar! Ahora los mocitos no piensan mas que en botar la plata que suspadres han ganado a fuerza de trabajo. Si señor, Fidel tiene razon, todos son unos tunantes.

— Yo le prometo a Ud. que trabajaré i cuando pague los mil pesos que debo, no gasto un centavo mas.

— A mí no me bastan esas promesas, amiguito. ¿Sábe Ud. lo que hai? Es preciso entrar en una vida arreglada.

— Oh, yo estoi tan dispuesto que.....

— Sí, sí, esas son buenas palabras, así dicen todos. No amigo, la que yo llamo vida arreglada es la del matrimonio. ¿Me entiende Ud.?

Agustin bajó los ojos espantado del jiro que tomaba la entrevista. Era imposible ya retroceder, i lo que mas importaba en ese momento era ganar tiempo. Esta fué la única reflexion que surgió del espíritu del angustiado mozo.

— Es preciso, pues, que pienses en casarte, continuó don Dámaso con tono mas tranquilo. Pues al ver que Agustin habia bajado la vista, creyó que era en señal de sumision i obediencia. Don Dámaso, que solo era enérgico por momentos, sentía un verdadero placer cuando veia respetada su autoridad. La actitud con que su hijo quiso ocultar el terror que en su corazon despertaron sus palabras, le dispuso mui favorablemente hacia él. Como Agustin seguia con la vista clavada en la alfombra, don Dámaso continuó con mayor afecto :

— A ver Agustin, conversemos como amigos. A mí me gusta que me respeten, es cierto; pero deseo tambien que mis hijos tengan confianza conmigo. ¿Qué te parece tu primita?

— ¿Mi primita?

— Sí, Matilde : es buena moza.

— Oh, sí, mui buena moza.

— I tiene buen jenio ¿no es cierto?

— Excelente, papá, mui buen jenio.

— ¿No te gustaria para mujer?

— ¡Mucho papá! contestó Agustín que queria salir del paso, manifestándose sumiso i complaciente.

— Pues hijo, exclamó con alegría don Dámaso, aquí acaba de estar tu tío i me dice que para él sería una felicidad la de verte casado con su hija.

— Si a Ud. le parece bien, yo.....

— Me parece bien hijo, mui bien : es preciso entrar en juicio desde temprano para tener una vejez feliz.

— Sin duda papá; pero iba a decirle que Matilde no me quiere.

— Bah, riete de eso hijo, replicó don Dámaso, golpeando de nuevo el hombro a Agustin : lo mismo creia yo ántes de casarme. Hai niñas tímidas que aun cuando quieran a un jóven no se atreven a dárselo a conocer : así es tu primita; pero háblale nn poco i verás. Yo estoi seguro que ella te está queriendo. Mira, no estoi seguro; pero creo que tu tío me lo dijo aquí.

Don Dámaso, agregaba esta duda, que no lo era en su espíritu, para persuadir a su hijo que tan dócil se le manifestaba.

— No papá, no puede ser, Matilde ama a otro.

— Cuentos hijo : todas las niñas tienen amorcillos hasta que se presenta uno i las habla de casamiento.

— En fin papá, replicó Agustin, no queriendo en aquellas circunstancias contrariar a su padre, creo que la cosa no es tan urgente que.....

— Urjente i mui urjente, dijo el padre con tono

distinto del afectuoso con que habia hablado hasta entónces.

— Yo necesito saber si ella me ama i si...

— Todo eso está mui bueno. Yo tambien necesito que no andes por ahí botando mi dinero. Es preciso que mires esto como mui serio.

— Sin duda papá i así que Ud. me haya dado para pagar lo que debo...

— ¿Cuánto es?

— Mil pesos.

— ¿Nada mas?

— Nada mas.

— No vengamos despues con que nos hemos olvidado de algo.

— Es todo lo que necesito.

— Está bien hijo, mañana me traes las cuentas de lo que tengas que pagar i tu contestacion sobre la prima i todo se pagará, vaya pues : está convenido.

Agustin miró estupefacto a su padre que no le dió tiempo de replicar, porque salió inmediatamente del cuarto.

— Las cuentas i la contestacion sobre Matilde, repitió abismado el elegante : ahora sí que estoy mucho peor que lo que vine ¿cómo salir de este apuro?

Dirijióse pensativo i desesperado a su cuarto en donde Amador le esperaba.

— No vé pues dijo contestando a la interrogadora mirada con que Amador le recibia, con su apuro lo ha echado todo a perder.

— ¿Cómo? cómo es eso? qué es lo que hai? preguntó Amador, mirando con inquietud el descompuesto semblante de su víctima.

— Que Ud. lo ha echado todo a perder, repitió Agustin, dejándose caer con profundo abatimiento sobre una silla.

— Pero diga pues ¿cómo ha sido? qué hubo?

— Papá se incomodó.

— ¿Se incomodó? ¡véan que lástima! ¿i despues?

— Dice que para pagar quiere ver las cuentas.

— ¿Qué cuentas?

— Las cuentas de lo que le dije yo que debía.

— ¿I qué hai con eso pues? Le lleva las cuentas.

— Pero ¿cómo se las llevo si no existen?

— Vaya amigo, por poco se echa a muerto Ud. : yo le haré las cuentas que quiera.

Agustin miró con espanto al que con tanta frialdad le hablaba de presentar documentos que no existian. El semblante de Amador respiraba una serenidad perfecta i habia en sus ojos una tranquilidad que le asustó. Por un presentimiento repentino se vió Agustin lanzado con aquel hombre en la via vergonzosa de la falsificacion i del engaño a que con tanta naturalidad le convidaba Amador. Este solo presentimiento, le hizo rubori-

zarse i temblar. Con él se despertaron tambien en su pecho los instintos de delicadeza que el miedo habia asta entónces sofocado i ellos le infundieron la enerjía que le faltaba para preferir una franca confesion de lo ocurrido ántes que mancharse con el contacto impuro delque le ofrecia los medios de engañar a su padre.

— Mañana, dijo, sin necesidad de documentos, haré que papá me dé esa cantidad.

— Bueno pues, yo no espero mas que hasta mañana, respondió Amador, tomando su sombrero : si el papá se enoja i no quiere dar la plata, yo le largo el agua i se lo cuento todo. Hasta mañana pues.

Saludó con aire de amenaza i salió del cuarto.

Agustin se tomó la cabeza con las manos i permaneció inmóvil por algunos instantes. Luego levantó los ojos, en los que brillaba un rayo de resolucion i dejando el asiento en que se encontraba, salió del cuarto i subió la escala que conducia a las habitaciones de Rivas.

Martin, sentado delante de una mesa, estudiaba, o mas bien leia eu un libro sin comprender. La sorpresa se pintó en su rostro al ver entrar con precipitacion a Agustin, cuyas descompuestas i pálidas facciones indicaban la agitacion a que su espíritu se hallaba entregado.

Rivas se levantó saludando con cariño a Agustin

que empezó a pasearse pensativo por la pieza. Terminado el primer paseo, se detuvo i miró en silencio a Martin.

— Amigo, le dijo, soi mui desgraciado.

— ¡Ud.! exclamó Rivas con asombro.

— Sí, yo, si hubiese seguido sus consejos no estaria como estoi : perdido para siempre.

Martin le presentó una silla.

— Veo que Ud. está mui ajitado Agustin, le dijo; siéntese aquí. Si Ud, me viene a buscar para confiarme sus pesares, cuente con que, ademas de agradecerle esa confianza, haré lo posible por darle algun consuelo.

— Muchas gracias, contestó Agustin sentándose. Es cierto que vengo a confiárselo todo. ¡Ah! desde hace algunos dias, amigo he sufrido mucho, i como no he tenido nadie con quien hablar, me siento con el corazon oprimido! Ahora me acordé que Ud. me dió un buen consejo, que por desgracia no seguí, i he venido a desahogar mi pecho con Ud. porque creo que es buen amigo.

Habia en estras palabras un profundo sentimiento que conmovió el corazon de Martin. El elegante, que habia devorado solo sus penas, se espresaba con tal abandono, que Rivas sintió por él un interes sincero i afectuoso.

—Si Ud. me permite, le dijo, seré su amigo. Pero ¿qué le sucede? Talvez alguna cosa a la que

dá Ud. mas importancia que la que tiene en realidad.

—No, no; le doi la importancia que merece ¿sabe lo que hai? ¡Estoi casado!

—¡Casado! repitió Martin en el mismo tono en que Agustin lo habia dicho.

—Sí, casado ¿i se le figura a Ud. con quien?

—No puedo figurármelo.

—Con Adelaida Molina.

—¡Con Adelaida! ¿Pero desde cuándo? Cierito que esto me parece mui extraño.

—Oigame Ud. i sabrá lo que ha sucedido: todo por no haber seguido sus consejos.

Agustin refirió a Rivas el suceso del matrimonio con sus mas puequeñas circunstancias, i luego las continuas exigencias de dinero, hasta las escenas porque habia pasado aquel dia con Amador i con don Dámaso.

—A pesar de la osadía con que Ud. dice que Amador le amenaza de revelar a su padre este secreto, observó Martin reflexionando, yo encuentro todo esto mui sospechoso. ¿Sabe Ud. si el que les puso las bendiciones era cura?

—No sé, es un padre que no he visto en mi vida.

—¿Presentó alguna licencia del cura para poder casarlos?

—No sé; yo estaba entónces tan turbado que no sabia lo que me pasaba.

—Debemos ante todo hacer una cosa.

—Cuál?

—Informarnos en todas las parroquias i hacer registrar los libros de matrimonios desde el dia en que Ud. se casó.

—¿I para qué?

—Para ver si la partida existe, porque no me faltan sospechas de que Ud. sea juguete de alguna intriga, por lo que Ud. refiere.

—¡Es cierto, Ud. tal vez tenga razon! exclamó Agustin, como iluminado por un rayo súbito de esperanza.

—Si la partida no está asentada en ninguna parroquia, es claro que el matrimonio es nulo, porque ha sido hecho sin el permiso competente.

—Si Ud. descubriese esto, le dijo Agustin con entusiasmo, sería mi salvador, le deberia la vida.

—¿Amador ha dicho que volveria mañana?

—Si, a la misma hora que hoi.

Martin designó entónces las parroquias que él recorrería, señalando otras a Agustin con el mismo objeto.

—Para esto no debe Ud. pararse en gastos, le dijo, es preciso desplegar la mayor actividad: es necesario que nosotros tengamos la certidumbre sobre esto ántes que Amador se presente aquí, i que hayamos prevenido a su padre de Ud.

—¿A mi padre? i para qué?

—Para evitar que Amador u otro cualquiera venga a sorprenderle.

—I si el casamiento no es nulo?

—Es preciso tener valor i franqueza. ¿No tendrá don Dámaso razon para ofenderse con Ud. si otra persona en vez de Ud. le trae tal noticia?

—Es cierto?

—Ademas, si, por desgracia, el matrimonio es válido, previniendo a su padre con tiempo, podrá tal vez arreglar las cosas de algun modo que a nosotros no se nos ocurre.

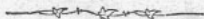
—Cierto, repitió Agustin, admirando la prevision con que Rivas racionaba.

—Vamos, pues, dijo este: es preciso ponernos en marcha.

—Bajo a mi cuarto, i allí tomaré el dinero que tengo: son doscientos pesos i partiremos ¿no le parece?

—Lo mas pronto será lo mejor, dijo Rivas, tomando su sombrero i bajando con Agustin.

Pocos momentos despues salieron, cada cual en direccion a los puntos donde se dirijian sus pesquisas.



XXXII

Don Fidel Elias regresó a su casa felicitándose, como dijimos, de su actividad i maestría para conducir los negocios.

Entre nosotros es bastante conocido el tipo del hombre que dirige a este fin todos los pasos de su vida. Para tales vivientes, todo lo que no es negocio es supérfluo. Artes, historia, literatura, todo para ello constituye un verdadero pasatiempo de ociosos. La ciencia puede ser buena a sus ojos si reporta dinero, es decir mirada como negocio. La política les merece atención por igual causa i adoptan la sociabilidad por cuanto las relaciones sirven para los negocios. Hai en esas cabezas un soberbio desden por el que mira mas alla de los intereses materiales, i encuentran en la lista de precios corrientes, la mas interesante columna de un periódico.

Entre estos sectarios de la religion del negocio se hallaba, como ha visto el lector, don Fidel Elias por los años de 1850: es decir diez años ha. I en diez años la propaganda i el ejemplo han hecho numerosos sectarios.

Don Fidel, ya lo dijimos, miraba como un buen negocio el casar a Matilde con Agustin Encina. Mas no por eso dejaba de interesarse vivamente en el otro negocio que tenia entre manos: el arriendo del Roble.

Dijéronle en su casa que don Simon Arenal habia estado a buscarle, i sin dejar el sombrero, ni entrar en esplicaciones con doña Francisca sobre su entrevista con don Dámaso, se dirigió lleno de curiosidad a casa de don Simon.

Doña Francisca le vió salir con el placer que muchas mujeres experimentan cada vez que se ven libres de sus maridos por algunas horas. Hai gran número de matrimonios en que el marido es una cruz que se lleva con paciencia, pero que se deja con alegría, i don Fidel era un marido cruz en toda la extension de la palabra.

Doña Francisca leia a la sazón a Valentina, de Jorje Sand, i don Fidel, hombre de negocios, con toda la frialdad de tal, hacia una triste figura comparado con el ardiente i apasionado Benedicto. Por esta causa doña Francisca vió con gusto salir a su cruz i volvió con vehemencia a la lectura.

Don Fidel no se curaba de Jorje Sand mas que de los pobres del hospicio i así fué que salió sin ver los reflejos de rómántico arrobamiento que brillaron en los ojos de su consorte: harto mas le importaba el negocio del Roble que estudiar las impresiones de su mujer.

Llegó a casa de don Simon con la respiración ajitada i el ánimo inquieto por la duda.

Don Simon le ofreció asiento i un cigarro de hoja, asegurándole que eran de los mejores que salian de la cigarrería de Reyes, situada en la plazuela de San Agustin.

Con un cigarro se entablan entre nosotros la mayor parte de las conversaciones entre hombres i puede decirse que el cigarro es uno de los agentes de sociabilidad mas acreditados i activos.

Don Fidel Elías encendió el suyo i esperó, no sin emocion, que su amigo le dijese el objeto de la visita que habia estado a hacerle.

—¿Le dijeron que estuve en su casa? fué la pregunta de don Simon.

—Sí, compadre, contestó don Fidel, i apenas lo supe me vine derecho para acá.

—Fuí a decirle que he cumplido su encargo.

—Ah, estuvo Ud. con don Pedro San Luis?

—Anoche.

—¿I qué dice de la hacienda?

—El hombre pone sus condiciones para hacer un nuevo arriendo.

—¿Qué condiciones?

—Una que es mui difícil se figure Ud.

—¿Qué es mui dura?

—Segun como Ud. la considere.

—Vamos a ver, dígalo compadre: hablando es como se hacen los negocios.

—Don Pedro me ha dicho que desea que su hijo principie a trabajar.

—I ¿qué hai con eso?

—Que para que su hijo trabaje lo piensa asociar con su sobrino.

—¿Con Rafael San Luis?

—Sí.

—Hasta ahora no veo lo que tengo que hacer con eso.

—Que pienza dar en arriendo el Roble a su hijo i a su sobrino, en caso que Ud. no consienta en lo que Rafael le ha pedido.

—¿Qué le ha pedido?

—Que solicite pra él la mano de Matilde.

Don Fidel no se hallaba preparado para recibir un ataque semejante. No halló que decir. Sus facciones se contrajeron como las de un hombre que se entrega a una profunda reflexion.

—De veras que esto no me lo podia figurar, dijo.

—Esa es su condicion, repuso el compadre.

—¿I si yo accediese a ella? preguntó don Fidel, despues de una lijera pausa.

—En ese caso arrendaria a Ud. el Roble i pondria a trabajar a su hijo i a su sobrino en otra hacienda.

—¿I a Ud. qué le parece, compadre?

—¿A mí? no sé: éste ya se hace un asunto de familia.

—Así es, dijo volviendo a sus cavilaciones don Fidel.

Ante todo, se dijo que el asunto merecia pensarse detenidamente, porque la propuesta de don Pedro no parecia desechable a primera vista. Hemos dicho que don Fidel tenia comprometida la mayor parte de su fortuna en la hacienda del Roble, i esta consideracion obraba poderosamente en su ánimo para mirar como preferible el casamiento de Matilde con Rafael que con Agustin. Segun todas las probabilidades, éste tendria fortuna, pero solo a la muerte de su padre; i don Fidel calculó que don Dámaso, en perfecta salud como se hallaba, viviria largos años aun. Ademas, el apoyo que su cuñado podia prestarle era problemático i nunca tan ventajoso para sus negocios como un nuevo arriendo del Roble por nueve años.

—Ud. sabe que Rafael estuvo ahora tiempo para casarse con Matilde, dijo al cabo de estas consideraciones.

—Así supe, respondió don Simon.

—La cosa se deshizo por mi cuñado, prosiguió don Fidel: Rafael no tenia nada entónces; pero es un buen jóven.

Don Simon aprobó con la cabeza.

—Si su tio le presta su apoyo, no es un mal partido, continuó don Fidel.

—Así parece.

—Lo mejor, compadre, será no tomar sobre esto una resolucion precipitada: tiempo tenemos para pensarlo.

Varió entónces de conversacion i permaneció media hora mas con el compadre, dirijién dose despues a su casa.

Llegó en momentos en que doña Francisca leia el pasaje en que Benedicto se encuentra en la alcoba de Valentina. La llegada de don Fidel interrumpió su lectura cuando su corazon nadaba en pleno romanticismo.

Don Fidel la refirió sus dos visitas de aquel dia : su medio compromiso con don Dámaso i la inesperada condicion que se le imponía para el arriendo del Roble.

De aquella relacion descartó doña Francisca la prosa referente a los negocios con que don Fidel la habia sazonado i formuló en su imaginacion la parte poética que se desprendia de la constancia de Rafael San Luis. En el estado en que se encon-

traba su ánimo por la lectura de Valentina, bastaba esta circunstancia para decidirla por la propuesta de don Pedro.

—¡Ah! exclamó! mira lo que es un verdadero amor!

—I trabajando en el campo, dijo don Fidel, el mocito ese puede ser un partido.

—¡Eso sí que prueba un corazon bien organizado! continuó ella con entusiasmo.

—Porque la otra hacienda de don Pedro es un buen fundo, observó don Fidel, dispuesto a sufrir por primera vez las románticas divagaciones de su mujer, porque veia que ella era de su opinion en aquel negocio.

—¡Oh! estoi segura que hará feliz a Matilde.

—Con tres mil vacas, puede escar todos los años una buena engorda.

—Creo que no hai que vacilar, hijo, es una felicidad para nosotros.

—Así me parece: es una hacienda en la que, por término medio se cosechan de cinco a seis mil fanegas de trigo.

—Rafael, ademas, es un jóven ilustrado.

—Sin contar con la lena i carbon, que dejan una buena entrada.

—Tú lo reduces todo a dinero, exclamó impaciente doña Francisca, horrorizada de la prolijidad con que su marido raciocinaba sobre intereses cuando se tratába de la felicidad de Matilde.

—Hija, lo demas es pura pamplina, contestó don Fidel, impacientándose tambien del entusiasmo romántico de su consorte, cuando uno no tiene mucha plata i tiene familia, debe ante todo fijarse en lo positivo. Yo digo esto porque conozco al mundo mejor que nadie, i a mí no se me vá ninguna. ¿De qué nos serviría que Rafael fuese enamorado como un Abelardo, si no tuviese con que mantener a su familia?

—La plata no basta para la felicidad, dijo doña Francisca, alzando los ojos al cielo con vaporosa espresion.

—Que me den plata i me rio de lo demas, replicó don Fidel. Anda que vayan a mandar a la plaza con amor i buen corazon i con llevarse leyendo libros.

—Bueno, pues, hablemos de otra cosa; sobre esto tengo mis convicciones asentadas.

—Lo que yo tengo asentado es tu porfia, exclamó don Fidel, viendo que su mujer, en vez de convertirse a su doctrina, evitaba la discusion.

Doña Francisca miró su libro para resignarse con algun pensamiento poético.

—Es decir que aceptamos lo que don Pedro propone, dijo don Fidel despues de una pausa, que empleó en calmar su mal humor.

—Haz lo que te parezca, contestó doña Francisca.

—Así lo entiendo, a mí no me puede dar nadie lecciones, porque sé mui bien lo que hago: el arriendo del Roble por otros nueve años, nos conviene mas que lo que tu hermano podría favorecernos.

—Pero tendrás que hablar con Dámaso, diciéndole lo que hai.

—Le diré que la constancia de Matilde me ha vencido i..... en fin, no se me dejará de ocurrir algo.

Salió de la pieza i doña Francisca fué a buscar a su hija para anunciarla la feliz noticia.

Mientras que don Fidel se ocupaba de este modo de sus negocios, don Dámaso habia informado a su mujer i a su hija del objeto con que su cuñado le habia visto. Para don Dámaso la opinion de Leonor era de tanto peso como la de doña Engracia, que, como madre, principió por oponerse al casamiento de su hijo.

—¿I tú hijita, qué dices de ésto? preguntó el caballero a Leonor.

—Yo papá, contestó ella, creo que Uds. no deben precipitarse.

—¿No vés? lo mismo digo yo, exclamó doña Engracia acariciando a Diamela, accion que ella empleaba para espresar cualquiera emocion que la agitara.

—¡Pero si dejamos soltero a este muchacho se

vá hacer un derrochador de dinero insufrible! es lo único que ha aprendido en Europa, dijo don Dámaso que, como capitalista i antiguo comerciante, miraba las cosas bajo el punto de vista material.

—Tratarémos de corregirle, contestó doña Engracia, acariciando la cabeza de Diamela.

—Eso es insignificante: somos bastante ricos repuso Leonor, dirijiendo a su padre su altanera mirada.

—En fin, él ha quedado de contestar mañana, replicó don Dámaso: verémos, pues.

Don Dámaso salió a dar su paseo diario por el comercio i la madre i la hija quedaron solas.

—Es preciso que hables con Agustin hijita, dijo doña Engracia, que contaba mas con el influjo de Leonor sobre toda la familia, que con el suyo.

—Pierda cuidado mamá, respondió la niña: ese casamiento no se hará.

Doña Engracia abrazó a Diamela para manifestar su alegría i la perrita correspondió a sus caricias moviendo la cola en todas direcciones.

A la hora de comer la familia se encontraba reunida en la antesala. Martin, que llegaba en ese momento, fué llamado cuando iba a subir a su cuarto.

Agustin llegó pocos instantes despues, en circunstancias que la familia se sentaba a la mesa. Sus ojos buscaron alguna esperanza en los de Rivas

pero este se encontraba en presencia de Leonor i por consiguiente mui poco dispuesto a ocuparse de otra cosa.

Doña Engracia trató de romper la monotanía que emanaba de la preocupacion jeneral apelando a las gracias de Diamela. Pero Diamela se hizo en vano la muerta, miéntras que su ama suponía, que pasaban sobre ella carruajes i caballos punzándola con golpes inditativos del caso. Esta gracia, que se enseñaba a todos los perros chilenos en las casas, llamó mui poco la atencion de Agustin, cuyo corazon fluctuaba entre los temores i la esperanza; i mucho ménos la de Martin que se hallaba, por el pensamiento, prosternado ante su ídolo, con esa reverencia del alma que solo infunde el primer amor.

Al salir del comedor Agustin se acercó a Rivas, que siempre se quedaba atrás para dejar pasar a la familia.

—Vamos a mi cuarto, le dijo con un tono de actor que dá una cita para revelar al protagonista el secreto de su nacimiento.

Agustin habia perdido su pretensiosa naturalidad i sus desaliñadas frases con los últimos sufrimientos. Su espíritu estaba cubierto con los tintes sombríos del drama romántico i por esto empleaba aquel tono para llamar a Martin.

Este le siguió al cuarto indicado i se sentó en la si la que Agustin le ofreció.

—¿Cómo le ha ido? fué su primera pregunta, despues de cerrar la puerta con llave.

—Mui bien, contestó Rivas; en las parroquias que he recorrido i en la curia no existe ninguna partida de matrimonio. ¿I Ud. ha encontrado algo?

—Nada tampoco, contestó Agustin con alegría.

—Mañana temprano tendré los certificados, dijo Martin.

—I yo tambien.

—¿No vé Ud.? El matrimonio es nulo: lo que ahora importa es que el secreto no salga de la familia.

Agustin no pudo contenerse i dió a Rivas un fuerte abrazo diciéndole:

—Ud. es mi salvador Martin.

Apénas habia pronunciado estas palabras, se oyeron algunos golpes a la puerta.

—¿Quién es? preguntó Agustin.

La voz de Leonor contestó a esta pregunta del otro lado de la puerta.

—¿Le abrimos? preguntó a Martin el elegante.

Rivas hizo con la cabeza un signo afirmativo. Su corazon habia latido con violencia al oir la voz de la niña.

Agustin abrió la puerta i Leonor entró.

—Parece que están Udes. tratando de secretos mui importantes cuando están tan encerrados, dijo

al ver a Martin, que se puso de pié i caminó hácia la puerta como para retirarse.

—¿Por qué se vá Ud. le preguntó?

—Tal vez tiene Ud. algo que hablar con Agustin, contestó el jóven.

—Es cierto, tengo algo que hablar con él, pero Ud. no está de mas.

Leonor se sentó en un sofá, Agustin a su lado i Martin en una silla algo distante.

—Mi papá, dijo Leonor, nos lo ha contado todo ántes de comer.

—¡Cómo, todo! exclamó Agustin.

—La visita del tio i sus intenciones.

—¿Sobre qué? preguntó Agustin.

—No te ha hablado mi papá de casamiento?

—Sí.

—¿Con Matilde?

—Sí.

—A eso vino mi tio Fidel.

—Ah, ah, eso lo sabia, dijo Agustin.

—¿Qué piensas contestar?

—Que no puedo.

—Mi papá espera lo contrario.

—Por lo que yo le contesté hoi, ya lo creo; pero es que no podia hablar claro, dijo Agustin mirando a Rivas.

—¿I ahora?

—Es decir, mañana será otra cosa.

—¿Por qué?

—Hermanita, en todo esto hai un secreto, que no puedo confiarte.

—¿Un secreto?

—Lo único que puedo decirte es que me he encontrado en un gran peligro i estaba perdido si no me hubiese auxiliado Martin.

Leonor miró a aquel jóven, a quien su padre elogiaba siempre i que aparecia ahora como el salvador de su hermano.

—Yo sabré este secreto, se dijo al ver la ardiente i sumisa mirada con que Martin recibió la suya.

Siguió por algunos instantes la conversacion, alentando a su hermano en la negativa con que debia contestar a su padre. Luego cambió insensiblemente de asunto i habló de música, de sus estudios en el piano i de las piezas mas en voga, consultando a veces la opinion de Agustin i la de Rivas i concluyó por estas palabras.

—Esta noche les tocaré un valse nuevo que talvez Udes. no conocen.

Con esto quedó Martin citado para la noche, porque Leonor le habia mirado solo a él al decir estas palabras.

Con esta persuacion asistió en la noche a la tertulia de don Dámaso, en la que faltaban don Fidel i su familia que habian juzgado prudente no presentarse aquella noche.

Pocos minutos despues de la llegada de Martin, se dirijio Leonor al piano i llamó al jóven con la vista. Martin se acercó temblando. La disimulada cita que habia recibido, i la mirada con que la niña le llamaba a su lado, bastaban para llenarle de turbacion.

— Este es el valse, le dijo Leonor. estendiendo sobre el atril una pieza de música.

Principió a tocarla i Martin se quedó de pié, para volver la hoja.

— A lo que veo, le dijo Leonor tocando los primeros compases, Ud. ha venido a ser la providencia de la familia.

— ¿Yo señorita? preguntó él con admiracion; ¿por qué?

— Mi padre dice que para sus negocios, Ud. es su brazo derecho.

— Es que se exajera los pequeños servicios que he podido hacerle.

— Ademas, sin Ud., tal vez Matilde seria siempre desgraciada.

— En eso he tenido un papel mui insignificante para que Ud. me atribuya méritos de que carezco.

— Es verdad que Ud. fué al principio mui reservado.

— No era un secreto mio, sino de mi amigo.

— A quien supuso Ud. mui pronto que yo amaba.

— Suposicion involuntaria, señorita, de la que pronto me desengañé.

— Hai mas todavía : Agustin dice ahora que Ud. es su salvador.

— Otra exajeracion , señorita ; he hecho mui poco por él en razon de lo que debo a su familia.

— No creo que sea tan poco, por lo que dice Agustin.

— Nunca haré lo suficiente considerando mi agradecimiento hácia su padre de Ud.

— Agustin me ha dejado inquieta , diciéndome que todo el peligro en que se ha encontrado no ha desaparecido todavía.

— Yo tengo mejor esperanza que él , señorita.

— ¿Es un asunto tan grave que no pueda confiarse? preguntó Leonor empezando a impacientarse con las evasivas respuestas de Martin.

— Señorita, es un secreto que no me pertenece.

— Creia, replicó ella revistiéndose de su altanería, que he dado a Ud. bastantes pruebas de confianza para que pudiese corresponderla.

— Lo haria con toda mi alma si pudiese.

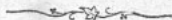
— ¡Es decir que sobre Ud. nadie tiene influencia ninguna ! exclamó Leonor con tono sarcástico.

— Ud. la ejerce imperiosísima sobre mí señorita, contestó Rivas, acompañando estas osadas palabras con una ardiente mirada.

Leonor no se dignó mirarle, sin embargo que sintió perfectamente el fuego de aquella mirada. Siguió durante algunos momentos tocando el valse sin hablar una sola palabra i dejó el piano cuando terminó.

En lo restante de la noche no tuvo para Rivas una sola mirada i conversó largo rato con Emilio Mendoza, que, al retirarse, se creia el preferido.

Leonor, al acostarse, se confesaba vencida por la obstinacion con que Rivas habia callado su secreto; pero en esa reflexion, hecha a solas i sin doblez ninguno, hallaba un motivo de admiracion por aquel carácter leal i caballeroso que preferia arrostrar su desden a traicionar la amistad. Ella tenia bastante elevacion de espíritu para comprender la delicadeza de la reserva de Martin i en su pecho prevalecia el aprecio a tal reserva, sobre el deseo de esclavizar al jóven, deseo que ántes imperaba en su voluntad i la pedia su orgullo.



XXXIII

A las nueve de la mañana siguiente, Agustín i Martín se hallaban reunidos, despues de haber salido una hora ántes en busca de los certificados que el día anterior habian pedido en las parroquias mas inmediatas a la casa de doña Bernarda.

Con aquellos certificados, Agustín habia vuelto a la alegría natural de su carácter, i prodigaba a Rivas mil protestas de amistad i reconocimiento eternos.

— *Soi a Ud.* por la vida entera, le decia, leyendo aquellos certificados : con estos papeles voi a *fudroayar* a Amador. ¡Verémos ahora quién de los dos hace el *fiero*!

— Yo insisto, dijo Martín, en que es preciso imponer a su padre de lo que sucede.

— ¿Ud. cree? No veo la necesidad absoluta.

— Por lo que Ud. me cuenta, repuso Martín,

Amador es capaz de ir a verse con don Dámaso, al oír la negativa de Ud. sobre el dinero.

— Es cierto.

— I en ese caso será mui difícil esplicar el asunto cuando don Dámaso esté bajo la impresion que le producirá una noticia como la que Amador le daria.

— Tiene Ud. razon; pero es el caso que yo no me atrevo a ir a hablar con mi padre.

— Iré yo i le instruiré de todo lo ocurrido.

Agustin manifestó a Rivas su agradecimiento por aquel nuevo servicio, empleando su lenguaje peculiar de frases francesas españolizadas.

Martin se dirijió al escritorio de don Dámaso, pues sabia que a esa hora esperaba el almuerzo escribiendo. Entabló la conversacion sin rodeos i refirió la desgraciada aventura de Agustin a enuando en cuanto le fué posible su conducta. Don Dámaso le oyó con la inquietud de un padre que vé comprometida la honra de su hijo i la propia. El honor de las Molina le importaba un bledo i se pasmaba de la insolencia de esas *jentes*, que por conservar su reputacion querian casar al hijo de un caballero. Al fin contó Rivas su entrevista con Agustin el dia anterior, los pasos que habian dado i las sospechas que le asistian sobre la nulidad del matrimonio. Esto último permitió a don Dámaso respirar con libertad.

— Con estos certificados de los curas, dijo, recorriendo los papeles que Rivas le presentaba, creo que no queda duda sobre el asunto.

— El hermano de la niña, dijo Martin, debe presentarse hoy nuevamente en busca del dinero.

— ¿Cómo le parece a Ud. que le recibamos?

— Yo creo que será mejor dar un golpe decisivo ántes que él se presente, contestó Rivas.

— ¿Cómo?

— Presentándose Ud. hoy mismo en la casa i declarando a la madre que el matrimonio es nulo. Por el conocimiento que tengo de Amador, se me figura que hai algun misterio en esto : es hombre capaz de todo.

Don Dámaso, acostumbrado a seguir en sus negocios las inspiraciones de Martin, halló acertado aquel consejo.

— ¿A qué hora le parece a Ud. que debo ir?

— Antes que venga Amador, despues de almuerzo : Amador debe venir a las doce.

Convinieron entónces en el jiro que don Dámaso debia dar a la entrevista.

— ¿No me acompaña Ud.? dijo don Dámaso a Martin.

— Señor, contestó el jóven, yo debo a esa pobre familia algunas atenciones i me dispensará Ud. de acompañarle. Fuera de Amador las demas perso-

nas que la componen son buenas jentes : Adelaida es una niña desgraciada.

— Si esto se arregla como lo espero , dijo don Dámaso será un nuevo servicio que le deberemos a Ud.

— Le suplicaré que Ud. no toque este asunto con Agustin, que ha sufrido bastante en estos dias i se encuentra bien arrepentido.

— Bueno, loaré asi por Ud.

Un criado anunció que el almuerzo estaba en la mesa. Don Dámaso se dirigió al comedor hablando sobre otros negocios con Martin.

Durante el amuerzo busco en vano éste los ojos de Leonor. La niña se habia impuesto tanta mas reserva i frialdad para con Rivas, cuanto mayor era el interés que sentia por él. Las reflexiones de la noche precedente habian sido fecundas en deducciones ventajosas para Martin ; pero Leonor, al cabo de ellas, se habia hecho por primera vez una pregunta franca :

— ¿Estaré enamorada?

Esta pregunta habia surjido como un relámpago, cuando tras largas reflexiones, el sueño habia principiado a cerrar sus lindos párpados, guarnecidos de hermosas pestañas. Leonor abrió tamaños ojos al oirla con el corazon. El sueño huia espantado i envalde le buscó ella enterrando su perfumada cabeza en la almohada de plumas en que la apoyaba.

Mil ideas incoherentes se dibujaron entónces en su espíritu. Semejantes a la salida del sol, cuyos rayos bañan de vívida luz algunos puntos, dejando la sombra relegada en otros, esa idea de amor, luminosa, radiante, acompañada de su cortejo de reflexiones súbitas, iluminó partes de su alma si asi puede decirse, con hermosos resplandores i dejó la oscuridad i confusion en otras. Amar le parecia un sueño encantado i venturoso; pero su orgullo debia tambien elevar su voz en aquel supremo instante. Amar a un jóven pobre i desconocido, a un jóven que hasta entonces no habia llamado la atencion de ninguna mujer, le parecia una desgracia; mas talvez, porque sus mejillas se encendieron ante el pensamiento de lo que diria la sociedad al unir, en sus comentarios caseros, el nombre de Martin Rivas al suyo. La imaginacion de aquella niña fué durante aquel insomnio, un espejo donde vinieron a reflejarse todas las suposiciones de un corazon en lucha con un poderoso sentimiento. La altiva desdenadora de tantos elegantes se vió enamorada de un jóven modesto que vivia *alojado* en su casa i gozaba, por única fortuna, de una pension de veinte pesos, miéntras que sus amigas a quienes habia considerado siempre como consideraría una reina hermosa a las damas de su corte, se casarian con jóvenes de riqueza i de nombre a los que darian orgullosas el brazo en el paseo.

—No pensemos mas en esta locura, fué lo que Leonor se dijo dándose vuelta en el lecho, para no oir sobre su almohada los violentos latidos del corazon.

I volvió a buscar el sueño, pero a buscarlo en vano.

A la mañana siguiente, tomó Leonor la fatiga del insomnio por la victoria de su voluntad. La claridad del dia, que disipa las proporciones fantásticas que durante la noche cobran jeneralmente las ideas, introdujo en su espíritu un entorpecimiento que ella creyó ser su habitual i fria indiferencia. Pero al ver entrar a Martin con su padre, el espíritu se despejó de nuevo, i de nuevo volvió tambien la lucha entre la voluntad orgullosa i el corazon, con el entero vigor de la ilusion i de la juventud.

Pero Martin ignoraba todo esto i no vió en la indiferencia de Leonor mas que la tiranía de su mala estrella i el constante presajio de interminable desventura.

Así pues, el almuerzo fué silencioso. Doña Engracia solo hablaba de cuando en cuando con la regalona Diamela i Agustin dirijió la vista sobre su padre para leer en su semblante la impresion que le habia producido la revelacion de su secreto. Don Dámaso estaba tan preocupado con la entrevista aconsejada por Rivas, que fué a los ojos de su hijo impenetrable i se retiró al fin del almuerzo sin que

Agustin hubiese podido adivinar si estaba o no perdonado.

Llamó don Dámaso a Martin i salieron juntos con direccion a casa de doña Bernarda.

—Aquella es la casa, dijo Rivas, señalándola.

Don Dámaso se separó de Martin i entró en la casa que éste le habia señalado.

Doña Bernarda se encontraba cosiendo con sus hijas en la antesala.

—¿La señora doña Bernarda Cordero? preguntó don Dámaso.

—Yo señor, contestó doña Bernarda.

Don Dámaso entró en la pieza. Por su aspecto conoció al instante doña Bernarda que era un caballero i se levantó ofreciéndole una silla.

—Señora, dijo, don Dámaso. ¿Cuál de estas dos señoritas es la que se llama Adelaida?

—Estas señor, respondió la madre, señalando a la mayor de sus hijas.

Adelaida tuvo un vago presentimiento de que aquel caballero venia allí por algun asunto concerniente a su matrimonio con Agustin. La pregunta que acababa de oír daba sobrado fundamento para tal sospecha.

—Desearía hablar con Ud. a solas algunas palabras, dijo don Dámaso a la madre, despues de haber mirado atentamente a Adelaida i a Edelmira.

Doña Bernarda mandó salir a sus hijas.

—He venido aquí señora, prosiguió don Dámaso, porque deseo arreglar con Ud. un asunto desagradable.

—¿De qué cosa señor? preguntó doña Bernarda?

—Aquí se ha cometido un abuso que puede ser para Ud. i para su familia de graves consecuencias; respondió don Dámaso con tono solemne.

—¿I quién es Ud? preguntó ella con admiracion por lo que oia.

—Soi el padre de Agustin Encina, señora.

—¡Ah! exclamó palideciendo doña Bernarda.

—Yo quiero suponer que Ud. haya obrado de buena fé al creer que casaba Agustin con su hija.

—¡Con que se lo han contado ya! Qué quiere pues señor. Su hijo andaba en malas i hubo que casarlos.

—Pero lo que Ud. tal vez no sabe, es que ese casamiento es nulo.

—¿Cómo nulo!

—Es decir que Agustin i su hija no están casados.

—Qué está hablando! casados i mui casados.

—Pues yo tengo las pruebas de lo contrario.

—No hai pruebas que se tengan: aguárdese un poquito.

Al decir estas palabras doña Bernarda se acercó a la puerta del patio.

—Amador, Amador, dijo llamando.

Amador se encontraba en ese momento vistiéndose para ir a casa de Agustin. Acudió al llamado de su madre i palideció al ver a don Dámaso, a quien conocia de vista.

—Mira hijo, exclamó la madre, mira lo que me viene a decir este caballero.

—¿Qué cosa? preguntó Amador con voz apagada.

—Dice que no es cierto que su hijo está casado con Adelaida.

Amador trató de sonreirse con desprecio, pero la sonrisa se heló en sus labios. Se hallaba tan distante de figurarse que iba a oír semejante asercion que se sintió ante ella desconcertado i vacilante. Pero imaginó que no habia salvacion posible sino en la mas obstinada negativa i volvió a esforzarse para sonreir.

—No sabrá, pues, este caballero, lo que ha sucedido, respondió con aire burlon.

—Sé mui bien que se ha cometido una violencia, exclamó don Dámaso, i tengo documentos para probar que el matrimonio a que se arrastró a mi hijo, es completamente nulo.

—A ver pues ¿cuáles son las pruebas? preguntó Amador.

—Aquí están, dijo don Dámaso, mostrando los papeles que Martin le habia entregado; i me serviré de ellas en caso necesario.

Amador veia que el asunto iba tomando un sesgo peligroso, pero no se atrevia a proponer una transaccion en presencia de su madre.

—Bueno, si Ud. tiene pruebas, nosotros tambien, contestó: veremos quien gana.

Don Dámaso reflexionó que era mejor conducir amigablemente el negocio i prosiguió:

—Las pruebas que yo tengo son incontestables: el casamiento es nulo a todas luces; pero como éste es un asunto que puede perjudicar a mi reputacion i a la de mi familia, he venido a entenderme con esta señora para que nos arreglemos sin hacer ruido ni dar escándalo.

—Qué escándalo pues, si están casados, dijo doña Bernarda, consultando el semblante de su hijo.

Amador evitó la mirada, porque se sentia colocado en mui mal terreno.

—Convengo, dijo don Dámaso, en que mi hijo hizo mal al venir a una cita, pero esa cita era un lazo que se le tendia.

—Si, pues ¿no queria que lo dejasen no mas? exclamó doña Bernarda. I porque es rico ¿se figura que los pobres no tienen honor? Al todo tambien ¿por qué no lo dejaron que fuese el amante de la niña! Ave Maria Señor!

—Cálmese Ud. señora, la dijo don Dámaso, es preciso que Ud. mire este asunto tal como es.

—Como es lo miro ¿i *diei*? Están casados i no hai mas que decir.

—Yo puedo llevar este asunto a los tribunales i probaré allí la nulidad del casamiento; pero en ese caso no me contentaré con eso, porque pediré un castigo para los que han tendido un lazo a un jóven inesperto.

—¡Si, qué inesperto, i se vino a meter a la casa a las doce de la noche! exclamó doña Bernarda. Qué haces tú pues, añadió mirando a su hijo, ya se to pegó la lengua.

—Vea señor, mi madre tiene razon, dijo Amador: Ud. no puede probar que el casamiento es nulo, porque nosotros tenemos pruebas de lo contrario.

—¿Cuáles son esas pruebas?

—Yo sabré, i cuando llegue el caso.....

—¿Existe la partida de casamiento anotada en alguna parroquia?

—Amador se quedó callado i doña Bernarda le preguntó.

—¿No me dijiste que se la habian entregado al cura?

—Deje no mas madre, contestó él, no hallando cómo salir del paso: cuando llegue el caso, sobrarán pruebas.

—No vé caballero? hai pruebas i están casados i no hai mas que conformarse exclamó doña Bernarda.

— Lo que mi madre dice es la verdad, repuso Amador : si Ud. no quiere que esto se sepa, lo podemos callar basta que a Ud. le parezca.

— No lo callaré por mi parte i me presentaré hoy mismo entablando accion criminal contra Uds.

— Entable cuanto le dé la gana : *hei* veremos, contestó doña Bernarda, consultando otra vez la mirada de su hijo.

— Por supuesto, dijo Amador, para contentar a su madre.

Don Dámaso se levantó con impaciencia.

— Hacen mal Uds. en obstinarse, replicó, porque lo perderán todo. Yo me encuentro dispuesto a dar lo que sea justo en calidad de indemnizacion, por la calaverada de mi hijo si Uds. consienten en callarse sobre este asunto; pero si me obligan a esclarecerlo ante los tribunales, seré inflexible i el castigo recaerá sobre los culpables.

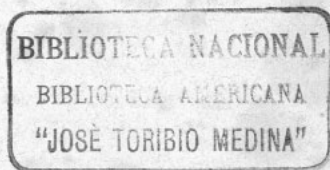
— Como le parezca, dijo doña Bernarda : nadie me quitará que yo los he visto casarse ¿no es cierto Amador?

— Cierto, madre, así fué.

— Uds. reflexionarán en esto, dijo don Dámaso, i si mañana no he tenido una contestacion favorable, me presentaré al juez.

Salió sin saludar i atravesó el patio entregado a una mortal inquietud. La confianza con que doña

Bernarda aseveraba el hecho i el testimonio de Amador, cuyas vacilaciones no podia apreciar don Dámaso, le arrojaban en una desesperante perplejidad. A pesar de los certificados que tenia en su poder, parecíale que doña Bernarda i Amador se hallaban en posesion de alguna prueba irrecusable, que podia hacerle perder tan importante causa. Bajo el peso de tales temores, llegó a su casa con el rostro encendido i vacilante el ánimo en medio de tan terrible duda.



MARTIN RIVAS



XXXIV

No era don Dámaso Encina capaz de tomar determinacion alguna en asunto de trascendencia por consejos de su propio dictámen; de manera que al llegar a su casa llamó a su mujer i a Leonor para consultarlas sobre la marcha que convendria adoptar en trance tan difícil i delicado.

Al oir la relacion del caso, doña Engracia estuvo en peligro de accidentarse. Su orgullo aristocrático

le arrancó una exclamacion que pintaba la rabia i la sorpresa que en oleadas de fuego envió la sangre a sus mejillas.

— ¡Casado con una *china*! dijo con voz ahogada, apretando convulsivamente a Diamela entre sus brazos.

I la perrita soltó un alarido de dolor con semejante inesperada presion, que hizo coro con la voz de su ama, i dió a sus palabras una importancia notable.

Don Dámaso se tomó la cabeza con las dos manos exclamando :

— Pero hija, el matrimonio es nulo, ¿no ves que tenemos pruebas?

— ¡Qué dirán, por Dios, qué dirán! volvió a esclamar doña Engracia, apretando con mas fuerza a Diamela, que esta vez dió un gruñido de impaciencia, aumentando la desesperacion de don Dámaso.

Este se volvió hácia Leonor, que permanecía impassible en medio de la confusion de sus padres.

— Dile, hija, repuso, que el matrimonio es nulo i que hai como probarlo.

— Eso no basta, eso no basta, respondió doña Engracia, toda la sociedad va a saber lo que ha sucedido i no se hablará de otra cosa!

— Papá, dijo Leonor, ¿no dice Ud. que Martin fué

el que imaginó el buscar las pruebas que Ud. tiene?

—Sí, hijita, Martin.

—Creo que lo mas acertado entónces sería llamarle : él tal vez nos indicará lo que debe hacerse.

—Tienes razon, contestó don Dámaso, como si le hubiesen dado un medio infalible de salir de aquel aprieto.

Hizo llamar a Martin, que se presentó al cabo de cortos instantes.

Don Dámaso le refirió su visita a doña Bernarda i la obstinacion que habia encontrado en ésta i en su hijo.

—I ahora ¿qué haremos? fueron las palabras con que terminó su relacion.

—Yo estoi persuadido que todo es una farsa, contestó Rivas, pues segun lo que Ud. refiere, si ellos tuviesen las pruebas de que hablan, las habrian manifestado i sobre todo, Amador, a quien conozco, no habria estado tan humilde.

—Lo que se necesita es asegurarse de todo eso, tener una prueba irrecusable de la nulidad del matrimonio, i comprar el silencio de esas jentes, dijo Leonor a Martin, con tono tan parentorio i resuelto, como si ella i el jóven tuviesen solos el cargo de ventilar aquel asunto de familia.

—Ud. hiere la dificultad, señorita, respondió Martin : aquí se trata de comprar. Me asiste la sos-

pecha de que Amador es el que tiene el hilo de esta trama, i creo que con dinero se podrá llegar al fin que Ud. indica.

— Mi papá, repuso Leonor, está pronto, según entiendo, a gastar lo necesario.

— ¡Cómo no, cuanto sea preciso! exclamó don Dámaso.

— Con mil pesos será bastante, dijo Martin.

— ¿Se encargará Ud. de todo? preguntóle don Dámaso.

— A lo ménos me comprometo a hacer lo humanamente posible para arreglarlo, contestó Rivas con tono resuelto.

— Excelente, exclamó don Dámaso, ¿quiere Ud. llevar una libranza a la vista contra mi cajero?

— No será malo, porque esto valdrá mas que una promesa mia, dijo Martin.

Don Dámaso pasó a su escritorio para firmar el documento.

Doña Engracia luchaba entre tanto, con la sofocacion en que la habia puesto la noticia i con Diamela, que, cansada en sus faldas, hacia esfuerzos para saltar sobre el estrado.

Leonor se acercó a Martin que permanecía de pié, algo distante del sofá en que doña Engracia i su hija se encontraban.

— ¿De modo que sin que Ud. lo quisiese, le dijo, he sabido el secreto que Ud. me ocultaba?

— Espero que Ud. me hará justicia, contestó Rivas. ¿Podía divulgar un secreto que no me pertenecía?

— Ya lo comprendo, replicó la niña con altanería, puesto que Ud. estaba mas interesado en ocultarlo que en divulgarlo, como dice Ud.

— ¡Interesado ! ¿En qué ?

— Se trataba de personas que Ud. visita con Agustin.

— Es verdad que le he acompañado allí varias veces.

— Segun dice mi papá, hai dos niñas, bonitas ambas, dijo con malicia Leonor, i entiendo que Agustin hace la corte a una sola.

Martin no encontró como justificarse de aquella imputacion tan directa : en presencia de Leonor, lo hemos dicho ya, el jóven perdía su natural serenidad. Turbado con la acusacion que encerraban las palabras que acabada de oír, halló una respuesta mas significativa que la que se habria atrevido a dar con entera sangre fria.

— Desde hoi me retiro de la casa, contestó ; creo que no puedo ofrecer mejor justificacion.

— Se impone Ud. un sacrificio enorme, le dijo Leonor con sonrisa burlona.

En este momento volvió don Dámaso con el vale que habia ofrecido, i Leonor se retiró al lado de su madre.

Martin oyó las recomendaciones del padre de Agustin si prestarles gran atencion i salió mas preocupado de las palabras de Leonor que del paso que se acababa de comprometer a dar. Aquellas palabras, i la sonrisa con que fueron dichas, le volvian a la idea de que era el juguete de los caprichos de Leonor. Persuadiase que ésta abrigaba un corazon fantástico i cruel.

— Es demasiado orgullosa para permitir que la ame un hombre sin posicion social como yo, se decía con profunda amargura.

En alas de esta triste reflexion, se lanzaba Martin al campo inmenso en que los amantes desdeñados aspiran el acre del perfume de las pálidas flores de la melancolía. Todo sufrimiento tiene un costado poético para las almas jóvenes. Martin se engolfaba en la poesia de su desconsuelo, prometiéndose servir a la familia de Leonor en razon directa de los desdenes que de ella recibia. Halagaban a su corazon, huérfano de esperanzas, aquellas ideas de sacrificio con que los enamorados infelices sustentan la actividad del corazon, como para sacar partido de su desventura.

— Sufrir por ella, se decía, ¿no es preferible a una indiferencia fatigosa?

— Así, poco a poco, iba recorriendo su alma las distintas faces de un amor verdadero i se encontraba entonces en situacion de aferrarse a sus pe-

sares como a un bien relativo, en vez de desear la calma de la indiferencia, este Leteo, cuyas májicas aguas imploran solamente los corazones gastados.

Pensando en Leonor, se dirigió a cumplir el compromiso contraído con la familia de Agustin.

— Si salgo bien, pensaba, ella tendrá que agradecerme, puesto que la tranquilidad de los suyos no puede serle tambien indiferente.

En casa de doña Bernarda habíase establecido conciliábulo despues de la salida de don Dámaso. Doña Bernarda, Adelaida i Amador, hablaban en el cuarto de éste sobre la visita que acababan de recibir.

— Yo me alegro que lo sepan todos esos ricos, decia la madre, sin advertir la preocupacion pintada en el rostro de sus dos hijos.

Despues de disertar sobre el asunto i edificar castillos en el aire, poniendo por cimiento la validez del matrimonio, se retiró doña Bernarda con estas palabras, dirijidas a su hija, que bajaba la frente para ocultar los temores que la asaltaban.

— No se te dé nada, Adelaida, el rico ese tiene que tragarse la píldora, aunque haga mas jestos que un ahorcado : serás su hija por mas que le duela, i te ha de llevar a la casa no mas.

Cuando Adelaida i Amador quedaron solos, fijaron el uno en el otro una profunda mirada.

— Alguien ha metido la mano en esto, dijo Ama-

dor, porque Agustin no es capaz de dudar de que está bien casado. ¡No será mucho que esa tonta de Edelmira...!

— Entre tanto, observó Adelaida, si descubren la verdad, nos hunden. ¿Cómo probamos nada si ellos se presentan a la justicia?

— Así no mas es, contestó Amador, rascándose la cabeza, se nos ha dado vuelta la tortilla.

— Tú me has metido en ésto, replicó Adelaida, presa ya del miedo que la inspiraba el resultado, i es necesario que trates de acomodarlo todo.

— ¡Eh, si yo te meti, fué para tu bien! exclamó Amador, i la cosa no está tan mala, porque el viejo está mui interesado en que no sepan lo sucedido. Yo estoi seguro que si yo fuese a confesarle la verdad me daria las gracias.

— No hai mas que hacer entónces, contestó Adelaida, presurosa de verse libre a tan poca costa de las consecuencias de aquel asunto.

— No seas tonta, la dijo Amador en tono de amigable confidencia. El viejo ofreció plata si nos callábamos.

— Yo no quiero plata, replicó Adelaida, con orgullo : yo quiero salir del pantano en que me has metido.

— Bueno, pues, yo te sacaré, respondió Amador.

Adelaida se retiró, despues de exigir a su hermano formal promesa de hacer lo que ella pedia.

Amador calculaba que, aceptando la proposicion que don Dámaso habia formulado, todavía le quedaba algun provecho que sacar del desenlace desgraciado de su empresa.

— A mi madre, se dijo, la contento con un regalito, para que no se enoje cuando le cuente que la estaba engañando, i me queda todo lo demás que me dén.

Animado con esta reflexion, resolvió escribir a Agustin para pedirle una entrevista. Se hallaba ya sentado i tomaba la pluma cuando Martin golpeó a la puerta de su cuarto.

Como Amador ignoraba el objeto de aquella visita, tomó un aire de seriedad para saludar a Martin.

— Vengo de parte de don Dámaso Encina, dijo éste, sin aceptar la silla que le ofreció Amador.

— Aquí estuvo esta mañana, contestó Amador, esperando que Rivas le dijese la comision que llevaba.

— Me ha encargado que me vea con Ud solo.

— Aquí me tiene, pues.

— Al hacerme este encargo, me dijo que no habia podido entenderse con doña Bernarda.

— Así no mas fué, Ud. conoce a mi madre : no aguanta pulgas en la espalda.

— Me dijo don Dámaso que por lo poco que Ud. habia hablado, le parecia mas tratable que la señora.

— Eso es lo que tiene mi madre : luego se le vá la mostaza a las narices.

— Mi ojeto, pues, es el arreglarme con Ud. sobre este desagradable asunto de Agustin.

— Qué mas arreglado *de* lo que está.

— Don Dámaso me ha dicho que haga presente a Ud. las consecuencias de este asunto si llega a ponerse en manos de la justicia : Uds. no tienen ningun medio de probar la validez del casamiento, i don Dámaso, por su parte, puede probar que aquí se ha cometido una violencia para la cual pedirá un castigo. Si por el contrario, Ud. confiesa la nulidad de este matrimonio i ofrece alguna prueba de seguridad que ponga a la familia de Agustin al abrigo de todo cuidado en este punto, don Dámaso ofrece alguna indemnizacion para transar amigablemente, porque reconoce la falta de su hijo, bien que no podia cometerla sin participacion de Adelaida.

Amador se quedó pensativo durante algunos momentos.

— Si Ud. tuviese una hermana, añadió Amador i alguno anduviese..., pues..., enamorándola, como Ud. sabe, ¿no es cierto que Ud. trataria de escarmentarlo?

— Sin duda.

— Bueno pues, eso fué lo que yo hice con Agustin.

— Bien hecho; pero Ud. llevó la cosa demasiado adelante.

— Así no se meterá otra vez en esas andanzas.

— Ud. puede hacer terminar este asunto ahora mismo, dijo Martin, sacando el vale de don Dámaso : vea Ud.

— ¿Qué es esto? preguntó Amador mirando el papel.

— Ud. pidió ayer mil pesos a Agustin; pues bien, su padre los ofrece a Ud. en cambio de una carta.

— ¿De una carta? I qué quiere que le diga?

— Lo que Ud. acaba de decirme : que quiso castigar a Agustin i finjió un casamiento.

Amador creyó que se habia resistido ya lo suficiente para fijarse en la palabra finjió, que Rivas dijo para sondear el terreno. El documento de mil pesos estaba allí tentándole por otra parte, i él calculó que obstinándose, no podria conseguir nada mejor que lo que se le ofrecia i quedaba, con su obstinacion, espuesto a las consecuencias de un pleito.

— Vaya pues, dijo sonriéndose, dicteme Ud. la carta.

Dictóle entónces Martin una carta en la que Amador esponia las razones que habia tenido para castigar a Agustin. Terminada esta explicacion :

— De quién se valió Ud. para esto? preguntó Rivas.

— De un amigo.

Continuó dictando Martin valiéndose de la relacion que Agustin le habia hecho del suceso i completándola con las esplicaciones de Amador que dió tambien el nombre i calidad del que le habia servido para la representacion de su farsa.

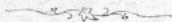
— ¿Ud. me promete que no le seguirá ningun perjuicio? preguntó Amador, al dar el nombre del sacristan.

— Bajo mi palabra : ya vé Ud. que esta carta es solo un documento para la tranquilidad de don Dámaso i que de ningun modo puede perjudicar a Ud. ni a nadie. Cíelaquiera que la lea, verá que ha sido un asunto en que se ha dado una buena leccion a un jóven que no iba por el buen camino.

Firmó Amador la carta i recibió el vale devorándole con la vista.

— Despues de todo, pensó doblándole, no está tan malo, i no me ha costado mucho ganarlo.

Rivas volvió a casa de don Dámaso lleno de alegría porque esperaba que con el buen éxito de su comision, no podria ménos que encomendarse favorablemente a los ojos de Leonor.



XXXV

Guardó Amador, como guardaria una reliquia un devoto, el documento que le hacia dueño de mil pesos i se dirigió al cuarto de Adelaida.

— Todo está arreglado, la dijo, refiriéndole la entrevista que acababa de tener con Martin con todos sus pormenores, escepto lo referente al vale que tenia en el bolsillo.

Mil pesos era para el hijo de doña Bernarda una suma enorme. La facilidad con que la ganaba, léjos de satisfacer su ambicion, la despertó mas poderosa sujiriéndole la siguiente reflexion que hizo en voz alta :

— Si no nos hubiesen vendido, otro gallo nos cantaria. Se me pone que Edelmira es la que se lo ha contado todo a Martin.

Adelaida no respondió. Hallábase contenta con el pacífico desenlace de una intriga, de cuya parti-

cipacion se habia pronto arrepentido, i la importaba poco las suposiciones de Amador, que miraba el asunto por su aspecto pecuniario.

— Nadie puede haber sido sino esa tonta de Edelmira, prosiguió Amador : *hai* me la pagará.

—Tú te encargarás de contarle a mi madre lo que ha sucedido, le dijo Adelaida.

—Es preciso dejar que pasen algunos dias: se lo dirémos despues del *diez i ocho*. Ahora la cosa está mui fresca i se enojaria mucho.

De este modo convinieron Amador i Adelaida en no turbar la alegría que esperaban gozar en los dias de la patria. Conocedores del violento carácter de la madre, suponian, con razon, que la noticia verdadera de lo acaecido, irritaria su enojo i les privaria tal vez de las diversiones que Amador esperaba procurarse con el dinero que iba a recibir.

—Si yo se lo cuento ahora, dijo Amador, se enojará conmigo ; pero con Uds. no solo se enojará, sino que las encierra en el *diez i ocho* i no las deja salir a ninguna parte.

Solo pueden apreciar la importancia de este argumento los que sepan el apego de todas nuestras clases sociales por las fiestas cívicas que solemnizan el aniversario de nuestra independencia. No *ver el diez i ocho*, (esta es la espresion mas jenuina en esta materia) es un suplicio para cualquiera persona jóven en Chile i sobre todo en

Santiago, donde el aparato i pompa que se dá a esta solemnidad, atrae la presencia de muchos habitantes de otros pueblos vecinos.

Pero, de los personajes de la presente historia, el que ménos se preocupaba de la proximidad del gran dia i mucho sí de adelantar su negocio sobre la hacienda del Roble, era don Fidel Elías. Resuelto a aceptar las propuestas que por medio de don Simon Arenal habia recibido, i no contento con la mediación de tercero, don Fidel hizo una visita a don Pedro San Luis i entró en tan franca esplicacion con él sobre el negocio, que al cabo de poco rato, daba la promesa de que su hija se casaria con Rafael el mismo dia en que se firmase el nuevo arriendo del Roble.

—Ud. encontrará mui natural también, le dijo don Pedro, que mi sobrino vuelva a visitar en casa de Ud.

—¡Cómo no! Ya sabe Ud. que solo por consejos estraños me privé del placer de recibira su sobrino. Cuando quiera presentarse en mi casa, será perfectamente recibido, contestó don Fidel.

—Mui luego, repuso don Pedro, iré yo a pagar a Ud. esta visita i me acompañará Rafael.

A esa hora, en casa de don Dámaso, Agustin esperaba con impaciencia la vuelta de Rivas.

Leonor entró en el cuarto de su hermano i se suscitó la conversacion sobre el asunto del casa-

miento que preocupaba a toda la familia. Agustín, que había ya recobrado una parte de su locuacidad, refirió a su hermana los pormenores del suceso.

— ¡I la otra hermana ¿qué tal es? preguntó Leonor.

— Mui buena moza, contestó Agustín.

— ¿No me dijiste que una de ellas gustaba de Martín?

— Sí pues, esa: Edelmira, dijo Agustín que en su agradecimiento por los favores que Rivas le estaba prestando, no vaciló en dar por cierto lo que en su espíritu era solo una sospecha.

Leonor se quedó pensativa.

— Ahí está Martín, exclamó el elegante, divisando a Rivas que atravesaba el patio en dirección al escritorio de don Dámaso.

Llamóle Agustín i Rivas entró en la pieza.

Leonor i Agustín le preguntaron al mismo tiempo :

— ¿Cómo le fué?

— Perfectamente, contestó Martín; traigo una carta que calmará todas las inquietudes.

Al decir esto, presentó a Leonor la carta de Amador Molina.

— ¿La puedo leer yo? preguntó la niña, ¿no es reservada para mí? Digo esto, añadió mirando a su hermano, porque este caballero es tan reservado conmigo.

—A ver, lee la carta, hermanita, exclamó Agustín: yo *quemo* de impaciencia.

—Parece que te va volviendo el francés, le dijo riéndose Leonor.

—Es que la noticia de Martín me dá *trans-portes inaidos* de alegría, dijo el elegante abrazándola.

Leonor dió lectura a la carta, miéntras que a cada párrafo Agustín exclamaba:

—¡Oh, perfecto, perfecto!

—Me has dicho que este mozo es ordinario, dijo la niña, despues de leer la firma; pero esta carta está mui bien escrita.

—Pues, hijita, replicó Agustín, no sé como eso es hecho, porque Amador puede llamarse *un siuti-que pur sang*.

—Entónces le han dictado la carta, repuso Leonor riéndose de la frase de Agustín, i mirando a Rivas con malicia añadió. ¿Habrà sido tal vez la señorita Edelmira?

—¡Oh, ah! exclamó Agustín, cuya alegría habia aumentado con la lectura de la carta: o es *made-moiselle* Edelmira, o alguien que se le acerque, ¿no es esto, Martín?

—Amador escribió en presencia mia, contestó Martín, poniéndose encarnado.

—*Eso no hace nada*, dijo Agustín, lo principal es que yo *redevengo garçon*.

—Bien se te conoce en el lenguaje, le dijo Leonor.

La carta fué llevada por Leonor i Agustin a don Dámaso, que hablaba con doña Engracia, miéntras que Diamela hacia cabriolas en la alfombra. Al oir su lectura, el rostro de don Dámaso se iluminó de alegría, cada frase produjo en su semblante el mismo efecto de los rayos del sol cuando, por la mañana, estiende poco a poco sus rayos en la dormida pradera.

Doña Engracia, para espresar su emocion, se habia apoderado de Diamela, a quien estrechaba con fuerza a cada movimiento aprobativo de la cabeza de su marido.

—Papá, observó Leonor, yo creo que la carta ha sido dictada por Martin. ¿No la encuentra Ud. bien escrita?

—Tienes razon. Vea Ud: bien dice la Francisca que es aficionada a leer: el estilo es el hombre, segun no sé quien; uno acabado en *on....* En fin, poco importa, gracias a Martin todo está arreglado: si este mozo es para todo. Mira, Leonor, tú debias hacerle aceptar algun regalo: a mí nunca me quiere admitir nada.

—Ahí veremos, contestó la niña: no me parece fácil.

Agustin fué llamado entónces de órden de don Dámaso, i recibió una severa reprimenda por su calaverada.

—Qué quiere Ud. papá, dijo el jóven algo confundido: *es preciso que juventud se pase.*

—Bien está, pero que se pase de otro modo, replicó don Dámaso, con la gravedad de un *barba* de comedia.

—Lo mejor, añadió en voz baja, acercándose a doña Engracia, será que pensemos sériamente en casarlo: la propuesta de Fidel llega mui a tiempo.

La señora dió un fuerte apretón a Diamela, para espresar el sentimiento de toda madre al ver pasar a un hijo al bando de Himeneo.

En la noche buscó Martin envalde una de aquellas conversaciones al son del piano, que a un tiempo formaban su delicia i su martirio; pero Leonor tocó sin llamarle i Emilio Mendoza sirvió para volver la hoja de la pieza.

En un momento en que Agustin se habia sentado junto a Rivas, llamó a su hermana que se retiraba del piano.

—Ven a ayudarme a alegrar a Martin, la dijo: *esta de una tristeza navrante.*

—Sin duda, respondió Leonor, principia a sentir el peso de la promesa que hizo, tal vez irreflexivamente.

—¿Qué promesa, señorita? preguntó Rivas.

—La de retirarse de casa de las *senoritas* Molina, dijo Leonor con altivez, i acentuando con la voz la palabra que ponemos con cursiva.

—La promesa me la hice a mí mismo i podría, sin faltar a nadie, quebrantarla, replicó Martin, picado.

—No lo creo: tiene Ud. propósitos tan sostenidos! dijo la niña.

—¿Qué propósitos son esos? exclamó Agustin; veamos *que yo sepa*: todo lo de este amigo me interesa ahora.

—El de no amar a nadie por ejemplo, contestó Leonor.

—¿Verdad, querido? preguntó el elegante.

—I sin embargo, parece que con la señorita Molina iba flaqueando su voluntad, repuso Leonor con acento burlon, ántes que Rivas pudiese contestar a la pregunta de Agustin.

I con estas palabras, la niña volvió la espalda i fué a sentarse al lado de su madre.

—Esta Leonor es *petillante* de malicia, dijo Agustin al ver retirarse de su hermana.

—¡Es cruel! se dijo para sí Martin con profundo abatimiento, i se retiró del salon.

En esa misma noche tuvo lugar la visita de Rafael a casa de Matilde, en compañía de don Pedro.

Los amantes recobraron en sabrosa conversacion, los dias que habian estado sin verse. Don Fidel hizo al sobrino de don Pedro una acogida tanto mas cordial, cuanto mayor era el beneficio que esperaba del negocio del Roble, i doña Francisca tuvo

con Rafael algunos momentos de conversacion en los que pudo dar rienda suelta a su romanticismo alimentado por la lectura de Jorje Sand.

—La mujer de la moderna civilizacion, le dijo bajo la influencia de las teorías del autor favorito, no es ménos esclava que en tiempo del paganismo. Siendo una flor que solo se vivifica al contacto de los rayos del amor, añadió con entusiasmo, el hombre ha abusado de su fuerza para coartar hasta la libertad de su corazon. Ud. comprenderá porque con su constancia ha dado pruebas de poseer una alma superior a las metalizadas con que diariamente nos rozamos.

I San Luis, que bogaba a velas desplegadas en el mar de las ilusiones i del amor, tomó a lo sério aquella frase i continuó la conversacion en el mismo tono romántico de su interlocutora.

—No estará de mas, decia en otro punto del salon el tio de San Luis a don Fidel, que esperemos siquiera un mes ántes de verificar este enlace; miéntras tanto, yo me ocuparé de la suerte de Rafael, que debe trabajar con mi hijo.

Así quedó arreglado que el matrimonio tendria lugar a mediados del entrante mes de octubre, miéntras que los jóvenes olvidaban el mundo jurándose un amor indefinido.

Despues de la salida de las visitas, cayó doña Francisca en plena realidad al oír los proyectos de

su marido sobre nuevos trabajos que pensaba emprender en el Roble, contando con el nuevo arriendo. Pasar de las teorías sobre la emancipacion de la mujer, al cómputo de las fanegas de trigo que daria tal o cual potrero, era un contraste demasiado notable para su poética imaginacion, que como ordinariamente acontece a las de su sexo, abrazaba con vehemencia intolerante las ideas de su autor favorito. Contentóse, entónces, con recomendar entre dos bostezos a don Fidel, la visita que debia hacer a su hermano i se retiró con su hijo.

Al dia siguiente llegó don Fidel a casa de don Dámaso en circunstancias que éste i su familia salian de almorzar.

Tio, *encantado de verle*, dijo Agustin saludando a don Fidel.

Este llamó aparte a don Dámaso i despues de algunos rodeos, le participó el objeto de su visita, que desbarataba los planes de su cuñado, el que persistia en su idea de establecer a Agustin.



XXXVI

Llegaron los dias de la patria con sus blanqueados en las casas, sus banderas en las puertas de calle i sus salvas de ordenanza en la fortaleza de Hidalgo. Latió el corazon de los cívicos con la idea de endosar el traje marcial, para lucirlo ante las bellas; latió tambien el de éstas con la perspectiva de los vestidos, de los paseos i de las diversiones; pensaron en sus brindis *patrioteros* los patriotas del dia, para el banquete de la tarde, resonó la cancion nacional en todas las calles de la ciudad i Santiago sacudió el letargo habitual que lo domina, para revestirse de la periódica alegría con que celebra el aniversario de la independendencia.

Pero los dias 17 i 18 del glorioso mes, no son mas que el preludio del ardiente entusiasmo con que los santiaguinos parece quisieran recuperar el tiempo perdido para las diversiones durante el

resto del año. Los cañonazos al rayar el alba, la cancion nacional cantada a esa hora por las niñas de algun colejio, con asistencia de curiosos provincianos que llegan a la capital con propósito de no perder nada del 18; la formacion en la plaza i la misa de gracia en la Catedral, el paseo a la alameda, la asistencia a los fuegos i al teatro, no son mas que los precursores de la gran diversion del dia 19 : el paseo a la Pampilla.

No es Santiago en ese dia la digna hija de los sérios varones que la fundaron. Pierde entónces la afectada gravedad española que durante todo el año la caracteriza. Es una loca ciudad que con alegres paseos se entrega al placer de populares fiestas. En el 19 de setiembre, Santiago rie i monta a caballo; estrena vestidos de gala i canta los recuerdos de la independencia; rueda en coche con ostentacion ataviada i pulsa la guitarra en medio de copiosas libaciones. Las viejas costumbres i la moderna usanza se codean por todas partes, se miran como hermanas, se toleran sus debilidades respectivas i aunan sus voces para entonar himnos a la patria i a la libertad.

Una descripcion minuciosa de las fiestas de setiembre, seria una digresion demasiado estensa i que para los santiaguinos careceria del atractivo de la novedad : los habitantes de las provincias las conocen tambien por la relacion de los viajeros i

por las que en sus pueblos se celebran a imitacion de la capital. Omitirémos, pues, esa descripcion para contraernos a los incidentes de la historia que vamos refiriendo.

A las oraciones del dia 18, los voladores de luces anunciaban el principio de los fuegos artificiales. Cada uno de estos cohetes que estallaban a grande altura, eran saludos por la multitud apiñada en la plaza, con mil exclamaciones, entre las que los ¡Oh! i los ¡Ah! del soberano pueblo, formaban un coro de injénua admiracion.

En un grupo compuesto de la familia de doña Bernarda i de sus amigos, se discutia el mérito de cada cohete i se prodigaban saludos a las personas conocidas que pasaban.

Amador daba el brazo a doña Bernarda, Adelaida descansaba en el de un amigo de la casa i Edelmira, apesar suyo, habia aceptado el de Ricardo Castaños, que se aprovechaba de la ocasion para hablar a la niña de su amor inalterable.

A la sazón entraba otro grupo a la plaza, compuesto de las familias de don Dámaso i de don Fidel. Leonor habia tenido el capricho de ir a los fuegos i habia sido preciso acompañarla. Doña Engracia con su marido cerraban la marcha de la comitiva, llevando a la izquierda a una criada que cargaba en sus brazos a Diamela. Adelante caminaban Matilde i Rafael en amorosa plática, Leonor

i Agustin hablando de cosas indiferentes i Rivas, daba el brazo a doña Francisca, que trataba de entablar con él alguna romántica conversacion.

Pero Agustin no se contentaba con que le oyesen los que llevaba a su lado i hacia en voz alta la descripcion de los fuegos de Paris.

La comitiva se detuvo en un punto inmediato al que ocupaba la familia de doña Bernarda.

— Oh, en Paris, un fuego de artificio es cosa admirable, exclamó Agustin en el momento en que cuatro *arbolitos* lanzaban al aire sus cohetes inflamados.

— ¡Oh, Ah! exclamó al mismo tiempo la multitud, en señal de aprobativa admiracion.

— ¡Ay, *la vieja*, esconde a Diamela! gritó doña Engracia, al ver salir en direccion a ellos, del arbolito mas próximo, uno de los cohetes que llevan ese nombre.

La turba aplaudió la confusion que la *vieja* introdujo en un grupo de espectadores, al traves del cual pasó con la velocidad del rayo.

— ¡Cómo aplaudirian si viesen el *bouquet* en Paris! dijo Agustin. Eso si que es magnifico!

— Oh, retirémonos de aquí, exclamó doña Engracia, al ver el inminente peligro en que Diamela se habia encontrado. ¡Pobrecita, añadió tomando a la perra en sus brazos, está temblando como un pajarito!

Doña Francisca, entre tanto, no abandonaba su intento de conversacion romántica.

— Nunca me siento mas sola, decia a Rivas, que en modio del bullicio de la muchedumbre: cuando se vive por la intelijencia, todas las diversiones parecen insípidas.

Un fuego graneado de chispeadoras viejas, que posó sobre las cabezas de la familia, ahorraron a Martin el trabajo de contestar.

— Aquí vá a sucedernos alguna avería, dijo doña Engracia, ocultando a Diamela bajo la capa.

Para calmar los temores de la señora, la comitiva se dirijió a otro punto mas seguro, pasando por delante de doña Bernarda i los suyos.

— ¿Quién es esa que vá con Rafael? preguntó doña Bernarda.

— Es la hija de don Fidel Elías, contestó Amador.

— Lo engreido que vá, ni saluda siquiera, repuso doña Bernarda.

Adelaida palideció al ver a Matilde i a Rafael pasar a su lado. La historia de Rafael la era bien conocida, para poder calcular la importancia de lo que veía.

— Mira, mira, dijo Agustin a Leonor, mostrando a Adelaida, aquella es la niña con quien me querian casar.

— ¿I la otra es la hermana? preguntó Leonor.

— Sí.

— ¿Esa es la enamorada de Martin?

— La misma.

— Es bonita, dijo Leonor.

— Martin pasó con su pareja, haciendo un lijero saludo a los Molina, i Edelmira, al contestarlo, ahogó un suspiro.

— Si yo supiese que Ud. quiere a ese jovencito Rivas, la dijo el oficial : yo me vengaria de él.

— I Agustin no nos mira tampoco, dijo doña Bernarda; el francesito quiere hacerse el desentendido.

Los volcanes que estallaron en aquel momento, llamaron hácia ellos la atencion de doña Bernarda.

Los fuegos se terminaron por el castillo tradicional, con los ataques obligados de buques. Ningun incidente ocurrió que tuviese relacion con los personajes de esta historia, los que se retiraron a sus casas pacíficamente i algunos de ellos reflexionando sobre el encuentro que habian tenido.

Doña Bernarda no podia conformarse con que Agustin hubiese manifestado tanta indiferencia i menosprecio por su familia.

— Si se anda con muchas, decia, yo publico por todas partes que está casado con mi hija i que arda Troya.

Amador trataba de calmarla, asegurándola que

él arreglaria el asunto apénas terminasen las fiestas del 18.

En el teatro, fué Martin desde una luneta, testigo de la admiracion que la belleza de Leonor suscitaba entre la concurrencia. Casi todos los anteojos se dirijian al palco en que la niña ostentaba su admirable hermosura, ataviada con lujosa elegancia. Las alabanzas de los que le rodeaban, sobre la belleza de Leonor, acariciaban el alma de Rivas, infundiéndole una dulce melancolía. Escuchaba en las melodias de la música i en el murmullo que formaban las conversaciones, cierta voz amiga, hija de su ilusion, que le presajiaba la ventura de ser amado algun dia por aquella criatura tan favorecida por la naturaleza. Semejante a los mirajes que por una ilusion óptica ofrecen las grandes planicies a los ojos del viajero, ese presajio de amor desaparecia ante Rivas cuando este queria darle la forma de la realidad, pues tenia entónces que considerar la distancia que de Leonor le separaba, i alejándose del presente, iba a dibujarse vago i confuso entre las sombras de un porvenir distante.

Pasada la primera satisfaccion del triunfo, Leonor habia pensado en Martin. Halló cierta orgullosa satisfaccion en la idea que en ese momento la ocurría, de desdeñar la admiracion de todos para ocuparse de un jóven pobre i oscuro, al que con su amor podia elevar hasta hacerle envidiar por

los mas elegantes i presuntuosos de aquella perfumada concurrencia. Esta idea surgió naturalmente de su espíritu caprichoso i amigo de los contrastes. Al abandonarse a ella, buscó Leonor a Martin con la vista i no tardó en encontrarle. Una mirada de fuego respondió a la suya i la hizo ruborizarse. Cada movimiento de su corazon, que la anunciaba que el amor le invadia, era una sorpresa, como lo hemos visto ya, para el orgullo de Leonor. La impresion que la mirada de Rivas acababa de hacerla, fué bastante para que alzara con orgullo la frente i mirase con altanería a la concurrencia, como desafiando su crítica i su poder : se creía dueña todavía de su corazon i se dijo en ese momento que ella podia hacer de Martín un hombre mas feliz que los que la miraban, sin pensar que esta sola reflexion argüía en contra de su pretendida independencía.

Pasaron el primero i el segundo entreactos mientras que Leonor luchaba, sin saberlo, entre su amor i su orgullo. Al bajarse el telon en el segundo acto, volvió a buscar los ojos de Martin i le hizo una señal para que subiese al palco, señal que el jóven no se hizo repetir.

Leonor abandonó el primer asiento i ocupó uno en un rícon del palco, dejando otro vacío a su lado que ofreció a Martin.

— Parece, le dijo, que Ud. no se divierte mucha esta noche.

— ¡Yo, señorita! exclamó el jóven, ¿por qué cree Ud. eso?

— Le he visto pensativo i ¿sabe lo que me he figurado?

— No.

— Qué Ud. está arrepentido del propósito que formó el otro dia en mi presencia.

— No recuerdo cual sea ese propósito.

— El de no volver a casa de las señoritas Molina.

— Siento tener que contradecirla, replicó Martin, tomando el tono de risa con que Leonor habia hablado, pero la aseguro a Ud. que no habia vuelto a recordar tal propósito, lo que prueba que me cuesta mui poco el cumplirlo.

— En la plaza ví a la niña i le alabo el gusto : es bonita.

— Para tan sincera alabanza de la belleza de una niña, dijo Martin, se necesita hallarse en el caso de Ud.

— ¿Por qué? preguntó Leonor, sin comprender el sentido de aquellas palabras.

— Porque solo estando segura de la superioridad, puede confesarse la belleza de otra, respondió el jóven.

— Veo que Ud. va aprendiendo el lenguaje de la galantería, le dijo Leonor con tono sério.

Aquel tono era la voz de su orgullo, que no con-

sentia en que el jóven saliese de su esfera de admirador tímido i respetuoso. Ese mismo orgullo la hizo arrojar a Martin su altanera mirada de reina i preguntarle:

— ¿ Me cree Ud. rival de esa niña?

El corazon de Rivas se oprimió con dolor al recibir esa mirada, i volvió a su pensamiento de que bajo el magnífico exterior de belleza, aquella criatura estraña ocultaba una alma cruel i burlona.

— No he tenido tal idea, dijo con melancólica dignidad, i siento en el alma la interpretacion que se ha dado a mis palabras.

Desde la galería del teatro, en donde la familia Molina ocupaba varios asientos, Edelmira habia visto entrar a Martin i sentarse al lado de Leonor.

— Estoi seguro que Martin está enamorado de esa señorita, dijo a Edelmira el oficial de policía, que no la abandonaba un instante.

I Edelmira ahogó otro suspiro, pensando en que aquella observacion de su celoso amante seria tal vez verdadera.

Al mismo tiempo decia doña Bernarda a su hija mayor:

— Mira, Adelaida, el otro *diez i ocho* estarías tambien sentada en palco con tu francés, no se no te dé nada.

Despues de la sentida contestacion de Martin,

Leonor se quedó pensativa i el jóven se retiró al cabo de algunos instantes.

— He sido mui severa, pensó Leonor, al verle retirarse, proponiéndose borrar la impresion que sus palabras hubiesen dejado en el ánimo de Rivas, al tomar el té en la casa de vuelta del teatro.

Pero Martin no volvió a su luneta, ni le halló Leonor en el salon al llegar a la casa.

— ¿Martin no ha llegado? preguntó a la criada que habia llevado la bandeja del té.

— Llegó temprano, señorita, contestó ésta.

Al acostarse, Leonor habia olvidado los triunfos del teatro, las lisonjeras palabras con que varios jóvenes habian halagado su vanidad durante la noche, los rendidos galanteos de Emilio Mendoza i la tímida adoracion del acaudalado Clemente Valencia: pensaba solo en la dignidad con que Martin habia contestado a su mirada de desprecio.

— He sido mui severa, se repetia; él ha sufrido ¡pero no se ha humillado!

Su orgullosa indole no podia prescindir de admiracion al encontrar mas dignidad en el pobre provinciano que en los ricos elegantes de la capital, siempre dispuestos a doblegarse a todos sus caprichos.



XXXVII

Tirada por una yunta de bueyes i con colchas de cama puestas a guisa de cortina, caminaba a las diez de la mañana del 19 de setiembre una carreta con toldo de totora, de las que usan ciertas jentes para los paseos a la pampilla.

En esa carreta, sentada sobre almohadas i alfombras, iba la familia Molina en alegre charla con algunos de sus amigos.

Doña Bernarda apoyaba su diestra sobre una canasta de fiambres, i en otra con botellas la izquierda. Sus dos hijas iban al frente de ella i reclinado junto a Edelmira el oficial Ricardo Castaños, que, por gracia especial de su jefe, habia obtenido permiso para faltar a la formacion en aquel dia. Al lado de Adelaida se hallaba otro galan, i sentado al frente, casi a caballo sobre el pértigo, con ámbas piernas

colgando i con la guitarra entre los brazos, completaba Amador Molina aquel cuadro característico de 19 del setiembre.

La cancion que éste entonaba era a propósito para el caso i terminaba con el verso :

Tira, tira, carretero.

Que en coro repetian los de adentro, imitando con boca i manos el ruido de los *voladores* i apurando repetidos vasos de ponche preparado ad-hoc por las intelijentes manos de Amador.

No seguirémos en su marcha a la familia de doña Bernarda, que a su llegada al campo de Marte recibió su colocacion en una de las calles que forman frente a la cárcel penitenciaria, compuesta de las numerosas carretas con ventas i familias que llegan al campo en ese dia.

En casa de don Dámaso Encina golpeaban el empedrado del patio con sus herrados cascos dos hermosos caballos que a las dos de la tarde montaron Rivas i Agustin.

Los dos jóvenes llegaron a la Alameda por la calle de la Bandera i siguieron la corriente de carruajes i de jinetes en cabalgatas que se dirijen a esa hora principalmente al campo de Marte.

—Es preciso que te animes, decia Agustin a Martin, haciendo encabritarse su caballo para lucir su gracia a los espectadores que estacionan en las puertas de calle en las casas de la Alameda.

Esta frase con que Agustin queria comunicar el contento a Rivas, no era mas que la continuacion de las reiteradas instancias con que habia vencido la resistencia de su amigo para acompañarle al paseo.

—¿La familia vendrá al llano? preguntó Martin.

—Creo que no, contestó Agustin, mamá tiene miedo de salir en este dia.

Miéntras tanto la familia Molina, colocada, como dijimos en una de las calles de carretas, se entregaba con ardor a las diversiones del dia. Las zamacuecas se sucedian las unas a las otras, i con ellas las abundantes libaciones que aumentaban singularmente el entusiasmo patriótico de los danzantes.

Amador animaba a los demas con el ejemplo; doña Bernarda bebia un vaso tras vaso a la salud de los que bailaban; el oficial de policía improvisaba frases galantes en honor de Edelmira, i varios curiosos que habian rodeado la carreta, aplaudian cada baile i apuraban el vaso con alegres dichos i descompasadas risas. La animacion, en una palabra, se pintaba en todos los rostros, ménos en el de Edelmira, que asistía con pesar a una diversion tan contraria a sus delicados i sentimentales instintos.

Mas Ricardo Castaños no se daba por derrotado por la indiferencia con que su querida miraba la

jeneral alegría; i como en un rapto de amor quisiere apoderarse de una mano de Edelmira, doña Bernarda que le sorprendió al empinar una copa de mistela, exclamó entre risueña i enojada:

—Mira, oficialito, que si te andais con muchas te mando meter a la *plenipotenciaria* que está aquí en frente.

Con grandes aplausos celebraron los circunstantes aquella amenaza, que acompañó doña Bernarda con un ademan con que señalaba la cárcel penitenciaria, a la que el pueblo dá comunmente el nombre con que la señora la habia designado.

Aquel aplauso llamó la atencion de Agustin i Rivas, que en ese instante pasaban por delante de la carreta i no habian podido distinguir a la familia Molina entre las personas de a caballo que la rodeaban.

—Aquí parece que se divierten, dijo Agustin picando su caballo.

Martin le siguió de cerca.

Doña Bernarda vió al momento a los jóvenes i se adelantó hácia ellos exclamando.

—¡Aquí está el francesito! Señor Rivas, cómo lo pasa. Anoche andaban Uds. mui enterados; no conocian a los amigos.

—¡Es posible, señora! dijo con finjida admiracion el elegante. ¿Anoche, dice Ud? No tuve el honor de verla.

—Sí, sí, hágase el disimulado no mas, respondió doña Bernarda.

—Doi a Ud. mi palabra de honor que....

—No me dé palabra, mire, añadió presentándole un vaso i en tono mas bajo, tomemos un trago por su mujercita. ¿Con que el papá dice que el matrimonio es *de por ver* no?

Amador, que se habia acercado apenas divisó a los jóvenes, oyó la palabra de su madre; pero no tuvo tiempo de impedir que Agustin la respondiese:

—Yo entiendo que ya todo esto está arreglado, i papá cree lo mismo.

—¿Arreglado? Cómo es eso? preguntó doña Bernarda a su hijo.

—Sí madre, contestó Amador, despues hablaremos de esto: ahora nos estamos divirtiendo.

—Mejor, pues, exclamó doña Bernarda exaltada ya un tanto por el licor; tanto mejor, Cuchito es de la familia i es preciso que se baje a divertirse con nosotros.

—Siento en el alma no poder.... dijo Agustin, a quien Amador hacia señas de no contradecir a su madre.

—Aquí no hai alma que se tenga, dijo doña Bernarda, apoderándose de las riendas del caballo de Agustin. ¿Es Ud. de la familia o no? ¡Qué es esto, pues?

El tono con que doña Bernarda dijo aquellas palabras hizo conocer a Amador que peligraba su secreto, i que era preciso calmar a su madre para no tener que explicarla su arreglo con Martin sobre el supuesto enlace en circunstancia tan poco propicia.

—Mi madre no sabe nada todavía, dijo al oído de Agustin, i su Ud. no se apea, es capaz que arme aquí un bochinche.

—Yo no puedo descender, contestó Agustin, que temia mostrarse en público en semejante compañía.

Los que rodeaban al grupo de la familia Molina se habian retirado casi todos al ver que el baile habia cesado.

Entre tanto, doña Bernarda no soltaba las riendas del caballo de Agustin i exijia que se bajase.

—Empéñese Ud. para que se apée, dijo Amador a Martin; hágame este servicio.

Martin vió que para calmar a doña Bernarda era preciso bajarse; i contribuyeron a su decision estas palabras que Edelmira le dijo al mismo tiempo.

—¿Se avergonzará Ud. de que le vean aquí?

—Vamos, francesito, exclamaba doña Bernarda, si no te apeas me enoja.

Martin echó pié a tierra, i Agustin siguió su ejemplo, tomando despues el vaso que doña Bernarda le presentaba.

En ese momento Ricardo Castaños quebraba un vaso en el pértigo de la carreta porque Edelmira hablaba con Martin.

—Ud. nos ha olvidado, le decia la niña con una mirada en que se retrataban los progresos que el amor habia hecho en su corazon durante la ausencia de Rivas.

—No la he olvidado a Ud., respondió éste; pero para tranquilizar a la familia de Agustin he prometido que no volveria a casa de Ud.

—De modo que yo voi a sufrir por faltas ajenas? exclamó con injenuidad Edelmira.

—¡Ud! ¿i por qué? preguntó el jóven ¿por qué puede sufrir?

—Mas de lo que Ud. se imagina, contestó ruborizándose la niña: en estos dias lo he conocido.

—Martin no tuvo tiempo de contestar porque sus ojos se detuvieron con espanto en un carruaje que se acababa de detener frente a ellos.

En ese carruaje se hallaban Leonor i don Dámaso.

Agustin estaba como una grana i no hallaba hácia qué punto dirigir la vista.

Don Dámaso le hizo señas de acercarse.

—¡Tú con esas jentes! le dijo.

—Papá, voi a esplicarle, contestó avergonzado el elegante.

—Monta a caballo i síguenos, repuso don Dámaso con voz severa.

Leonor se habia reclinado en el fondo del coche despues de arrojar una mirada de profundo desprecio.

Al mismo tiempo Edelmira decia a Martin.

—Ud. me ha dicho que tendria confianza en mí.

—Es verdad, la contestó Rivas haciendo heróicos esfuerzos para ocultar su vergüenza i desesperacion.

—¿Ama Ud. a esa señorita? preguntó Edelmira, fijando en el jóven una ardiente mirada i con voz temblorosa de emocion.

—¡Qué pregunta! exclamó Martin apelando a una sonrisa; seria mirar mui alto.

—Vamos, vamos, le dijo entónces Agustin: papá dice que le sigamos.

I despues de dar enredadas disculpas, montaron a caballo i emprendieron el galope trás el carruaje de don Dámaso.

—Yo he de saber lo que hai, se dijo doña Bernarda.

Edelmira reprimió una lágrima que asomaba a sus ojos i tomó la guitarra que Amador la presentaba para que cantase una zamacueca.

—¡Viva la patria! exclamó Amador para distraer la preocupacion de su madre.

—¡Que viva! respondieron diversas voces de los que rodeaban, a pié i a caballo, la carreta.

I esa invocacion patriótica resonó en medio del fuego graneado de las tropas, entre el ruido de las vecinas *chinganas*, i alcanzó a llegar como un sarcasmo a los oídos de Martin, que se alejaba al galope, maldiciendo su estrella por la desagradable sorpresa que se le habia preparado.

Edelmira, entre tanto, con la muerte en el alma, entonó maquinalmente los versos de la zamacueca, a cuyo compás empezó de nuevo la danza i la alegría de los demas. I siguió el contento i continuaron las libaciones, hasta que la retirada de las tropas señaló a los de las carretas la hora de abandonar aquel teatro de su periódica alegría.



XXXVIII

La presencia de Leonor en el Campo de Marte sorprendió tanto mas a los dos jóvenes, cuanto que por la mañana habia dicho en el almuerzo que solo iria a la Alameda.

Tal habia sido, con efecto, la intencion de Leonor en la mañana de ese dia. Despues de su conversacion con Rivas en el teatro i de reconocer que le habia tratado con demasiada severidad, experimentó un deseo de encontrarse sola i de meditar sobre el estado de su corazon, estado propio de la nueva faz en que por grados iba penetrando su alma, esclava hasta entónces de las frívolas ocupaciones de la vida maquinal en que la mayor parte de las mujeres chilenas dejan pasar los mas floridos años de su existencia. No creemos aventurada, despues de meditarla, la espresion «maquinal» con que hemos calificado el jénero de vida de

nuestras bellas compatriotas. Leonor, como casi todas ellas, sin mas ilustracion que la adquirida en los colejos, habia encontrado que la principal preocupacion de las de su sexo, versaba sobre las prendas del traje i las estrechas miras de una vida casera i de círculo. Su natural altanería la inspiró, desde luego, el deseo de triunfar en esa arena i brilló por la elegancia como brillaba por su hermosura: fué la reina del buen tono i la heroína de algunas fiestas. Estos triunfos bastan para llenar la vida miéntras que el corazon permanece indolente al excitante influjo de su verdadero destino. Pero hemos visto que el hastío habia golpeado, aunque suavemente, a su alma, i hemos tambien seguido paso a paso las metamórfosis de su corazon desde que conoció a Martin. Habia llegado Leonor al punto de pensar en el jóven par la mañana despues de haberlo hecho durante gran parte de la noche. Parecía ya que su plan de avasallar a Martin era un juego cruel i encontraba capciosos argumentos para crear la necesidad de manifestarle arrepentimiento de sus sarcásticas palabras. En estas meditaciones, en las que el espíritu como una araña colgada de su hilo, baja i sube repetidas veces, empleó Leonor una hora, despues de haber dicho que no iria a la pampilla.

Todo espíritu vigoroso es jeneralmente impaciente. Leonor pensó que esperar hasta la noche

para ver a Martin i calmar su tristeza con alguna mirada o una palabra consoladora, seria poner un siglo entre su deseo i la ejecucion. En amor toda dilacion se mide por siglos ; tan ambicioso es el corazon cuando se encuentra en el verdadero campo de su gloria que encuentra miserables los términos ordinarios con que apreciamos el tiempo. Entónces Leonor decidió borrar ese siglo. Su determinacion de ir al campo de Marte fué para don Dámaso una órden, como lo era todo deseo de su hija. Hé aquí la causa natural porque Leonor llegó a ver a Martin i a su hermano, cuando acababan de bajarse de caballo.

Al ver Leonor a Rivas conversando con Edelmira sintió en su corazon un hielo que jamás habia experimentado. Con el firme propósito de despreciarle i de no pensar mas en él, no se ocupó de otra cosa durante la vuelta a la Alameda. ¿Por qué Martin la parecia mas interesante desde que otra mujer, jóven i bonita, le amaba? Leonor no pudo explicarse este enigma, miéntras desfilaban ante sus ojos los grupos de sérios paseantes que van i vienen por la alameda en la tarde del diez i nueve de setiembre; las engalanadas mujeres con sus vestidos nuevos ; las tropas que marchan al compas de música marcial por la calle del medio i las tristes figuras de los cívicos de Renca i de Nuñoa, con sus raidos i estrafalarios uniformes , por

las calles laterales. Sus ideas se confundían como esas masas de seres humanos que pasaban delante de su vista. Sentíase triste por la primera vez de su vida i regresó a su casa de mal humor.

En esa noche Martin no fué al teatro, i Leonor oyó con disgusto la justificación de su hermano que esplicó a don Dámaso la escena de la carreta. A pesar de una larga conversacion que tuvo en el teatro con Matilde i Rafael sobre jeneralidades de amor, no pudo desterrar de su imaginacion la idea de que Rivas, quebrantando su promesa, dejaba el teatro por la casa de doña Bernarda. Al acostarse, habia reflexionado tanto sobre el mismo asunto, que su orgullo no se revelaba ante la idea de tener por rival a una muchacha de medio pelo; de modo que al dia siguiente, habiendo oido a Agustin que Rivas iba a almorzar con Rafael San Luis, sintió helada la atmósfera del comedor donde esperaba verle.

Martin habia buscado un pretexto para ausentarse, porque no se atrevia a comparecer delante de Leonor despues de lo ocurrido en la Pampilla.

— Leonor, dijo Agustin a Rivas cuando este volvió de casa de Rafael, es la que menos cree en las disculpas que he dado: es preciso que tú la convenzas, porque lo que ella cree, lo cree tambien papá i todavía está sério conmigo.

En la comida de ese dia Martin tuvo una verdadera sorpresa, que le dejó perplejo sobre lo que

debía pensar, durante algunos momentos. Ocasiónó esta sorpresa el aire natural de afabilidad con que Leonor le saludó i dirigió varias veces la palabra. Al cabo de sus reflexiones concluyó Rivas por esta triste deducción, propia de un enamorado que no se cree correspondido :

— Me mira con demasiado desprecio i no está de humor para burlarse de mí.

— Ahora es la ocasión de que me justifiques, le dijo Agustin, al salir del comedor.

— Apenas me atrevo, contestó Rivas, que deseando hablar con la niña, necesitaba que alguien le alentase a ello.

— Hazme ese favor, replicó el elegante. Ella te mira bien : mira ; esta mañana me preguntó que por qué no habias ido anoche al teatro.

Diciendo esto, Agustin llevó a su amigo al salon, en donde Leonor se habia sentado a tocar el piano.

Hemos visto que Martin, a pesar de su timidez de enamorado, sentia despertarse su enerjía en presencia de las dificultades. En aquella ocasión cobró fuerzas al verse casi solo con Leonor, pues Agustin le dejó junto al piano i se acercó a hojear un libro a la mesa del medio.

— No le ví a Ud. anoche en el teatro, le dijo Leonor con una naturalidad que tranquilizó completamente al jóven.

— Quedé algo cansado del paseo, contestó él.

— Leonor le miró con malicia.

— Sin embargo, le dijo, Ud. se bajó a descansar en la pampilla i habia elejido un buen lugar.

— Me ha dicho Agustin que Ud. no parece dar mucho crédito a la esplicacion que hizo de los motivos que nos obligaron a dar ese paso.

— En lo que Ud. encontrará demasiada malicia, ¿no es verdad?

— O mui mala idea de nosotros.

— No, a Ud. le hago entera justicia porque reconozco el mérito de su inventiva.

— ¿Cómo así, señorita?

— Porque siendo la esplicacion dada por Agustin demasiado ingeniosa para que yo pueda atribuirselas he debido naturalmente pensar que es de Ud.

— Por mas que este juicio sea honroso para mi capacidad, no puedo aceptarlo : Agustin no ha hecho mas que referir la verdad de lo acaecido.

— Pero hai algo que yo ví i que él no ha explicado.

— ¿Qué cosa?

— Una conversacion, con apariencias de mui tierna, que Ud. tenia con la senorita Edelmira.

— Ya que Ud. me hace el honor de recordar algo que me concierna, me permitirá contestarla con entera franqueza.

— ¿Alguna confidencia? preguntó Leonor con un aire indefinible de inquietud reprimida i disimulada indiferencia.

— No, señorita, una esplicacion sobre lo que Ud. vió.

— Sé de antemano que la esplicacion será satisfactoria, puesto que reconozco su facilidad de inventiva.

— Puede Ud. calificarla despues de oirme.

— A ver.

— Es cierto que hablaba ayer con interés cuando Ud. me vió al lado de Edelmira.

— ¡Vaya, veo que Ud. va teniendo confianza en mí para contarme sus secretos! dijo Leonor con extraño acento i sin mirar a Rivas.

Hubiérase dicho que aquellas palabras habían salido de su boca despues de luchar con acelerados latidos de su corazon. Un hermoso prendedor de camafeo, rodeado de perlas, que sujetaba su cuello de finos encajes, bajaba i subia como un esquiife que se mece sobre las olas; tan visible era lo oprimido i afanoso de su respiracion al pronunciar aquella esclamacion.

— No es un secreto, señorita, lo que he querido contar a Ud., es como la he dicho una sencilla, pero franca esplicacion.

— A ver, pues, ya le escucho.

— El interés que tenia i tendré siempre para hablar con esa niña, nace, señorita, del aprecio verdadero que he concebido por su carácter.

— ¡Cuidado, con mucho calor habla Ud. de ese aprecio!

— Soi apasionado en mis afectos, señorita.

— Por eso le digo, cuidado : dicen que ese aprecio se cambia con facilidad en amor.

— No lo temo.

— ¿Porque lo desea?

— Porque sé que no puedo amarla.

— Es Ud. mui presuntuoso, Martin, dijo Leonor con acento grave i mirándole risueña al mismo tiempo.

— ¿Por qué, señorita?

—Porque fia demasiado en la fuerza de su voluntad.

—¡Bien quisiera poder contar con ella! exclamó Rivas, con sincero acento de pesar: viviendo por la voluntad, seria mas feliz.

Leonor evitó seguir la conversacion en ese terreno, como un picaflor que abandona la atractiva belleza de la rosa, de miedo a sus espinas, i se contenta con las mas modestas flores que la rodean en un jardin.

—Veamos, le dijo, si Ud. es tan franco como dice.

—Póngame Ud. a prueba.

—Esa niña le ama a Ud.

Al traves de la sonrisa con que Leonor acompañó esa frase, habia en su mirar un aire de angustia que solo mui espertos ojos habrian adivinado.

—No lo creo, señorita, contestó Martin con tono resuelto.

—Sea Ud. sincero : Agustín me lo ha dicho.

—Lo ignoro completamente i con temor de dar a Ud. pobre idea de mi modestia, la diré que lo sentiría si así fuese.

—¿Por qué?

—Por lo que Ud. me ha tachado de presuntuoso; porque no podría amarla.

—Ah, Ud. aspira mas alto i la cree de oscura condicion.

—Eso no: yo me hallo en el caso de abogar por la independencia del corazón. Ante el amor, no deben valer nada las jerarquías sociales.

—Entonces la causa que Ud. tiene para no amar a esa niña es un misterio.

—No, señorita, no es un misterio.

Volvió Leonor a abandonar por ese lado la conversacion, porque la ocurría la pregunta escabrosa que esplicase la causa de que hablaban.

—¿Entonces, está Ud. enamorado de otra?

Pero ella no preguntó eso sino que, como lo había hecho un momento ántes, hizo lo que podría llamarse, una vuelta.

—Anoche, dijo al jóven, estuve algo terca con Ud.

—Mucho he estudiado, señorita, dijo Rivas con tristeza, el modo de no desagradar a Ud. cuando tengo el honor de hablarla, i confieso que he sido casi siempre desgraciado.

—¡Se ha fijado Ud. en esto! dijo con estudiada admiracion la niña.

—Son incidentes de mucha importancia para mí, señorita, contestó con voz conmovida Martin.

El prendedor de camafeo volvió a mecerse como el esquife sobre las olas.

Al mismo tiempo, Leonor se turbó en una nota del valse que sabia de memoria i clavó los ojos en el papel de música que tenia a la vista.

—Tiene Ud. la memoria demasiado feliz, dijo despues de repetir varias veces la nota en que habia tropezado.

—No es la memoria, señorita, es el constante temor de desagradarla.

—¡Por Dios! ¿me cree Ud. mui de mal jénio? exclamó Leonor aparentando sorpresa para ocultar su turbacion.

—Solo desconfio de mí, señorita.

—Le repetiré lo que creo haberle dicho ántes: no veo motivos para esa desconfianza. Si realmente me hubiese desagradado, ¿no evitaria toda conversacion con Ud?

Estas palabras fueron acompañadas con los últimos golpes del valse, que Leonor tocó ántes que les hubiese llegado su turno. Sus manos temblaban al cerrar el piano i sin decir nada más, se acercó a la mesa junto a la cual Agustin seguia hojeando el libro.

Mas turbado que ella, permanecia Martin en el mismo punto que ocupaba durante la conversacion. Parecióle que un rayo de luz habia iluminado de súbito su mente para dejarle en mas completa oscuridad despues. Al interpretar en pró de su amor las sencillas palabras que acababa de oir, su corazon se oprimió espantado como en presencia de un abismo i tuvo vergüenza de su tenacidad. ¡Ella estaba allí, majestuosa i altanera como siempre, hermosa hasta el idealismo, rica, admirada de todos!

—¡Qué locura! dijo con frio en el pecho oprimido por los violentos embates de su corazon.

Agustin se acercó a Leonor.

—Espero que Martin te habrá convencido, hermanita, la dijo estrechando cariñosamente con ambas manos la cintura de la niña.

—¿De qué? preguntó Leonor, poniéndose encarnada.

Parece que aquella pregunta coincidia de una manera casual con lo que en ese momento la preocupaba.

—De que fué imposible resistir i tuvimos que *descender* del caballo, repuso Agustin.

—Ah, sí; enteramente, contestó la niña saliendo del salon.

—Me alegro, dijo Agustin a Rivas: ella convencerá a papá i nos arreglaremos del todo con él.

XXXIX

Disipados los vapores del licor en el cerebro de doña Bernarda Cordero, despues del pasco al campo de Marte del dia 19, acudiéronla los recuerdos, a la mañana siguiente, sobre las palabras que de boca de Agustin habia oido. De ellas se desprendia con claridad que existia un arreglo sobre el asunto del casamiento i corroboraban esta deduccion las equivocas razones que habia empleado Amador en aquella circunstancia. ¿Qué arreglo era aquel? i por qué se la dejaba ignorar sus cláusulas a ella, madre de la interesada? fueron preguntas que surjieron de la mente de doña Bernarda tras larga meditacion, avivando, como era consiguiente, su curiosidad i dando orijen a un propósito firme de aclarar semejante enigma i de no permitir, como ella decia:

—Que la hagan a una tonta i quieran meterle el dedo en la boca.

Interrogó al efecto a su hijo, quien deseoso de aplazar cuanto fuese dable la esplicacion de lo acaecido, contando con que el enojo de su madre disminuiría en proporcion del tiempo que trascurriese, respondió con evasivas esplicaciones que, léjos de adormecer sus sospechas, las aumentaron.

Reiteró varias veces doña Bernarda sus preguntas i, firme en su propósito, Amador, contestó con nuevos subterfujos, tratando sin embargo de dejar traslucir con vaguedad la verdadera proporcion del hecho. I como pasasen algunos dias sin que doña Bernarda renovase sus indagaciones, el mozo se persuadió que un sistema de gradual esplicacion, era el mas a propósito para enterar a su madre de lo ocurrido, sin que la magnitud del desengaño irritase su mal humor, como temia, con razon, sucediese, revelándola sin rodeos el engaño de que, por realizar su abortado plan, le habia hecho victima.

Pero no era doña Bernarda Cordero de las que podian satisfacer su curiosidad con incompletas esplicaciones, de manera que, léjos de contentarse con lo que Amador la contestaba, resolvió dar un golpe, a su entender maestro, que al par que la impondria de todo, serviria eficazmente para la total conclusion de aquel asunto.

Cubierta con su manton salió un día de su casa a principios de octubre, resuelta a tener una entrevista con el padre del que ella reputaba su yerno. Había discurrido sobre aquel paso durante varios días i meditado también con detención acerca de las palabras que emplearía en la entrevista i de la energía con que se hallaba dispuesta a rechazar toda proposición de avenimiento que no tuviese por base la unión de los esposos reconocida por toda la familia de don Dámaso, que, como rico, debía hospedarlos en su casa y darles, como ella decia, « casa i mesa puesta. »

Don Dámaso la ofreció asiento i doña Bernarda entabló pronto la conversacion.

—Vengo pues, señor, dijo, al asuntito que Ud. sabe.

—A la verdad, señora, contestó don Dámaso, no sé de qué asunto me habla Ud.

—¡Vaya! ya no sabe, ¿de qué ha de ser pues? del asuntito aquel, pues.

—Tenga Ud. la bondad de esplicarse.

—¿Dígame, señor, ¿que se le ha olvidado que su hijito está casado con mi hija?

—Señora, dijo con sorpresa don Dámaso, mucho me estraña que venga Ud. a hablarme de este asunto.

—I entónces, pues, ¿quién quiere que le hable? no soi la madre? ¡Las cosas tuyas! Yo no mas he de ser, pues.

Como se vé, doña Bernarda desplegaba desde el principio de la conversacion la enerjía i claridad con que tenia resuelto dar término al negocio.

—No estamos ahora en que Ud. sea la madre: nadie lo niega, replicó don Dámaso, algo incómodo con las preguntas i exclamaciones de su interlocutora. Me estraña que Ud. parezca ignorar que todo está arreglado ya i que no hai mas que hablar sobre la materia.

—¡I *diei*, pues! Lo mismo digo yo; si todo está arreglado, que se junten, pues; *¿pa qué* estamos embromando?

—¿Quiénes quiere Ud. que se junten?

— Esos niños. ¡Mire que gracia! Agustín con mi hija, ¿quiénes han de ser?

— Pero señora, parece que Ud. no quiere entender : la repito que todo está arreglado.

— Bueno, pues; lo mismo me dice Amador; pero lo que yo quiero saber es qué clase de arreglo es ese.

— ¡Cómo! ¿No lo sabe Ud?

— I si lo supiese *¿pa qué* se lo preguntaba?

— Su hijo de Ud., su mismo hijo, ha confesado que el matrimonio habia sido una farsa.

— ¡Cómo eso! i yo ¿que no lo ví? ¡A Dios pues, al todo tambien! ¿que soi tonta? I el cura que los casó?

— El cura no era cura : era un amigo de su hijo de Ud.

— ¿Quién dice eso?

— El mismo Amador.

— ¡Qué está loco ! Yo se lo habia de oír !

— El hecho es que él lo ha confesado.

— ¿A quién ?

— A mí.

Don Dámaso, al contestar, se dirigió a su escritorio i mostró a doña Bernarda la carta de Amador.

— Vea Ud., la dijo : aquí tiene Ud. una carta de su hijo en la que refiere la verdad de lo ocurrido.

— A ver qué dice la carta, respondió doña Bernarda, que, no sabiendo leer, no queria confesarlo.

— Aquí la tiene Ud., dijo don Dámaso, mostrando el papel.

Don Dámaso leyó la carta de Amador desde la fecha hasta la firma.

Aquella súbita revelacion dejó aterrada a doña Bernarda. Las confusas respuestas que en distintas ocasiones habia recibido de su hijo, no le habian dado la menor sospecha de la verdad. Figurábase siempre que el arreglo a que Amador aludía, era un convenio ajustado para aplazar el reconocimiento del matrimonio por parte de la familia de Agustin. La carta, cuya lectura acababa de oír, echaba por tierra todas sus esperanzas i descorría ante sus ojos el velo que ocultaba el cuadro de su vergüenza. Su

carácter irritable quedó exasperado con aquella ocurrencia i solo pensó en regresar a su casa para descargar sobre sus hijos todo el peso de su cólera.

— Si esto hai, dijo temblando de indignacion, me la han de pagar.

Despidióse de don Dámaso i con paso ligero se dirigió a su casa.

Durante el tiempo que doña Bernarda empleó en formar la resolucion de ver a don Dámaso, que como hemos visto, ejecutó a principios de octubre, ningun incidente digno de mencionarse habia ocurrido entre los demas personajes que figuran en nuestra narracion.

Felices i apacibles corrian los dias para Matilde i Rafael San Luis, que, entregados a los devaneos de un amor que nada contrariaba, esperaban con ánimo tranquilo el dia prefijado de la union. Nuevas seguridades que don Fidel tenia recibidas sobre el segundo arriendo del « Roble » le hacian aceptar las repetidas visitas del enamorado amante de su hija con la mas afectuosa benevolencia, miéntras que doña Francisca se entregaba a sus lecturas favoritas i tenia largas i románticas conversaciones con su futuro yerno, quien la acompañaba, con la complacencia del hombre feliz, en las correrías al pais de los sueños de que doña Francisca gustaba para descansar de la vida prosaica de la capital.

No respiraban en la grata atmósfera de la felici-

dad en que se mecía Matilde i su familia, las hijas de doña Bernarda Cordero, a quien hemos visto salir llena de indignacion de su entrevista con don Dámaso.

Adelaida jemía en silencio, combatida por el despecho de la noticia que pronto se habia difundido en Santiago, sobre el casamiento de Rafael San Luis.

Nadie debe estrañarse que llegase a oídos de Adelaida Molina la nueva del enlace proyectado de su antiguo amante. En nuestra buena capital, toda especie circula con rapidez asombrosa i pasa de boca en boca recorriendo los diversos círculos i jerarquías de nuestra sociedad. Además, Adelaida pertenecía a una clase social que aspira siempre a las consideraciones de que la clase superior disfruta i que por esto vive impuesta de sus alteraciones, que se complace en comentar i de sus debilidades, que critica con placer. No es estraño, pues, que la voz pública, tan sonora en sociedades que se ocupan de intereses pequeños las mas veces, como la de Santiago, llevase a los oídos de Adelaida que Rafael San Luis iba a dejar el estado en el que podia ofrecerla una reparacion de su falta.

Al lado de Adelaida, suspiraba su hermana en la melancolía de su amor solitario.

Poseia Edelmira uno de esos corazones para los cuales la ausencia es un estimulante. En los dias que Martin habia dejado de visitar su casa, su

amor habia crecido como las flores de nuestros cerros que, solitarias, no reciben mas riego que el de las aguas del cielo. Lo que fecundaba su amor, era solo su imaginacion exaltada por su caracteristico sentimentalismo.

Tambien vino despues a darle nuevo pábulo la observacion que el oficial habia hecho en el teatro. La belleza i majestad de Leonor la habian anonadado. Pareciale imposible que un hombre pudiese verla sin amarla i Martin vivia en su propia casa. El jóven cobraba entónces a sus ojos las proporciones gigantescas del hombre amado por otra mujer : el adajio sobre la fruta del cercado ajeno está realizándose todos los dias, aun en los amores mas ideales i platónicos.

A los pesares de consumir su fuego en las meditaciones melancólicas del aislamiento, juntábanse en Edelmira los que una pasion que le era odiosa la causaba diariamente.

Ricardo Castaños soportaba sus desdenes con admirable constancia i era apoyado en sus pretensiones por doña Bernarda i por Amador, que le miraban como un excelente partido. Los hombres no podemos tal vez apreciar ese hastío que causa a la mujer la perseverancia de los amantes importunos, porque hai fibras en el corazon de la mujer dé cuya sensibilidad carecen las nuestras que pudieran comparárelès en lo moral.

Aquella obstinacion del jóven Castaños era para Edelmira un suplicio atroz, desde que habian resonado en su alma los conciertos con que el corazon celebra la alborada de sus primeros amores. Para buscar un alivio a sus pesares, Edelmira apeló a un medio que acaso muchas niñas de ardiente imaginacion habrán practicado en la soledad de sus corazones. Escribia cartas a Martin, que jamás enviaba; pero que poderosamente contribuian a alimentar su ilusion. En esas cartas brillaban celajes de pasion en medio de las nubes de una fraseología imitada de los folletines mas románticos, que habian dejado profundos recuerdos en su imaginacion. Todas estas Calipsos, en la ausencia del amante, tienen mil encantadores recursos para sustentarse con recuerdos i finjidas venturas.

Edelmira escribió muchas cartas ántes de hallar insípido este amoroso pasatiempo, que no llegó a dejar de satisfacerla hasta bastante tiempo despues de los primeros dias de octubre a que hemos llegado en esta historia.

Mui léjos se hallaba Martin Rivas de figurarse que era el objeto de una pasion semejante. El interés con que Edelmira le reconvino por su ausencia, en su corta conversacion con ella en el campo de Marte, aumentó su aprecio i amistad por aquella niña, sin hacerle sospechar, sino mui vagamente, que bajo esa apariencia de amigable solicitud, se

ocultaba otro mas poderoso sentimiento. Martin no llevó sus reflexiones en este caso mas allá de esta suposicion.

— Si yo la hiciese la corte, tal vez me amaria.

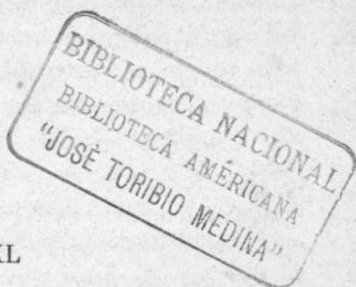
Vivia en exceso preocupado de su propio amor para adivinar el de otra persona a quien poco habia visto en los últimos dias. La conducta de Leonor influia en que esa preocupacion no decayesen en el desaliento, porque en las conversaciones subsiguientes a la que oimos en el anterior capítulo, le habia dejado siempre vislumbrar una esperanza, que a las veces rechazaba Martin como un delirio i que en otras ocasiones revestía de las formas de la realidad.

No obedecia Leonor con tal conducta a las veleidades de la coqueteria, ni al propósito estudiado de aumentar con el aguijon de las dudas la pasion de Rivas. Era en sus reticencias i a veces en sus poco significativas palabras, tan sincera como si hubiese declarado con franqueza su amor. La situacion en que se encontraba con respecto a Martin era nueva i escepcional para ella. Acostumbrada a lo que puede llamarse el miramiento social; rodeada de galanes ricos i elegantes; celebrada por su belleza como la mas digna de aspirar a los mas brillantes partidos, Leonor, para declarar en voz alta su amor a Martin, tenia que vencer ideas arraigadas desde la niñez en su espíritu i se hallaba en la nece-

sidad de medir la importancia del hombre que habia conquistado su corazon , ántes de arrostrar las preocupaciones i quebrantar los usos de la sociedad en que vivia. De aquí sus frecuentes conversaciones con Rivas i las vacilaciones con que a veces pronunciaba palabras de esperanza, que ella juzgaba significativas, i que solo servian para perpetuar las dudas en que el jóven vivia desde algun tiempo.

45





XL

Dejamos a doña Bernarda Cordero camino de su casa, despues de oir de boca de don Dámaso la revelacion del secreto que la ocultaba su hijo.

Durante la marcha, la irritacion que esta noticia la habia causado, se aumentó como era de figurarse. Destruia aquella revelacion tan ambiciosas esperanzas, concebidas por causa de Amador, que al verlas desvanecerse, su encono contra el que, engañándola, se las hiciera abrigar, crecia en proporcion del prestigio que cualquiera esperanza adquiere cuando perdida. Así fué que al entrar en su cuarto, arrojó sobre una silla el manton i llamó a su hija mayor con desabrida voz.

Adelaida se presentó al momento.

—¿I tu hermano? la preguntó doña Bernarda.

—En su cuarto estará, contestó la hija.

—Llámalo: tengo que hablar con Udes.

Pocos instantes despues llegaron a la pieza en que doña Bernarda esperaba, Adelaida i Amador.

Doña Bernarda miró a su hijo con espresion de ira reconcentrada.

—¿Conque me has estado engañando, no? le dijo apoyando ambas manos en la cintura i con un singular movimiento de cabeza.

—¡Yo! ¿Por qué, pues? contestó Amador, que como todo el que vive con la conciencia vijilante por causa de alguna falta, sospechó al momento el significado de aquella pregunta, que le hizo palidecer.

—¡No sé pues! Estaré tonta que hasta mis hijos me engañan. ¡Era lo que faltaba! ¿Con que Adelaida está bien casada, no?

—Pero, madre, ¿no le he estado diciendo estos dias que ya todo estaba arreglado?

—¡Bonito el arreglo! No hagais otro i quedarás limpio! Arreglado, quedando nosotros como unos negros. ¿Con qué caras vamos a andar por la calle? Hasta los chiquillos nos señalarán con el dedo.

—¡Las cosas tuyas! dijo Amador confundido.

Doña Bernarda se exasperó con esta exclamacion que en su estado de irritabilidad creyó poco respetuosa. Esta fué la señal para que, descargando sobre Amador i sobre Adelaida todo el peso de su furor, porumpiese en desatinadas maldiciones,

horrorosos insultos i amenazas terribles, que la decencia nos impide transcribir. Adelaida, mas tímida que Amador, creyó libertarse de aquella granizada de improperios, que amenazaba dejenerar en vias de hecho, dando con temblorosa voz esta disculpa:

—Yo no tuve la culpa, mamita.

A lo que Amador replicó en tono sarcástico.

—Sí, pues: la habré tenido yo. No vé que era yo el que me iba a casar! Bueno pues; yo no me ando con santos tapados.

—I ¿quién es entónce? exclamó doña Bernarda. No fuiste tú quien me vino a hablar del casamiento? para qué me engañaste? Algun interés tenias.

—¿Que interés quiere que tuviese? Esto si que es bonito!

—¿I cómo ésta dice que no tuvo la culpa? preguntó doña Bernarda señalando a su hija.

—Sí, pues; porque ella lo dice ya fué cierto.

—En la carta dices que tú trajiste a un amigo vestido de padre.

—¿En qué carta?

—?En la que *escrebistes* a don Dámaso?

—Así fué; pero yo no lo hice por mí, sino por Adelaida.

Doña Bernarda se volvió hácia ésta con la vista inflamada de cólera.

—Yo no tengo la culpa, repitió Adelaida en contestacion a esa mirada.

—Eso es, pues: échame la culpa a mí ahora, dijo Amador picado i respondiendo a otra mirada de su madre.

Luego añadió:

—Si ella no tiene la culpa, pregúntele por qué lo hacia yo.

—A ver, responde pues, dijo a Adelaida doña Bernarda.

—¿Por qué...? cómo sé yo? tú me dijiste que me convenia.

—¡No vés! exclamó doña Bernarda, bien lo decia yo: tú solo tienes la culpa.

A su exclamacion agregó la señora una nueva granizada de insultos dirigidos a su hijo, que solo pudo hacerla interrumpirse con estas palabras:

—Averigüe bien primero lo que pasa en su casa i no me insulte sin razon.

Adelaida dirigió una mirada suplicante, que Amador no pudo ver porque solo pensaba en calmar a su irritada madre.

—¿Qué pasa en mi casa? preguntó ésta.

—Que le diga Adelaida si no fué por ella que yo lo hice. Nada le cuesta decir que no tiene la culpa: yo no tengo nada que tapar i ella sí que tiene.

Adelaida conoció el peligro en que estaba si su hermano seguia hablando i tomó la palabra para

echar sobre ella toda la responsabilidad de lo acaecido; mas aquel recurso era tardío despues que las sospechas de algun nuevo misterio entraron en el espíritu de la madre con lo que acababa de oir. En vano Adelaida juró que ella habia incitado a su hermano, solo por el deseo de casarse con un *caballero*, doña Bernarda repetia solo por contestacion esta pregunta.

—Sí; pero algo tienes que tapar cuando ésto lo dice.

Hubiéranse calmado las sospechas de doña Bernarda, si Amador hubiese confirmado las aseveraciones de su hermana; pero se guardó bien de hacerlo porque temia ver de nuevo descargarse sobre él la cólera de su madre.

Entretanto, como viese doña Bernarda que Adelaida repetia lo mismo i que Amador callaba, volvióse hácia éste i prorrumpió en amenazas si no le descubria la verdad.

—Si no me la confiesas, le dijo mostrándole los puños i en el mayor estado de exaltacion, te hago sentar plaza de soldado por incorregible; acuérdate que todavia no tienes veinticinco años.

Poco importaba a Amador semejante amenaza, que fácilmente podia burlar, abandonando la casa materna. Mas para mantenerse en cualquiera otra parte, era preciso ganar la subsistencia trabajando i Amador era holgazan inveterado. Parecióle mas

fácil confesar la verdad, perdiendo a su hermana, que entrar en riña abierta con su madre, la que siempre proveía a sus necesidades i a veces, a fuerza de economía, le sacaba de grandes apuros, pagando sus deudas. La relajacion de sus costumbres le habia privado de todo sentimiento noble desde temprano, por lo cual no pensó ni un instante en sacrificarse por Adelaida, arrojando solo la indignacion de doña Bernarda. Las sujestiones de su egoismo hablaron únicamente en su pecho i sin vacilar refirió a su madre la consecuencia de los amores de Adelaida con Rafael San Luis, buscando, al fin algunas palabras para atenuar el hecho.

Doña Bernarda palideció al oir la terrible revelacion de Amador i se arrojó furiosa sobre Adelaida, a quien arrastró por el cuarto, asida de las hermosas trenzas de su pelo i dando gritos descompasados.

Acudieron a sus voces Edelmira i la criada, que con Amador interpusieron juntos sus esfuerzos para arrancar a Adelaida de manos de doña Bernarda.

A fin de impedir que los gritos de la madre i de la hija, unidos a los de las demas que por ella intercedian, llegasen a oidos de los que por la calle pasaban, la criada corrió al patio i cerró la puerta de calle. Miéntas tanto, doña Bernarda desplegabafuerzas extraordinarias para su sexo i edad, no solo

arrastrando a Adelaida a quien el dolar arrancaba lastimeros quejidos, sino dando fuertes bofetones a Edelmira i Amador que luchaban por arrancarle su víctima. Un frio espectador de aquel drama doméstico, habria tal vez desatendido la voz de la compasion por lo grotesco del cuadro, cuyo principal personaje era doña Bernarda, repartiendo furiosos manotones con la diestra, miéntras que en la mano izquierda se habia envuelto las largas trenzas de la infeliz muchacha. Pero como todo en la tierra, aquella escena debia tener un término, como en efecto lo tuvo, pues al enviar doña Bernarda una palmada a Edelmira, que con heróico arrojo le apretaba ambos brazos, la mano izquierda de doña Bernarda se soltó de las trenzas i el impulso que a su derecha habia dado fué tal, que no solo arrojó sobre una silla a la compasiva Edelmira, sino que, falta de apoyo con la caida de esta, fué a rodar doña Bernarda al medio de la pieza, quedando, con la exasperación en que se encontraba i el golpe que al caer recibió, sin movimiento ni sentido.

Levantáronla sus hijos, ayudando a esta operacion la misma Adelaida i la llevaron a su cama, en donde la criada la frotaba los piés, Amador le echaba agua en la cara i las niñas lloraban sin consuelo abrazadas la una de la otra.

Recobró por fin su espíritu la señora i vertió

amargas lágrimas sobre la deshonra de Adelaida. Al exceso de agitacion en que se habia encontrado, sucedió el abatimiento que en lo físico i en lo moral, van en pos de todo esfuerzo extraordinario, i se sintió tan molida al día siguiente que le fué mas grato permanecer en el lecho para recobrase. Todo el reconocimiento que abrigaba hácia Rafael San Luis por servicios que le debia, se tornó en ódio i deseo de venganza con la revelacion de su conducta, i empleó el día en descubrir un medio de tomar una justa reparacion de su afrenta. Mas como sus meditaciones no la dieran un resultado satisfactorio, resolvió apelar a las vías de conciliacion que tal vez acarrearían la felicidad i la honra a su familia.

Satisfecha de su nueva resolucion, dirigióse algunos días despues de la escena que le daba origen, a casa de Rafael San Luis.

Eran las diez de la mañana : Rafael se encontraba solo en su cuarto. La presencia inesperada de doña Bernarda le llenó de turbacion i de funestos presentimientos el alma; sin embargo trató de dominarse i de recibirla con cariñosa urbanidad.

Parece que la señora ocultaba tambien por su parte los sentimientos que la ocupaban, para manifestar una tranquilidad que estaba mui léjos de experimentar en aquel momento. Sentóse con rostro risueño en la poltrona que con amable

sonrisa la presentó Rafael i echando hácia atrás el manton con que se cubria la cabeza, dijo con acento de reconvencion amistosa.

— Ya Ud. se nos ha perdido de la casa, pues.

— No es por falta de amistad, créamelo *misia* Bernarda, contestó el jóven.

— Algun motivo tiene. ¿No sabe pues?, *herradura que cascabelea*, clavo le falta.

— ¿Qué motivo puedo tener? Absolutamente ninguno : Ud. conoce mi amistad.

— Cómo nó i yo tambien le he querido hartó. Vea : el otro dia no mas le estuve diciendo a Adelaida : ¿Qué es de don Rafael? Qué le han hecho algo que no viene?

Rafael se fijó al momento en que doña Bernarda nombraba solo a su hija mayor, i con esto aumentaron sus presentimientos de que aquella visita tenia otro objeto que la simple apariencia de amistad con que se anunciaba.

— Le doi a Ud. las gracias por su cariño, contestó.

— Bueno pues ; ¿I qué no piensa volver a vernos? preguntó doña Bernarda,

— Casi todas las noches las tengo ocupadas i a pesar de mi deseo, no sé cuando pueda ir, respondió Rafael, que queria descubrir cuanto ántes el objeto de la visita.

— Sí pues, así lo decíamos allá en casa ; ¡cuándo

ha de volver!; ya tiene otras amistades de jente rica i se avergonzará de venir a casa.

— ¡Avergonzarme! se engaña Ud. *misia* Bernarda.

— La prueba está, pues, en que no quiere volver, replicó la señora, con tono en que se advertia la falta de la afabilidad que habia empleado al principio.

Rafael notó esa falta i se dejó llevar de su poco paciente carácter.

— No he dicho que no quiero volver, dijo, sino que no puedo.

— Lo mismo tiene : el caso es que no vuelve i yo sé porqué.

En estas palabras el tono de descontento habia aumentado.

— La causa es la que he dicho; no tengo tiempo.

— Por ahí andan diciendo que Ud. va a casarse.

— ¿Lo ha oido Ud.?

— Ayer no mas. ¿I es cierto?

— Puede ser.

— ¡No vé! ¿No se lo decia?

— Es un compromiso mui antiguo : data de ántes que tuviese el gusto de conocer a Ud.

— Antiguo será pues, ¿qué le digo yo? pero se le olvida que tambien por casa tiene compromiso.

Al pronunciar estas palabras, fijó resueltamente doña Bernarda su mirada en Rafael, miéntras que

en sus facciones se veia el sello de una resolucion premeditada i firme.

El jóven paledeció al oirlas : aunque la sola presencia de doña Bernarda le daba vehementes sospechas de lo que la llevaba a su casa, no esperaba que tan sin rodeos se atreviese a atacarle.

— No sé a qué cosa se refiera Ud., contestó, fingiendo no adivinar el sentido de lo que oia.

— Cómo no ha de saber, i mejor que yo tambien ? Mas vale que nos arreglemos como amigos.

— En fin, señora, ¿qué es lo que Ud. quiere ? exclamó Rafael con impaciencia.

— Que Ud. se case con mi hija, que por Ud. está deshonrada, contestó con enerjía doña Bernarda.

— Imposible, dijo el jóven : estoi comprometido a casarme con una señorita que....

Doña Bernarda le interrumpió furiosa.

— ¿I a nosotros qué nos tiene que sacar ? Mi hija tambien es señorita i Ud. la engañó con palabra de casamiento : si Ud. fuese caballero debia cumplir su palabra.

En vano buscó Rafael argumentos i disculpas para paliar su falta ; doña Bernarda replicó siempre con la contestacion que acababa de dar.

— En fin, exclamó San Luis exasperado, es absolutamente imposible que me case con su hija, i lo mejor que Ud. puede hacer por ella es aceptar la propuesta que voi a hacer.

— ¿Qué propuesta? preguntó la señora.

— Tengo doce mil pesos que heredé de mi padre : prometo reconocer a mi hijo i dar a Adelaida la mitad de esta suma.

— No es plata lo que yo pido, contestó doña Bernarda.

I añadió a esto mil recriminaciones que Rafael tuvo que soportar con humildad, concluyendo con esta amenaza.

— No quiere casarse ¿no? Pues yo me presentaré al juez, i verémos quien pierde : la desgracia de mi hija la saben ya muchos, para que yo me pare en ella al presentarme. Ud. quiere la guerra : se la daremos, no le dé cuidado.

I salió de la pieza de Rafael, dejándole entregado a una mortal inquietud.

Rafael San Luis escribió a Martin, citándole para el portal que ahora llamamos portal viejo o de Bella-vista, para distinguirlo de los de Tagle i del pasaje Búlnes.

Una hora despues hallábanse los dos amigos reunidos en el lugar designado i tomaron el camino de la Alameda.

— Necesito de tu consejo para un asunto grave dijo Rafael, apoyándose en el brazo de Rivas.

— ¿Qué es lo que hai? preguntó éste.

— En medio de la calma ha aparecido una nube

que presajia tempestad : no te he imaginarias nunca a quien he tenido de visita.

—¿A Adelaida Molina?

—¡A doña Bernarda! Lo sabe todo i quiere que me case con su hija.

—Tiene razon, dijo friamente Martin.

—Ya lo sé, replicó incómodo Rafael, i no te pedia tu opinion sobre eso.

—Adelante.

—No se me ocurre ningun medio de parar este golpe. He ofrecido la mitad de lo que tengo, i la maldita vieja no se contenta con seis mil pesos.

—En ese caso, haz lo que todavia puedes : ofrece los doce mil.

—No admitirá, no quiere oir hablar de nada si no consiento en casarme. Me parece inútil decirte que esto es imposible, pues, no habria consentido en ello aun cuando, no me hallase en visperas de mi soñada felicidad.

Martin se quedó silencioso, pensando que aquella frase podria salvar a muchas infelices niñas expuestas a la seduccion, si pudieran oirla.

—¿Qué harias tú en mi caso? preguntó Rafael.

—Discurriendo como acabas de hacerlo i puesto que doña Bernarda no quiere oir hablar mas que de matrimonio, le quitaria la ocasion de pensar en ello.

—¿Cómo?

—Casándome pronto.

—Tienes razon; pero siempre queda un peligro.

—¿Cuál?

—Doña Bernarda me amenazó con presentarse al juzgado.

—¿Crées tú que se atreviese a hacerlo?

—Mucho lo temo: es mujer violenta i capaz de abrigar ódios irreconciliables. Creo que por vengarse de mí no se arredraria ante la necesidad de propalar la deshonra de su hija.

—Queda un medio, aunque no seguro.

—¿A ver?

—Amador es codicioso.

—Mas que un avaro de comedia.

—Le pagaremos unos quinientos pesos porque obtenga de su madre la promesa de desistir de su presentacion.

—¿Podrias tú hablar con él?

—Con mucho gusto.

— Me harás con esto un gran servicio, exclamó Rafael reconocido. Tú sabes lo que he sufrido ántes de verme como ahora a las puertas de la felicidad! La amenaza de doña Bernarda me hace temblar! Si mi conciencia estuviese tranquila, no me sucederia esto; pero, como tú dices: la pobre señora tiene razon i de nada la sirve mi arrepentimiento.

— En fin, haremos lo que se pueda.

Te debo ya el inmenso servicio de haberme devuelto a Matilde i si consigues que doña Bernarda se calle, te la deberé de nuevo. ¡Cómo podré pagarte jamás!

— Hablemos de otra cosa. ¿No eres mi amigo.

— Buevo : hablemos de tus amores, ¿cómo siguen?

— Siempre mal, dijo Rivas con una sonrisa que no alcanzó a borrar la melancolía de su rostro.

— No creo que tan mal, replicó Rafael.

— ¿Por qué? Sabes tú algo? preguntó con interés Martin.

— Matilde me dice que su prima habla de ti constantemente : este es un buen presajio.

— Hablará de mí como de tantos otros.

— Ahí está la particularidad : habla solo de ti. A ver : cuéntame ¿qué hablas con Leonor? Yo tal vez sea mas perspicaz que tú.

Provocado así a una confidencia, refirió Martin todas las conversaciones que habia tenido con Leonor, especificando las menores ocurrencias i conservando hasta las palabras con la feliz memoria de los enamorados. Habló con calor de sus recientes esperanzas i con angustia de su desaliento : éste i aquellas, merced a la elocuencia de un amor verdadero, aparecieron a Rafael como la luz de la luna, que en un cielo entoldado, brilla de repente i desaparece despues trás espesos nubarrones.

— Si no hai sobre que fundar una certidumbre, le dijo al fin, no falta en que apoyar esperanzas : yo, en tu lugar haria un acto de audacia para realizarlas.

— ¿Cómo?

— La escribiria.

— ¡Nunca! nunca burlaria así la confianza de los que me dan tan jenerosa hospitalidad!

— Martin, amigo, no eres de este siglo.

Martin, solo contestó con un suspiro ahogado.

— ¿Es decir que te resuelves a vivir en la duda? repuso San Luis.

— Si : ademas, te lo confieso; la majestad de Leonor me anonada. El valor que a veces he tenido para contestarla con alguna enerjia, me abandona cuando no estoi con ella i mido la inmensa distancia que nos separa. ¡Me veo tan oscuro, tan pequeño al cemtemplarla!

— En fin, tú eres dueño de hacer lo que te parezca.

Los dos jóvenes se levantaron de un sofá de la Alemada en que se hallaban.

— ¿Cuándo te ocuparás de mi asunto? preguntó Rafael.

— Hoi mismo si puedo : voi a escribir a Amador. ¿Cuánto puede ofrecerle?

— Tú arreglarás el asunto como mejor te sea posible : yo estoi dispuesto a sacrificar cuanto tengo.

Separáronse frente a la boca calle del Estado i se marcharon cada cual a su casa.

A esa hora, hallábase en su cuarto Amador Molina con el oficial amante de Edelmira que acababa de entrar.

— Amador, vengo a hablar contigo, habia dicho despues de saludar, Ricardo Castaños.

— Aquí estoi pues hijo, contestó Amador, ¿qué se ofrece?

— Tú sabes que yo quiero a tu hermana.

— *Algo de tienda* amigo : todos somos aficionados, pues.

— Pero creo que ella no me quiere.

— ¡Adios! ¿I qué mejor queria?

— A ti ¿qué te parece?

— ¡Qué me ha de parecer! Que te quiere i harto.

— ¿I-cómo no lo dice?

— ¿Qué no conoces lo que son las mujeres? ¡Vaya! pareces niño : no hai una que no disimule.

— Entónces ¿tú crees que se casaria conmigo?

— De juro, pues hombre. Anda, encuentra una que no le guste casarse. No hai mas que hablarles de *casaca* i se les rie sola la cara.

— I a tu madre, Amador, ¿qué le parecerá?

— Le ha de parecer bien no mas. ¿A quién no le gusta casar a sus hijas? hasta los ricos pues hombre.

— ¿Entonces tú le puedes hablar por mí?

— Bueno pues hijo, contestó Amador, dando un abrazo a Ricardo.

— Yo soi corto de jénio para esto, repuso el oficial i me acordé de tí : Amador me sacará de apuro, dije i vine, pues.

— Bien hecho, esta noche mismo le hablo a mi madre i pierde cuidado.

Pocos momentos despues se separaron, ambos contentos. El oficial con la esperanza de unirse a la que de todo corazon amaba, i Amador con la idea de que la mision de que quedaba encargado le serviria para obtener el perdon de doña Bernarda que, desde que habia descubierto la verdad de su abortada intriga, solo le hablaba para reñirle.

Hallábase entregado a estas reflexiones, cuando oyó golpear a la puerta del cuarto i salió a ver quien golpeaba.

Un criado le entregó una carta : era de Martin Rivas que le pedia le esperase a la oracion en el óvalo de la Alameda para hablar de un asunto que interesaba a toda la familia de doña Bernarda.

— ¿Qué *contesta* le llevo? preguntó el criado, cuando vió que Amador habia terminado de leer la carta.

Contestó Amador por escrito que se encontraria puntualmente a la hora i en el lugar indicados.

Cuando se halló solo de nuevo i preocupado en adi-

vinar el objeto con que Rivas le citaba, pensó en que era mas prudente esperar, para cumplir con el encargo que Ricardo le habia dejado, el haberse visto con Martin.

Poco ántes de la hora convenida acudió Amador al óvalo de la Alemada, adonde llegó Rivas algunos momentos despues.

Sin rodeos habló Martin del objeto con que le llamaba i le ofreció doscientos pesos para que intercediese con doña Bernarda a fin de hacerla desistir de su amenaza.

— Ud. dice que Rafael ofreció seis mil pesos para mi hermana, i que mi madre no quiso? preguntó Amador.

— Sí, contestó Rivas.

— Yo le diré, pues, mi madre es porfiada, i està furiosa conmigo por lo de la carta : con los mil pesos que me dieron no me pagan lo que tengo que aguantar.

— Habrá trescientos pesos para Ud., dijo Martin.

— ¿I no ofrecen nada mas para Adelaida i su niño?

— Ocho mil pesos : Rafael no puede dar mas porque no tiene.

— Verémos, pues.

— ¿Cuándo me dará Ud. la contestacion?

— No sé pues; quién sabe cuando conteste mi madre!

— Tan pronto como la tenga, me escribirá Ud.

— Bueno.

Regresó Amador a su casa despues de esta conversacion i halló a su madre cosiendo con sus dos hijas.

— Mamita, la dijo al oido, vaya para su cuarto que tengo que hablar con Ud.

— ¿Qué hai? preguntó doña Bernarda cuando estuvo sola con su hijo en el cuarto de dormir.

Amador principió justificándose de las cosas pasadas i asegurando que todo lo habia hecho por el interés de la familia.

— No le habia querido volver a hablar de esto, añadió, hasta no tener alguna otra cosa buena que decirle.

— ¿Entónces tienes algo bueno ahora? preguntó doña Bernarda algo apaciguada.

— Como no : dejante que yo ando siempre pensando en la familia i Ud. todavia enojada conmigo!

— A ver pues, ¿qué es lo que hai?

— ¿No le gustaria casar a una de sus hijas?

— Qué pregunta.

— ¿Qué tal le parece Ricardo?

— Bueno.

— Quiere casarse con Edelmira.

El semblante de doña Bernarda se llenó de alegría.

— Ricardo tiene buen sueldo i puede ascender, añadió Amador.

— Me parece mui bien, dijo la madre.

— Entónces Ud. hablará con Edelmira.

— Yo hablaré esta noche.

— Es preciso que se *ponga tiesa*, mamita, porque Ricardo dice que ella no lo quiere.

— Que venga ha hacer la taimada conmigo, dijo en tono de amenaza doña Bernarda.

— Eso es, *no dé sogá*, porque marido como Ricardo no se ofrece todos los dias.

— Que haga la taimada no mas, déjate estar.

-- Hai tambien otra cosa.

— ¿Cuál?

Refirióle Amador su reciente conversacion con Martin i dijo que ofrecia hasta siete mil pesos para el hijo de Adelaida con tal que doña Bernarda desistiese de su acusacion.

—Ya sé que no me conviene presentarme al juez, dijo doña Bernarda: estuve a verme con un procurador que conozco, amigo del difunto Molina, i me dijo que no sacaria mas que alimentos.

—I además, repuso Amador, ¿para qué ir a hacer que esto ande por los tribunales, cuando los siete mil pesos es mejor?

Amador habia hablado dos veces de siete mil pesos, en lugar de ocho que Martin le habia facultado para ofrecer. Su cálculo era que, ofreciendo

la primera cantidad, quedarían mil pesos a beneficio suyo, además de su gratificación de trescientos pesos.

—Reciben Uds. los siete mil pesos, añadió, i nadie sabe para qué son.

—Poco importa que sepan, dijo doña Bernarda con tono sombrío: la criada de aquí lo sabe.

—¿Quién dijo?

—Yo se lo pregunté i ella se lo habrá contado quién sabe a cuantas; lo sabe tambien la que tiene el niño i lo sabrán todos; ¡maldito futre: le ha de costar caro!

—Pero es mejor mamita que aseguremos primero la plata.

—Allá entiéndanse Uds. como puedan, replicó con desabrido acento la señora.

I se retiró a buscar su costura, jurando entre dientes que Rafael tendria que arrepentirse toda la vida de lo que había hecho.

Amador contestó al dia siguiente que su madre se comprometia a no presentarse al juez con tal que se diese a Adelaida la cantidad estipulada, valiéndose, para dar esta respuesta de lo que doña Bernarda habia dicho acerca de su consulta con su amigo el procurador. Grande fué su sorpresa, cuando en lugar de entregarle Rafael los ocho mil pesos de los que él esperaba reservarse mil, vió a Martin encargado de estender una escritura de

donacion a nombre de San Luis i depositar el dinero en una casa de comercio con cargo de entregar a Adelaida los intereses.

Practicadas estas diligencias fué Rivas a casa de Rafael a darle cuenta de ellas.

—A pesar de esto, le dijo, no debes considerarte como libre de un nuevo ataque hasta que no estés casado.

—Asi lo creo, contestó Rafael, i por eso he conseguido con mi tio que obtenga reduccion del plazo fijado por don Fidel. Espero estar casado dentro de dos semanas a mas tardar.



XXXIX

Doña Bernarda esperó al día siguiente para hablar a Edelmira de las pretensiones de Ricardo Castaños a su mano. Impresionada con la conversacion que acababa de tener con Amador i segura de su autoridad con respecto a su familia, no se dió prisa en hablar a una de sus hijas sobre matrimonio, cuando tenia que pensar en vengarse del agravio hecho a la otra. Dejó, pues, para el día siguiente el asunto de Ricardo Castaños, i se entregó a reflexionar en los medios de castigar a Rafael San Luis.

Satisfactorio fué probablemente el resultado de sus reflexiones, porque al levantarse, doña Bernarda parecia mas tranquila que en los días anteriores, i su voz, al llamar a Edelmira, habia perdido la aspereza con que trataba a los de su casa desde su visita a la de don Dámaso Encina.

Edelmira acudió temblorosa al llamado de su madre, porque no se figuraba que pudiese tener que decirla nada de lisonjero, en el estado de irritacion en que la habia visto durante los últimos dias.

—Siéntate aquí, la dijo doña Bernarda señalando una silla junto a ella.

—Se te ofrece una buena suerte, añadió despues de un breve silencio.

Edelmira levantó sobre su madre una mirada de timida interrogacion.

—Ya ves, prosiguió la señora, lo que le ha pasado a tu hermana por tonta. Yo tambien he tenido la culpa por dejar que entren en casa estos malvados *futres*. Pero tú has tenido mas juicio que la otra i por eso Dios se acuerda ahora de tí.

Doña Bernarda hizo una pausa en su exordio moral para encender un cigarro, pausa durante la cual el corazon de su hija se colmó de amargos presentimientos.

—Ricardo, prosiguió doña Bernarda, quiere casarse contigo.

Edelmira se puso lívida i tembló sobre su silla.

—Es un buen muchacho, continuó la madre; tiene buen sueldo i lo han de ascender. Nosotros somos pobres i cuando se ofrece un partido como este, no hai que soltarlo.

Esperó en silencio algunos instantes doña

Bernarda para oír la contestacion de su hija. Pero Edelmira, nada respondió: miraba a la alfombra con abatida frente i parecia luchar con las lágrimas que asomaban a sus ojos.

—¿Qué te parece, pues, hija? preguntó la madre.

La niña pareció hacer un esfuerzo i levantó al cielo los ojos cual si invocara su auxilio.

—Mamita..... dijo en tono balbuciente..... yo no quiero a Ricardo.

—¿Cómo es eso? exclamó doña Bernarda. ¡Estamos frescos! Miren qué princesa para andarse regodeando! Qué me importa a mí que no lo quieras? ¿De dónde has sacado que es preciso querer? Me lo habrás oído a mí por acaso? ¡Miren si será lesa esta! Te buscarán un marqués, a ver si te gusta. ¡*Continas que sois* tan bonita! No será mucho que querais a algun futre tambien!

—¡Yo no, mamita! exclamó la niña que se figuraba que doña Bernarda iba a leer en sus ojos i adivinar su amor a Martin.

—¿I entónces, pues, qué mas quieres? Allá todas tuviesen la misma suerte!

—Yo no deseo casarme, mamita, dijo con humilde voz Edelmira.

—Sí pues; haces mui bien: para estar viviendo siempre a costillas de la madre. ¡Bonitas hijas! Una..... ya se sabe..... ¡Bendito sea Dios! El difunto

Molina habia de ver esto: bien hizo Dios en llevárselo! I esta ahora no quiere casarse! En vez de aliviar a su pobre madre. ¿Quieres no ser tonta, niña?

Concluyó doña Bernarda estas exclamaciones con una risa que infundió mas temor a Eldemira que el que le habria dado una amenaza. No pudo sostener tampoco la terrible mirada con que su madre la acompañó i tuvo que inclinarse temblorosa i sumisa en señal de obediencia.

—Doña Bernarda encendió otro cigarro para serenarse i se acercó despues a su hija.

—¿Qué hai, pues? la dijo.

—Yo no estaba preparada para esto, respondió Edelmira, dejando rodar las lágrimas que se habian agolpado a sus ojos.

—¿Qué te digo yo que te cases mañana pues? Si no corre tanta prisa. Yo te hablo porque soi tu madre i sé que te conviene.

Estas palabras descubrieron un nuevo horizonte a los ojos de Edelmira. Veia que una resistencia obstinada habria colmado la irritacion de su madre hasta exasperarla, i conoció que lo único que le era permitido en semejante trance era ganar algun tiempo.

—Eso es lo que yo pido mamita, dijo: deme siquiera un mes para contestar.

—Eso es..... llévate esperando para que el otro

se aburra i se mande cambiar. Se te figura que dentro de un mes me vas a encontrar mui mansita, no? Quién manda aquí, pues? Ya te dijo que no te vas a casar mañana, pero la contestacion la has de dar luego.

—Pero mamita.....

—¿Qué es esto, pues? Estás pensando que yo he de consentir en que se pierda esta ocasion? ¡Parece que no me conocieras! Date a santo con que te espere algun tiempo.

—Haré lo que Ud. diga mamita.

—Así me gusta: eso es hablar como buena hija.

—Pero me dará Ud. siquiera unos dos meses para prepararme.

—Sobra con un mes i no hai mas que hablar.

Edelmira bajó la frente con resignacion.

—I no andes con tonteras, pues, en este tiempo, repuso la madre. Con *el*, formalita, pero no soberbia i dejémonos de caras aflijidas. Vas a ser mas feliz que todas.

Edelmira se retiró a su cuarto despues de oir algunas otras amonestaciones que la hizo doña Bernarda con el tono autoritario que, desde los asuntos de Adelaida, empleaba con los de su familia.

Al encontrarse sola, se arrojó sobre una silla junto a la cabecera de su cama i regó con abundantes lágrimas la almohada, confidente de sus

amores solitarios. Despedíase en su llanto de sus largas veladas llenas de ilusiones sentimentales, tanto mas queridas cuanto mas irrealizables se presentaban; decía un tierno adios a las informes esperanzas, a las melancólicas alegrías, a las castas aspiraciones de ese amor huérfano e ignorado que se habia complacido en alimentar como un consuelo contra las amarguras de su existencia. Abatida por el primer golpe de tan inesperado dolor, no pensó en resistir, ni en buscar los medios de sustraerse a la crueldad de su destino: pensó en llorar tan solo, como lloran los niños, por buscar un desahogo al corazon oprimido.

Doña Bernarda, por su parte, pensó que, asegurado en cierto modo el porvenir de una de sus hijas, la quedaba todavia la mision de vengar la pérdida del porvenir de la otra, idea que no habia abandonado un solo instante desde la fatal revelacion de los amores de Adelaida. Su encono contra ésta disminuía en razon del que alimentaba contra Rafael i poco a poco se habituó a considerar a su hija mas desgraciada que culpable. La vista de su nieto, que hizo llevar a la casa, léjos de mitigar su sed de venganza, la encendió mas activa i tenaz, llegando a constituirse en una necesidad imprescindible. Dominada por esta idea, entabló relaciones con los criados que servian a don Fidel Elías i se halló instruida de éste modo, de los preparati-

vos que en la casa se ejecutaban para el casamiento de Matilde; espió los pasos de San Luis, que vivia entregado a su amor, olvidado ya de los temores que le habian inspirado las amenazas de doña Bernarda i meditó en silencio su venganza sin hacer a nadie partipice de sus proyectos:

Mientras tanto, en la situacion de Leonor i de Martin, no habia mas variacion que las incidencias naturales de un amor con las condiciones del que hemos pintado, en el que el orgullo, vencido a medias, por una parte, i la escesiva delicadeza por la otra, se hallaban colocados en el resbaladizo terreno que habitan los corazones enamorados. Mediaban ya entre ellos esas miradas vagas con que dos amantes empiezan a comprenderse; esas palabras que balbucientes pronuncian los lábios aunque se refieran a estraño asunto que el que ocupa los corazones; esas reticencias en las cuales se apoyan, en casos semejantes, los espíritus, para lanzarse en la siempre florida rejion de la esperanza; esta atmósfera especial, tibia, embalsamada, de que los amantes se sienten circundados, cuando, en medio de todos, viven solos, i hallan en el silencio elocuentes armonías, en el aire venturosos presajios, en la naturaleza entera una secreta complicidad del inmenso sentimiento que los ajita. I sin embargo, ellos no eran felices.

Leonor veía desarrollarse ante sus ojos el magní-

fico panorama del amor i se impacientaba ya de la timidez de Martin. Ella era demasiado orgullosa para dar el primer paso; él demasiado reverente para subir al pedestal en que colocaba a su ídolo: i ambos suspiraban. I en esos instantes de abatimiento, en que el corazon divisa la esperanza como un miraje, Leonor, despertando a su antiguo orgullo, juraba olvidar a Martin, i Martin, que tanto no presumia de sus fuerzas, pedia al cielo le arrancase del pecho aquella imájen i con ella su amor desventurado. Pero una mirada desbarataba aquel propósito i hacia olvidar aquella súplica: volvian a quemar sus alas en la nueva luz, ¡mariposas, que léjos de su dulce calor, no encontraban ya la atmósfera vital indispensable a sus vidas!



XL

Habiéndose fijado para día mas cercano el plazo acordado entre las familias respectivas al enlace de Matilde con Rafael, notábase ya gran movimiento en casa de don Fidel Elías con motivo de la próxima festividad.

Los parientes de Matilde enviaban sus regalos a la novia.

Doña Francisca, descendiendo a los prosaicos detalles de la vida, preparaba con su hija los moldes a la moda para la confeccion de los vestidos.

Hacíanse frecuentes viajes a casa de la modista para probarse el vestido nupcial i otros de lujo encomendados al injénio de la misma *artista*.

Se discutia con calor sobre las alhajas, abriendo i cerrando las cajitas forradas en terciopelo que venian de alguna joyería alemana de la calle Ahumada.

Llegaban visitas i se hablaba por lo bajo al principio. Venia poco a poco la conversacion de *trapos* i el tono de las voces iba *crecendo* como en elária de don Basilio. Se exhibian los regalos, se exaltaba un molde para deprimir otro i se agregaban los comentarios sobre la cruz de brillantes, que toda nóvia tiene, hasta que muchas veces el marido se convierte en otra mas pesada de llevar.

Se iban las visitas i ántes de guardar lo que acababan de ver, llegaban otras con las cuales se ponian en tabla los mismos asuntos que los de la recién concluida sesion.

I así se pasaban los dias.

Analizar las múltiples ilusiones que en tales circunstancias mecian el corazon de Matilde, como mecen el de casi todas las que se casan por su voluntad (que de las obedientes o resignadas hai gran suma) seria lo mismo que describir la magnífica salida del sol en un despejado cielo de primavera. Las flores de esa ilusion abrian sus temblorosas hojas a las caricias del amor que llenaba su pecho i embalsamaban el aura que en los oidos de un amante murmura sus divinas promesas. Así, para Matilde, la vida pasada i sus deberes eran sueño, el presente la dicha, i del porvenir irradiaba tan viva luz, que, como la del sol, ofuscaba su vista i preferia no mirarlo.

— Tú que no amas, decia estrechando las manos

de Leonor con dulce abandono, no puedes comprender mi felicidad.

Leonor fijaba en ella una profunda mirada : de esas que pertenecen solo al cuerpo , cuando vaga en algun otro punto el alma.

— Mira, continuaba su prima, cuando estoi léjos de Rafael me encuentro sin palabras : tal vez un amor como el mio no halle ninguna que lo pinte en toda su estension. Pero a ti ¡que te importa todo esto! añadía, viendo que Leonor caía poco a poco en una distraction mal disimulada.

— Cómo no , contestaba Leonor con una suave sonrisa.

— No me comprendes.

— Te comprendo mui bien.

— ¡Ah! ¿Estás enamorada?

En la viveza con que esta pregunta fué hecha por Matilde, veíase que por un momento la mujer vencía a la amante, la curiosidad al placer de hablar de su amor.

Leonor contestó con igual viveza, pero poniéndose colorada.

— ¡Yo! No hijita.

— Mientes.

— ¿Por qué?

— No eres ahora Leonor lo que eras ántes. ¿Cuándo estabas nunca pensativa como ahora te veo muchas veces? Dime, no seas reservada. Mira

que yo a veces soi adivina. ¿Cuál de los dos; Clemente o Emilio?

Leonor no contestó mas que avanzando lijera-mente el lábio inferior con magnífico desden.

Matilde nombró entónces a muchos de los elegantes de la capital i obtuvo la misma contestacion. Por fin añadió en tono de esclamacion.

— ¿Será Martin?

— ¡Oh! Qué locura!

Las mejillas de Leonor se encendieron con vivísimo encarnado.

— ¿I por qué no? repuso Matilde : Martin es interesante.

— ¿Te parece? preguntó Leonor, finjiendo la mas absoluta indiferencia.

— Yo le encuentro así, i qué tiene que sea pobre?

— Oh, eso no, exclamó Leonor levantando la frente con su rejia majestad.

— Tiene gran corazon.

— Quién te lo ha dicho?

— Tú misma

Leonor bajó la frente i finjió haberse picado un dedo con un alfiler.

— Me has dicho tambien que tiene talento prosiguió Matilde ¿quiéres negármelo tambien?

— Es cierto.

— ¿No vés? Tengo buena memoria.

— Pero tú le alabas tanto porque le estás agradecida.

— Bueno, pero repito lo que te oigo.

— Tambien le debemos algunos servicios en casa.

— Que tú le agradeces mucho.

— Es cierto.

— Mas que si fuese otro cualquiera, puesto que me hablas siempre de él.

Leonor no dió ninguna contestacion.

— ¿Sábes que yo tengo derecho de enojarme contigo? dijo Matilde.

— ¿Por qué?

Porque desconfias de mí, despues que por mi parte te he confiado siempre mis secretos.

— ¿Qué quieres que te cuente?

— Que amas a Martin. ¿Podrás negarlo?

— Yo misma lo he ignorado por mucho tiempo.

— ¡Al fin lo confiesas!

— Es verdad, conozco que no puedo dejar de pensar en él, dijo Leonor levantando con orgullo su linda frente.

— Estoi segura que él te quiere hace tiempo.

— ¿Quién te lo ha dicho? preguntó con vivo interés Leonor.

— Nadie, pero se conoce a primera vista.

Vencida su natural reserva, Leonor refirió a su prima la historia de su amor que hemos visto gradualmente desenvolverse i crecer en su pecho.

Habló con feliz memoria de todas sus conversaciones con Martin, como éste las habia contado a Rafael San Luis, sin omitir ninguna circunstancia, ni aun las impresiones que habia sentido al creer a Rivas enamorado de otra.

—¡Ah! ¿tambien estás celosa?

—Celosa no; pero si supiese que amaba a otra, tendria bastante fuerza de voluntad para olvidarle.

—Por lo que me cuentas, repuso Matilde, nunca se ha atrevido él a hablarte de su amor.

—Nunca.

—¿Ni tú le has dejado comprender nada?

—¿No sé; tal vez alguna palabra mia le dé qué pensar; pero puedo volver atrás el dia que quiera.

—¡Pobre Martin! exclamó Matilde despues de un breve instante de silencio. En tu posicion puedes ser mas compasiva con él.

—¿Te parece?

—Darle a entender que le quieres, ¿qué te haria perder?

—Te advierto que es orgulloso i tal vez no habla por orgullo.

—O por delicadeza: tú le conoces mejor que yo.

Esta observacion dejó a Leonor pensativa. Al cabo de algunos instantes miró el reloj: eran las dos de la tarde.

Satisfecha su curiosidad, Matilde habia vuelto de nuevo a su asunto favorito i hablaba de Rafael

cuando entró doña Francisca con un nuevo vestido para su hija.

Dejarémos a Matilde admirar el vestido con su madre para seguir a Leonor, que se despidió de ellas, subió al elegante coche de su familia que la esperaba a la puerta i dió orden de tirar para su casa.

Al bajarse del carruaje vió en el zaguan a una criada de mala catadura, con una carta en la mano, que preguntaba por don Martin.

Leonor entró sin que aquella criada llamase de un modo particular su atencion; mas no sin pensar i decidir que la carta vendria de Rafael San Luis o de otro amigo.

El criado del zaguan llevó la carta a Martin que se encontraba en el escritorio de don Dámaso.

Martin abrió la carta i leyó lo que sigue, despues de la fecha:

« Ud. es mi único amigo, i como me lo ha dicho
« varias veces, confio en su palabra. Por eso me
« dirijo a Ud., cuando los que pudieran aconse-
« jarme me abandonan o me persiguen. En mi
« pesar, vuelvo los ojos al que tal vez tenga pala-
« bras de consuelo con que secar el llanto que los
« llena, i por eso quiero confiarle, Martin, lo que
« me sucede. Mi madre quiere casarme con Ricardo
« Cartaños que me ha pedido. Estaba tan léjos de
« pensar en eso, que hasta ahora no sé lo que me

« pasa. Ud. siempre me ha manifestado amistad i
« me aconsejará en este caso, contando con que
« siempre se lo agradecerá su amiga.

« EDELMIRA MOLINA. »

Martin leyó dos veces esta carta, sin adivinar que la sencilla naturalidad de sus frases, escritas con intenciones que encontrarán mas tarde su esplicacion, encerraba un mundo de tímidas esperanzas.

Llamó al criado despues de la segunda lectura.
¿Quién trajo esta carta? le preguntó?

—Una niña que dijo que volveria por la *contesta*, respondió el sirviente, con la casi imperceptible sonrisa que usan los de su clase para manifestar a sus amos que saben bien de lo que se trata.

—Bueno, ahora te daré la contestacion, dijo Martin.

El criado salió de la pieza i Rivas escribió lo siguiente:

« Edelmira:

« Mucha sorpresa me ha causado su carta i la
« agradezco infinito la confianza que Ud. me manifiesta. Proviene mi sorpresa de las mismas
« causas que motivan la turbacion en que Ud.
« parece encontrarse, i me hallaba tan poco parado para dar mi opinion sobre un asunto de
« esta naturaleza que, a la verdad, nada acierto a

« decirle de un modo terminante i que encuentre
« satisfactorio.

« Me pide Ud. que la aconseje, sin pensar tal
« vez que es mui delicada la materia sobre que
« debo hacerlo. Ante todo confesaré que no puedo
« ser juez imparcial en el presente caso, porque
« cuanto pueda decirle se resentirá de la sincera
« amistad que la profeso. Si se me pidiera formar
« un voto por el porvenir de Ud., al punto lo for-
« maria tan ardiente i verdadero por su felicidad,
« que dejaria mi ánimo contento por la idea que
« todos abrigan que puede realizarse un deseo
« justo, pidiéndolo al cielo con entero fervor del
« corazon. Pero se trata de aconsejarla sobre un
« punto que puede decidir para siempre de su suerte
« i me falta decision para hacerlo. Nadie es mejor
« juez que uno mismo Edelmira, en asuntos como
« el que a Ud. la ocupa: consulte Ud. su corazon.
« El corazon habla mui alto en estos casos.

« Sí, fuera de esto, mis palabras tuviesen algun
« poder para calmar la afliccion de que Ud. me
« habla, o me hallase en la feliz situacion de poder
« prestarle algun servicio, no vacile Ud. en escri-
« birme, en honrarme con la confianza que me
« ofrece en su carta i en valerse de mí cuando
« crea que pueda serle de alguna utilidad.

« Su amigo afectísimo.

« MARTIN RIVAS. »

Cerró Martin esta carta i la dió al criado, con encargo de entregarla a la persona que debia venir por ella.

En la comida, se habló del próximo matrimonio que tendria lugar en la familia i gracias a la verbosidad de Agustin, pudo Leonor dirijir varias veces la palabra a Rivas en el curso de la conversacion jeneral.

Al salir de la mesa, Agustin tomó el brazo de su amigo i ámbos acompañaron a Leonor hasta el salon, endonde ella, como de costumbre, se sentó al piano, miéntras que los dos jóvenes se mantuvieron de pié al lado de ella.

—Hoi estuve con Matilde, dijo Leonor, como continuando la conversacion del comedor; no pueden Uds. figurarse lo contenta que está.

—Es natural, señorita, dijo Martin.

—Los franceses, añadió Agustin, dicen: *l'amour fait rage et l'argent fait mariage*; pero aquí el amor hace de los dos: *rage et mariage*.

—Creo que ahora es la niña mas feliz de Santiago, repuso Leonor.

—Por qué no la imitas hermanita, dijo Agustin: tú puedes ser tan feliz como ella cuando quieras, ¿no tienes dos elegantes enamorados?

Martin fijó en la niña una mirada profunda i palideció.

—¿Dos no mas? preguntó riéndose Leonor.

Con estas palabras la palidez de Martin cambió de repente en vivo encarnado.

—Cuando digo dos, replicó Agustín, hablo de los que mas te visitan, mi *toda bella*: ya sabemos que puedes elegir entre los mas ricos si quieres.

—¡Qué me importan los ricos! exclamó con desdenoso tono Leonor.

—¿Preferirías algun pobre hermanita?

—Quién sabe....

—No comprendes el siglo 'entónces: te compadezco.

—Hai muchas cosas que pueden valer mas que la riqueza, dijo la niña.

—Grave error, *ma charmante*; la riqueza es una gran cosa.

—¿I Ud. piensa lo mismo que Agustín? preguntó Leonor dirigiéndose a Rivas.

—Pienso que en ciertos casos puede ser una necesidad, contestó Martin.

—¿En qué casos?

—Cuando un hombre por ejemplo, considera la riqueza como un medio para llegar hasta la que ama.

—Pobre idea tiene Ud. de las mujeres, Martin, dijo la niña en tono sério: no todas se dejan fascinar por el brillo del oro.

—Si; pero todas *rafolan* por el lujo, exclamó Agustín.

—Me he puesto en el caso de un hombre oscuro i que aspire mui alto, repuso Martin con resolucion.

—Si ese hombre vale por sí mismo, replicó Leonor, debe tener confianza en hallar quien le comprenda i aprecie: Ud. es mui desconfiado.

Estas palabras las dijo Leonor levantándose del piano i en circunstancias que Agustin se acababa de alejar.

—Desconfio, dijo Martin, porque me encuentro tan oscuro como el hombre que he puesto por ejemplo.

—Ya vé Ud. que para mí, le contestó la niña con voz conmovida, la riqueza no es una recomendacion i hai muchas como yo.

Hubiérase dicho que Leonor tenia miedo de oir la contestacion de Martin, porque se alejó al instante de pronunciar estas palabras.

Rivas la vió desaparecer, con el corazon palpitante como el que, en sueños, vé realizada su felicidad i despierta al asirla. Cuando la niña hubo desaparecido, su imaginacion se engolfó buscando el sentido de lo que acababa de oir.

En ese momento entraba un criado de casa de don Fidel Elías preguntando por Leonor a quien entregó un papel que contenia solo estas palabras :

« Ven a verme, necesito de tí. Creo que voi a volverme loca de dolor. Te espero al instante.

Tu prima.

MATILDE. »

Para conocer los sucesos que dieron origen a esta carta, acaecidos despues de la salida de Leonor, debemos volver a casa de don Fidel Elías, en donde dejamos a Matilde con su madre.



XLI

Poco despues que salió Leonor del salon en donde dejaba a doña Francisca i a Matilde, llegaron Rafael, don Fidel Elías i don Pedro San Luis.

Miéntas que los dos últimos hablaban con la dueña de casa, Matilde i Rafael se retiraron junto al piano, a cual se sentó la niña i con distraida mano principió a tocar miéntas hablaba con su amante.

En esa conversacion habitaron por un momento los castillos en el aire que los amantes dichosos edifican donde quiera que miren ; hablaron de ellos, únicamente de ellos, cual cumple a los enamorados, seres los mas egoistas de la creacion ; repitiéronse lo que mil veces se habian jurado ya, i se quedaron, por fin, pensativos, en muda contemplacion, absorto el espíritu, enajenada de placer el alma, palpitando a compás los corazones i perdida la imaginacion en la felicidad inmensa que sentian.

Ese cielo limpio i sereno del amor feliz, esa atmósfera transparente que los rodeaba, se turbaron de repente. Una criada entró en el salon i se acercó al piano.

— Señorita, dijo en voz baja al oído de Matilde, una señora desea hablár con Ud.

— ¡Conmigo! dijo la niña, despertando del dorado sueño en que se hallaba mirando a su amante.

— Sí, señorita.

— ¿Quién és? Prégúntale que quiere.

La criada salió.

— ¿Quién me tiene que buscar a mí? dijo Matilde, engolfando otra vez su mirada en los enamorados ojos de Rafael.

La criada regresó poco despues que Matilde acababa de pronunciar aquellas palabras.

Matilde i Rafael la vieron venir, i se volvieron hácia ella.

—Dice que se llama doña Bernarda Cordero de Molina, fueron las palabras de la criada.

Hubiérase dicho que un rayo habia herido de repente a San Luis, porque se puso lívido, miéntras Matilde repetia con admiracion el nombre que habia dicho la criada.

—Yo no conozco a tal señora, dijo, consultando con la vista a Rafael.

Este parecia petrificado sobre su silla. El golpe era tan inesperado i con tal prontitud acudieron a

su imaginacion todas las consecuencias de la visita anunciada, que la sorpresa i la turbacion le embargaban la voz. Mas no embargaron del mismo modo su espíritu, que al instante calculó lo angustiado de la situacion en que se veía. Dotado, empero, de un ánimo resuelto, vió que era preciso salir del trance por medio de algun golpe decisivo, i aparentando ese fastidio del que por algun importuno se vé precisado a dejar una ocupacion agradable, dijo a Matilde.

—Mándele decir que vuelva otra vez.

La niña notó la palidez de San Luis i la turbacion que pugnaba por disimular.

—¿Qué tiene Ud.? le preguntó con amante solícitud.

—¿Yo? Nada absolutamente.

—Pregunta a esa señora que qué es lo que quiere, dijo Matilde, volviéndose a la criada.

—Si dice, señorita, que tiene que hablar con su merced.

La niña volvió indecisa a consultar la vista de Rafael i éste repitió lo que habia dicho.

—Qué vuelva otra vez.

—Dila que estoi ocupada, que vuelva despues, repitió Matilde a la criada.

Esta salió del salon.

— Cuando ménos será alguna viuda vergonzante, dijo la niña con un sonrisa.

—Puede ser, contestó el jóven tratando tambien de sonreirse.

En aquel momento encontrábase Rafael en situacion parecida a la de una persona nerviosa que espera la detonacion de una arma de fuego: respiraba con dificultad i hacia esfuerzos para percibir todo ruido que viniese del exterior. Con inmensa inquietud calculaba el tiempo que la criada emplearia para llegar i dar a doña Bernarda la respuesta que llevaba; lo que esta objetaria i lo que la criada o doña Bernarda tardarian en llegar al salon. Esta última hipótesis, nacia en el turbado espíritu del jóven del conocimiento que tenia del carácter tenaz i resuelto de doña Bernarda.

Así pasaron cinco minutos de mortal angustia para Rafael i de inesplicable silencio para Matilde, que buscaba en sus ojos la continuacion del idilio que, un momento hacía, cantaban con el alma.

Abrióse por fin la puerta del salon i los espantados ojos de Rafael vieron entrar a doña Bernarda, haciendo saludos que a fuerza de rendidos eran grotescos.

Matilde i los demas que allí habia la miraron con curiosidad. La niña i su madre no pudieron prescindir de admirarse al ver el traje singular con que la viuda de Molina se presentaba.

Preciso es advertir que doña Bernarda se habia ataviado con el propósito de parecer una señora, a

las personas ante quienes habia determinado presentarse. Sobre un vestido de vistosos colores, estrenado en el recien pasado diezicho ne setiembre, caía, desjando desnudos los hombros, un pañuelo de espumilla, bordado de colores, comprado a lance a una criada de una señora vieja, que lo habia llevado en sus mejores años. Sin sospechar que aquel traje olía de a luego a jente de medio pelo, doña Bernarda entró convencida de que le bastaria para dar a los que la viesen una alta idea de su persona. A esto agregaba sus amaneradas cortesias para que viesen, segun pensaba en su interior, que conocia la buena crianza i no era la primera vez que se encontraba entre jentes.

—¿Quién será esta señora tan rara? preguntó en voz baja Matilde a Rafael.

Este se habia puesto de pié i con semblante demudado i pálido, dirijia una estraña mirada a doña Bernarda.

—¿Cuál será doña Francisca Encina de Elias? preguntó ésta.

—Yo, señora, contestó doña Francisca.

—Me alegro *del* conocerla, señorita, i este caballero será su marido ¿no? Aquella es su hijita, no hai que preguntarlo: pintadita a su madre. ¿Cómo está don *Rafael*? A este caballero lo conozco pues, como no: hemos sido amigos. Vaya pues, me sentaré porque no dejo de estar cansada. ¡Los años,

pues, misiá Panchita, ya van pintando: como ha de ser! La demas familia ¿buena?

—Buena, dijo doña Francisca, mirando con admiracion a todos los circunstantes i sin esplicarse la aparicion de tan estraño personaje.

Los demas la contemplaban de hito en hito con igual admiracion a la que en el rostro de la dueña de casa se pintaba.

—¿Qué es loca? preguntó Matilde a Rafael.

I al dirigirle la vista, notó tal angustia en las lividas facciones del jóven, que instantáneamente sintió oprimírsele con inesplicable miedo el corazón.

Doña Bernarda entre tanto, viendo que nadie la dirigia la palabra i temiendo dar prueba de mala crianza si permanecia en silencio, lo rompió bien pronto.

—Yo pues, señora, dijo, le he de decir a lo que vengo. Para eso hice llamar a su hijita, porque a mí no me gusta meter bulla. Entre jente cortés las cosas se hacen calladito. Lo niña, pues, me mandó decir con una criada que volviese otro dia: eso no era justo pues, ya estaba aquí yo i como soi vieja i mi casa está léjos, por poco no he echado los bofes. Dejante que he *sudado el quilo* en el camino ¿cómo me iba a volver a la casa, así no mas, con la cola entre las piernas i sin hablar con nadie? Qué acaso vengo a pedir limosna? Gracias a Dios, no

nos falta con qué comer. Con que me dije: ya es tiempo, ántes que se casen, i me vine, pues.

Aprovechó una pausa doña Francisca, en la que doña Bernarda tomaba aliento, para preguntarla:

— I a qué debo señora el honor de esta visita?

— El honor es para mí, señora, para que Ud. me mande. Se lo iba a decir, pues, estaba resollando. Me dicen que Ud. va a casar a su hijita. ¡Pero vean, si es pintada a su madre!

— Asi es señora, contestó doña Francisca.

— I con ese caballero ¿no es cierto? repuso señalando a Rafael doña Bernarda.

Rafael hubiera querido hundirse en la tierra con su desesperacion i su vergüenza.

— Señora, dijo con acento de despecho a doña Bernarda, ¿qué pretende bacer Ud?

— Aquí, a misia Panchita se lo vengo a decir.

— No debia Ud. permitir que siga hablando sus locuras esta mujer, dijo Rafael a doña Francisca.

— ¿Locuras nó? exclamó con la vista colérica doña Bernarda : allá verémos pues si son locuras. Vea señora, añadió volviéndose a doña Francisca, digale a la criada que llame a la muchacha que me espera en la puerta con un niño. Veremos si yo hablo locuras.

— Pero señora exclamó don Fidel, tomando un tono i ademán autoritarios. ¿Qué significa todo esto?

— Está claro, pues, lo que significa, replicó

doña Bernarda. Uds. van a casar a su niña con un hombre sin palabra. Van a verlo pues.

Levantóse rápidamente de su asiento i se dirigió a la puerta.

— Peta, Peta, gritó: ven acá i trae al niño.

Todos se miraron asombrados, ménos Rafael que se apoyaba al piano con los puños crispados i colérico semblante.

Entró la criada de doña Bernarda trayendo un hermoso niño en los brazos.

— Vaya pues : aquí está el niño, exclamó doña Bernarda. Que diga pues don Rafael si no es su hijo. ¡ Que diga que tiene palabra i que no ha engañado a una pobre niña honrada!

— Pero señora, dijo don Fidel.

— Aquí está la prueba pues; repuso doña Bernarda. No dice que yo hablo locuras? aquí está la prueba. Niegue pues que este niño es suyo i que le dió palabra de casamiento a mi hija.

Profundo silencio sucedió a estas palabras. Todos fijaron su vista en San Luis que se adelantó temblando de ira el medio del salon.

— He pagado con cuanto tengo a su hija, exclamó i asegurado como puedo el porvenir de esta criatura : ¿ qué mas pide?

Matilde se dejó caer sobre un sofá, cubriéndose el rostro con las manos i volvieron a quedar todos en silencio.

— A ver pues, señora, dijo doña Bernarda, yo apelo a Ud., a ver si le parece justo que porque una es pobre vengan, así nos mas, a burlarse de la jente honrada. ¿Qué diria Ud. si, lo que Dios no permita, hicieran otro tanto con su hija? A cualquiera se la doi tambien. Aunque pobre una tiene honor i si le dió palabra ¿por qué no la cumple, pues?

Nada podemos hacer nosotros en esto, señora. dijo don Fidel, miéntras que don Pedro San Luis se acercaba a su sobrino i le decia :

— Me parece mas prudente que te vayas : yo arreglaré esto en tu lugar.

Rafael tomó su sombrero i salió dando una mirada a Matilde que ahogaba sus sollozos con dificultad.

Don Pedro San Luis se acercó entónces a doña Bernarda.

— Señora, la dijo en voz baja, yo me encargo del porvenir de este niño i del de su hija : tenga Ud. la bondad de retirarse i de ir esta noche a casa : Ud impondrá las condiciones.

Ora fuese que doña Bernarda diese mas precio a la venganza que por espacio de tantos dias habia calculado, que a la promesa de don Pedro; ora que, posesionada de su papel, quisiese humillar con su orgullo plebeyo el aristocrático estiramiento de los que con promesas de dinero trataban de acallar su voz, miró un instante al que así le hablaba i ba-

jando despues la vista, dijo con eternecido acento.

— Yo no le he pedido nada a Ud., caballero : vengo aquí porque creo que esta señora i esta niña tienen buen corazon i no han de querer dejar en la vergüenza a una pobre niña que ningun mal les ha hecho i a este anjelito de Dios , que quieren dejar guacho, ni mas ni ménos. Mas tarde, don Rafael puede casarse con mi hija, cuando se le pase la rabia i vea que no se ha portado como jente.

— Pero señora, dijo don Fidel, me parece que Rafael es libre de hacer lo que le parezca i Ud. debia entenderse con él.

— Yo sé bien lo que hago cuando vengo aquí, replicó con voz mas enternecida aun doña Bernarda. Lo que yo quiero saber, añadió dirijiéndose a Matilde i a su madre, es si estas señoritas consentirán en que mi pobre hija se quede deshonorada, cuando ellas tienen honor i plata, no como una pobre, que no tiene mas caudal que su honor.

¿Cómo no han de tener conciencia, pues, repuso despues de un prolongado sollozo, cuando ni una, que es pobre, haría una cosa así? ¡Ya le van a faltar maridos a esta señorita con lo donosa que es! Dios es justo, señorita, i los que son buenos, son buenos. ¿Para qué le digo mas? Yo se la doi a cualquiera i que meta su mano en la conciencia ¿se casaría cuando sabe que por su causa queda en

la vergüenza una pobre niña i una criatura como un guachito de los huérfanos?

Doña Bernarda terminó estos racionicios con la voz cortada por los sollozos, alzando los ojos i las manos al cielo i sonándose con estrépito al tiempo que repetia varias veces algunas de las palabras que acababa de decir.

— Vea señora, la dijo doña Francisca, en cuya romántica imaginacion habian producido un favorable efecto las razones alegadas por doña Bernarda. Ud. vé ahora no es posible decidir un asunto de tanta importancia : veremos a Rafael cuando se haya calmado i mañana o pasado decidiremos.

— Uds. lo han de ver pues, señoritas, contestó doña Bernarda i sobre todo la que se iba a casar creyendo que su novio era libre pues. Ya le digo no mas ¿que hará mi pobre hija a quien han engañado? Así es la suerte de las pobres i gracias a Dios que nuestra familia es buena i no tiene don Rafael nada que sacarle : el difunto Molina, mi marido, tenia su comercio i no le debia a nadie ni un Cristo.

— Todo se tendrá presente, dijo doña Francisca.

Bueno pues señorita : en Ud. confio. *Continúa* que en esto yo he andado como jente, pues que me dije : mejor es vir a ver a esas señoritas que vi-

ven engañadas, que no presentarse al juez i que el asunto ande en boca de todos. Qué culpa tienen ellas pues, para que tenga que aparecer su nombre en la casa de justicia? Si son señoras, pues que me dije, han de querer arreglarlo todo sin bulla i han de ser cristianas con la jente pobre pero honrada. Mas vale tener agradecidos que enemigos : en eso no hai duda i a una niña bonita i rica donde le faltó un novio, hai le vinieron ciento al tiro, lo que no les pasa a las pobres, a quienes las engañan cada i cuando hai ocasion.

— Bueno pues señora, trataremos de arreglar esto.

Volvió doña Bernarda, ya deshecha en llanto, a reproducir sus argumentos, teniendo cuidado de dar una forma mas precisa a las amenazas que acababa de insinuar con cierta maestría i manifestando que se hallaba dispuesta a seguir el asunto hasta en sus últimas consecuencias, con lo cual salió dejando a los que la habian escuchado en la mayor consternacion.



XLII

Matilde se arrojó en brazos de su madre con la voz embargada por los sollozos.

— Vamos, vamos, dijo don Fidel, espero que no tomarán Uds. a lo serio los desatinos de la vieja. Que hable cuanto le dé la gana. ¡Cómo podemos nosotros volverle el honor a su hija! ¿No le parece mi señor don Pedro?

El interés hablaba por boca de don Fidel en aquellas palabras. La idea de romper el ajustado enlace de su hija con Rafael le parecía deplorable considerando que de tal enlace dependía el arriendo del « Roble. »

— Yo hablaré ahora mismo con la señora i trataré de apaciguarla, contestó a su pregunta don Pedro San Luis.

— Me parece mui bien i le doi a Ud. las gracias. ¡Vaya con las ideas de la vieja! Estábamos bien,

que fuésemos nosotros, con una quijotería a reparar los estravíos de sus hijas. ¿Por qué no las cuida como debe, en vez de venir a quejarse de la seducción? Vean qué vestales tan.....

— Hijo, basta por Dios, exclamó doña Francisca, escandalizada de las máximas sociales que empezaba a esponer su marido delante de Matilde.

— ¡Qué hai pues! Yo sé lo que digo, replicó don Fidel, que se irritaba de cualquiera objecion de su mujer. Esa vieja es una loca i quién sabe qué mas. ¡Cómo si yo no conociera el mundo!

— Pero hijo, volvió a decir doña Francisca con elocuente ademan i mirada en que pedia a su marido respetase el dolor de su hija.

Mal juez era don Fidel, preocupado siempre con su arriendo del Roble, para conocer lo que hubiese herido el corazon de Matilde. Solo pensó en que la affixion de ésta provenia del temor de perder su novio i se acercó a ella, golpeándole cariñosamente un hombro :

— No se te dé nada hijata, la dijo : nadie te quitará tu marido.

Don Pedro San Luis aprovechó aquella interrupcion de la disputa matrimonial que ecababa de iniciarse, para asegurar de nuevo que coope-raría cuanto le fuese posible al arreglo de aquel asunto i despedirse.

Hallándose entónces don Fidel en el seno de los

suyos dió rienda a su verdadera preocupacion.

— Uds. dijo, dejan irse asi no mas a don Pedro : ya se vé; yo soi el que tengo que hacerlo todo en esta casa.

— ¿I qué podíamos hacer nosotras? preguntó indignada doña Francisca.

— ¿Qué podían hacer? ¡No es nada! Ser mas amables con él : repetir como yo que no haremos caso de esa vieja loca i hacerle toda clase de atenciones. ¡Bien quedábamos si se me escapase el arriendo!

— Yo no estoi para pensar en arriendos, replicó doña Francisca llevándose a su hija i dejando a don Fidel continuar sus reflexiones especulativas.

Matilde se arrojó de nuevo en brazos de su madre cuando se vió sola con ella. Se habian retirado al cuarto de la niña i allí pudieron ambas dar libre curso a su llanto.

— ¡Ah, mamá, quién lo hubiera creido! dijo Matilde levantando los ojos, anegados en lágrimas.

Un largo silencio siguió a esta dolorosa exclamacion, en que el pecho herido de la amante exhalaba el dolor de tan amargo desengaño.

Doña Francisca secó sus ojos i conoció que su deber era el infundir valor a su hija, cuyo primer abatimiento tomaba las proporciones de la desesperacion, a medida que su espíritu salia del anona-

damiento causado por lo cruel e inesperado del golpe que acababa de recibir.

— Vamos, hijita, la dijo prodigándola tiernos cariños, cálmate por Dios, todo podrá arreglarse.

— ¡Arreglarse, mamá! exclamó Matilde levantándose con una energía de que se la hubiera creído incapaz, ¡arreglarse! ¿i cómo? Cree Ud. como mi papá que lloro la pérdida de un marido? Es decir que yo no le amaba? Es decir que puedo amar aun al hombre que me hace creer que he sido siempre su único amor, cuando cansado tal vez de otro, viene a buscarme para quedar libre de los compromisos contraídos en otra parte? ¡Ah, que me importa un marido si lo que lloro es mi amor! Cuando perdí a Rafael la primera vez ¿me vió Ud. desesperarme como ahora? Sufri el golpe con valor, porque le creia digno de un sacrificio : me separaban de él ; pero nadie me hacia despreciarle. I ahora, ¡qué diferencia.....!

Los sollozos ahogaron su voz, que su produjo sonidos inarticulados, miéntras que la pobre niña llevaba las manos a su corazon que la oprimia el pecho con violentos latidos.

— No llores hijita, cálmate, fueron las únicas palabras que pudo proferir la madre, convencida de que en ese instante no habia consuelo alguno para mitigar tan acerbo dolor.

— Aun suponiendo que mi amor resistiese al

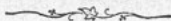
desengaño con que acaban de herirlo, repuso Matilde, tranquilizándose poco a poco, con los afectuosos cariños de su madre; suponiendo que yo pudiese olvidar lo que acabo de ver ¿podría vivir tranquila a su lado? Nadie tendria derecho de acusar mi egoismo i seria feliz sabiendo que por mí vivia sacrificada una niña infeliz, que no ha cometido mas falta que la de engañarse? No me engañaba yo tambien creyéndole que jamas habia amado a otra? Mire mamá: esto es horrible, cuanto mas pienso en ello veo que es un abismo sin fin. ¡No le amo ya: le aborrezco!

¿Quién puede asegurarme que no se ha casado con la madre de su hijo por falta de amor, sino tal vez porque era pobre? Quién me hará creer que no me preferia sino por la riqueza de mi papá?

Esta suposicion cruel, pareció arrojar un nuevo e inmenso dolor al pecho de la niña, que cesó de hablar, miró con ojos espantados a su alrededor i prorrumpió de repente en desesperados jemidos. En vano buscó doña Francisca las mas cariñosas palabras para templar su desesperacion; en vano la estrechó contra su corazon, conjurándola por su amor, a que no se abandonase a ese pensamiento. Matilde no la oia, no sentia sus halagos, no entendia el sentido de las palabras que llegaban a su oido. Conducida por la última idea que habia expresado, repasaba en la memoria las horas de su

amor, los juramentos, las dulces miradas, i esa idea la guiaba en el florido campo de los recuerdos, tronchando con mano impia las ilusiones que lo esmaltaban.

Algunas horas pasaron de este modo. Matilde hablaba a veces, siguiendo el hilo de sus reflexiones i caia luego en el violento pesar que cada idea nueva arrojaba, como pábulo, al fuego voraz de su creciente dolor. Este, como la felicidad, encuentra pequeño el recinto de un solo corazon amigo a que confiarse; por esto fué que Matilde, pareciéndole que su madre no alcanzaba a comprender lo que sentia, se acercó a una mesa i escribió a Leonor las pocas palabras que recibió ésta, despues de dejar caer, como vimos, una esperanza, en el alma de Martin.



XLIII

Media hora despues de recibir la carta de Matilde, llegó Leonor a casa de ésta acompañada por su padre.

Leonor entró a la pieza de su prima, de la que acababa de salir doña Francisca, i don Dámaso a la antesala, adonde al saber su llegada, vinieron don Fidel i su mujer.

En un largo abrazo permanecieron las dos niñas sin proferir una palabra, hasta que Leonor, que no acertaba a esplicarse la causa de la afliccion de Matilde, rompió el silencio.

— ¿Qué hai? qué tienes? preguntó. Tu carta me ha llenado de sobresalto.

Matilde, entónces, haciendo un esfuerzo para desechar el llanto que, a la vista de su prima, habia vuelto a sus ojos, la refirió mínuciosamente

la escena en que doña Bernarda Cordero habia sido la principal protagonista.

Leonor se quedó abismada con aquella revelacion i al compadecer a su prima, surgió en su espíritu la idea siguiente, que manifiesta el estado de su corazon.

— Tal vez Martin esté en amores con la otra : es tan amigo de San Luis!

— ¿Qué harías tú en mi lugar? preguntó Matilde, creyendo que su prima pensaba solo en su desgracia.

— ¿Yo?..... De veras Matilde que no sé qué decirte.

— Pero ponte en lugar mio ¿qué harías?

— ¿Podrías tú perdonarle? preguntó Leonor, sin dar a su prima la respuesta que la pedia.

— Podré perdonarle, contestó ésta; pero ya no podré amarlo.

— Es mui difícil aconsejar en estos casos, repuso Leonor.

— No te pido un consejo : quiero saber lo que tú harías en mi caso.

— Le despreciara.

— Es preciso que sepas que mi papá no quiere por nada romper este matrimonio.

— Entonces lo rompería yo, dijo Leonor con su característica resolucion.

— Es lo que yo haré tambien, dijo Matilde. Ya

no temo nada i toda la autoridad de mi papá no basta para obligarme a sufrir mas de lo que acabo de sufrir.

Quedaron en silencio algunos instantes i Matilde añadió.

—Cómo hacerlo? mi papá se negará a decirlo ni a él ni a su tio.

—Escribele entónces, dijo Leonor.

—Tienes razon, que todo se acabe de una vez, así nada podrá hacer despues mi papá.

Se sentó al lado de la mesa i tomó la pluma.

Al escribir el nombre de su amante, sus ojos se nublaron con lágrimas, que fueron a caer sobre el pliego en que habia puesto la mano.

—¿Qué le diré? preguntó a Leonor con voz apagada.

—No te precipites : piénsalo bien, respondió ésta.

—No, no, exclamó Matilde con enerjia, estoi perfectamente resuelta i nadie me hará cambian sobre esto.

—Creo que con pocas palabras basta.

Matilde se puso a escribir, alentada por la febril agitacion en que se encontraba. Al cabo de algunos minutos enderezó el cuerpo i leyo :

« Entre Ud. i yo, todo está concluido. Me parece inútil estenderme en esplicaciones sobre una reso-

lucion que está justificada con tan poderosos motivos en mi conciencia. Le escribo para evitar cualquiera otra esplicacion, que no estoi dispuesta a oir ni a leer.

MATILDE ELÍAS. »

—Con eso basta, dijo Leonor.

Matilde llamó a una criada i la recomendó llevar a su destino la carta sin que en casa sospechasen a qué salia.

Hecho esto se sentó al lado de su prima.

—Tenia necesidad de verte, la dijo, porque tú me das valor. Ya lo ves: no he vacilado ni temblado.

Con este esfuerzo pareció anonadada, pues ocultó su rostro i solo se vió su cuerpo ajitado por los sollozos.

—Aun es tiempo si quieres, la dijo Leonor: la criada no debe haber salido todavía.

—¡Qué! ¿crees que me arrepiento? no lloro por eso. ¡Todo se ha concluido!

Don Dámaso escuchó tambien la relacion de lo acaecido de boca de su hermana, con las consiguientes interrupciones hechas por don Fidel, que se preciaba de esplicar mejor el asunto.

—Bien lo decia yo, exclamó don Dámaso, que no olvidaba el peso de las manos de Rafael; ese mozo es un tunante.

—Pero hombre ¿quién no ha hecho otro tanto? replicó don Fidel. Son niñerías por las que todos han pasado.

—¡Jesus Fidel! qué principios! exclamó escandalizada su consorte.

—Mira hija, repuso éste en sentencioso tono, las mujeres no conocen el mundo como nosotros.

—Pero conocen la moralidad.

—¿I quieres decir que yo soi inmoral porque tengo filosofía? preguntó con ágrío tono don Fidel. Yo conozco el mundo mas que tú: que lo diga tu mismo hermano.

Don Dámaso, que era inclinado a tejer, valiéndonos de la espresion chilena, no solo en política sino en todos casos, dijo.

—Es cierto que muchos cometen esta clase de faltas: yo no lo niego.

—¿No ves? no ves? dijo don Fidel a su mujer. Cuando yo digo que conozco el mundo, es porque estoi seguro de ello. Lo de Rafael es un pecadillo insignificante i luego se echará en olvido.

—No sé que lo olvide tan pronto Matilde, contestó doña Francisca.

—Lo olvidará ¿qué no conozco yo a las mujeres? Dentro de dos dias ni se acuerda de tal cosa.

—Lo veremos, dijo doña Francisca.

—Lo verás; yo no me equivoco.

Miéntas don Fidel buscaba una caja de fósforos

para encender un cigarro, don Dámaso se acercó a su hermana.

—Lo que yo te aseguro, la dijo, es que ese muchacho no es bueno.

—I Matilde no lo perdonará, respondió doña Francisca.

—Mejor, hija, tanto mejor: ese hombre no puede hacerla feliz. En tu lugar yo me opondra ahora al casamiento.

—Pero tú debes ayudarme tambien, le dijo doña Francisca.

—Oh, cuenta conmigo, exclamó don Dámaso.

Volvió a donde ellos estaban don Fidel i poco rato despues don Dámaso hizo llamar a Leonor i se despidió con ella de su hermana i de su cuñado.

En la noche refirió Leonor a Martin el suceso de casa de don Fidel.

—La pobre Matilde, le dijo, es mui desgraciada i empiezo a creer que Ud. tiene fundamento para practicar su teoría de la absoluta indiferencia.

—Desgraciadamente, dijo Rivas, no siempre puede uno ser dueño de su corazon i esa teoría se queda casi siempre como tal sin poderse practicar.

—¿Ah? Ud. ha cambiado ya, exclamó Leonor: mucho poder tiene entónces la señorita Edelmira.

—No es ella, señorita, replicó Martin, la que ha echado por tierra mi propósito.

Leonor no quiso proseguir la conversacion, porque la sinceridad con que Martin habia hablado, destruia la sospecha concebida en casa de Matilde.

Al verla abandonar su asiento, las esperanzas que la conversacion de la tarde le habian dado, abandonaron a Martin.

—Siempre igual, se dijo. ¿Acaso co amará nunca?

Poco despues salió del salon i de la casa encaminándose a la de Rafael; pero Rafael no estaba en su casa.

—Salió hace una hora, le dijo su tia.

—Volveré mañana temprano, tenga Ud. la bondad de decírselo, dijo Martin despidiéndose de la señora.

En aquella misma noche, don Fidel fué a casa de don Pedro San Luis.

—Lo que conviene, le dijo despues de esponer sus teorías sobre la vida social, es hacer cuanto ántes este casamiento.

—Pues yo creo que debemos dejar que pase algun tiempo, a ménos que ellos mismos deseen otra cosa. Es preciso ver modo de arreglarnos con esta vieja que puede incomodarnos.

—Yo haré que los muchachos se vean mañana, repuso don Fidel, que en un aplazamiento del matrimonio veia solo la demora de su arriendo.

En este momento entró Rafael en la pieza. Los dos que conversaban no pudieron reprimir un mo-

vimiento de admiracion al verle. Su descompuesto semblante, el turbado mirar, la espresion estraña del saludo que les hizo i el aire de acerba melancolia con que se dejó caer sobre una silla, dejaron mudos por algunos segundos a don Pedro i a don Fidel.

Este interrumpió primero el silencio dirijiendo la palabra a Rafael.

—Cabalmente, le dijo, estábamos aquí con el señor don Pedro diciendo que lo que ahora conviene es apresurar el casamiento: yo hablo por la felicidad de mi hija ¿qué le parece?

—Es inútil, señor, contestó el jóven con vos apagada.

—¡Cómo inútil! exclamó, levantándose, don Fidel.

Rafael sacó una carta del bolsillo i se la pasó diciéndole.

—Lea Ud. i lo verá.

Don Fidel leyó con rapidez la carta de Matilde, que era la que tenia en sus manos. Doblándola exclamó:

—¡Bah, niñerías! Ud. sabe que su amor vale mas que estas palabras arrancadas por la sorpresa. Vamos juntos a casa i verá Ud. lo distinta que está.

—No, señor, jamas volveré, dijo con sombrío acento Rafael.

—¡Qué ocurrencia! Vea Ud., mi señor do Pedro, lo que son los enamorados: como el vidrio: por todo se trizan.

Don Pedro tomó la carta de manos de don Fidel i la leyó.

—La carta es seria, dijo.

—No conoce Ud. a las niñas, mi señor don Pedro, replicó don Fidel. ¿No vé Ud. que está claro que quiere que la rueguen? Que venga Rafael conmigo no mas i verá.

—Yo no iré, señor, dijo San Luis: esa carta, que al parecer ha escrito Matilde sin anuencia de Ud., me dice bien claro que todo está concluido.

—No puede ser: yo lo arreglaré todo. ¡Hacerle caso a una muchacha deschavetada! Estoy seguro que a esta hora está arrepentida de haber escrito.

—Doi a Ud. las gracias por su interes, díjole Rafael; pero le suplico que deje a Matilde en completa libertad. Si ella siente haberme escrito esta carta, lo dirá, porque sabe que yo volaria a ponerme a sus piés.

—Lo que yo quiero, dijo don Fidel, consecuente con su idea del arriendo, es que Uds. no olviden mi opinion en este asunto i mi deseo de ver a mi hija unida con Ud. Si por desgracia esto no sucediese, espero que Uds. sean testigos de mis esfuerzos i buena voluntad.

—¡Oh, nada tenemos que decir de Ud., exclamó don Pedro.

—A mí me gusta la formalidad en los negocios, repuso don Fidel i por eso es que cuando yo contraigo un compromiso no falto a él *ni por la pasión*.

—Yo tampoco olvidaré los míos, dijo don Pedro.

Estas palabras dieron a don Fidel un indecible bienestar, despues de la inquietud en que la carta de Matilde le habia puesto. Pensó que ellas encerraban la formal promesa de llevar adelante lo del arriendo, a pesar de lo acontecido, i miró todo lo demas como secundario.

Despues de arrancar, por medio de protestas enérgicas contra la falta de formalidad en los negocios, nuevas promesas referentes al Roble, salió don Fidel de la casa i regresó a la suya, con intencion de interponer su autoridad, a fin de asegurar mejor el arriendo por medio de una retractacion de Matilde de la carta que él acababa de leer.

Pero Matilde, como vimos, habia cobrado energía en su propio abatimiento, i aunque con lágrimas, supo resistir a la imperiosa voz de don Fidel que, salió de nuevo de su casa, consolándose con que el arriendo del Roble estaba casi asegurado.

Con la conviccion que llevaba de que sería imposible, a ménos de una violencia, llevar a cabo matrimonio, roto de tan estraño i repentino modo, se

encaminó a casa de don Dámaso, felicitándose de la previsora idea que acababa de nacer en su espíritu i que era preciso principiar a poner en planta

—Asegurar el arriendo i casar a Matilde con Agustin, pensaba en el camino, seria un golpe maestro.

Entró al salon i llamó aparte a don Dámaso.

—Lo que dije hoi delante de mi mujer no es lo que yo pienso, le dijo; pero es preciso hablar así porque de otro modo se valdrian de eso para meterme en un cuento: a mi pesar i por dar gusto a Matilde, que se había encaprichado, contraje compromiso con don Pedro San Luis; pero ahora todo ha cambiado.

—¿Cómo? preguntó don Dámaso.

Refirióle don Fidel lo de la carta de Matilde i la resolucion que su hija manifestaba.

—¡Magnifico! exclamó don Dámaso.

—Todo mi deseo es que sea mujer de Agustin, dijo don Fidel; pero como no quiera cotrariarla.....

—Puesto que ella misma desiste, la cosa es diferente.

—Es lo que yo pienso; pero será preciso dejar que pasen algunos dias.

—Ah, por supuesto.

Don Fidel se retiró aquella noche, dando gracias a doña Bernarda por lo que en la mañana calificaba de intempestiva visita.

XLIV

Con grande impaciencia esperó Martin la venida del dia siguiente. Su inquietud por la suerte de Rafael le quitó el sueño de aquella noche. A esa inquietud mezclábase tambien el desconsuelo en que le vimos quedar despues de su última conversacion con Leonor. I esas dos preocupaciones se dividieron durante largas horas el dominio de su espíritu, hasta que rendido por el sueño, se quedó dormido poco ántes de rayar el alba. Sin embargo de su largo insomnio, abandonó el lecho a la siete de las mañana i empleó como de costumbre dos horas en sus estudios.

A las nueve fué a casa de Rafael.

Las habitaciones de este estaban cerradas i golpeó a una puerta que daba al interior de la casa, ocupada por doña Clara, la tia de Rafael.

A los golpes se presentó la señora, que pocos momentos ántes habia llegado de la iglesia.

—¿Rafael ha salido tan temprano? preguntó Martin despues de saludar a doña Clara.

—¿Qué no sabe lo que pasa? contestó la señora, juntando las manos con aire consternado ¡Rafael se nos ha ido!

—¿A dónde? preguntó con ansiedad el jóven.

—A la Recoleta Francisca, respondió la señora con un ademan en el que al traves de la pesadumbre se notaba alguna satisfaccion.

—¡A la Recoleta! repitió Martin. ¿Cuándo?

—Esta mañana mui temprano.

—¿I por qué ha tomado tan violenta determinacion?

—¿Entónces Ud. no sabe nada?

—Supe ayer lo ocurrido en casa de don Fidel Elias.

—Bueno pues; despues de eso Rafael recibió una carta de la niña: le decia que no pensase mas en ella i que sé yo que mas. ¡Pobrecito! Si Ud. le hubiese visto! Lloró anoche como un niño chico. ¡Qué llorar por Dios! Me partía el alma!

—¡Pobre Rafael! dijo Rivas con verdadero pesar.

—El pobrecito me lo contó todo anoche. ¡Jesus, hijito, como viven los jóvenes ahora! Por eso, vea, no he sentido tanto que se haya ido a la Recoleta. Si es preciso reconciliarse con Dios. ¡Cómo querer ser feliz tambien i vivir de ese modo!

La sencilla piedad de la señora impresionó el corazón noble de Martín; pero quiso defender a su amigo.

—Ud. sabe como pensaba él ahora i lo arrepentido que vivia de su falta.

—Así es hijito, pobre Rafael, dijo la señora en cuyos ojos asomaron las lágrimas.

—Hoi iré a verle, dijo Martín levantándose de su asiento.

—Me ha dicho que es inútil: no recibirá a nadie. Luego como si la viniese un recuerdo añadió:

—Ah, se me olvidaba: me dejó una carta para Ud.; aquí la tengo.

Entregó la señora una carta cerrada a Rivas i éste se despidió de ella para leerla en su casa. Al llegar le entregó el criado otra carta.

—Esa niña del otro día la trajó i va a volver por la contesta, le dijo con una semi sonrisa de inteligencia.

Rivas subió a su habitacion i abrió la carta de Rafael San Luis, dejando sobre la mesa la que el criado acababa de entregarle.

La de San Luis decía lo siguiente:

« Querido Martín:

Cuando mañana vengas a buscarme, te explicaré mi tia la resolución que he tomado. Es de noche, i en el silencio puedo meditar mejor sobre el terrible suceso de este día. ¡La he perdido! ¡Te pintaré mi

dolor? No podría hacerlo. Recordarás que un día, leyendo la vida de Martin Lutero, le juzgué pusilánime porque el terror que le causó la muerte de un amigo, a quien hirió un rayo al lado suyo, le hizo entrarse de fraile. Ese juicio era la vana jactancia de la juventud que hablaba por mi boca. Tú que le absolvías, comprenderás el trastorno de mi espíritu al recibir el golpe que me anonada. ¡Es un rayo del cielo! Me ha venido a herir en mi amor, en medio del corazón, quemando hasta las raíces de la esperanza, el último de los bienes efímeros con que el hombre atraviesa la vida. Solo una vez, al lado del cadáver de mi padre, que espiró en mis brazos, he sentido en el alma un hielo como siento ahora: es la conciencia del abandono en que quedo; de la horfandad eterna de un corazón sin amor, que solo con amor se sustentaba; de que nada en el mundo podrá ya consolarme!

Solo tres líneas, Martin, son las de su carta; pero tres líneas que han corrido como lava ardiente por mi pecho, devastándolo todo ménos mi amor inmenso. En pocas palabras, sin fórmula ninguna que mitigue su aspereza, ella me arroja a la frente su desprecio aterrador. Nada que hable de un pasado de ayer, palpitante todavía, se advierte en esas líneas; nada que haga esperar el perdón que todas las almas nobles, como un destello de Dios, guardan para nuestras miserables flaquezas. Ella,

con un corazon de ànjel, con el alma bañada de divina pureza, me desprecia, Martin i me aborrece. ¿Cómo luchar contra esta horrorosa conviccion? Hasta hoi creia yo que mi voluntad era capaz de hacer frente a todos los contrastes i era porque no contaba con éste, porque creia que perder la vida era lo mas temible que pudiese amenazarme i contra la muerte me sentia con valor.

Algunas horas he pasado Martin, reflexionando como he podido, en lo que debo hacer. Una idea volvia a cada instante a mi espíritu con increible tenacidad. ¡Es un castigo de Dios! ¿Qué derecho tengo yo, en efecto, de aspirar a la felicidad, cuando he pisoteado sin compasion la de otro ser inocente i débil? Si la justicia del cielo interviene a veces en las faltas del mundo, debo olvidar la moral acomodaticia con que nos acostumbramos a burlarnos, por torpes pasiones, de lo que hai sobre la tierra de respetable, i postrarme de rodillas ante el fallo justiciero de Dios. El peso de esta verdad, que casi maquinalmente repiten en las iglesias desde lo alto del pùlpito, hiere el espíritu en la desgracia i aterroriza el alma que, en medio de la dicha, las oyera con descuidado fastidio. Cedo, pues, al peso de esa idea: su fuerza me priva de la mia.

Pero no creas que, llevado de la impresion de tan tremendo pesar, voi a consagrar mi vida a la penitencia, atándome a un claustro con votos indi-

solubles. Quiero buscar la calma en el silencio; quiero con ejemplos de virtud fortalecerme; quiero ver si es posible borrar su imájen querida de mi pecho; si es posible llorarla como si ella hubiese dejado de existir. Despues, cuando el tiempo haya tranquilizado mi ánimo i convertido en llevadera melancolía el atroz dolor que me desgarras ¡quién sabe lo que haré! He vivido tanto en mi amor, que, por lo demas, apénas me conozco: por esto ni aun puedo preveer mi resolucion.

No creas tampoco que he dejado de pensar en Adelaida. Ni a ella ni a su madre, puedo culpar de mi desgracia: las perdono i ojalá ellas lo hagan conmigo. Podria, bien lo sé, reparar a los ojos del mundo mi falta i devolverla su honra que he mancillado; pero, tú no lo ignoras, Martin: no la amo. Seria una union monstruosa que no podria tener otro término que un suicidio i esto tambien la haria desgraciada. Conozco que podria darla mi vida; pero no la felicidad. En fin, esto tal vez puede pensarse mas despacio.

En mi retiro no recibiré a nadie; ni aun á ti! Te escribiré cuando sienta la necesidad de hacerlo. Mi tía queda encargada de recibir mis cartas i mandarme las que me dirijan. Un padre, amigo antiguo de mi familia, me ha facilitado este retiro: él será mi consejero.

Tu amigo, RAFAEL SAN LUIS. »

Martin dejó caer sobre la mesa la carta de San Luis i apoyando la frente en una mano, se entregó a las tristes meditaciones que aquella lectura le sugería.

Le llamaron a almorzar cuando pensaba todavía en la desgracia de Rafael i había olvidado lo otra carta que al llegar había recibido. La tomó ántes de salir i bajó al comedor. Al atravesar el patio abrió aquella carta i solo tuvo tiempo de leer la firma : era de Edelmira Molina.

Para explicarla, ántes de hacerla conocer, debemos retroceder al día anterior en que Edelmira había dirigido a Martin la primera carta que ha visto ya el lector.

Vismos que Edelmira, despues de la última conferencia con doña Bernarda, en la que por temor a ésta había convenido en casarse con Ricardo Castaños, se despidió de las cartas que se entretenía en escribir a Rivas i que guardaba con el cariño que por toda ilusion tienen las almas apasionadas. La perentoria exigencia de su madre, despertaba a la niña de aquel sueño de amor, en el que, como ella, tantos se mecen forjándose un porvenir venturoso. Pero a fuerza de acariciar esa ilusion, Edelmira había llegado poco a poco a mirarla como una posibilidad. Lo que al principio la parecía una locura, llegó a convertirse en esperanza con la porfiada meditacion i con la vehemencia que des-

plegó su corazon al entregarse al melancólico placer de amar en silencio al que representaba el ideal forjado de antemano en su mente. En este estado de *crystalizacion*, valiéndonos de la pintoresca teoría sobre el amor, de Stendhal, Edelmira pensó que, obligarla a dar su mano a otro, era arrancarla violentamente su querida esperanza, sin darla siquiera tiempo para tratar de realizarla. Su voluntad protestó en silencio contra esta violencia hecha a su amor tambien silencioso. De semejante protesta al deseo de burlar la opresion del poder que la motivaba, no habia mas que una línea de distancia. De aquí su resolucion de escribir a Martin, resolucion que nada tiene de irregular, si se piensa en la educacion que habia recibido Edelmira i en la clase social a que pertenecia. Bien que en esta clase tenga el recato femenino los mismos instintos que en la elevada i culta de la sociedad, los hábitos de vida, de que hemos prescenciado algunos cuadros, van poco a poco venciendo esa timidez pudorosa que, como una ave asustadiza, se despierta en la mujer entregada a sus propios instintos en la vida del corazon. Méno culto entre la jentes de medio pelo, el lenguaje galante debe naturalmente vencer por la fuerza del hábito la susceptibilidad del oido i lo mismo tambien la impresionabilidad del corazon. Los desgremos del picholeo i la cruda fraseología amorosa, dan a las mujeres de

esta jerarquía social diversas ideas sobre las relaciones del mundo que las que, desde temprano, se desenvuelven en el espíritu de las niñas nacidas en lo que llamamos buenas familias. Por esto fué que Edelmira, aunque mas culta que la mayoría de las de su clase, no halló nada de extraño en el medio que la ocurría para sondear los sentimientos de Rivas. Este paso, por otra parte, se dá en todas las clases sociales, aunque con distinta forma, siempre que el corazon es fogoso i alimenta un amor solitario; pues hai momentos en que cualquiera mujer tiene fuerza para vencer su timidez i buscar en el corazon del hombre a quien ama un éco a la poderosa voz del sentimiento que abrasa el suyo.

Vimos que la primera carta que Edelmira dirigió a Rivas, podia solo considerarse como el desahogo que todos buscan en un corazon amigo cuando se encuentran bajo el peso de algun dolor. Al leer la contestacion de Martin, vio que habia en ella tan sinceras espresiones de amistad, que mui bien podia su espíritu dominado por una idea, interpretar en el sentido de su preocupacion. Así fué que aunque Edelmira no se atrevió a decirse que Rivas velaba la espresion de su amor con palabras de consuelo amigable, lo pensó por lo ménos vagamente i recibió con ellas ademas un gran consuelo, porque esas palabras la ofrecian un apoyo en caso necesario para llevar adelante su resolu-

cion de no obedecer a su madre en aquella circunstancia.

Alentada con el buen éxito del primer paso, se resolvió por consiguiente a dar el segundo i escribió a Martin la carta que le vimos abrir cuando se dirigía al comedor, en donde se ballaba la familia de don Dámaso.

En la mesa se habló poco, pues don Dámaso quiso respetar la amistad que Martin tenia a San Luis en gracia de los servicios que le prestaba Rivas como encargado de sus negocios. Mas al salir del comedor. Agustin llamó a Rivas que iba a entrar al escritorio, mientras que Leonor se sentaba delante de un bastidor en el que habia un bordado.

— ¿I qué *devendra* Rafael con esto? preguntó el elegante, encendiendo un cigarro puro i ofreciendo otro a Martin.

— Se ha ido esta mañana mui temprano a la Recoleta, dijo Rivas.

— ¡Es romántico eso! Le compadezco de todo mi corazon, exclamó Agustin.

— Me dejó una carta : está desesperado, añadió Martin.

— No comprendo esa desesperacion, dijo Leonor, cuando podia distraerse con otros amores como lo ha hecho ya.

— Hermanita, hai amores i amores, repuso Agustin, es necesario no confundir.

— ¡Ah! no sabia, replicó Leonor.

— Se puede amar por gusto i por pasion, continuó el elegante.

— Lo que veo, dijo Leonor mirando fijamente a Rivas, es que no hai hombre capaz de amar.

Rivas protestó con una mirada, miéntras que Agustin exclamaba.

— ¡Ah! por ejemplo, *mi toda bella*, estás en el error. Sin hablar de Abelardo, cuya tumba he visto en el Père Lachaise de Paris, hai una *fula* de otros que han pasado la vida a amar.

— Ud., que se calla, pensará lo mismo, aunque lo piense en español, dijo Leonor a Rivas.

— Creo, señorita, contestó Martin, que Ud. juzga a los hombres con mucha severidad.

— ¿I el ejemplo de su amigo San Luis no justifica mi opinion? preguntó la niña.

— Pero hai escepciones, replicó Martin.

— ¡Cómo no! dijo Agustin; hai escepciones: allí está, como he dicho Abelardo en el Père Lachaise, sin contar el resto.

— ¡Escepciones! decia al mismo tiempo Leonor sin cuidarse de su hermano i dirijiéndose a Martin. ¿En dónde están? Cómo puede una conocerlas?

Fíate a mí para eso hermanita, dijo el elegante: yo los conozco: Martin es del número.

— ¡Ah! ¿Ud. se cuenta entre las escepciones? le

preguntó sonriéndose Leonor, miéntras que Rivas sentia encendérsele las mejillas.

— Señorita, contestó este, hai cosas en que parece que uno puede elojarse a sí mismo sin sonrojo i esta es una de ellas : creo que puedo considerarme entre las escepciones.

— Ud. cree ; pero no está seguro.

— Mui seguro, contestó Martin , enviando a la niña tan ardiente mirada, que ella tuvo que bajar la vista sobre el bastidor.

—¿ Es decir Martin, que estás enamorado ? le preguntó Agustin. Veamos, cuéntanos eso, amigo mio :

— ¡ Vas a obligarle a mentir ! exclamó Leonor, dominando con una sonrisa la turbacion con que habia dado algunas puntadas en el bordado.

— ¿ Por qué, señorita ? preguntó Rivas en el mismo tono de broma.

— No querrá Ud. comprometer a la que ame, repuso Leonor.

— Desgraciadamente no alcanzo a comprometerla, replicó el jóven con resolucion : está colocada tan alto respecto de mí, que mi voz no puede llegar a ella, añadió, aprovechando el momento en que Agustin se habia parado para botar en el patio su cigarro.

— Hablando fuerte se oye desde léjos, le contestó Leonor con una sonrisa que disimulaba mui mal su turbacion.

— En ese caso repuso el jóven, cuando Ud. me pregunte lo mismo que Agustín, no mentiré.

Leonor bajo la frente sobre el bordado i Agustín volvió a su asiento.

Pocos momentos despues Martin entró al escritorio de don Dámaso, i pasó un largo rato sin acordarse de la carta de Edelmira que tenia en el bolsillo.



XLV

La respuesta de Leonor acababa de abrirle un nuevo horizonte, en el que paseó Martin su imaginacion con la porfiada avidez del que concibe la primera esperanza de encontrar correspondancia a su amor. El cuento de la muchacha que se entretiene en formar castillos en el aire cuando se dirige al pueblo vecino a vender su cántaro de leche, pinta perfectamente el fulgor de esas primeras esperanzas del amor, muchas de las cuales se desvanecen como los castillos de la muchacha, que rodaron por el suelo con su cantáro, Felizmente para Rivas, no hubo nada en aquella ocasion que nublaste el horizonte en que su imaginacion bordaba las deliciosas escenas de la dicha realizada. Las palabras de Leonor, la turbacion que las habia acompañado, la espresion de sus ojos, todo le ayudada en su venturoso devaneo.

Solo al cabo de media hora recordó Martin que tenia en su poder una carta que no habia leído.

Abrióla i leyó lo que sigue:

« Querido amigo:

Mucho me ha consolado su amable carta i le doi por ella las gracias. Ud. es mi único confidente, porque los de mi familia no me prestarian ahora ningun apoyo contra lo que me amenaza, de modo que al ofrecirme Ud. su amistad, ahora que estoi triste i sin amigos ni hermanos con quienes poder contar, me hace Ud. un gran servicio. Mas se lo habria agradecido si me hubiese dado el consejo que en mi otra carta lo pedia. Repasando en la memoria lo que le dije, para ver por qué no me da Ud. ese consejo que tanto necesito, veo que debo ser mas franca con Ud. i como Ud. es mi amigo, se lo diré todo. Mi repugnancia por el casamiento a que quiere obligarme mi madre, no es solo porque no tengo cariño ninguno por Ricardo, sino por otra razon ademas, que me cuesta decírselo a Ud. sobre todo i es que mi corazon no está libre i no podria nunca ser dichosa sino con el que amo con toda mi alma. Ya con esto podrá Ud., Martin, aconsejarme, porque el tiempo se vá pasando i a cada momento me encuentro mas triste con esto i ménos me conformo con tener que casarme con quien no quiero.

Dispénseme si lo incomodo, pero no tengo mas amigo que Ud. i nunca lo olvidará su afectisima.

EDELMIRA MOLINA. »

—¡Pobre muchacha! dijo Rivas, tomando papel para contestar a su carta.

Por su respuesta podrá inferirse el grado de exaltacion que sus ideas tenian despues de su reciente conversacion con Leonor.

«Querida amiga:

¿Ama Ud. i se considera desgraciada? No encuentra Ud. en su alma bastante enerjía para resistir? Busque su fuerza en ese mismo amor i la encontrará poderosa. Cuando creí que solo se trataba de vencer lo que podria tal vez ser solo un capricho, a trueque de asegurarse el bienestar, creí que debia limitarme a ofrecer a Ud. mi amistad, evitando tener parte en una determinacion que iba a influir en su porvenir; pero Ud. ama a otro «con toda su alma» i me pregunta si por obedecer a su madre, habia de abandonar ese amor i dar su mano a quien no puede dar su corazon. Creo, por mi parte, tan exclusivo al amor, tan austero el culto que le debemos cuando es puro, que considero una debilidad el oprimirlo bajo el peso de una obediencia cualquiera. Sus leyes ademas, no pueden impunemente burlarse en la vida, i a quien no le guarda

su fé, no puede guardarle el porvenir mas que lágrimas i desconsuelos. ¿Por qué no se arroja Ud. a los piés de su madre i le habla en nombre de su corazon? Ella ha sido jóven tambien i la comprenderá. Si Ud. no tiene valor para esto, mándeme llamar i yo hablaré con ella. Mi amistad hácia Ud. es tan sincera que creo tendria poder para ganar su causa i ablandar un corazon que no aspira talvez mas que a la felicidad de sus hijos.

Por otra parte, Edelmira, un amor como el que creo sea Ud. capaz de sentir, debe encontrar su fuerza en su inocencia i abandonar el misterio.

El corazon de una madre es el santuario mas puro en que pueda Ud. conservar su reliquia hasta poderla presentar a los ojos de todos. Tenga Ud., pues, confianza en ella i no marchite con lágrimas una pasion que debe formar el orgullo de las almas nobles como la de Ud., por no vencer una timidez que, despues de atacada, mirará Ud. como una quimera.

Me pide Ud. que la dispense. ¿De qué? Yo solicito su confianza, la exijo en nombre de nuestra amistad. ¡Ojalá que el ser depositario de sus secretos, me dé algun título para servirla como lo deseo, para contribuir a su felicidad como ardientemente lo anhelol

Disponga siempre de su amigo afectísimo.

MARTIN RIVAS.»

Edelmira recibió esta carta en la tarde de manos de la criada de su casa, de quien habia tenido que valerse para entablar su correspondencia con Martin. Las teorías que en pocas palabras desenvolvía el jóven, sobre el amor, encendieron el alma de Edelmira, haciendo en ella brillar el fuego de una verdadera pasión. Pensó que el corazón de aquel hombre era un tesoro i lo deseó con avidez. Las formas sentimentales de un capricho romántico cobraron en su meditacion las proporciones exajeradas de un bien que era preciso adquirir a toda costa; i con tal convicción, la hipótesis de que las palabras de amistad encubrían la delicada espresion de un amor que buscaba una esperanza, llegó poco a poco a convertirse en su espíritu casi en certidumbre.

Engolfada en esa dulce expectativa del que no quiere tocar aun la realidad aunque espere encontrar en ella la realizacion de sus deseos, Edelmira dejó pasar algunos dias sin escribir.

Durante estos dias Leonor no habia ofrecido al jóven ninguna ocasion de renovar las escenas de reticencias en que algunos enamorados campean por cierto tiempo ántes de dar el ataque decisivo. Para consolarse, Martin habia trabajado con teson en los negocios de don Dámaso, que poco a poco descansaba en él de todo el peso de sus tareas comerciales. Tambien ocupaban gran parte de su tiempo los estudios que habia un tanto descuidado

i siguiendo la práctica de los estudiantes chilenos, tenia que recuperar con grandes esfuerzos de aplicacion el tiempo perdido ántes del 18 de setiembre, época en que los alumnos de los colejos dan por terminada la holganza voluntaria, para consagrarse a los exámenes del fin del año. Además de estas ocupaciones, Martin, hallaba tiempo, en su calidad de enamorado, para hablar de su amor en largas cartas escritas a Rafael San Luis. En ellas repetia el eterno tema de su amor, con la infinita variedad de formas de que la imaginacion sabe revestir las impresiones que una misma causa produce i que el corazon sabe a su vez multiplicar con inagotable fecundidad.

Pero los dias pasaban sin que Rafael le contestase.

Por fin, al cabo de diez dias, el criado le entregó una carta con la sonrisa que indica ba su procedencia. Era de Edelmira.

«Su carta, le decia, me ha consolado; pero apesar de lo que estimo su consejo, nunca me atreveré a hablar a mi madre como le hablo a Ud. Le confesaré que le tengo miedo i creo tambien que ella me recibiría mal, pues le gusta que la obedezcan sin responder, sobre todo despues de lo que ha pasado con la Adelaida.

Me dice Ud. que encontraré fuerzas en mi propio amor i es cierto que las encuentro para deci-

dirme a sufrirlo todo ántes que casarme contra mi gusto; pero no hallo mas fuerza que esa, pues no me atreveré a confesar a mi madre que amo a otro. Tal vez me sucede esto por una cosa que no le dije en mi otra carta, i es que amo sin ser correspondida i no sé si lo seré algun dia. Muchos dias he dejado pasar sin escribirle por no molestarlo i porque no me atrevia a hacerle la confesion que le hago ahora. Al fin es preciso que Ud. lo sepa todo, ya que conoce mi corazon como yo misma.

Espero que Ud. me ayude siempre con sus consejos. Le aseguro que este es mi único consuelo i lo único que me da valor en la afliccion en que me veo; con lo que pasa el tiempo i llega el dia en que tendré que contestar a mi madre.»

Esta carta de Edelmira, a la que como a las otras hemos tratado de conservar su forma, purgándolas solo de ciertas faltas que harian incómoda su lectura, hirió profundamente la sensibilidad de Rivas, porque halló gran analogía entre su situacion i la de la niña con respecto al amor. Ella i él alimentaban en efecto una pasion huérfana i no tenian mas placer que engalanarla de esperanzas. Esta analogía le hizo simpatizar mas aun con la suerte de Edelmira.

«Creía Edelmira, le contestó, que la suerte de amar sin esperanza no podia caber a la que, como Ud., es bella i tiene un noble corazon, cuyo amor

puede enorgullecer a cualquiera. Despues de su confesion ¿qué puedo decirle? Ni aun me atrevo a preguntar el nombre del que ignora su felicidad, ignorando que Ud. le ama. Pero estoi seguro que es un hombre digno de Ud., capaz de comprenderla i de abrigar en su pecho un tesoro como el que Ud. le consagra. ¿Me equivoco? No lo creo, i con esta persuacion solo puedo aconsejarle que guarde intacto su amor porque él será la salvaguardia de su pureza. No sé por qué, tengo un presentimiento que el cielo reserva alguna recompensa a los que saben conservar tan hermoso sentimiento sin desalentarse en su virtud.

« Entre tanto, creo que Ud., a pesar de su timidez, debe formar la resolucion de confiar este secreto de su corazon a su madre. El dia en que Ud. tenga que decidirse definitivamente no está lejano i mejor es prevenir los ánimos con tiempo en vez de causarles una sorpresa que puede ser fatal para Ud. Para apoyar este consejo la repetiré mis ofertas anteriores: disponga Ud. de mí i crea que tendré una satisfaccion infinita en hacer algo que contribuya a su dicha. »

Edelmira dió un hondo suspiro al leer esta carta. Habia recorrido ya en las tres anteriores las faces distintas de su plan i llegado a la necesidad de nombrar al que amaba. Aunque vagamente, como

antes lo dijimos, creia que alguna frase de las respuestas de Martin, o algun incidente imprevisto, de aquellos que siempre esperan los enamorados, estos creyentes ciegos en la casualidad, la daría ocasion oportuna de revelar a Martin por entero el secreto que a medias le confiaba. Pero aquellas respuestas habian destruido su ilusion i la casualidad no habia realizado tampoco los imposibles que cada cual exige de ella. ¿Qué hacer? Un largo suspiro fué su respuesta a esta triste pregunta: Las cartas que mil veces leia la revelaban que Martin poseia un corazon noble i ardiente. ¡Qué miraje para una niña enamorada! ¿No era esto divisar un pedazo del Paraiso sin poder tocar ninguna de sus flores? Edelmira las vió lucir sus gallardas coloras, mecerse al soplo de las brisas embalsamadas i enviarla sus perfumes envueltos en sus pliegues fugaces. Esos perfumes la dieron los vértigos ardientes del insomnio, durante el cual esa pregunta ¿qué hacer? se presentaba como el ángel con su espada flamíjera para arrojarla de ese paraiso. Su imaginacion se estrelló por una parte con su natural recato i por otra con su firme resolucion de resistir a su madre, de manera que tras un largo i agitado insomnio, no imaginó otro medio de salvacion que el de entregar al tiempo su destino.

Una circunstancia contribuyó entónces para hacerla insistir en esta resolucion. Ricardo Castaños

propuso a doña Bernarda retrasar el día del casamiento hasta que hubiese obtenido el empleo de capitán que el jefe del cuerpo le había ofrecido: la propuesta se elevaría a fines de noviembre i podía fijarse para el enlace a mediados de diciembre.

Edelmira comunicó a Martín esta feliz noticia en una carta a la cual Rivas contestó felicitándola, pero repitiendo su consejo de comunicar a doña Bernarda el secreto de su amor, si Edelmira no desistía de su propósito de resistencia. Pero la niña recibió este consejo con las objeciones de antes i volvió a confiar al tiempo la solución de aquel problema.

Adormecidos sus temores en tan infundada confianza, despertólos un día el mismo Ricardo, anunciando que la propuesta para su ascenso estaba hecha i sería despachada al cabo de cuatro o seis días. La conversación en que Ricardo había dado esta noticia tuvo lugar el 29 de noviembre: quedaban por consiguiente pocos días para los preparativos del matrimonio, fijado para el día 15 del siguiente. Con esto volvieron para Edelmira las angustias de la lucha desesperada entre el temor a su madre i su aversión al joven Castaños, que creía que con tres galones en la bocamanga ofrecía un imperio a su desdeñosa querida. Edelmira vió que había esperado en vano del tiempo i que era preciso abrazar un partido decisivo, so pena de tener que dar su mano i renunciar a la dicha para siempre.

XLVI

Sin considerarse enteramente feliz durante aquel tiempo, Rivas habia engañado su impaciencia i alentado a veces su enerjia con su decidida contraccion al estudio i a los trabajos del escritorio de don Dámaso. Con gran placer anunció a su familia a principios de diciembre el feliz resultado de sus exámenes que le dejaban libre hasta el año siguiente, anunciando a su madre que por razones de economía le era forzoso renunciar al viaje que durante las vacaciones podria emprender para ir a verla.

Pero ademas de esta causa, su amor era lo mas poderoso que le fijaba en Santiago, pues le parecia que la ausencia le haria perder hasta la posibilidad de ser amado, que Leonor le dejaba entrever de cuando en cuando.

Hemos visto como esta niña habia ido poco a poco acostumbrando su orgullo al amor de un

hombre que ocupaba una posicion social tan inferior a la de los que con mayores exigencias cada dia solicitaban su mano. Vencido ese orgullo, quedàbala todavía la desconfianza, hija de ese mismo orgullo, que la infundía temores sobre el amor de Martin, de cuya sinceridad dudaba a veces, porque no podia esplicarse bien la timidez del jóven a quien veia en todos los demas actos de su vida desplegar serenidad i decision. De aquí su reserva, que se avenia mal con la franqueza i resolucion que la caracterizaban; de aquí tambien su designo de no avanzar demasiado en la senda por que marchaba, hasta no tener datos irrecusables acerca del amor de Rivas. Sin comprender la delicadeza del jóven, que jamas se habia aventurado a sacar partido de las diversas ocasiones en que hubiera podido declaràrsele, Leonor se contentaba con conversaciones como las que conocemos i con hablar continuamente de su amor, a Matilde Elias. Matilde recibia las confidencias de la que habia sido depositaria de sus esperanzas i lo era ahora de su desdicha, sin desalentarla jamás con el pesar de su desengaño, queriendo pagar de algun modo a Martin los lijeros servicios que le debia.

Todos en la familia habian admirado el valor con que Matilde sobrellevó el peso del golpe que habia destruido tan rápida como inopinadamente su felicidad. Algunas palabras de ella, dichas a Leonor,

esplicaban la entereza que nadie habia esperado en la débil i tímida criatura, a quien el menor sentimiento hasta entónces abatía.

—Si hubiese conservado aprecio por Rafael, nada me habria consolado; pero, perdonándole su engaño, no lloro su pérdida, sino mi amor que se muere.

Llevaba, en efecto en su corazon en luto de su amor i el perdon del que lo habia desgarrado.

—Martin, decia otras veces a Leonor, tiene un corazon recto que aborrece el engaño: él mismo condena la conducta de Rafael. Si alguna vez te dice que te ama, puedes creerle mas que el juramento de cualquiera otro.

Con la llegada del verano se hacian los preparativos para salir al campo, en casa de don Dámaso. Habíase convenido que Matilde acompañaria a su prima durante la permanencia de la familia de Leonor en una hacienda de su padre, vecina a una costa bastante visitada por la jente de Santiago en la estacion de baños.

Esto daba ocasion para que Martin escribiese a San Luis una larga carta, hablándole de sus alegres expectativas con motivo de este paseo.

« Habrá una pieza para nuestros trabajos, me ha dicho don Dámaso, le escribia, i en las horas restantes podré verla. Tal vez recorreremos juntos algunos lugares que si no son pintorescos, yo

tengo en mi imaginacion con que engalanarlos. I luego, mi querido amigo, en esos dias de confianza i de tranquilidad, cuando Leonor, entregada a sí misma, tenga esos arranques de locura infantil que tuvo en nuestro paseo al campo de Marte, ¿no crees que pueda presentarse una ocasion de decirla cuanto la amo, de hablarla del culto que la profeso desde tanto tiempo? Todo esto me desvanece, i apénas puedo contener los latidos del corazon, al que con tanto ahinco he querido, pero en vano, enseñar a dominarse: ella lo manda i mis lecciones se pierden en el ruido de su pasion. »

El destino, sin embargo, reservaba mui duras pruebas al que tan alegres proyectos se entretenia en formar.

Dijimos que el dia prefijado por doña Bernarda para el casamiento de Edelmira con Ricardo Castaños, era el 15 de diciembre.

El 14 resolvió Edelmira acudir a todo su valor i se arrojó a los piés de su madre, pidiéndola, en nombre del cielo que no la obligase a dar su mano a quien no podia amar.

—¡Miren si será lesa! exclamó doña Bernarda, levantando las manos al cielo, allá quisieran todas tu suerte. ¡No te digo pues! Vean qué desgracia: la quieren casar con un capitan de policía i a la señora le parece poco! Harémos pues, que enviude algun comandante para que te lo traigan.

— Pero mamita, yo no puedo ser feliz con ese hombre, dijo la angustiada niña.

— Si pues, como eres adivina, sabes que no vás a ser feliz : quieres saber mas que tu madre. Si no lo quieres, lo has de querer despues ; para eso será tu marido. Yo no he de salir a la calle a buscar con quien casarte, ni has de estar toda la vida viviendo a mis costillas, que algun alivio le han de dar a una sus hijas. Yo tampoco queria al difunto Molina cuando nos casamos, i harto que lo quise despues i no quiero que me hables mas de esto i yo mando aquí.

En vano buscó Edelmira el apoyo de Amador, porque éste se negó a interceder en su favor.

— Mi madre lo quiere, la respondió, i no hai santo que la apee de lo que se le mete en la cabeza. Déjate de lesuras, ¿qué mas quieres que un capitan ?

La terquedad de los de su familia hizo de nuevo pensar a Edelmira en el único sosten con que podia contar. Volvió la vista hácia Rivas.

Si todos me abandonan, pensó tomando una pluma, él me salvará.

Era presa Edelmira en aquel momento de los ajitados vaivenes de la desesperacion : parecíale verse ya conducida al altar por Ricardo, hajo la mirada imperiosa de doña Bernarda i diciendo adios para siempre a la paz del alma i a su casto amor a Martin. Ese cuadro habia sido su pesadilla durante cerca de dos meses, pero ahora tomaba ya

las formas de la realidad i nadie se ofrecia para poder huir de los que la ataban a su horrible destino.

Bajo estas impresiones escribió a Martin, refiriéndole las inútiles súplicas que habia hecho a su madre i a su hermano. Le pintaba su desesperacion con la elocuencia de la verdad, i recordando sus repetidas ofertas de servirla, le pedia su apoyo para poner en ejecucion un plan que habia imaginado i que era el único que podia salvarla. Su plan se reducía a huir de la casa materna i asilarse en la de la tia de Renca que habia hospedado a su hermana, cuando habia tenido que ocultar sus amores a doña Bernarda:

« Esa tia, continuaba la carta de Edelmira, tiene gran poder con mi madre i le ha prestados muchos servicios sobre todo de dinero, porque tiene en Renca una chacra bastante grande ; así es que mi madre no le niega nada. Hubiera podido pedir a mi tia que viniese a Santiago, pero ademas que no quiere venir nunca, porque enviudó aquí i queria mucho a su marido, mi madre le habria hablado, miéntras que viendo la resolucion que tomo i el paso que doi, ella me defenderá. Como es mucho mas jóven que mi madre, se ha criado con nosotras como hermana i nos quiere mucho estoi segura que me recibirá mui bien. »

A estas esplicaciones agregaba Edelmira las protestas de una resolucion irrevocable i pedia a Martin que la proporcionase un carruaje para el dia

siguiente a las siete de la mañana, hora en que, so pretesto de confesarse, iria a la iglesia de Santa Ana con la criada de su casa.

Recibió Martin esta carta al dia siguiente de haber escrito a San Luis, hablándole de sus proyectos de viaje al campo con la familia de don Dámaso. Despues de suplicar a Edelmira que pesase bien la resolucion que le anunciaba, la decia en su contestacion.

« Si Ud. persiste, mañana el carruaje estará pronto a la hora i en el lugar que Ud. me indica. Permítame entónces que no la deje a Ud. abandonada a merced de un cochero i que la acompañe a casa de su tia. Será para mí una felicidad el prestarla este servicio. Ud. puede salir de la iglesia a la hora convenida i me encontrará allí : tome Ud. para esto las precauciones que crea convenientes i sobre todo no me prive de la satisfaccion de acompañarla.»

Edelmira besó esta carta, cuando estuvo sola en la noche, i se guardó de comunicar a nadie sus designios. A fin de hacer con mas libertad sus preparativos de viaje, esperó que Adelaida i todos los de su casa estuviesen entregados al sueño. En esos preparativos, su primer cuidado fué el de arreglar en un paquete, atado con una cinta, las cartas de Rivas, que formaban su tesoro.

Despues se acostó a meditar en su suerte i esperar la hora del dia siguiente en que debia dirijirse a la iglesia.

XLVII

A las seis i media de la mañana del siguiente dia, salió Edelmira de su casa con la criada i llegó poco despues a Santa Ana.

En la plazuela de esta iglesia se veía un coche de posta, a cuyas varas habia un caballo, que tenia por la rienda un postillon montado en otro de la conocida raza de Cuyo a que tambien pertenecia el de varas.

El postillon, haciendo de cuando en cuando sonar su *revenque*, entonaba *sotto voce* una tonada popular con voz nasal i monótona.

Edelmira sintió un temblor involuntario al ver el carruaje en que debia efectuar su fuga, i sin advertirlo se detuvo un momento a contemplarlo.

Parece que el aspecto de Edelmira i de su criada despertó el humor galante del postillon, que interrumpió su tonada para decirlas :

— ¿Qué buscan esos luceros? Aquí me tienen para servilas.

— *Pa qué* se apura si *naide* lo necesita, le contestó la criada.

Edelmira salió de su contemplacion con aquellas palabras i dirigió sus pasos hácia la puerta del templo.

— Adios, exclamó el postillon viéndolas marcharse; se ván i me dejan a oscuras, ¡tanto rigor con tan bonitos ojillos!

— I él, tan *fresco* que lo han de ver, replicóle la criada, mientras que Edelmira, asustada con aquel diálogo, apretaba el paso.

Pocos faltaban a la niña i a su criada, para llegar a las gradas do losa delante del frente de la iglesia, cuando se presentó Rivas, que sin duda desde algun punto vecino espiaba la llegada de Edelmira.

Esta se puso lívida al divisarle tan cerca i se detuvo turbada.

Martin aparentó sorpresa de aquel encuentro, para evitar las sospechas de la criada i exclamó :

— ¿Ud. por aquí señorita a estas horas?

Edelmira respondió con voz balbuciente i apartándose de la criada, a quien parecian no haber disgustado las galanterías del postillon, hácia el cual volvía la vista con frecuencia.

— ¿Ya vé Ud. que soi puntual? dijo Martin a Edelmira en voz baja. ¿Está Ud. resuelta?

Edelmira miraba a su interlocutor como si hubiese olvidado en aquel instante el miedo que tenia i los pesares que habian enflaquecido su rostro,

— Mui resuelta, le contestó.

— I me permite Ud. que la acompañe?

— ¿Por qué va Ud. a incomodarse por mí? le preguntó ella con acento triste.

— Eso corre de mi cuenta, replicó Martin i como la dije en mi carta, no consentiré en dejarla a merced del cochero a quien no conozco.

Esta observacion sobre el cochero hizo gran fuerza en el ánimo de Edelmira, asustada ya con las galanterias que el postillon acababa de dirijirla.

— Además, añadió Rivas, Ud. me ha dado derechos de amistad que me tomaré ahora la confianza de hacer efectivos : léjos de ser para mí una incomodidad el acompañarla, es un placer.

Edelmira oia con arrobamiento las cariñosas palabras del jóven en quien casi únicamente habia pensado durante el último tiempo.

— ¿No tiene Ud. bastante confianza en mí? preguntó Rivas.

— Oh, dijo ella, en Ud. mas que en nadie.

— Entónces voi a esperarla en el coche. Como Ud. vé, puedo perfectamente estar allí sin ser visto.

— Yo trataré de salir lo mas pronto que pueda contestó la niña dirijiéndose a la iglesia.

La criada no vió aquel movimiento de su ama, porque contestaba con bizarria alfuego de ojeadas del galante postillon.

Al ver pasar a Martin, siguió no mui contenta a Edelmira que habia entrado ya a la iglesia.

— Espérame aquí, la dijo ésta señalándole un punto, yo voi a buscar al confesor, luego vuelvo.

Martin, entre tanto, habia entrado al coche i esperaba.

Edelmira tendió su alfombra delante de un altar i se puso de rodillas en oracion.

Despues de pedir al Cielo en ferviente plegaria, su proteccion i su amparo; despues de pedirle valor para el paso decisivo que iba a dar, se levantó, recojió la alfombra i fué a colocarse junto a un confesonario desde el cual podia ver a la criada que habia quedado esperándola.

La criada se entretenia mirando los santos de los altares i ocupada, como le está jeneralmente la jente de nuestro pueblo bajo, en no pensar en nada.

Aprovechóse entónces Edelmira de la distraccion de la criada para dejar el confesonario i dirijirse a la puerta de la iglesia observándola siempre.

Las devotas que principiaban a llegar, vestidas todas de basquina i manton como Edelmira, favorecieron su salida con su movimiento de idas i venidas al traves del templo, que miran la mayor parte de ella como su casa.

Edelmira se halló en la plazuela con el corazón palpitante i el cuerpo tembloroso. Como la mirasen con curiosidad los que pasaban i las que entraban a la iglesia, juzgó que era mas prudente obrar con resolucion i se encaminó directamente al coche.

Abrióse la puerta de éste, subió Edelmira i Rivas dijo al postillon.

—Marcha.

Los caballos, oyendo sonar el revenque, partieron a trote largo.

La criada de Edelmira, cansada ya de mirar los altares, miraba en ese momento al lego que andaba encendiendo algunas luces i pensaba que el postillon era mas buen mozo que el lego.

I parece que el postillon, que tan pronto habia cautivado la preferencia de la criada, ayudado de la instintiva malicia de la jente de nuestro pueblo, hacia caritativas suposiciones sobre la pareja que conducia, porque, improvisando una *variante* a una conocida cancion, entonaba, acompañándose con el revenque.

Me voi, pero voi contigo
Te llevo en mi corazón;
Si quieres otro lugar
Aqui en el coche *cabimos* dos.

Edelmira habia ocultado el rostro entre las manos i pugnaba por contener los sollozos que se agolpaban a su garganta.

Martin esperó que pasase un tanto aquella esplosion de un dolor que respetaba, i habló solo cuando vió mas tranquila a su compañera de viaje.

—Todavía es tiempo de volver, la dijo, ordene Ud. Edelmira, yo estoi a su disposicion.

—No crea Ud. que me arrepiento, contestó la niña, enjugando las lágrimas de sus ojos: lloro de verme obligada a salir de mi casa.

— Si Ud. tiene confianza en su tia, repuso Martin, espero que todo se arreglará como Ud. lo desea.

—Como yo lo deseo, no, dijo Edelmira, fijando sus ojos en Rivas con singular espresion; pero me libraré del casamiento.

— Lo demas puede venir despues.

—¡Quién sabe!

Esta exclamacion de desconsuelo fué acompañada de un suspiro.

— De manera que Ud. ama con pasion, dijo Rivas, vivamente interesado en el amor de Edelmira, al que, como dijimos, hallaba analogía con el suyo.

El rostro de Edelmira se cubrió de encarnado.

—No se lo dije en mi carta, pues, contestó bajando la vista.

—¿I sin esperanza? preguntó Martin.

—Sin esperanza, dijo la nina suspirando.

En ese momento se oia mas acentuada i clara la

voz del postillon que repetia, haciendo sonar el re-
venque :

Si quieres otro lugar
Aquí en el coche *cabimos* dos.
Cabimos dos guayayai.....

I su voz se confundia con la de los frutilleros que
a esas horas entraban a la capital a vender las mui
celebradas frutillas de Renca.

Edelmira i Martin se habian quedado en silencio,
oyendo la voz del alegre postillon.

—¿Se acuerda de haber oido esa cancion? pre-
guntó la niña.

—A su hermano, la noche que tuve el gusto de
conocer a Ud., respondió Martin; pero Amador no
la engalanaba con ese último verso.

—Vaya, tiene Ud. mui buena memoria.

—¿Qué Ud. habia olvidado esta circunstancia?

—¡Oh! no, me acuerdo mucho de eso noche :
mas todavia, me acuerdo de todo lo que hablé con
Ud.

—Talvez porque *él* estaria, dijo sonriéndose
Martin.

—¿Quién?

—El de que estábamos hablando.

—¡Ah! no : entónces no queria a nadie.

A pesar de la naturalidad de esta exclamacion,
habia tal tristeza en la voz de Edelmira, que Rivas
la dijo :

—Hasta ahora Ud: ha tenido confianza en mí ¿se arrepiente Ud. de ello?

—¿Yo arrepentirme! No.

—La dirijo esta pregunta porque querria poder servirla en todo.

—¿Qué mas quiere hacer por mí? Bastante se ha incomodado ya.

—Mas podria hacer tal vez, si Ud. me nombrase al que ama.

—¡No, no, exclamó con viveza la niña, nunca!

—¿Cree Ud. que le hago esta pregunta por curiosidad?

—No, pero.....

—Vaya, no insistiré; pera créame que no ha sido curiosidad, sino la esperanza de poder servirla.

—Se lo creo Martin: dispénsese si no le contesto; pero es imposible ahora, dijo con sentido acento Edelmira; i luego añadió, dando a su voz ese tono de afabilidad que empleamos con una persona a quien tememos haber ofendido: se lo diré despues ¿no?

—Dígamelo solo si cree que puede serla útil que yo lo sepa.

—Bueno.

—Pero podemos hablar de él sin nombrarle, repuso Martin, pensando que no podria haber ninguna conversacion mas agradable que aquella para Edelmira.

—Eso sí, contestó ella con una sonrisa.

Hablaron entónces alegremente. Con los recuerdos de su amor, Edelmira parecia olvidada de la situacion en que se hallaba, i pintó con sencilla elocuencia el nacimiento de esa pasion, sin explicar las causas que ella misma ignoraba. Martin era buen juez para apreciar el mérito del cuadro que la niña le trazaba i encontró rasgos de admirable verdad, que le pusieron frente con sus numerosos recuerdos de soledad i de amor.

Así llegaron a casa de la tia que, despues de oir las esplicaciones que la hizo Edelmira, prodigó a Martin delicadas atenciones.

—Si Ud. quiere hacer penitencia le dijo, quédese a almorzar con nosotras.

Rivas se prestó de buena gana i almorzó alegremente con Edelmira i su tia. En los platos que le presentaron; en la gran canasta de frutillas que esparcia su aromático olor por toda la pieza; en los muebles que la adornaban, en todo halló el jóven un aspecto agreste que ensanchó su corazon. En esta disposicion de ánimo aceptó la oferta que le hizo la viuda de un caballo ensillado pora dar un paseo, en el que Martin empleó dos horas, galopando a veces, deteniéndose otras para mirar un cercado, cualquier paisaje en el que con la imajinacion colocaba a Leonor, i él, a sus piés, olvidado del mundo, la hablaba de su amor estrechando sus lindas manos.

Al despedirse para volver a Santiago, Edelmira le acompañó hasta el coche.

—Mientras Ud. andaba a caballo, he cumplido mi promesa, le dijo dándole una carta; aquí vá el nombre que Ud. me preguntó en el camino.

Rivas tomó la carta i se despidió sin advertir la turbacion con que Edelmira se la habia entregado.

— No, no la abra que esté léjos, le dijo la niña cuando el coche iba a ponerse en marcha.

Rivas la hizo un nuevo saludo de despedida i partió.

El paseo que acababa de hacer a caballo i la satisfaccion de haber prestado un servicio a Edelmira, pusieron a Martin de mui buen humor. Reclinado en el coche, que caminaba con bastante rapidez, se entregó durante largo rato a las ideas que el proyectado viaje al campo con la familia de don Dámaso le ofrecia, i solo pensó en abrir la carta de Edelmira cuando se encontraba bastante léjos de la casa en que la habia dejado.

Esta carta decia lo siguiente:

« Martin :

Ya conoce Ud. la historia de mi amor, pués nada le he ocultado i verá por qué me atreví en el camino a decirle el nombre del que amo, cuando sepa que es el que he puesto al principiar esta carta.

EDELMIRA MOLINA. »

—¡ Yo ! exclamó Rivas con admiracion.

Luego, despues de leer la carta por segunda vez, dijo con verdudero sentimiento.

—¡ Pobre Edelmira !

Ya en lo restante del camino, solo pudo pensar en la revelacion del papel que tenia entre las manos i llegó a Santiago lleno de tristeza por haber sido, aunque involontariamente, la causa de la dificil posicion en que se encontraba Edelmira.

Dejó el coche en la plaza de Armas i se encaminó a pié a casa de don Dámaso Encina.

Al tiempo de subir a su habitacion, sintió la voz de Agustin que le llamaba desde su cuarto.

—Hombre, le dijo con viveza ¿de dónde vienes ?

—He estado fuera de Santiago ¿por qué me lo preguntas? contestó Rivas con inquietud.

Agustin cerró la puerta de su cuarto que daba al patio otro que comunicaba con las habitaciones interiores, i despues, acercándose a Martin, le dijo con gran misterio:

—Voi a contarte lo que ha pasado.



XLVIII

Para comprender lo que Agustin dijo entónces a Rivas, debemos averiguar lo que habia sucedido durante la ausencia de éste.

La criada con quien Edelmira llegó en la mañana de ese dia a Santa Ana, se habia quedado haciendo comparaciones entre el lego que prendia las velas de un altar i el galante postillon que tan finos requiebros habia dirigido a Edelmira o a ella.

La criada se inclinaba a creer que era ella la que habia cautivado al galante postillon, i ya dijimos que le hallaba mucho mas interesante que el lego que encendia las luces.

Pero como a poco rato se retiró éste, la criada no tuvo ya con quien establecer comparaciones, i se entretuvo contando los altares i luego las velas que cada uno tenia; i como al cabo de tres

cuartos de hora notó que no habia rezado, dijo algunas Salves i algunos Padre Nuestros.

Pasada una hora, se puso a pensar que no podia ser mui pequeño el número de pecados de Edelmira, cuando empleaba tanto tiempo en confesarse, i cansada de pensar en esto, dejó de pensar i se quedó dormida.

Una beata la despertó media hora despues, para preguntarla si habia pasado el Evangelio de una misa que se estaba diciendo a la sazon.

La criada se contentó con responder.

—No lo *hei* visto, no ha pasado por aquí.

La beata se retiró diciéndole: «Dios te guarde» i la criada dió varios bostezos.

Cansada de esperar, recorrió todos los confesorios i despues la iglesia en todas direcciones, mirando a la cara de las devotas que la ocultan debajo del manton.

No hallando a Edelmira en la iglesia, salió a la plazuela. Allí vió que Edelmira no estaba tampoco i notó con sentimiento la ausencia del amable postillon.

Volvió entónces mas de prisa a entrar a la iglesia i a mirar a las devotas que la calificaron de «*china* curiosa» i salió nuevamente a la plazuela llena de inquietud.

Lo primero que se vé en cualquiera plazuela de Santiago es algun individuo del cuerpo de Policía.

La criada se dirigió a uno que con su pito tocaba algunas variaciones terribles contra el oído de los transeúntes.

—¿Qué horas serán? le preguntó.

—Cuándo dejarán de ser las diez, pues, contestó el policial.

—¡Las diez, buen dar! exclamó la criada, echando a andar con gran prisa camino de la casa.

Eran como las diez i cuarto cuando llegó a esta, en donde doña Bernarda pedía con exigencia el almuerzo.

—¿I Edelmira? preguntó al ver entrar a la criada.

—Qué no llegó pues? dijo esta.

Se buscó en vano a Edelmira por toda la casa i despes de esto se reunió la familia para averiguar en donde podría encontrarse. Despues de mil suposiciones se esperó una hora: trascurrida esta hora la familia se sentó a almorzar i tras el almuerzo se esperaron dos horas mas, sin entrar en sospechas de que Edelmira hubiese podido fugarse.

Mas como Edelmira no llegaba, doña Bernarda llamó a la criada i la hizo referir el viaje a la iglesia, en cuya narracion la criada se manifestó turbada al omitir el encuentro de Edelmira con Martin. Esta turbacion despertó vagas sospechas en el espíritu de Amador, quien las comunicó a su madre, la que propuso el medio de las amenazas i aun de la violencia, para arrancar a la criada el

secreto de aquella ausencia, si acaso existia tal secreto.

—Estas *chinas* son hechas por mal, dijo sentenciosamente doña Bernarda, i así es preciso tratarlas.

En consecuencia, la criada compareció de nuevo ante el tribunal de la familia i a poco rato se halló envuelta en las redes que con bastante destreza la tendió Amador. Las amenazas acabaron esta obra, pues ántes de media hora, la criada habia referido todas las circunstancias de la escursion de la mañana.

—Madre, dijo Amador, cuando estuvo solo con doña Bernarda, no será mucho que ésta se haya arrancado con Martin.

—¡Dios la libre! contestó apretando los puños la señora, porque la mando derechita a la *currucion*.

Por este nombre designaba ella la casa de Correccion de mujeres.

En esas circunstancias llegó Ricardo Castaños, el que impuesto del suceso, fué de opinion de dirigirse a casa de don Dámaso, opinion aceptada por unanimidad de sufragios.

Amador i Ricardo llegaron a las tres i media de la tarde a casa del hiesped de Martin.

El criado les dijo que Rivas habia salido ántes de las siete de la mañana.

La hora era sospechosa, por lo cual los dos mozos se miraron.

— ¿Volvéremos? preguntó el oficial de policia.

— Mejor será que entremos donde el caballero i le contemos la cosa.

Este parecer prevaleció despues de un lijero debate, en el que Amador sostuvo su opinion con la esperanza de molestar a Martin, para vengarse de su participacion en los asuntos de Adelaida.

—Si él no anda en esto, dijo ¿qué andaba haciendo tan temprano por la iglesia? Qué casualidad tambien que llegase al mismo tiempo que Edelmira!

Esta reflexion despertó los zelos de Ricardo que, como si mandase cargar a su compañía contra el enemigo, dijo con resolucion.

—Adelante.

—Métale no mas, le contestó Amador, tomando la delantera.

Don Dámaso Encina estaba en su escritorio, leyendo un artículo de un periódico de oposicion.

Amador i el oficial le saludaron con gran cortesía, i el hijo de doña Bernarda tomó la palabra para decir el objeto de aquella visita.

—No creo que Martín sea capaz de tal cosa, dijo don Dámaso cuando Amador enunció sus sospechas, al terminar su relato.

—No lo conoce Ud. señor, replicó Amador; parece que no fuera capaz de quebrar un huevo, pero es todo lo contrario.

Don Dámaso llamó a su hijo para averiguar lo que supiese, delante de los dos mozos.

Agustin oyó la relacion del hecho i dijo:

—¡Es una *indignidad!* yo no lo creo.

—¿I a qué ha salido tan temprano Martin? replicó Amador.

—Se puede salir de *buena hora* sin ir por esto a robarse las muchachas, contestó Agustin, aprovechando la ocasion de burlarse del que le habia hecho sufrir, poco tiempo hacía, los padecimientos del finjido casamiento.

—No venimos aquí para que Ud. se ria, le dijo Ricardo Castaños amostazado.

—Digo lo que pienso, repuso Agustin i si es cierto que Rivas les ha quitado la niña, lo mejor será que Uds. la busquen por otra parte.

Don Dámaso interpuso su autoridad i declaró que si Martin tenia parte en aquella fuga, se haria justicia por el honor de la casa.

Con esto se retiraron Amador i el oficial.

—Papá estos quieren sacarle plata, dijo Agustin.

—Sea lo que quiera, contestó don Dámaso, el hecho es que no dejan de haber motivos para sospechar de Martin, i si fuese verdad, yo no permitiria que habitase en mi casa un jóven que dá tan mal ejemplo.

Ritiróse Agustin, dejando mui satisfecho a su

padre de haber manifestado entereza en aquel asunto i entró al cuarto de Leonor.

—Hermanita, la dijo ¿no sabes lo que pasa?

—No.

—Vienen a acusar a Martin de que se ha robado a Edelmira Molina ex-cuñada.

Leonor dejó caer un libro que estaba leyendo i se levantó pálida como un cadáver.

Agustin le refirió lo que acababa de oir en presencia de su padre.

—I tú ¿qué piensas de esto? le preguntó Leonor con afanosa inquietud.

—A fé mía, no sé demasiado qué pensar, respondió Agustin que, como hemos visto, creia hubiese amores entre Martin i Edelmira.

Leonor sintió un violento deseo de llorar, pero tuvo fuerzas para dominarse.

— Pero Martin me ha negado siempre que tenga amores con esa *muchacha*, exclamó dando un fuerte acento de desprecio a la palabra que subrayamos.

— Qué quieres, *mi bella*, cada uno tiene sus pequeños secretos en este bajo mundo.

— Esa es una hipocresía impardonable, volvió a exclamar Leonor, con mal reprimida cólera.

— Hipocresía, hermanita, *tanto que tu quieras*; pero es preciso pensar que el pobre muchacho es hombre, despues de todo.

—¿I por qué niega entónces los amores que tiene?

— ¿Por qué? *¡el bello asunto!* No todas las verdades son para dichas, bella hermanita.

Leonor se dejó caer sobre el sofá en que la habia encontrado Agustin.

— Observo, añadió éste, que no eres indulgente con ese pobre Martin, que nos ha *rendido* buenos servicios : eso no es bueno, hermanita ; así no se podrá hacer un proverbio que seria bonito : « El corazon de la mujer es todo jenerosidad. »

— ¡I qué digo yo! exclamó Leonor impaciente.

— No sé ; pero veo que tratas este asunto tan *seriosamente*.....

— Te equivocas, Agustin, repuso la niña con serenidad bien finjida; ¡qué me importa a mí todo esto!

Esos servicios de que hablas tú son los que me hacen sentir lo que pasa, porque papá i mamá no pueden mirar esto con indiferencia.

— Ah! así me gusta oírte : hablas como un libro. Te iba a castigar fumando aquí un prensado, pero te perdono.

I salió Agustin del cuarto de Leonor, encendiendo un gran cigarro puro al entrar en su habitacion.

Pocos momentos despues llegó Rivas a quien Agustin llamó como vimos ántes.

— Voi a contarte lo que ha pasado, le habia dicho, despues de cerrar con aire de misterio las dos puertas de su habitacion.

— A ver, dijo Rivas sentándose.

— Amador i el *amoroso* de Edelmira *vienen de salir* de casa.

— ¿Sí? preguntó Martin, cambiando lijeramente de color.

— Han venido a quejarse a papá de que tú les has robado la niña.

— ¡Miserables! exclamó Rivas entre dientes.

— Lo mismo he dicho yo : es preciso confesar que la queja es *plaisante*. Pero te he defendido con calor, por ese lado no te inquietes i te aseguro que se fueron furiosos. Lo que resta que hacer es quitar toda sospecha a papá.

— ¿I para qué? preguntó Martin con sangre fría.

Agustin le miró abismado.

— Por ejemplo, exclamó, es *un poco fuerte* lo que dices.

— No veo por qué.

— ¿No ves por qué? ¡Cáspita? No basta que no sea cierto, es preciso que papá se convenza de tu inocencia.

— Hai un inconveniente para que crea lo que dices.

— Qué inconveniente?

— Que lo que dice Amador es cierto a medias.

— ¡Cierto! Te has llevado a Edelmira!

— La he acompañado.

— ¿A dónde?

— A Renca.

Agustin se levantó, pusose el sombrero, i haciendo a Rivas un saludo.

— Me inclino ante tu talento, le dijo. ¡Mira que si yo hubiese hecho otro tanto con Adelaida, no se habrian reido de mí! Eres un hombre de fuerza, amigo; me inclino, eres mi maestro.

— ¿Porqué? le preguntó Martin, riéndose de la cómica gravedad de su amigo.

— ¡Cómo! ¿te parece poco robarse una chica, jentil como una flor? eres *difícil* amigo mio i mui modesto.

— Yo no la he robado : la he acompañado.

— Lo mismo dá Chana que Juana, suele decir papá.

— No me comprendes, replicó Martin.

— Demasiado te comprendo, al contrario ¡feliz mortal!

Esplicó Rivas entónces todos los antecedentes, pero sin hablar del amor de Edelmira.

Agustin encendió su cigarro, que se habia apagado.

— La cosa cambia de aspecto, dijo : es decir, que te has sacrificado a la amistad.

— No veo en qué consiste el sacrificio.

— Vaya, las mujeres que pretenden ser tan maliciosas se equivocan tambien : figúrate que Leono se puso furiosa.

— ¡Ah! dijo Rivas turbado ¿lo sabe tambien?

— Todo, i cree lo que yo creia, aunque traté de disculparte.

En este momento llamaron a comer.

— ¿Pero vas a negarlo todo a papá? le dijo Agustin.

— No he cometido ningun crimen para ocultar mis acciones; contestó Rivas con dignidad.

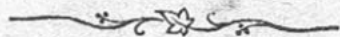
— *Libre a ti* de hacer lo que te plazca, díjole Agustin abriendo la puerta, yo te digo mi opinion.

Caminaron hácia el comedor.

Agustin iba inquieto, porque tenia por Rivas un verdadero cariño.

Rivas caminaba resuelto, aunque palpitándole con violencia el corazon : todo su temor era al desprecio de Leonor.

Cuando entraron, la familia se hallaba sentada a la mesa.



XLIX

Reinaba en el comedor un gran silencio cuando los dos jóvenes se sentaron.

Don Dámaso saboreaba la sopa con un aire de gravedad afectado, i doña Engracia partia un pedazo de cocido para Diamela.

Leonor fijaba la vista en una de las ventanas de la pieza, de la que pendia una vesta cortina de *reps*, sobre otra blanca de finísimo tejido.

Martin buscó en vano esa mirada i creyó leer su sentencia en la frente de la niña, que se levantaba con singular altanería.

Sin embargo, aquel silencio era demasiado embarazoso para que pudiese durar mucho tiempo i necesariamente debia interrumpirlo el mas débil de carácter.

Don Dámaso dejó poco a poco la gravedad con que habia contestado al saludo de Rivas i se de-

acabó al fin a dirigirle la palabra, ya que nadie rompía un silencio que le incomodaba.

—¿Ha estado Ud. de paseo? le preguntó.

—Sí, señor, contestó Martin.

Ninguna otra pregunta se le ocurrió a don Dámaso i volvió el silencio. Pero Agustin no era de los que podían estarse callados mucho rato, i le pareció que debía seguir el ejemplo de su padre.

—Aquí no hai lugares a propósito para *partidas de campana* como en Paris, dijo.

I se engolfó en una descripción del lago de Enghien, del parque de Saint Cloud i de varios puntos de los alrededores de Paris. Como los demás se encontraban poco dispuestos a interrumpirle, pudo continuar su disertación durante casi toda la comida, lanzando un nutrido fuego de galicismos i frases afrancesadas, con las que creía dar el colorido local a su descripción.

—Allí sí que puede uno divertirse, exclamó con entusiasmo al terminar, i no aquí, donde los *environs* de Santiago son tan feos, sin parques, sin castillos i sin nada.

La comida concluyó sin que Leonor hubiese parecido notar la presencia de Martin en la mesa.

Al salir, doña Engracia dijo a su marido.

—Espero, pues hijo, que hables con Martin, porque esto no puede quedarse así.

—Hai tiempo, hablaré esta noche, contestó don

Dámaso que, teniendo grandes miramientos por su dijestion, se prevalia de este pretesto para no tener una séria esplicacion con Rivas, acerca del asunto de Edelmira.

— Bueno, pues; pero no dejes de hacerlo, esta casa no es para escándalos, repuso doña Engracia, dando un apretón a Diamela, como para hacerla testigo de su recato.

La perrita contestó con un gruñido, i se retiraron de la antesala donde habian llegado.

Trás de sus padres venian Leonor i Agustin. Rivas salió el último del comedor i se retiró pronto a su habitacion.

— Sabes que hai algo de cierto en lo de Martin? dijo Agustin a Leonor cuando estuvieron solos.

— ¿Quién te lo ha dicho? preguntó la niña, que interiormente se lisonjeaba con que Martin desbarataria las acusaciones que pesaban sobre él.

— El mismo Martin, contestó el elegante.

— ¡No vés! ni se atreve a negarlo! exclamó Leonor, con una espresion de encono, que por sí sola parecía hablar de venganza.

— Pero lo ha hecho de puro bueno.

— ¿Sí, nó? dijo la niña con sardónica sonrisa.

Figúrate que la vieja queria casar a esta pobre niña contra su voluntad.

— ¡I Martin, de puro bueno, como tú dices, se declaró su defensor, ¿no es esto? Mui mal inven-

tada me parece la disculpa : ya pasó el tiempo de don Quijote.

—¡Peste, hermanita! exclamó Martin, que habia heredado de su padre la facilidad para cambiar de opinion en cualquier asunto, ¿sábes que me dás qué pensar? Bien puedes tener razon.

—¡I tú le habias creído! añadió Leonor con expresion de rabia mal contenida. ¡Vaya! tienes una facilidad admirable para creerlo todo. A ver, ¿qué habrías hecho tú en su lugar? habrias confesado una falta; porque esa es una falta mui grave, ¡que importa que la muchacha sea pobre, cuando es virtuosa!

—Todo lo que dices me parece verdadero como el evangelio, *mi bella*, i yo no soi mas que un inocente: Martin me ha hecho comulgar con una rueda de molino.

—I mui grande.

—Enorme, ¡i yo que me la tragué sin hacer un solo jesto!

Agustin se retiró dando exclamaciones i Leonor entró a su cuarto. No queria confesarse que estaba furiosa, i para distraerse se puso a probarse un sombrero que habia comprado para el campo. Mientras se miraba al espejo, dos grandes lágrimas corrian por sus frescas mejillas encendidas por el despecho.

En la noche, viendo don Dámaso que Martin no asistia al salon, e instigado por su mujer, le mandó

llamar i miéntras todos conversaban en esa pieza, se quedó con Rivas en la antesala.

Al ver los semblantes de ambos, se hubiera creído que don Dámaso era el acusado, tal era la dificultad que parecia tener para dar principio al diálogo. Martin, sereno sin afectacion, esperaba que don Dámaso rompiese el silencio. Viendo al cabo de algun intervalo que esperaba en vano i que don Dámaso buscaba mil maneras de disimular su turbacion, se decidió a sacarle de aquel apuro.

—He hablado señor con Agustin, le dijo, i sé por él la acusacion que me han hecho ante Ud.

—Ah, ah, ya sabe Ud., pues hombre, me alegro: figúrese Ud, que se me presentan esos dos mozos i me dicen lo que Ud. sabrá; por supuesto que yo no he creído en tal cosa, pero aquí la señora...

—Antes que Ud. prosiga, señor, díjole Martin en una pausa en que parecia buscar alguna palabra, debo decirle que esa acusacion no es del todo infundada.

—¿Cómo dice? preguntó don Dámaso, creyendo que habia oído mal.

—Digo, señor, que la acusacion que Ud. ha oído contra mí, no es enteramente infundada; tiene algo de cierto aunque es natural que mis acusadores se equivoquen en mucho.

—Me deja Ud. perplejo, le dijo don Dámaso.

Martin le refirió lo mismo que ántes de comer habia contado a Agustin.

—Por mi parte, repuso don Dámaso, bien se figurará Ud. que le disculpo; pero ya ve Ud. lo que es una casa donde hai familia. Aquí la señora es tan rijida, hombre, de todo se escandaliza; yo no, i sobre todo...

—Mucho le agradezco señor su induljencia, contestó Martin; mi conciencia está tan tranquila que casi no la necesito. Por lo poco que Ud. me dice. creo entender que la señora está alarmada i no seré yo, que tantas atenciones i favores debo a Ud., el que destruya la tranquilidad de su familia: comprendo lo que debo hacer i mañana me permitirá Ud. dejar su casa para que el ánimo de la señora pueda tranquilizarse.

—¡Hombre, no se trata de eso! exclamó don Dámaso; pero Ud. comprende mi embarazo ¿nó? La señora dirá que no que no es cierto i luego...

—Jamás he dado motivo para que se ponga en duda mi veracidad, dijo el jóven con dignidad.

—Por supuesto, i nadie duda...; mas... hombre ya conoce Ud. a la señora i...

Martin insistió en lo que habia dicho i don Dámaso en enredó en sus propias disculpas, sin decir nada de decisivo.

—Sí se vá me hará mucha falta, pensaba, mientras Martin dejaba su asiento i entraba en el salon,

donde se encontraba reunida la tertulia ordinaria de la casa.

Leonor conversaba con Matilde, que venia desde poco tiempo a casa de su tio despues que se habia roto su matrimonio.

Cuando Rivas entró en el salon, se notaba en su fisonomía mui diversa espresion de la que ordinariamente tenia en presencia de Leonor. El aspecto del jóven indicaba una resolucion firme e invariable, porque sin vacilar ni turbarse se dirigió al lugar que ocupaban las dos niñas i su mirada era segura como su ademan.

Leonor se puso mui pálida al verle acercarse con ese aire de resolucion i le dirigió una mirada glacial.

Pero esa mirada no intimidó a Rivas, que parecia dominado por una idea fija.

Esa idea se ancerraba en una reflexion que al separarse de don Dámaso, habia formulado interiormente así :

—Si ella no me cree, qué harémos; pero yo la hablaré.

Con tan firme designo se sentó al lado de Leonor, haciéndolo empero, de manera que los demas no viesen nada de premeditado en aquel paso.

Leonor volvió la cabeza hácia su prima con insultante afectacion; pero Martin no se desalentó con esto.

Señorita la dijo con segura voz deseo hablar con Ud.

—¡Conmigió! exclamó Leonor, en cuyo acento se notó, pero apenas un lijero temblor. ¿No habló Ud. ya con mi papá? añadió, dondo a su rostro la majestuosa arrogancio que tanto intimidaba a Martin.

—Por lo mismo que he hablado con él, replicó éste, deseo ahora que Ud. me haga el favor de oirme.

—De veras que el tono en que Ud. me habla me asusta, díjole la jóven, aparentado una admiracion llena de indiferencia a la par que de desprecio.

—Tal vez estoi afectado, dispénseme Ud.; lo que me sucede ahora es tan trascendental para mi porvenir, que no es estraño me impresione.

—¿Qué le sucede? preguntó Leonor, con una sonrisa que contrastaba con la seriedad del jóven.

— Ud. lo sabe, señorita.

— ¡Ah, lo de la señorita Edelmira! no lo he creido.

— Agustin debe haberla dicho la verdad que me oyó hace poco.

— Sí, Agustin me refirió algo de un servicio que Ud. habia querido hacer a esa señorita; una mala disculpa, ¡invencion de Agustin, al cabo?

—Señorita, eso que Ud. llama disculpa, es la verdad.

—¿De veras? dispénseme, creía que era una

historia inventada por Agustin para hacerme reir.

— ¿Crée Ud. entónces que no haya hombre capaz de hacer un servicio como ese ?

— De todos modos, ya hai uno, i ese Ud., porque ahora que Ud. lo dice, debo creerlo.

— Me habla Ud. con un tono que desmiente sus palabras.

— ¿Crée Ud, que me estoi tomando el trabajo de finjir ? le dijo Leonor, levantando con orgullo su bellísima frente.

— No creo que Ud. tenga necesidad de tomarse ese ni ningun otro trabajo conmigo, contestóla Rivas con entera dignidad; pero querria divisar mas seriedad en sus palabras, porque aprecio su juicio i la opinion que Ud. pueda tener de mí.

— Teniendo en tal aprecio mi opinion debió Ud. haberme consultado para su rapto o su fuga, llámelo Ud. como quiera, i yo tal vez habria injeniado un plan ménos fácil de adivinar que el suyo.

Habia tanto sarcasmo en la voz de Leonor, que Martin sintió los colores subírsele a las mejillas.

— Ud. es cruel conmigo señorita, la dijo con cierta aspereza; me humilla demasiado : si como su mamá, cree Ud. que haciendo un servicio, que volveria a hacer si fuere preciso, he faltado a los miramientos que debo a la familia, ya que vengo a justificarme, podia Ud. emplear mas induljencia.

Estas palabras produjeron alguna impresion en el

ánimo de Leonor, que habia contado con que Rivas se defenderia por medio de triviales descargos.

El jóven continuó :

— Su mamá se ha limitado a darme a entender, por medio del señor don Dámaso, que debo salir de su casa. Ciertó que no necesitaba de esta insinuacion para hacerlo; me habria bastado haber incurrido en el desagrado de Ud. Mas como mi resolucion está hecha ya sobre esto, no he querido alejarme sin referir a Ud. la verdad del hecho i justificarme en su opinion. Ahora, Ud. me recibe con sarcasmos ¿por qué no me deja Ud. llevar la idea que siempre he tenido de su corazon? Me será mas consolador recordarla con agradecimiento que con pesar, porque de todos modos tendré que recordarla siempre.

Leonor le miró conmovida : la melancólica voz del jóven la impresionaba a su pesar.

— Mi papá se habrá explicado mal, le dijo con voz en que se traslucia mas timidez que orgullo.

— No sé, ni lo averiguaré ya, repuso Martin : mi deseo principal es el justificarme a los ojos de Ud.

— Ha hecho Ud. mui bien, le dijo ella, esa niña era su amida i fué mui justo que Ud. la sirviese.

No pudo saber Martin si estas palabras eran o no sinceras i vió que Leonor parecia dar con ellas por terminada la conversacion.

—Tal vez, algun dia, la dijo, el tiempo me justifique.

—I lo que deja Ud. al tiempo ¿no puede hacerlo Ud. mismo? preguntó Leonor, mirándole fijamente.

—No puedo señorita, tengo un secreto ajeno que respetar.

Todas sus sospechas acudieron entónces al espíritu de la niña i creyó que aquella era solo una farsa bien representada por Martin.

—Secreto siempre de la amiga ¿no es esto? Qué hacer, esperaremos la justificacion del tiempo.

Habia vuelto el sarcasmo a su voz i el orgullo brillaba en su mirada.

—Yo me lisonjeaba con la idea de que Ud. me creeria bajo mi palabra, la dijo.

—Así lo haré, contestó ella secamente.

—¿Comó insistir? ¡Ella me desprecia! fué lo que pensó Martin al oir aquella repuesta.

Ademas, Leonor, como para cortar la conversacion, dirigió la palabra a Matilde que en aquel momento hablaba con Agustin.

Hubiera querido arrojarse a los piés de Leonor i espirar allí, pidiendo al cielo que le justificase, sin necesidad de tener que manchar su honor, sirviéndose de las cartas de Edelmira que podian salvarle en parte.

Entre tanto, Leonor seguia hablando con Matilde,

i Rivas tuvo que decidirse a dejar su asiento.

Salió del salon i al encontrarse solo en su cuarto se dejó caer sobre una silla llorando como un niño. Al cabo de un cuarto de hora recordó la carta de Edelmira que sacó del bolsillo.

—¡Pobre niña! dijo volviendo a la comparacion que siempre hacia entre su suerte i la de ella.

Al mismo tiempo recordó tambien que poco ántes habia pensado que las cartas de Edelmira podrian desvanecer las sospechas de Leonor i sacándolas todas de un cajon de la mesa en que se habia apoyado, las quemó a la luz de la vela junto con la que habia recibido aquel dia.

Al verlas consumirse sintió una dulce satisfaccion en su pecho, diciéndose :

—Así me hallaré libre de tentaciones.

I fijó la visto en la luz con la espresion de un hombre cuyo cerebro está turbado por uno de esos golpes morales que paralizan hasta el llanto, quitando casi del todo la conciencia de lo que se padece.

La noche aquella fué para Martin una noche de martirio. Para distraer su pesar empleó algun tiempo en el arreglo de su equipaje que, no siendo mui voluminoso, estuvo luego preparado para la marcha. Concluidos los aprestos pasó un largo rato apoyada la frente en los vidrios de una ventana que daba sobre el patio. Desde allí, ya que con la vista

no podia divisar a Leonor, recorrió con la memoria los incidentes de su vida desde que, pobre, pero descuidado i lleno de esperanzas habia atravesado aquel patio. En esa elejía que casi todos hemos entonado a las esperanzas perdidas, se despidió Rivas de los dorados sueños con que el amor regala los años floridos de la juventud; pero dotado por la naturaleza de sólida enerjía, léjos de abatirse con la perspectiva de su triste porvenir, encontró en su propio sufrimiento la fuerza que a muchos le falta en estos casos. Pensó en su madre i en su hermana i recordó que las debia la consagracion de sus fuerzas. Fortalecido con este recuerdo se sentó a la mesa i escribió a don Dámaso una carta dándole las gracias por la jenerosidad con que le habia hospedado i otra a Rafael San Luis en la que le refirió lo acaecido i su determinacion de irse al lado de su familia hasta que se abriera nuevamente el Instituto Nacional donde vendria a continuar sus estudios al año siguiente.

Despues de escribir estas cartas le quedaba aun que contestar la de Edelmira. Largo rato reflexionó sobre esta contestacion, porque si bien le parecia duro decirla la verdad, la rectitud de su alma le mandaba no fomentar una pasion a la que no podia corresponder. Por fin triunfó esa misma rectitud i escribió a Edelmira participándole el estado de su corazon desde su llegada a Santiago. Aunque en

esa carta no nombraba a Leonor, ese nombre podia adivinarse en cada una de sus pájinas. Terminaba Rivas su carta a Edelmira sin hacer la menor alusion a los sucesos de aquel dia, participándola su proyecto de ausentarse por dos meses de la capital.

A las seis de la mañana del dia siguiente, transportó Martin su equipaje a la posada en que al llegar a Santiago se habio hospedado.

En seguida encargó al criado de don Dámaso la remisión de las cartas que durante la noche habia escrito, remunerándole con jenerosidad a costa de sus economías, para asegurarse su puntualidad.

Buscó despues i encontró luego un birlocho, que ya tenia ocupado un asiento i a las diez de la mañana se puso en marcha para Valparaiso.



L

A principio de enero del año siguiente, la familia de don Dámaso se encontraba en la hacienda de éste.

Como estaba convenido, Matilde habia hecho parte de la comitiva i ocupaba con Leonor un cuarto cuyas ventanas daban sobre el huerto de la casa.

Agustin i su padre salian diariamente a caballo por la mañana i se reunian con la familia a la hora de almorzar, despues de lo cual se tocaba el piano i Agustin, no encontrando nada mejor en que ocupar el tiempo, hacia la corte a su prima.

Doña Engracia veia con satisfaccion las atenciones que su hijo dirijia a Matilde, a quien todos en la casa profesaban un verdadero cariño i con no ménos satisfaccion aseguraba la señora que el temperamento del campo habia sentado mui bien a Diamela.

Don Dámaso, por su parte leía los periódicos que llegaban de Santiago, inclinándose ya al ministerio, ya a la oposicion, segun la impresion que cada artículo le producía i al despachar su correspondencia hacía continuos recuerdos de Martin, que con tanta espedicion, sabia interpretar sus pensamientos i ahorrarle este trabajo.

La soledad i monotonía de aquella vida de campo, en la que trascurrian las semanas sin incidente alguno digno de apuntarse, habia obrado de diverso modo en el alma de las dos primas que, aunque viviendo en la mayor intimidad, guardaban cada cual sus secretos pensamientos.

Matilde habia llorado su desengaño, como hemos visto ya, pero ese desengano habia destruido su aprecio a Rafael San Luis i con la falta de estimacion, el amor se habia apagado en su pecho.

El tiempo i la ausencia de los lugares que habian presenciado su felicidad, cicatrizaron poco a poco la herida de su alma, dejándola solo esa melancolía que precede al completo consuelo de los pesares. En tal estado, las atenciones de Agustin, a quien abonaban su juventud, su alegría i su elegancia, hicieron que Matilde olvidase primeros sus antiguos amores, se consolase despues del violento golpe que a las puertas de la felicidad la habia arrojado a la desdicha i concluyese, por último, por cobrar

gusto i aficion a las animadas conversaciones con que su primo la entretenia.

El estado de ánimo de Leonor, era completamente distinto. La que al principio parecia certidumbre acerca de la existencia de amores entre Martin i Edelmira, trasformóse poco a poco en duda con el continuo meditar a que la soledad la condenaba. Volvieron entónces a la memoria los recuerdos de las pasadas conversaciones, de las miradas con que Martin la decia su amor ya que de palabras no habia osado hacerlo, i estos recuerdos dieron verosimilitud a los descargos con que el jóven habia explicado su conducta. Ingenioso como es siempre el espíritu en buscar razones en apoyo de lo que el corazon desea, el de Leonor apeló a la franqueza con que Rivas habia confesado su participation en la fuga de Edelmira, para concluir de allí en favor de su causa, alegando que el que ha delinquido, se parapeta para mayor seguridad en la completa negativa. De estas reflexiones nació, como era lógico, en Leonor, el sentimiento de haberle tratado con tanta espereza i contestado con amargos sarcamos a la sinceridad de Martin. En la distancia todas estas ideas revistieron la memoria del jóven con ventajosos colores, de modo que poco ántes del regreso de la familia a Santiago, que tuvo lugar a fines de febrero, Martin, sin defenderse, habia vuelto a conquistar su puesto en el corazon

de Leonor, con la ventaja para él de que la niña acusaba entónces de necio al orgullo con que siempre habia hecho helarse en los labios de Martin las palabras de amor que parecian próximas a desprenderse de ellos.

Víctimas de esta gradual reaccion en favor de Rivas fueron varios de los galanes de Leonor, incluso Emilio Mendoza i Clemente Valencia, que en aquella época llegaron de visita a la hacienda de don Dámaso. Hubiérase dicho que Leonor ponía empeño en conservar al amante ausente una escrupulosa fidelidad, que se alarmaba con declaraciones que ántes recibia con risa desdeñosa, porque huía con esmero las ocasiones de encontrarse sola con cualquiera de esos jóvenes i con frecuencia, cuando la alegría i la confianza reinaban en el salon, ella, retirada bajo los árboles del huerto, recorria con la memoria los dias pasados en Santiago i creia sentir presentimientos de que las escenas de entónces se renovarían.

Por aquel tiempo, Rafael San Luis escribia a Martin.

« Querido amigo :

Despues de dos meses de soledad i silencio, de meditacion i lágrimas soi lo mismo que ántes: amo como siempre. He pedido al cielo que borre de mi pecho este amor, a las místicas contemplaciones

su olvido, a los bellos ejemplos de virtud que he presenciado la fuerza de alma que mata al corazón : nada ha tenido la virtud que la fábula daba a las aguas del Leteo : no he podido olvidar. No diré como los fatalistas » así estaba escrito, » pero siempre me preguntaré con el alma sobrecojida de terror « ¿es un castigo de Dios ? » Porque llevo en mi memoria, como el silicio de los penitentes, el recuerdo de los días de dicha desvanecida i a todas horas su imájen, enamorada a veces para mi martirio, i repitiéndome en otras las crueles palabras con que me condenaba en su carta. En este estado ¿qué hacer?

« La soledad del claustro, lejos de calmar el ardor de mi pecho, le ha dado pábulo ; ni la oración ni el estudio han tenido para mí el bálsamo con que consuelan los pesares de otros ; en esta atmósfera de hielo arde siempre con calor mi frente ; este aire no basta a la ansiedad de mi pecho, i mi juventud i el dolor porfiado de mi alma, me piden mas espacio, mas luz, mas aire, otra vida en fin, que agotando las fuerzas del cuerpo, acabe tambien con la tesonera vîgilancia de mi espíritu.

« Así como al entrar aquí no quise formar ninguna resolución violenta, así no he querido tampoco dejarme llevar del estado moral que te describo para abandonar mi retiro. Pienso ahora como pensaba al cabo solo de un mes de reclusión i solo despues de este segundo mes de prueba he deter-

minado ya volver al lado de mi pobre tia que , con la mejor buena fé del mundo, me creia ya lanzado en el camino de la relijion.

» Saldré pues mañana de aquí i me ocuparé como pueda. Hai por ahora cierta ocupacion que se aviene mejor con mi carácter i que tálvez será mas eficaz para mitigar la intensidad de mi mal. Cuando volvamos a reunirnos , acaso tú tambien busques en ella un alivio a los pesares que supongo te aflijen. Vente, pues, i tal vez me sigas en la via en que voi a lanzarme : si como ántes lo hacíamos, no sembramos esperanzas en el campo del porvenir, troncharémós 'para consuelo las flores secas que nos ha dejado esa semilla. Para mí el sol de la felicidad principiό a brillar con demasiado fulgor i agostó esas pobres flores; pero no olvides que no siempre debemos llorar, yo te mostraré una empresa a la que podemos consagrar el vigor de nuestras almas.

RAFAEL SAN LUIS. »

Casi al mismo tiempo que esta carta, habia llegado a manos de Rivas, otra de Edelmira Molina que decia lo siguiente :

« Querido amigo :

« No le ocultaré el pesar que me causó la carta en que Ud. me decia que amaba a otra sin nombrármela. Cualquiera que sea, le aseguro que ruego al

cielo porque le pague con el amor que Ud. merece; i aunque he llorado mi desgracia no me quejo, porque le debo a Ud. demasiado para que pueda tener en mira otra cosa que su felicidad. Lo que tambien pido a Dios es que me proporcione algun dia la ocasion de probarle el desinterés de mi afecto, i poder hacerle algun servicio en cambio de los que Ud. me ha hecho con tanta delicadeza.

« Le escribo esta desde la casa de mi tia, en donde U. me dejó i voi a contarle como es que no he vuelto a la de mi mamita. Dos dias despues que Ud. me trajo, llegó Amador a buscarme, pero se opuso mi tia a que me fuese, i escribió a mi mamita diciendo que solo volveria yo cuando ella prometiese que me dejaria en libertad de casarme o no segun yo quisiese, i aunque mi mamita le ha contestado que se hará como lo pide mi tia, esta me ha dejado aqui para que la acompañe algun tiempo mas.

» Me despido deseándole la mas completa felicidad, i diciéndole que siempre tendrá una amiga reconocida en su afectísima.

EDELmira MOLINA. »

Estas dos cartas i las esplicaciones que las preceden, bastan para dar a conocer la situacion de los principales personajes de esta historia en la época del regreso de Martin Rivas a la capital, a principios de marzo de 1851.

LI

La narracion de los sucesos acaecidos en la vida privada nos ha tenido apartados durante largo espacio de tiempo de la escena pública cuya animacion recuerdan todavía los que habitaban en la capital de Chile a fines de 1850 i a principios de 1851.

Lijeramente bosquejamos en los primeros capítulos, el espíritu político que por entónces traia divididas a todas las clases sociales de la familia chilena i especialmente a los habitantes de Santiago, foco de la activa propaganda liberal que principió a levantar su voz en la Sociedad de la Igualdad.

Sin avanzarnos en el dominio de la historia, debemos dar una rápida ojeada a la situacion política en que se preparaba un grande acontecimiento público, de gran trascendencia para algunos de los personajes de que nos hemos ocupado.

La efervescencia de los ánimos, mantenida por

las lides sangrientas que la prensa de ambos partidos hacia presenciar al público, llegó a su colmo con la noticia del motin popular que estalló en la capital de Aconcagua el 5 de noviembre de 1850. Temblaron los espíritus previsores con lo que debian considerar como el precursor de nuevos i mas sangrientos disturbios, apercibiéronse para la lucha los exaltados, i aumentó su vijilancia el gobierno con aquel tan significativo aviso. Desde entónces, creció tambien el furor de la prensa, alimentando la encarnizada enemiga de los bandos, i los rencores de partido echaron en los pechos las profundas raices que retoñan, al presente, diez años despues, con el vigor de los primeros dias de la lucha. La prensa liberal, defendiendo el derecho de insurreccion, i la voz pública que recoge las opiniones aisladas condensándolas en una sola que tiene muchas veces el don de la profesia, habian arrojado en los espíritus la creencia de que el movimiento de San Felipe tendria en Santiago una terrible repercucion. Hablábbase, ya en febrero, de la proximidad de una revolucion en la que se contaba como belijerantes contra la autoridad a casi todas las fuerzas de línea que guarnecian entónces la capital; contábase con masas inmensas de pueblo que acudiria a la primera voz de ciertos jefes i esperábase al mismo tiempo que la fuerza cívica fraternizaria segun la espresion de

entónces, con sus hermanos del pueblo, en la cruzada contra el poder.

Tal era, en resúmen, la situacion de Santiago a principios de marzo de 1851, cuando Martin Rivas llegaba a la posada de que dos meses ántes habia salido para su viaje a Coquimbo.

Vistióse a la lijera i saliendo de la posada tomó el camino de la casa de Rafael San Luis. Un cuarto de hora despues, los dos amigos se daban un largo i cariñoso abrazo. Al sentarse buscó cada cual en la fisonomía del otro el rastro que suponian debia haber dejado el dolor durante el tiempo que habian estado separados.

San Luis halló en el rostro de Martin la espresion juvenil i reflexiva a un tiempo que siempre le habia conocido; la misma pureza del color trigueño que realzaba la profunda penetracion de su mirada; la misma nobleza en la frente: era imposible leer en aquel rostro sereno la revelacion de ningun secreto pesar.

Rivas por su parte, halló que la mirada de Rafael, sus pálidas mejillas, la contraccion de las cejas, algo de indefinible en la espresion del conjunto, hablaba de los combates del corazon en que aquel jóven habia vivido tanto tiempo.

En ambos, aquella involuntaria inspeccion duró un corto momento.

—En fin ¿cómo te ha ido? preguntó Rafael con cariño.

—Te lo puedes figurar, contestó Rivas; pasado el placer de abrazar a mi madre i a mi hermana, todo lo demas fué tristeza.

—No *la* has olvidado?

—Ni un instante!

—Pobre Martin, dijo San Luis tomándole las manos, ¿recuerdas mis pronósticos recien nos conocimos?

—Mucho; pero entónces ya era tarde.

—¿Recibiste allá una carta mia?

—Sí, i supuse por ella que habrias a la fecha terminado tu vida de anacoreta.

—En esa carta te hablé de una ocupacion que pensaba tomar.

—Sí, ¿cuál es?

—Una nueva querida, dijo San Luis con una sonrisa melancólica.

—¿Por la que has olvidado a Matilde? preguntó Rivas.

San Luis se acercó a su amigo.

—Mira, le dijo mostrándole su negro cabello, ¿no ves algunas canas?

—Es cierto.

Rafael exhaló un prolongado suspiro, pero sin afectacion ninguna de sentimentalismo.

—Mi nueva querida, dijo, es la política.

—Ah, recuerdo que cuando te conocí te ocupabas mucho de ella.

—Nos hemos vuelto a encontrar; hé aquí cómo: pocos días después que te escribí al norte, recibí una carta de dos amigos con quienes me había ligado en la Sociedad de la Igualdad. Aquí la tienes, añadió leyendo:

« Esperamos que tu fiebre amorosa haya calmado: la patria no te engañará i el momento de probar que no la has olvidado se halla próximo, ¿la dejarás creer que tu corazón es indigno de culto que ántes la profesabas? Te esperamos en el lugar que tú conoces. »

—Esto, continuó Rafael, acabó de decidirme i vencer la repugnancia, con que, a pesar de mi horror por el aislamiento, pensaba en volver a mi antigua vida. Al salir, mi primera visita fué para los que así me ofrecían un nuevo campo en el que me quedaba la probabilidad, si no de olvidar mis recuerdos, a lo ménos de quitarles su punzante amargura. Dos causas, como siempre, presentaban sus combatientes en la arena política: la vieja i gastada de la resistencia, del exclusivismo i de la fuerza por una parte; la que pide reformas i garantías por la otra. Creo que el que sienta en su pecho algo de lo que tantos afectan tener con el nombre de patriotismo, no podía vacilar en su elección: yo abracé la última i estoy dispuesto a sacrificarme por ella.

Entró entonces en una minuciosa pintura del es-

tado político de Santiago, que nosotros bosquejamos ya mui a la lijera, i desarrolló sus teorías sobre el liberalismo con el calor de un alma apasionada i llena de fé en el porvenir. El fuego de su conviccion despertó pronto en el alma de Rivas, el jérmen de las nobles dotes que constituian su organizacion moral.

—Tienes razon, dijo a San Luis, en vez de llorar desengaños como mujeres, podemos consagrarnos a una causa digna de hombres.

—Esta noche, dijo Rafael, te presentaré en nuestra reunion i te impondrás de nuestros trabajos: por mi parte estoi persuadido que el tiempo de las manifestaciones pacíficas ha pasado ya; el presente es de lucha i no veo en qué piensan los que nos dirijen. En mi puesto de soldado me resigno a esperar, pero con impaciencia.

Durante esta conversacion habia desaparecido completamente todo vestijio de abatimiento del semblante de Rafael; sus pálidas mejillas se habian coloreado i sus grandes ojos brillaban de entusiasmo.

Despues de hablar aun durante largo rato, los dos amigos se separaron, dándose cita para la noche.

Martin fué puntual a la cita: queria desechar los pensamientos que la vista de las calles de Santiago, habia despertado con sus recuerdos, i tuvo nece-

sidad de una gran entereza de voluntad para no pasar por la casa de don Dámaso que se paró a mirar algunos instantes desde una esquina.

En la reunion a que le condujo San Luis, oyó Martin calorosos discursos contra la política del gobierno; i los cargos que contra él venia formulando desde tiempo atrás la oposicion.

Allí vió jóvenes entusiastas, de dandys convertidos en tribunos, deseosos de consagrar sus fuerzas a la patria i llamando la hora del peligro para ofrecerla sus vidas. En al estado de su ánimo, Rivas encontró algun consuelo, sintiendo latir su corazon con la idea de contribuir tambien a la realizacion de las bellas teorías políticas i sociales que aquellos jóvenes profesaban i pedian para la patria. Al salir de la reunion, a las once de la noche, Rafael le tomó del brazo.

—Te voi a pedir un favor, le dijo.

—¿Cuál?

—Desde que te conocí, prosiguió San Luis, me inspiraste un cariño sincero; despues hemos vivido en íntima confianza; pero a pesar de mis deseos de estar siempre contigo, no me atrevia ántes a proponerte que viviésemos juntos, porque sabia que nada valia para tí como la casa donde podias ver a Leonor con tanta frecuencia. Ahora estás solo, ¿por qué no te vienes a casa? Tú conoces a mi tia, es una santa, i te quiere porque eres mi amigo: esta-

rás como en tu casa i te cuidaremos como a un niño regalon.

La sinceridad de aquella oferta decidió al instante a Martin, que dió con efusion las gracias a su amigo.

—Bueno, dijo Rafael con alegría, principia desde esta noche, te cedo mi cama i mañana enviamos por tu equipaje.

—Tengo proyectado un paseo para mañana, contestó Martin i prefiero, para hallar mas fácilmente un carruaje temprano, no venir me hasta mañana en la tarde.

—Como te parezca, ¿a dónde vás?

—A Renca, a ver a Edelmira.

Diéronse las buenas noches i se separaron.

A las diez de la mañana del dia siguiente, recorria Martin el camino de Renca, cuyos incidentes le trazaban el cuadro de las esperanzas con que por primera vez los habia visto. Entónces encontraba en los paisajes que se ofrecian a sus ojos las promesas de alegres dias pasados en el campo al lado de Leonor; ahora, ménos la imájen de la niña amante, todo habia desaparecido de hecho, condenado al luto ántes de haber conocido la alegría. Al divisar la casa en que habia dejado a Edelmira, disipóse un tanto esta preocupacion, que vino a reemplazar la de la suerte de aquella niña a la cual profesaba una sincera amistad.

Se bajó en el patio i se dirigió a la casa. Edelmira le habia visto desde la ventana de la pieza en que se hallaba i salió corriendo a recibirle.

El sincero cariño con que Martin la saludó, hizo desaparecer del rostro de Edelmira el tinte de rubor con que al verse cerca del jóven se habia cubierto. I ambos entablaron una conversacion en la que se trató primero de la vida que habian llevado durante los últimos dos meses.

—Aunque deseo mucho volver al lado de hai mamita, dijo Edelmira, despues de esto, quiero que pase algun tiempo mas todavia, para estar segura de que Ricardo se ha retirado de casa para siempre.

Ninguna palabra que hiciese alusion a la última carta de Edelmira fué pronunciada, en aquella entrevista, en la que la tia de la niña tomó parte, rodeando de atenciones a Martin. Dos horas despues, cuando Rivas se despedia, Edelmira se levantó, con la espresion de una persona que ha tomado una resolution despues de vacilar algun tiempo.

—Tengo que preguntarle algo, dijo a Martin, aprovechándose de un instante en que la tia acababa de salir.

—Estoi a sus órdenes, contestó el jóven.

—Para que Ud. me conteste como lo deseo, repuso Edelmira, poniéndose encarnada, le recordaré lo franca que he sido con Ud.

—Lo recuerdo mui bien, i la juro a Ud....

—No me jure nada; pero respóndame a lo que voi a preguntarle: ¿no es Leonor a quién Ud. ama?

—Sí.

—Así lo he pensado siempre i como mi hermano me contó hace poco la visita que hizo con Ricardo al padre de esa señorita, he visto que el servicio que Ud. me hizo, le debe haber perjudicado.

—Algo hai de eso, dijo Martin, tratando de sonreirse.

Entró la tia de Edelmira, i el jóven se despidió de ambas.

Edelmira salió a acompañarle como lo habia hecho la primera vez i se detuvo largo rato a contemplar el carruaje en que marchaba Rivas. Cuando éste se perdió de vista en un recodo del camino, Edelmira entró en la pieza i dijo a su tia:

—¿No le decia yo? Martin ha perdido por mí su felicidad; pero yo haré cuanto pueda para volvérsela: así tal vez logre pagarle su jenerosidad.



LII

El 15 de abril, entró Matilde a casa de Leonor acompañada de su madre. Esta i la hija iban vestidas de basquiña i manton. Venian de la iglesia i eran las nueve de la mañana. Doña Francisca entró al cuarto de su hermano i Matilde al de Leonor.

—¿Qué haces? preguntó a la hija de don Dámaso, que con un libro en la mano, miraba a una ventana, en vez de leer.

—Nada, estaba leyendo.

—¿Sabes por qué he venido a verte a estas horas?

—No sé.

—Al salir de San Francisco, he tenido un encuentro.

—¿Con quién?

—Adivina.

Leonor tuvo el nombre de Rivas en los lábios, pero contestó:

—No se me ocurre.

—Con Martin, dijo Matilde: me conoció al momento i me saludó.

Leonor no trató de disimular la turbacion que se pintó en su semblante.

—¡Está aquí exclamó i mi papá que lo ha hecho buscar, suponiendo que hubiese llegado. ¿Cómo viene?

—Buen mozo, me ha parecido mejor que ántes.

—¿Iba solo? preguntó con malicia Leonor.

—Solo, i aun cuando hubiese ido con Rafael, te aseguro que poco me habria importado: tú sabes que eso se acabó.

Pocos momentos despues vino doña Francisca a buscar a su hija i se despidieron de Leonor.

Quédo ésta reflexionando sobre la noticia que su prima acababa de traerle. Sabia que anunciando la llegada de Rivas a don Dámaso, éste haria todo lo posible por llevarle de nuevo a su casa, pero la alegría que le dió la idea de ver a Martin como ántes, en la intimidad de la vida privada, la disipó mui luego el recuerdo de los motivos porque el jóven habia salido de su casa.

—¿Cómo sé yó si me ama? se dijo con humildad

la altiva belleza, a quien los mas distinguidos galanes de la capital continuaban tributando rendido homenaje.

El amor, durante aquel tiempo, habia hecho en su orgullo la obra de una gota de agua que cae constantemente sobre una piedra: habia vencido su altanera resistencia. Su vigorosa organizacion moral, cedia ante el imperio de la pasion, porque era mujer, ántes de ser la hija mimada de sus padres i de la sociedad elegante en que habia cultivado los jérmenes de altanería de su carácter. Aquella soberbia hermosura, que habia jugado con el corazón de varios admiradores sumisos, aceptaba francamente ahora el papel de amante desdenada, i experimentaba un placer irresistible en consagrar su corazón al que al principio consideraba como un ser insignificante. Bajo el imperio de la trasformacion gradual operada en todo su ser, las pálidas flores del sentimentalismo, habian alzado sus melancólicas corolas en el alma que poco tiempo ántes se reía del vasallaje que el amor, tarde o temprano, debe imponer a los corazones bien dotados por el cielo.

Despues de almorzar evocó Leonor los recuerdos de sus conversaciones con Martin, de esos incidentes triviales que componen un mundo para los enamorados, tocando en el piano las piezas que en esos dias tocaba con mas frecuencia.

En esta ocupacion la encontró una criada que se acercó a ella i la dijo:

— Una señorita está en el patio i pregunta por su merced.

Leonor entreabrió las cortinas de una ventana i miró al patio. Vió allí a una niña, vestida de basquiña i manton, cuyo rostro juvenil i hermoso sugirió a Leonor esta pregunta.

—¿Dónde he visto esta niña?

El manton cubria una parte de la frente de la desconocida i daba de este modo a sus facciones una espresion que mui bien esplicaba la dificultad de Leonor para conocerla.

—Pregunta como se llama, dijo a la criada.

Desempeñó esta el encargo i oyó la contestacion siguiente:

—Dígale que soi Edelmira Molina i que necesito mucho hablar a solas con ella.

—¡Edelmira! exclamó Leonor cuando la criada la dijo este nombre.

Pareció reflexionar algunos momentos i luego levantando la vista:

—Hazla entrar en mi cuarto, dijo.

Cuando la criada solió de nuevo al patio, Leonor echó una mirada a uno de los espejos del salon en que se hallaba i sin pensar tal vez en lo que hacia, arregló sus cabellos divididos en dos largas i grue-

sas trenzas. Hecho esto, se dirigió a su cuarto, al que tambien acababa de entrar Edelmira.

Leonor contestó con ademan de reina al humilde, saludo de la que creia su rival.

Señorita, dijo ésta con algun embarazo, vengo aquí a cumplir con un deber.

—Siéntese Ud., dijo Leonor, que conoció los esfuerzos que hacia Edelmira para vencer su turbacion.

Edelmira tomó la silla que la señalaban i volvió a decir:

—Debo un gran servicio a un jóven que vivia en esta casa el año pasado, i como hace pocos dias que he sabido la causa porque salió de aquí, solo ahora he podido venir. Mi hermano, añadió, me ha traído i me espera en la puerta.

—¿I qué puedo hacer yo en este asunto? preguntó Leonor con voz seca.

—Yo me he dirigido a Ud., repuso Edelmira, porque no me habia atrevido a hablar con su mamá i veia que de todos modos debia dar este paso para justificar a Martin.

En nombre del jóven por quien el corazon de aquellas des niñas latía, resonó durante algunos segundos en la pieza.

—He sabido, prosiguió Edelmira, que aquí han creído que Martin me habia sacado de mi casa. Así lo hicieron creer a su padre de Ud., mi hermano i

otro jóven que estuvieron con él el mismo dia que yo me fuí de Santiago a Renca, en donde he vivido hasta ahora.

—¿Se fué Ud. sola? preguntó Leonor con cierta ironía mezclada de inquietud.

—No, Martin tuvo la jenerosidad de acompañarme, contestó Edelmira con sencillez. Por eso creyeron que él tenía amores conmigo i me robaba de mi casa; pero esto no es cierto: yo me fuí a Renca, porque querian que me casase con el jóven que ese dia vino aquí con mi hermano; Martin tuvo la bondad de acompañarme i sin él sería ahora desgraciada.

—Mui jeneroso i desinteresado ha sido el señor Rivas en efecto, dijo Leonor, puesto que sin que Ud. le amase, se esponia de ese modo.

—Yo no he dicho que no le amo, dijo con viveza i enerjia Edelmira.

—¡Ah! exclamó Leonor, en cuyos ojos brillaron rayos de despecho.

Aquella mirada hizo suspirar a la otra niña, porque con ella le bastaba para convencerse de que Martin era correspondido por Leonor.

—No veo entónces, dijo con altanería Leonor, lo que tengo que hacer yo en todo esto: si Ud. ama a Martin, será mejor decírselo a él mismo.

—Sí señorita, le amo repuso con humilde, pero

apasionado acento Edelmira; pero él no me ama ni me ha amado nunca.

—No sé si debo alabar su franqueza mas que su modestia, dijo Leonor con voz sarcástica, i siento que Martin no esté aquí para interceder con él en favor de Ud.

—No he venido a pedir servicio ninguno, replicó, Edelmira con altivez: he venido a justificar a Martin, porque he sido talvez la causa de su desgracia.

—Ah, ¿es desgraciado?

—Sí, lo sé por él mismo: me lo ha dicho hace dos dias.

—¿Dónde le ha visto Ud.? preguntó Leonor olvidándose de su papel de indiferente.

—Fué a verme a Renca.

—Es mucha fineza, dijo Leonor con amargo tono de burla. ¡Cómo dice Ud. que no corresponde a su amor!

—Ha ido porque es noble i me ha prometido su amistad.

—No desmaye Ud. : de la amistad al amor no hai mucha distancia.

—No, señorita, es solo un amigo, i tengo pruebas que justifican lo que digo.

—¿Pruebas?

—Sí, tengo pruebas i las traigo, porque como la dije hace poco rato, mi deber es el justificar a quien me ha servido con jenerosidad.

Sacó Edelmira todas las cartas que conservaba de Martin i las presentó a Leonor.

—Si Ud. se toma la pension de leer estas cartas, la dijo, verá que es la verdad cuanto acabo de referir.

Leonor abrió la primera carta que la pasó Edelmira i principió a leerla con una sonrisa de desprecio.

— Pero ésta parece una contestacion, exclamó cuando habia recorrido algunas líneas.

Edelmira la esplicó lo que ella habia escrito a Martin, i Leonor prosiguió su lectura, no ya con aire de desprecio, sino de vivo interes. De este modo conoció la rectitud de las amistosas relaciones que mediaban entre Edelmira i Martin, i la lealtad con que este habia procedido en aquel asunto. Al leer la carta que Rivas dirigió a Edelmira ántes de emprender su viaje, Leonor tuvo dificultad para disimular su alegría. No podia quedarla ya ninguna duda de que era dueña del corazon cuya nobleza se revelaba en las cartas que tenia en sus manos.

Al mirar a Edelmira, despues de esta lectura, la espresion de su rostro habia cambiado completamente. A la irónica terquedad de sus ojos, reemplazaba en ese momento la mas afectuosa benevolencia.

—Estas cartas, dijo, no dejan la menor duda i honran sobre manera la jenerosidad de Ud.

—Señorita, contestó con entusiasmo Edelmira, ningun sacrificio me seria penoso tratándose de Martin i no hablo así por el amor que le tengo, porque Ud. ha visto que con esas cartas no puede quedarme esperanza, sino porque mi reconocimiento es verdadero : así es que solo cumplo con un deber contando a Ud. la verdad.

— Yo doi a Ud. las gracias por la confianza que ha tenido en mí, no solo por mi parte, sino tambien por la de mi familia, porque debemos a Martin servicios de importancia i mi papá se alegrará mucho de ir a verle. ¿Sabe Ud. donde vive ahora?

—En casa de un jóven San Luis, amigo suyo.

Al despedirse, Leonor acompañó a Edelmira hasta el patio i estrechó su mano con cariño. Estas manifestaciones afectuosas acabaron de convencer a Edelmira de que Rivas era correspondido.

Leonor, despues de esto, entró al cuarto de Agustin a quien encontró en las graves ocupaciones de su tocado.

—Me estoi haciendo la *toilette* i *soi a ti* al instante, la dijo el jóven.

Apocorato abrió la puerta i Leonor entró en la pieza.

—Te traigo una buena noticia, dijo ésta.

—¿Qué has visto a Matilde? preguntó el elegante, creyendo que se trataba de su prima, a quien cada dia se sentia mas aficionado.

—No, es otra clase de noticia: Martin está en Santiago.

—No ha mucho pensaba en él, ¡tan buen amigo! Me ha hecho falta este tiempo ¿dónde vive?

—En casa de San Luis.

—¡Eso es grave!

—¿Por qué?

—Porque, como sabes, soi el sucesor de ese jóven en el corazon de la prima.

—No importa: tu deber es ir a buscar a Martin.

—¡Caspita, hermanita! eres perentoria.

—¿Te olvidas como ha salido Martin de casa?

—No, no: la culpa es de papá que dió importancia a chismes indignos.

—Por eso nos toca ahora reparar el mal i quitarle el derecho que le hemos dado de creernos ingratos.

—No hablabas así hace poco, hermanita.

— Sí, pero ahora he cambiado.

—El rei caballero lo decia: *souvent femme varie*: eso viene en todos los libros franceses hermanita, i es la verdad.

Quedó convenido que Agustin i Leonor hablarían con don Dámaso sobre aquel asunto i como en la tarde recibiese éste con gran placer la noticia, diciendo que Martin le hacia mas falta cada dia, el elegante fué en la noche a casa de Rafael.

Este i martin habian salido, por lo cual Agustin quedó de volver al dia siguiente.

Importa mucho recordar que ese dia siguiente era el 19 de abril de 1851.

LIII

Martin i Rafael, volvieron a la casa de éste a las doce de la noche del 18 de abril. En los dos era fácil conocer la exaltacion que al espíritu comunican las pasiones políticas, porque su hablar era animado, i eran entusiastas el jesto i la mirada con que apoyaban sus liberales disertaciones i los cargos que por entónces formulaba la oposicion contra el gobierno que terminaba su segundo período, i contra el que se temia le reemplazase.

Martin habia abrazado con calor la causa del pueblo i conseguido con esto desterrar de su pecho la honda melancolía que durante los dos últimos meses le agoviaba. Poniendo empeño en acallar la voz de su amor en el ruido de los pasiones políticas, habia logrado alcanzar que la imájen de Leonor vi-

viere en su memoria como un dulce recuerdo, i no como el constante aguijon que destroza el alma de los que se dejan avasallar por el dolor. A fin de conservarse en tal estado. Rivas vivia entre sus libros durante el dia i entré los correligionarios políticos durante la noche.

Rafael, que nada estudiaba, vivia entregado a ocupaciones de las que no daba cuenta ni a su amigo. Sombrio i silencioso a veces, aparentando en otras ocasiones una gran alegría, conversaba en secreto con personas que con frecuencia venian a buscarle, i solia salir de la casa despues de llegar con Martin del club secreto que frecuentaban. Algo de misterioso habia en su conducta que llamaba la atencion de Rivas; pero hasta entónces éste se habia abstenido de toda pregunta.

Los nombres de Leonor i Matilde se pronunciaban rara vez entre los dos jóvenes, pareciendo que cada uno de ellos queria ocultar al otro el culto que a su pesar les profesaban en silencio.

Llegaron, como dijimos, a casa de Rafael a las doce la noche.

Al encender la luz, colocada sobre una mesa, se ofreció a sus ojos una tarjeta que San Luis acercó a la vela i pasó despues a Rivas.

Agustin Encina, decia la tarjeta. I mas abajo, escrito con lápiz: volverá mañana a las once.

Martin se sentó preocupado, miéntras que San

Luis encendió un cigarro i empezó a pasearse. El calor con que ambos hablaban al entrar parecia hacer desaparecido con la lectura de la tarjeta. Al cabo de algunos minutos, Rafael interrumpió el silencio.

— ¿Qué dices de esta visita? preguntó, parándose delante de Martin.

— No la esperaba, respondió éste.

— Pero te alegra.

— No sé.

— Te vendrá a proponer que vuelvas a su casa.

— No lo creo.

— Supon que fuese así ¿qué harías?

— No aceptaria la oferta.

— I sí te la hacen no solo en nombre de los padres sino tambien en el de la hija?

— Contestaria la mismo.

— Haces bien, dijo San Luis, volviendo a su paseo.

— No puedo negar que es una familia a la que debo muchas consideraciones, repuso Martin despues de breve pausa. Llegué a Santiago pobre i sin apoyo: ella no solo me ha dado la hospitalidad, que muchos ofrecen a sus parientes cercanos como una limosna, me ha dado mas que eso: un lugar en la vida privada de la familia i en el aprecio i distinciones de que me han colmado.

— ¿Cuéntas por nada tus servicios a don Dá-

maso i el haber sacado a su hijo del atolladero en que se encontraba?

— Habria podido hacer mas aun en servicio de ellos, i no estaria por esto libre del reconocimiento que les debo.

— Entónces vuelve a la casa, dijo con áspera voz Rafael.

— He dicho que uo volveré, sepuso Martin con voz seca.

Reino nuevamente el silencio, que por segunda vez rompió San Luis, entablando la interrumpida conversacion política. Pero Rartin no tomó parte en ella con la animacion que manifestaba ántes de haber visto la tarjeta, con lo cual, viéndole preocupado San Luis, le dió las buenas noches i se retiró.

Fué puntual Agustin a la cita del dia siguiente, pues a las once de la mañana entraba en el cuarto de Rivas.

Los dos jévenes se abrazaron con cariño.

— Te vengo a llevar, dijo Agustin i te traigo finos recuerdos de todos los de casa, desde papá, que desea abrazarte, hasta Diamela que igualmente aspira a morderte los talonos.

— Mi querido Agustin, dijo Rivas, ¡cuánto agradezco a tu familia el cariño que me dispensa! Nunca podré olvidarlo; pero, como vés, me hallo en la absoiuta imposibilidad de aceptar tan cordial ofrecimiento.

— Yo pregunto, ¿por qué?

— Porque no me perdonaria Rafael que le dejase solo.

— Tu primera casa ha sido la nuestra, repitió Agustín.

— Ya lo sé i conservo por las atenciones que debo a tu familia un profundo agradecimiento.

— *Es igual*, querido : si no te vienes, te llamaremos ingrato en todos los tonos posibles.

— Por no serlo, rehuso tu oferta mui apesar mio, dijo Rivas, golpeando cariñosamente el hombro del elegante.

— Vamos, querido, *pas de façons* conmigo, vámonos; mira que he prometido especialmente a una persona que no volveria sin tí.

— ¿A quién? preguntó Rivas con vivo interés.

— A leonor : por ella hemos sabido que estabas aquí; yo no sé cómo lo ha averiguado : ya se vé, los franceses tienen razon de decir : « lo que quiere la mujer, Dios lo quiere. »

— Manifestarás a la señorita Leonor, cuanto le agradezco su interés, dijo Martin conmovido, i lo que siento no poder aceptar el jeneroso hospedaje que Uds. me ofrecen.

— Sí, bien me recibirá ella, dijo el elegante : cuando Leonor formula un deseo, se entiende que es una órden, i ella ha dicho terminantemente que todos tenemos el deber de reparar la ofensa que te

hicimos, interpretando mal una accion que prueba tu jenerosidad.

— ¿Ah, me hace justicia ! exclamó Rivas con alegría.

— ¡I quién no te la *rinde* ! exclamó Agustin en el mismo tono. En casa la opinion es unánime, ménos en política, porque todovia no puedo tomar tino a papá : hoi es opositor, i mañana ministerial. Con que, no te *arrestes* a esto : vente con toda confianza. Papá dice que te necesita mucho.

Volvió Martin a escusarse alegando sus compromisos con San Luis.

— Tendrás que venir a casa en persona a espliarte, le contestó Agustin. ¿Anuncio tu visita ?

— Trataré de ir esta noche, dijo Rivas.

Obtenida esta contestacion lanzóse Agustin, con su ordinaria locuacidad, en la via de las confidencias, refiriendo sus amores con Matilde i las esperanzas que alimentaba de ser correspondido.

Al cabo de una hora se despidió, dejando a Martin entregado a las meditaciones que lo relativo a Leonor le sujeria. El recuerdo de las pasadas escenas en casa de la niña, i del voluble carácter con que le habia tratado, contenia la fuerza con que el deseo de verla habia despertado en él, gracias a las palabras de Agustin.

En estas meditaciones i sin haber determinado aun nada fijo sobre la visita que habia ofrecido

para la noche, le encontró Rafael a las cuatro de la tarde.

Rafael parecia alegre i animado. Con una sonrisa preguntó a Rivas.

— ¿Vino Agustin?

— Sí, me ha hecho una larga visita.

— ¿Te convidó para llevarte a su casa?

— Mucho.

— ¿Qué contestaste?

— Qué trataria de ir esta noche.

— Mal hecho, dijo Rafael, con el tono de autoridad que Martin le habia visto emplear con sus camaradas de colejo, pero que jamás habia usado con él.

— Eso solo puedo juzgarlo yo, respondió Rivas, cuyo altivo corazon se sublevaba contra toda tiranía.

— En la intimidad en que vivimos, bien puedo darte un consejo, repuso San Luis dulcificando la voz.

— A ver el consejo, dijo Martin.

— Creo que no debes ir a esa casa, a lo ménos por ahora.

— ¿I por qué?

— Porque te espones a entrar de nuevo en la carrera de los sufrimientos que te he visto recorrer desde que te conozco. Tienes un corazon demasiado puro Martin, para arrojarlo a los piés de una

niña orgullosa i llena de inexplicables caprichos : lo pisará sin piedad por el gusto de presentarlo como una víctima mas sacrificada a su hermosura. Por otra parte, nada avanzarias haciéndola esta noche una visita, porque, tímido como eres con las mujeres, cuando mas te atreverás a mirarla, i buscarás cualquier pretexto para hacerte nuevamente su esclavo.

Aquí San Luis hizo una pausa, pero viendo que Martin nada replicaba, prosiguió :

— Te traigo una noticia que puede hacerte tomar otro camino para llegar a un desenlace en tus ya demasiado románticos amores.

— ¿Qué noticia?

— Te preguntaré antes de dártela, una cosa.

— A ver.....

— Las opiniones que has emitido en nuestro club secreto, ¿han sido sinceras o hijas solamente del hastío de tu alma?

— Si no fuesen sinceras, no las habria emitido.

— Es decir que has abrazado nuestra causa con todas sus consecuencias.

— Con todas, dijo Martin con aire resuelto.

— ¿I miras como formales los compromisos que has contraído allí de tener tu brazo a la disposicion de una órden que yo te asegure ser de nuestro jefe?

— Los miro como sagrados.

— ¿Ni Leonor te haria desistir de cumplirlos?

— Ni ella ni nadie.

— Eres el hombre que he creido siempre conocer dijo San Luis, sentándose frente a su amigo.

— Espero tu noticia, despues de tan ceremonioso interrogatorio, le contestó éste.

— Mi noticia es esta : todo está preparado i mañana estalla la revolucion.

Rafael habia bajado la voz para decir estas palabras.

— Mui pocos, continuó, poseen este secreto. De nuestro club, solo cuatro lo saben i entre ellos i yo hemos distribuido los puestos a los demas. Te he reservado para que seas mi segundo si aceptas el combate.

— Has hecho bien, dijo Martin con animacion.

— Ya ves, repuso San Luis, por qué me oponia a tu visita a Leonor : tengo miedo de su poder i no querria que nuestros amigos te tuviesen por cobarde.

— Tienes razon : no iré a verla.

— Muchos creen que no habrá combatei que la fuerza de línea se plegará en masa a nuestras banderas; yo no lo creo, pero tengo fé en nuestro triunfo.

— ¿Con que fué fuerza cuentan Uds.? preguntó Rivas.

— Lo mas seguro es el batallon Valdivia : a este

cuerpo añaden parte del Chacabuco i tal vez alguna fuerza de Artillería. Para mí, lo único que hai de positivo es el Valdivia, con el cual, bien dirigido i con la jente del pueblo que nósotros armarémos, podemos apoderarnos de todos los cuarteles, principiando por el de la Artillería, de donde podemos sacar los pertrechos de guerra que nos falten : Bilbao, i muchos otros, que tú conoces, tomarán parte en la jornada i les he prometido que serias de los nuestros.

—Te doi las gracias por la buena opinion que de mí tienes, dijo Martin, estrechando la mano a su amigo, i pondré todo empeño en que no la pierdas.

—Antes de pasar adelante i como tenemos toda la noche para hablar sobre ésto, repuso San Luis, voi a decirte ahora lo que he pensado que podrias hacer, en lugar de ir a casa de Leonor.

—¿Qué cosa?

—Estoi seguro que aunque vivas con ella otro tiempo igual al que has pasado en la casa, nunca te atreverás a declararla tu amor.

— Si no fuese tan rica i no debiese yo a su padre tantas atenciones, tal vez me atreveria, contestó Rivas.

— En esas razones fundo yo mi opinion, i como son reales, digo la verdad: no te atreverás a declararte. Por otra parte, ella es demasiado orgullosa

para tenderte la mano i decirte : « he leído Martin en su corazon, porque el mio siente lo mismo. » Esto es demasiado hermoso para que pueda realizarse.

— ¡ Así es ! exclamó Martin dando un suspiro.

— No te queda pues mas que un camino, i escusará a tus ojos el paso que voi a aconsejarte lo escepcional de la situacion en que te encuentras.

— Espero tu idea con impaciencia.

— Mi idea es que la escribas diciéndola que la amas i que tu carta se la entreguen mañana.

Martin se quedó pensativo.

— ¿ Deseas que ella ignore siempre tu amor ? dijo Rafael.

— No ! contestó Rivas, con calorosa voz.

— Pues entónces, nunca tendrás mejor ocasion que ahora para decírselo : la proximidad de un peligro disculpa tu osadía i ella, si te ama, dará su perdon con toda su alma. Si, por el contrario, no eres correspondido, nada pierdes, puesto que no habrás ido a presentarte en la casa i no podrán acusarte de deslealtad.

Pocos argumentos mas tuvo que emplear San Luis para convencer a Rivas, que olvidó el peligro que al siguiente dia le aguardaba, para entregarse al placer de un desahogo al que despues de tanto tiempo aspiraba su corazon.

En la noche, Rafael se despidió de Rivas :

— Aquí te dejo, le dijo : yo voi a recibir las últimas órdenes i me tendrás de vuelta ántes de las doce.

Cerró la puerta i Martin se acercó a la mesa para escribir la carta, cuyas frases brillaban ya en su imaginacion con caracteres de fuego.



LIV

Era para Martin aquella ocasion la circunstancia mas solemne de su vida: iba por primera vez a hablar de su amor a la que dominaba en su corazon i se hallaba en vísperas de acometer una empresa en que jugaba la vida. Sin sentir miedo, experimentaba sin embargo esa zozobra que a los pechos mas enérjicos infunde la idea de una muerte cercana, cuando el vigor de la salud parece aferrar el alma con mas fuerza al nativo instinto de la conservacion. En tal estado, tomó la pluma, i escribió :

« Señorita :

« Cuando Ud. reciba esta carta, tal vez habré dejado de existir o me encuentre en gravísimo peligro de ello : solo con esta conviccion me atrevo a dirijírsela. ¿Es un secreto para Ud. el amor que

me ha inspirado? No lo sé. A pesar de la timidez que Ud. me ha infundido siempre; a pesar de que conozco mi posición respecto de la suya, i a pesar, también, de las consideraciones que debo a la familia que con tanta jenerosidad me ha tratado, creo no haber tenido siempre la fuerza suficiente para ocultar el secreto de mi pecho. Hago a Ud. esta confesión con toda la sinceridad de mi alma i sin pretensiones: Ud. ha sido mi primero i único amor en la vida. La resistencia que la razón me aconsejaba oponer al dominio de este amor, no ha tenido poder para combatirlo i mi corazón se ha sometido a su imperio sin fuerza para resistir, como sin esperanza de verlo correspondido. Después de haber luchado con él, i conseguido al ménos el triunfo de ocultarlo a todos i a Ud., no puedo resistir al consuelo de hablarle de él, cuando un accidente natural puede mañana quitarme la vida. Perdóneme Ud. tan atrevida debilidad; es tal vez el adiós de un moribundo; tal vez la despedida de uno a quien mañana, siéndole la suerte adversa, tendrá que vagar lejos que Ud.: de todos modos es una confianza que entrego a su lealtad i que espero no mire Ud. con desden ni trate con burla, porque parte de un corazón que se cree digno de su aprecio, ya que no ha querido mi estrella que lo sea de su amor.

« Además señorita, nada he dicho hasta ahora, desde que dejé su casa, para sincerarme de una

acusacion injusta, que tal vez el tiempo ponga en transparencia. I si he tenido enerjía para resignarme a sufrir el peso de deshonorosas inculpaciones, mientras he tenido la esperanza de poder justificarme, ahora que puede faltarme para siempre la ocasion de hacerlo, he querido a lo ménos repetir a Ud. que fueron sinceros los descargos que ántes dí de mi conducta, i llevar así el consuelo de que Ud. me crea ahora, considerando la solemnidad del momento en que le hago este recuerdo. »

Martin agregó a esta carta las manifestaciones del agradecimiento que conservaba a la familia de Leonor i evitó, como en las líneas que preceden, el amanerado romanticismo puesto en voga por las novelas para el estilo amatorio epistolar. Al dirijirse a una niña que en las familiares escenas de la vida íntima no habia perdido a sus ojos las proporciones de un ídolo, Rivas no halló otra espresion del profundo amor que dominaba a su alma, ni pudo esplayar el fuego de la imaginacion exaltada con las frases prestigiosas que bullen en el cerebro de los enamorados. No obstante despues de releer varias veces aquella carta, sintióse como descargado de un gran peso al imaginarse que no moriria sin que Leonor conociese su corazon i le diese a lo ménos su aprecio, en cambio del amor que la enviaba como una ofrenda respetuosa.

A las once de la noche entró San Luis en el cuarto.

— Todo marcha perfectamente, le dijo a Martin, i aquí traigo nuestros arreos de batalla.

Diciendo esto, sacó dos cintos con un par de pistolas cada uno i dos espadas que traia ocultas bajo una capa.

— Aquí tienes, prosiguió pasando a Rivas un cinto i una espada: te armo defensor de la patria, en cuyo nombre te entrego estas armas para que combatas por ella.

Los dos jóvenes revistaron las armas, se distribuyeron los cartuchos preparados para las pistolas i se ciñeron las espadas, ocultándose su mútua preocupacion bajo un exterior risueño i palabras chistosas sobre su improvisada situacion de guerreros.

Despues de esto, Rafael esplicó a Martin lo que sabia del plan de ataque i de los elementos con que contaban para el trinfo. Durante esta conversacion, que se prolongó hasta las dos de la mañana, alarmábanse con cada ruido que oian en la calle, permaneciendo a veces largos intervalos en silencio, como si hubiesen querido percibir en medio de la quietud de la noche, cualquier movimiento de la dormida poblacion.

— La hora de ir a nuestro puesto se acerca, dijo Rafael, mirando el reloj que apuntaba las tres; ¿tienes ahí tu carta?

— Sí, contestó Martin.

— He pagado un peso al criado de don Dámaso para que me espere, añadió San Luis, prometiéndole ocho al entregarle tu carta.

Salió de la pieza al decir eso i volvió al cabo de pocos momentos : su rostro estaba pálido i conmovido.

— ¡Pobre tia! dijo al entrar, duermes tranquila.

Arrojó una mirada a sus muebles, testigos de sus alegrías i pesares, i como el que quiere sustraerse al peso de los recuerdos exclamó:

— Vámonos, luego tal vez volveremos victoriosos.

Salieron a la calle, ocultando los armas, bajo las capas con que se habian cubierto i caminaron silenciosos hasta la plaza de armas, que atavesaron, dirigiéndose de allí a casa de don Dámaso Encina. Al llegar a ésta San Luis dijo a Rafael:

— Espérame aquí.

I llegó a la puerta de calle que golpeó suavemente. El criado abrió al instante.

— Entregarás esta carta a la señorita Leonor, le dijo, dándole la carta de Martin; es necesario que se la des apenas se levante i en sus propias manos. Aquí tienes tu plata, añadió, renovando su encargo i haciendo prometer al criado que lo cumpliría fielmente.

Llamó en seguida a Rivas i caminaron juntos hasta el tajamar. Allí se dirigió Rafael a una casa

vieja cuya puerta abrió con facilidad, e hizo entrar a Rivas en un patio oscuro, juntando tras él la puerta de calle.

Pocos instantes despues empezaron a llegar grupos de dos i de tres hombres, armados con pistolas que ocutaban bajo las mantas o las chaquetas i a medida que los minutos trascurrian, la puerta daba paso a nuevos grupos que fueron llenando el patio.

San Luis los juntó i distribuyó en dos grupos a los que dió lo mejor que pudo una formacion militar i confirió el mando de uno de esos grupos a Martin i a otro jóven el del otro, reservándose el mando en jefe para sí. Algunos otros jóvenes del club a que Rivas i San Luis asistian, fueron colocados por éste en puestos subalternos i formaba en batalla toda su jente, hizoles Rafael una lijera arenga apelando a valor chileno. Despues de esto dió a uno de sus oficiales la órden de ir a la plaza i de venir a avisar la llegada de la fuerza de línea que allí debia reunirse. El emisario volvió al cabo de diez minutos, anunciando que el batallon Valdivia iba llegando.

Dió entónces San Luis la señal de la marcha, i todos en el mejor órden se dirijieron al punto designado, al que llegaron pocos momentos despues que el batallon Valdivia, que tan importante papel debia desempeñar en la jornada del 20 de abril.

San Luis se reunió al Coronel don Pedro Urriola, jefe principal del motin i conferenció con él i con los demas jefes que habia concertado el movimiento. La opinion de que la fuerza de línea i la cívica, tomaria parte en favor de ellos, prevalecia en casi todos i Rafael fué uno de los que con mas calor abogaron porque era necesario entrar inmediatamente en accion i apoderarse de los cuarteles para armar al pueblo.

El tiempo trascurria dando razon a los que opinaban por el ataque, pues a las cinco i media de la mañana se habia aumentado mui poco la tropa revolucionaria, estacionada en la plaza de armas desde las cuatro.

Decidióse, pues, principiar el ataque i se dió la orden a un piquete de marchar en compañía de la fuerza de San Luis a apoderarse del cuartel de Bomberos.

Los de línea i los paisanos se pusieron en marcha a quemar los primeros cartuchos en un combate, que con el tiempo perdido en tomar aquella determinacion, debia ser uno de los mas sangrientos que recuerda la historia de la capital de Chile.



LV

De una publicacion hecha al dia siguiente de la lucha, tomamos dos párrafos, que describen los preliminares del combate del 20 de abril :

« Dirijióse el Coronel Urriola a la plasa, dice el escrito citado, i logró sorprender el principal que solo tenia tres hombres fuera, estando el restode la guardia dentro del cuartel, como es de costumbre.

« Tambien se tomaron el cuartel de Bomberos i las armas del cuartel se repartieron al pueblo i se agregaron a los sublevados los soldados de la guardia; lo mismo que se hizo con los soldados del Chacabuco que estaban en el principal. »

El cuartel de bomberos, en efecto, habia opuesto mui poca resistencia al ataque de los amotinados que se apoderaron de las armas i regresaron a la plaza en mayor número. Allí vino a

consternarlos una noticia inesperada : dos sarjentos del Valdivia que habian marchado en dos piquetes de este cuerpo a apoderarse del cuartel que ocupaba el batallon número 3 de guardia nacional, acababan de insurreccionarse contra los oficiales que mandaban esa fuerza i disparado un tiro de fusil a cada uno de ellos, dejando muerto al uno i herido al otro gravemente, despues de lo cual se habian dirigido con los piquetes a engrosar las filas del Gobierno.

Esta noticia llegó a la plaza esparciendo entre los revolucionarios funestos presentimientos: el ejemplo de la defeccion podia hacerse contoioso i cundir en el batallon Valdivia, única fuerza veterana que hasta entónces hubiese tomado parte en la sublevacion.

Entretanto, la noticia del motin habia resonado en los confines mas apartados de la ciudad i el pueblo acudia en tropel a la plaza de armas, en donde los jefes de la insurreccion predicaban la revuelta sin tener armas que ofrecer a los que se presentaban a tomar parte en ella. La misma noticia, comunicaba tambien al Gobierno por distantas personas, babia hecho que los partidarios de la administracion aprovechasen para la defensa los preciosos momentos que los revolucionarios habian perdido en inútiles escaramuzas i vanas expectativas. Tocábase la jenerala en todos los cuar-

teles, apercibiase et de artillería para la resistencia, reuníanse en la plazuela de la Moneda las compañías de los cuerpos cívicos que se habian podido poner sobre las armas i apoderábase la fuerza del gobierno del cerro de Santa Lucía, dominando las calles circunvecinas.

Los de la plaza, durante aquel tiempo, viendo que ninguna nueva fuerza se plegaba a sus banderas i careciendo de armas para el pueblo, resolvieron dar un ataque al cuartel de artillería, depósito de armas i municiones, i punto, por siguiente, de grande importancia para el éxito, de la empresa. « El cuartel de artillería, dice la relacion citada ya, está situado al pié del cerro de Santa Lucía hácia la Cañada, en una casa de al quiler, malísima posición militar, haciendo esquina entre la calle Angosta de las Recojidas i la Cañada. Con un espacio inmenso abierto a su frente i a los costados, tiene una calle de atravesio a ocho varas de la puerta principal, lo que espone a un golpe de mano las piezas de artillería que saliesen a obrar a la puerta Casi al frente de esta puerta principal está la calle de San Isidro, desde donde puede ser barrida la puerta por los fuegos de fuerzas superiores. »

Para llegar al cuartel cuya posicion queda descrita, los revolucionarios se dirijieron a la Cañada por la calle del Estado.

Antes de describir el sangriento combate que tuvo lugar en aquel punto, nos es forzoso ver lo

que pasaba a esa hora en casa don Damáso Encina.

Situada la casa de éste en una de las callas mas centrales de Santiago, la noticia de la revolucion vino a despertar a la familia, en medio del profundo sueño de las primeras horas de la mañana.

Don Dámaso dió un salto de su cama a la voz de revolucion que daban los criados en las piezas inmediatas a su dormitorio ; salto imitado por doña Engracia, con admirable ajilidad al oir que su marido, con acento aterrado, decia miéntras buscaba sus pantalones.

— ¡ Hija, revolucion, revolucion !

La falta de luz aumentaba el terror de aquellas palabras que no solo asustaron a doña Engracia, sino que aumentaron el miedo de don Dámaso que no creyó darlas tan fatídica acentuacion al pronunciarlas. A impulsos de tan súbito terror, los esposos emprendieron en en el cuarto carreras desatinadas en busca de prendas de vestuario que tenian a la mano sin notarlo.

— ¡ I mis botas, qué se han hecho? decia don Dámaso desesperado, corriendo per todo el cuarto en busca de ellas.

— Mira hijo, te llevas mis enaguas, le gritaba doña Engracia que, habiendo prendido una luz, se hallaba al pié de la cama replegādo su pudor en la poquísima ropa que la cubria.

Con el auxilio de la luz vió don Dámaso en efecto que sin saber cómo, se habia echado sobre los

hombros las enaguas de su consorte, i queriendo deshacerse de ellas con gran prisa, las arrojó desatentado a la cabeza de doña Engracia que, por pescarlas al vuelo con una mano miéntaas que con la otra sostenia sobre el seno los pliegues de la camisa, dió un manoton a la vela que cayó apagándose en la alfombra.

A los gritos que con este incidente dieron los esposos aterrados, uniéronse los ladridos de Diamela, aumentando la turbacion i el desórden en la piesa, en la que cada cual parecia querer apagar la voz del otro con la fuerza de la suya.

Por fin, encendióse nuevamente la vela, halló don Dámaso sus botas, se puso doña Engracia las enaguas i se calmó Diamela, acostándose en la cama que habian dejado sus amos.

— Es neesario vestirse lijero, decia don Dámaso dando el ejemplo de la actividad, pero no del acierto, porque cada prenda parecia haberse escondido en tan apurado trance.

Oyéronse entónces redoblados golpes a la puerta.

— ¡Qué habrán entrado aquí! exclamó poniéndose lívido don Dámaso.

— Papá, papá, gritó desde afuera la voz de Agustin, levántese que hai revolucion.

— Allá voi, contestó don Dámaso, abriendo la puerta a su hijo.

Miéntas acababan de vestirse, don Dámaso i

doña Engracia, dirijian al elegante un fuego graneado de preguntas sobre la revolucion i como Agustin nada sabia, se contentaba con repetirlas a su vez.

— ¿I Leonor? preguntó por fin don Dámaso, viendo que su hijo en nada satisfacía ni calmaba su ansiedad.

Dirijiéronse los tres al cuarto de Leonor que hallaron vestida ya i sentada tranquilamente al lado de una mesa.

— Hija, hai revolucion, la dijo don Dámaso.

— Así, dicen, contestó con serenidad la niña.

— ¿Qué harémos? preguntó el padre pasmado del valor de Leonor.

— ¿Qué quiere Ud. hacer? dijo ésta, esperar aquí, me parece lo mejor.

Pero don Dámaso no podia estarse quieto i no comprendia cómo en ese instante podia nadie sentarse. Así fué que salió de la pieza, llamó a los criados, ordenó que se trancasen las puertas i entró de nuevo al cuarto de Leonor diciendo:

— Esto es lo que sale de andar perorando a los rotos. ¡Malditos liberales! como ellos no tienen nada que perder, hacen revoluciones. ¡Ah! si yo fuera gobierno los fusilaba a todos ahora mismo.

Algunos tiros que se oyeron a la distancia le embargaron la voz e hiciéronle arrojarse casi exánime sobre un sofá.

Doña Engracia, llena de pavor tambien, se echó en brazos de su marido sin pensar que al estrecharlo, tenia entre ellos a Diamela que lanzó espantosos alaridos en tan cruel e inesperada tortura.

— Papá, mamá, seámos hombres; ¡ ah, cállate Diamela ! decia Agustin, aparentando una serenidad que sus piernas temblorosas desmentian.

La única persona que allí parecia impasible, era Leonor, que los exhortaba sin afectacion ni miedo a serenarse.

De este modo trascurrieron los minutos i llegó la claridad del dia, que calmó un tanto la agitacion en que todos los de la casa, ménos Leonor, se encontraban.

Una criada entró a la pieza i con la voz ahogada por la turbacion :

— Señor, dijo, están golpeando la puerta.

Hubiérase creido que anunciaban con esas palabras a don Dámaso que una lluvia de bombas estaba cayendo en los tejados de la casa, porque con ambas manos se tomó la cabeza i exclamó :

— ¡ Vendrán a saquear ! vendrán a sequear !

Leonor, sin hacer caso de los gritos de su padre dijo a Agustin.

— Por qué no vas a ver quien golpea ?

— ¡ Yo ! Fácil es decirlo ¿ i si son algunos rotos armados ? Yo, no, yo los defenderé a Uds. pero no abramos la puerta.

— Orijinal manera de defendernos, replicó la niña, saliendo de la pieza i dirijiéndose a la puerta de calle, donde los golpes redoblaban de una manera alarmadora.

Los que así golpeaban eran don Fidel Elías, su mujer, Matilde i algunos niños de la familia: entraron en la casa contando cada cual a un tiempo con los demas lo que habian visto en la calle. Miéntras entraban a las piezas interiores, el criado que cuidaba la puerta se acercó a Leonor.

— Señorita, la dijo, me han dado esta carta para su merced.

La niña tomó la carta i la abrió maquinalmente.

Al leer la firma de Martin, turbáronse sus ojos i dijo al criado con voz ahogada:

— Está bien, retírate a la puerta i avísame si golpean.

Miéntras pronunciaba estas pocas palabras su rostro habia recobrado su entera tranquilidad i solo la lijera palidez que lo cubria daba indicio de que su alma se hallaba dominada por una fuerte emocion.

En vez de dirijirse Leonor a la pieza en que se encontraba la familia con don Fidel, entró en otra que estaba sola, i despues de cerrar la puerta, abrió con avidez la carta que habia echado en un bolsillo.

Con su lectura perdió la niña el tranquilo valor

que la distinguia entre todos los de la casa : púsose aun mas pálido su rostro i sus ojos se llenaron de lágrimas, miéntras que su ajitado respirar acusaba los violentos latidos de su corazon.

— ¡ Qué hacer ! Dios mio ! exclamó, resumiendo en esta exclamacion todas las angustias que la agoviaban con la idea del peligro en que Rivas debia encontrarse en aquel instante.

Luego se levantó de repente, cual si un nuevo mas terrible golpe la hubiese herido en el corazon.

— ¡ I si estuviese herido ya ! o muerto ! añadió, alzando al cielo los bellísimos ojos que las lágrimas de amor nublaban por primera vez.

Dirijió a Dios entónces una ferviente oracion por la vida de Martin ; ruego sublime, sin palabras coordinadas, pero que tenia la mas ardiende elocuencia : la del alma enamorada. I despues, como convencida por vez primera de la impotencia del orgullo, de la estéril vanidad de la belleza, lloró como un niño, con absoluto olvido de todo lo que no tuviese relacion con su amor.

Pasados así algunos momentos, hizo un gran esfuerzo para serenarse, i despues de arreglar el desaliño que un instante de completa desesperacion habia dejado en su vestido, salió del cuarto, llevando sobre el corazon la carta de Rivas.

La llegada de don Fidel habia, entre tanto, dado

un nuevo jiro a las ideas de don Dámaso i serenándolo casi enteramente. Don Fidel, contó al llegar las noticias que en la calle acababa de recojer, noticias que suponian a la fuerza revolucionaria apoderada ya de todos los cuarteles i dirijiéndose a la Casa de Moneda, último baluarte del Gobierno.

— Tal vez a esta hora, dijo al terminar, todo esté concluido.

A instancias suyas todos salieron de la pieza en que se hallaban i subieron a los altos para observar desde el balcon el movimiento de la calle.

— Hombre ¿ qué es lo que hai ? preguntó don Fidel a dos hombres que a la sazón pasaban corriendo.

— Que el pueblo ha ganado, i el Coronel Urriola se ha tomado la artillería, dijo uno de ellos.

— ¡ Viva el pueblo ! gritó el otro.

— ¡ Viva ! repitió don Dámaso, que siempre estaba por el vencedor.

Luego, como para cohonestar aquel grito sedicioso :

— Alguna vez, dijo, se habian de hacer justicia estos pobres que viven siempre oprimidos.

— Porque no pueden ellos oprimirnos, replicó don Fidel, que tenia horror a la chusma.

— Es mui justo que el pueblo recobre sus derechos conculcados, dijo don Dámaso con admirable entonacion patriótica, olvidándose que media hora

antes no existia tal pueblo para él, sino simplemente los rotos.

Miéntras así discurrían i tomaban lenguas de lo que acontecia, Leonor se hallaba en el cuarto que antes ocupaba Rivas, i a la par que pedia a los muebles la historia del ausente, rogaba al cielo por él i estrechaba con pasion la carta que ocultaba en su seno.

Oyéronse en este momento las descargas del combate que se empeñaba en el cuartel de artilleria i que hicieron a los curiosos desertar del balcon i bajar en tropel la escala, para ponerse a cubierto de cualquier accidente imprevisto.

Nosotros, en vez de seguirlos, volveremos al campo del combate, donde algunos de nuestros personajes figuran entre los belijerantes.



LVI

Dejamos a la columna revolucionaria en marcha para el cuartel de artillería, bajando hacia la alameda por la calle del Estado.

San Luis marchaba al frente de su tropa, cuyas filas se habian engrosado notablemente en aquel tránsito, bien que muchos de los que llegaban carecian de armas de fuego.

Martin, sereno, como si marchase en una parada, se empeñaba en conservar el orden entre los suyos, exhortándolos a observar la formacion militar.

La jente apiñada ya en la alameda i en las veredas de la calle, victoreaba a los revolucionarios que desembocaron en la Cañada, en el mejor orden i contando con un triunfo fácil en el cuartel de artillería.

Pero ántes de llegar a éste, divisaron los revolucionarios varios piquetes del batallón de línea Chacabuco, apostados en diversos puntos del vecino cerro de Santa-Lucía. Dominando éste con sus fuertes el cuartel que se proyectaba atacar, era preciso desalojar primero a los del Chacabuco de sus posiciones a fin de prevenir un ataque por ese lado. Lanzáronse con esta mira los revolucionarios a escalar el cerro ; pero los de aquel punto, en vez de oponer resistencia, abandonaron sus posiciones i bajaron precipitadamente hácia la Cañada por el lado del fuerte del sur ; entrando con celeridad en el cuartel de artillería que les abrió sus puertas i aumentó con este nuevo refuerzo el reducido número de los defensores del cuartel.

A pesar de su lijereza, la tropa revolucionaria no pudo frustrar el éxito de aquel rápido movimiento i llegó a las inmediaciones del cuartel cuando la puerta de éste se cerraba sobre los soldados del Chacabuco.

El jefe revolucionario dió entónces la orden de atacar el cuartel, i la tropa se puso en movimiento, dando principio al ataque en medio del clamoreo del pueblo, cuya mayor parte observaba impasible aquella escena, absteniéndose de tomar parte en ella, acaso por falta de armas i jefes, sin los cuales nuestras masas casi nunca se deciden por la iniciativa, por esperar la voz de los *caballeros*, que, a

pesar de las propagandas igualitarias, miran siempre como sus naturales superiores.

Rafael San Luís dirigió su jente al costado del cuartel, mientras que por el frente embestían los del Valdivia. — El combate se hizo entonces jeneral, bien que los sitiados economizaban sus tiros por no tener puntos adecuados para dirigirlos con certeza. Mientras que la tropa veterana hacía un nutrido fuego sobre puertas i ventanas, los de San Luís i demás jefes populares, arrojaban piedras sobre los techos, i trabajaban por derribar la puerta principal, abriendo un forado cerca del umbral. En medio del mas vivo fuego, una partida de hombres capitaneada por Martín Rivas, logró echar al suelo una de las puertas que daban sobre la calle de las Recojidas.

— Adelante muchachos, gritó Martín, blandiendo la espada en una mano i en la otra una pistola.

I esto diciendo, trató de penetrar en el cuartel seguido de los suyos ; pero los recibió tan mortífero fuego de adentro, que casi todos los que seguían a Rivas volvieron la espalda. En vano los alentó éste con ejemplo i la palabra, pues en ese momento se oyeron los primeros disparos de una pieza de artillería que un capitán de los sitiados había puesto en la calle de atravesio. Un vivísimo tireteo trabóse entonces, atronando los ámbitos de la población

el ruido incesante de la fusilería i los repetidos tiros de cañon, que barrian la calle diezmando las filas revolucionarias.

El ruido de estas descargas era el que habia hecho bajar del balcon a las familias de don Dámaso i de don Fidel. En el momento en que Leonor invocaba la piedad del cielo para Martin, éste, como los antiguos caballeros, se lanzaba a lo mas crudo de la pelea, llevando en su pecho la imájen i en sus lábios el nombre de Leonor.

A pesar de su desnudo, veíanse ya en gran aprieto los sitiados con el fuego sostenido i el bravo empuje de los sitiadores, cuando apareció por la bocacalle de las Agustinas una columna con « el Coronel García a la cabeza » dice la relacion citada. Esta columna, compuesta de la guardia nacional que los del Gobierno habian podido reunir, avanzó llevando la calle i se vió a poco tomada entre dos fuegos por un destacamento del Valdivia, que el jefe revolucionario envió a atacar por su retaguardia, i el resto de los amotinados que rompieron sus fuegos al mismo tiempo contra su frente. El estruendo del combate fué terrible en aquellos instantes i rivalizaban en temerario coraje los revolucionarios, con los jefes i oficiales de los del Gobierno, que veian por todas partes llover sobre ellos una gramizada de balas.

Rivas i San Luis parecian querer tambien rivalizar

en arrojo i sangre fria, pues no contentos con animar a los suyos, apoderándose cada cual de un fusil, dejaron colgar la espada de la cintura e hicieron fuego, como soldados, sobre el enemigo. Las voces de los jefes, ahogadas por el ruido de las detonaciones, se confundian con los lamentos de los que caian heridos i las imprecaciones de los que retrocedian despues de avanzar, se perdian entre las mortíferas descargas del enemigo.

En lo mas reñido del combate, una bala de rribó al Coronel Urriola, Jefe de los revolucionarios, el que cayó diciendo: « Me han engañado! » Palabras que ha recojido la historia como una prueba de que los revolucionarios no contaban con la obstinada resistencia que encontraron.

La noticia de la muerte del Jefe cundió luego por las filas de los sublevados, i pronto su influjo moral hizose sentir en el combate, pues calmando el fuego i pasando de agresores a agredidos se replegaron todos hácia la Cañada, frente a la puerta principal del cuartel atacado. Reunidos en una masa compacta, los revolucionarios rompieron allí de nuevo casi con mas ardor que ántes sus fuegos, haciéndose la lucha mas encarnizada en esos momentos, pues se abrió la puerta del cuartel para dar paso a dos piezas de artillería que lanzaron un vivo fuego contra los enemigos.

En un grupo colocado en la boca calle de San

Isidro, Martin i Rafael descargaban sus tiros, segundados por su jente, sobre la tropa que acababa de salir del cuartel, i hacian que los que no tenian armas se sirviesen de las de aquellos que caian.

Aquel fué sin duda el momento mas crudo de tan encarnizado combate. Los belijerantes, colocados a pocos pasos los unos de los otros, desafiándose con el jesto i la voz, podian dirijir con certeza sus tiros i hasta ver el efecto de ellos sobre los contrarios. El ruido era atronador i los hombres caian de ámbos lados en horrorosa abundancia. Los curiosos, que desde el alba llenaban los alrededores, se habian dispersado ante tan peligroso espectáculo, para dejar disputarse la victoria a los combatientes, que con encarnizada enemiga, parecian haber olvidado que cada tiro regaba el suelo chileno con la jenerosa sangre de alguno de sus hijos. Temerario arrojo en presencia del peligro, porfiada tenacidad para la defensa i el ataque simultáneos, ardor incontrastable a la par de heróica sangre fria, fueron prendas del carácter nacional que brillaron en ambos campos en aquel supremo instante. Las dos piezas de artilleria, sobre las cuales Rivas. San Luis i los suyos hacian un fuego mortífero desde la boca calle de San Isidro, disminuian poco a poco la frecuencia de sus disparos, porque la granizada de balas que sobre ellas caian, habia puesto fuesa de combate a dos oficiales que

sucesivamente las habian mandado i a la mayor parte de la tropa que las servia. El Jefe del cuartel habia reemplazado en el mando de esas piezas a los dos oficiales gravemente heridos al pié de ellas i de los cuales uno era su propio hijo. Pero a la llegada del Jefe, una furiosa descarga derribó casi todos los artilleros que aun quedaban en pié, i avanzando los revolucionarios tras el humo de esa descarga, lograron apoderarse de los dos cañones que la muerte dejaba sin defensores. Martin i Rafael llegaron juntos i fueron de los primeros que pusieron sus manos sobre las piezas que tantos estragos habian causado en las filas de los suyos.

— ¡Victoria! victoria! gritó San Luis.

I esta voz la repitieron todos arrastrando los cañones al punto que ellos ocupaban. Mas no bien habia cesado el clamoreo de los que clamaban victoria, cuando la puerta principal del cuartel se abrió de nuevo i una horrible dascarga de fusilería envió sobre los revolucionarios dna nube de balas que hizo entre ellos espantosa matanza.

San Luis se asió con fuerza del brazo de Martin que se hallaba a su lado i gritó a los suyos:

— ¡Fuego! el enemigo está en agonía!

Palabras que el ruido de nuevas descargas ahogaron, miéntras que el jóven que acababa de pronunciarlas, echó sus dos brazos al cuello de Rivas diciéndole:

— Me han herido i no puedo tenerme en pié.

Martin le tomó de la cintura, sacóle de las filas de los combatientes i llevándole junto a una puerta de un cuarto, hizola saltar de un puntapié i entró en la pieza, arrastrando a Rafael cuya ropa estaba ya bañada en sangre.

Dos mujeres i un viejo habia en el cuarto en que Martin acababa de entrar llevando a San Luis.

— Señora, aquí hai un jóven a quien Ud. puede prestar algun servicio, dijo Rivas a la que parecia de mas edad.

Las dos mujeres, el viejo i Martin quitaron la levita a Rafael i le hallaron el pecho atravesado por dos balas. Su respiracion hacia brotar torrentes de sangre de las dos heridas.

San Luis tomó las manos de su amigo.

— No me nuevas le dijo, serà imposible sanarme i siento que voi a vivir mui poco.

Los ojos de Rivas, en los que momentos ántes brillaba el belicoso fuego que ardía en su pecho, se llenaron de lágrimas.

— ¡Tú tambien estás herido! exclamó San Luis viendo que una mano de Martin se teñia poco a poco en sangre.

— No sé, dijo este, nada he sentido.

La misma descarga que habia herido a San Luis, habia tambien lanzado una de sus balas sobre el brazo derecho de Martin.

— La victoria es casi segura, añadió Rafael, hablando por momentos con mayor dificultad. ¿Oyes las descargas? el fuego del cuartel se vá apagando.

Cada palabra que así pronunciaba parecia costarle un gran esfuerzo i su voz se extinguia por grados, miéntras que la sangre del pecho brotaba apesar del empeño con que Martin i los que allí habia querian contenerla con paños i vendas improvisadas.

Despues de una pausa, durante la cual San Luis parecia querer adivinar con el oido lo que sucedia en el lugar de la refriega, estrechó con febril ardor las manos de Martin i haciendo un esfuerzo para levantarse ;

— Despidete, le dijo con voz enternecida de mi pobre tia ; si ves a Adelaida díla que me perdone i tú no me olvides Martin porque.....

El esfuerzo que hizo para concluir su frase pareció apurar el último soplo de vida que le quedaba, porque las palabras se helaron en sus labios i su cabeza cayó sobre la pobre almohada que le habian puesto las mujeres.

— ¡ Muerto ! muerto ! exclamó Martin, estrechándolo entre sus brazos i llorando como un niño. ¡ Pobre Rafael !

Dió por algunos instantes libre curso a sus lágrimas i alzándose de repente, besó varias veces

la frente i las mejillas, ya lívidas, de San Luis ; prometió a las mujeres que serian bien recompensadas si entregaban el cadáver en casa de don Pedro San Luis i salió de la pieza exclamando:

— ! Yo te vengaré !

Brillaban en ese instante con sombrío resplandor sus ojos i con la diestra apretaba convulsivamente la espada que desenvainó al salir.

Cuando Martin llegó al lugar del combate, reinaba allí la mayor confusion. La fuerza revolucionaria se desorganizaba en esos momentos. Uno de los oficiales del Chacabuco, hecho prisionero en la guardia del principal, aprovechándose del desorden que le rodeaba, emprendió la fuga hacia el cuartel de Artilleria i varios soldados siguieron su ejemplo, comunicándose el contagio a los demas que allí habia. Con esto el fuego de los revolucionarios cesó poco a poco i cuando Rivas llegó al frente del cuartel, todos entraban creyéndose victoriosos i caian allí en poder de los sitiados.

Martin entró tambien con la misma ilusion i se encontró en el zaguán con Amador Molina, que habiéndose ócultado durante la refriega, gritaba en ese instante en favor del Gobierno i contra los revolucionarios que al principio habia querido apoyar.

Un jóven de los que habian militado con Rivas se acercó a él.

— Estamos perdidos, le dijo: la tropa nos abandona i es preciso huir.

En ese mismo momento Amador gritaba:

— Ricardo, aquí hai dos revolucionarios.

— ¡Cobarde! le dijo Martin, tomándole del pescuezo, te tengo lástima i te perdono.

I al decir esto le dió un fuerte empuellon que estrelló a Amador contra la pared.

— Huyamos, es una necedad dejarnos prender dijo a Martin el jóven que acababa de hablarle.

I le arrastró fuera del cuartel, a cuya puerta principiaban a agolparse los curiosos.

Martin se resistió algunos momentos, durante los cuales Amador habia huido al patio llamando al oficial de policía que con alguna tropa de su mando formaba parte de la division de los cívicos que habian auxiliado al cuartel.

Cuando Rivas se decidió a retirarse, Amador corrió hacia el zaguan con Ricardo Castaños i algunos soldados.

— Vamos, vamos, dijo el jóven a Martin, no les demos el gusto de que nos tomen prisioneros.

— Adios, le dijo Martin, estrechándole la mano.

I emprendió la fuga, con direccion a casa de don Dámaso Encina, miéntras que Amador i Ricardo le buscaban entre las personas que llenaban el zaguan.

Esta circunstancia, le permitió tomar alguna

delantera sobre sus perseguidores que salieron a la calle cuando él se halló ya una cuadra distante del cuartel.

— Vamos a buscarle a casa de don Dámaso, dijo Amador al oficial, i si no lo hallamos allí, lo hemos de buscar por toda la ciudad.



LVII

Hemos referido las principales peripecias del sangriento combate que tuvo lugar en Santiago el 20 de abril de 1851, tratando de cenirnos a los partes oficiales de aquella jornada i a la relacion que anteriormente citamos.

Tócanos ahora ocuparnos de los personajes que figuran en esta historia.

Leonor i los demas de la casa habian pasado aquellas horas en mortal ansiedad. El ruido del combate repercutía en sus turbados corazones avivando el miedo en casi todos ellos i la mas inquieta zozobra en el de Leonor.

Doña Engracia habia reunido a todos los habitantes de la casa en una pieza i rezaba con ellos un rosario tras otro. Don Dámaso i Agustin pronunciaban el *Ora pro nobis* con una devocion ejemplar,

miéntras que Leonór, abandonaba la pieza i subia a los altos de la casa.

Allí, apoyada en el balcon i prestando el oido al bullicio que resonaba en la ciudad, rogaba a Dios por Martin i luchaba por apartar de su imaginacion los funestos presentimientos que oprimian su pecho al estampido de cada tiro. No se atrevia a interrogar a las jentes que pasaban por la calle, por temor de que alguno la diese la funesta noticia que sus cuidados presajiaban.

Teniendo fija la vista en direccion al lugar del combate, divisó un grupo da hombres que se adelantaba hácia la casa. Al pasar bajo el balcon, uno de ellos se paró como para tomar aliento.

— Señorita, dijo a Leonor, nos han vencido, los del Valdivia se pasaron al Gobierno.

Dichas estas palabras, siguió corriendo tras los otros que se hallaban ya distantes.

Leonor sintió discurrir por sus venas un frio repentino al pensar que estando derrotados, Martin habria muerto o estaria prisionero. Elevóse entón-ces su alma al cielo con nuevo fervor i, sin saber lo que hacia, comenzó a orar en alta voz, mezclando el nombre de Rivas a las ardientes palabras de su oracion improvisada.

En ese momento divisó, no léjos; a un hombre que corria hácia la casa. Un instantes despues creyó que se encontraba bajo el influjo de alguna

alucinacion i a poco rato dió un grito de alegría i bajó precipitadamente al patio : habia reconocido a Martin.

El patio estaba solo i la puerta de calle asegurada con llave i una gruesa tranca. Torció Leonor la llave i apartó la tranca con la misma facilidad que si ésta no hubiese tenido el peso enorme que cedió a su fuerza. Hecho esto en pocos segundos, abrió la puerta.

Rivas llegaba en ese instante i se encontró frente a frente con Leonor, mas bella que nunca en el desórden de su traje i la palidez de su rostro.

El jóven que acababa de arrostrar con serenidad los mil peligros de tres horas de combate, se turbó en presencia de aquella niña pálida, que fijaba en él, con indecible espresion de júbilo, sus grandes ojos llenos de lágrimas.

— Señorita, balbució, yo vengo.....

Pero no pudo proseguir, porque Leonor le tomó con ambas manos una de las suyas, diciéndole:

— Entre, entre lijero que pueden verle.

I Martin obedeció a la suave presion de aquellas manos i al dulce tono de imperio con que la niña acompañó ese movimiento.

Cerró entónces Leonor la puerta con la misma fuerza i lijereza que habia empleado para abrirla i dijo a Martin:

— Sígame.

Atravesaron el patio, i en vez de entrar a las piezas en que se rezaba el rosario, Leonor abrió la del cuarto de Agustin i dió una vuelta por el segundo patio para entrar a su propia habitacion, cuya puerta cerró tras de Martin.

— Nadie nos ha visto, dijo con la agitacion de una persona que acaba de dar una larga carrera.

Martin se quedó de pié, en medio de la pieza, contemplando a Leonor i pareciéndole que todo aquello era un sueño. Aquella hermosa niña, cuyo nombre acababa de invocar tantas veces en el estruendo de la refriega, estaba ahora a su lado, en la habitacion que siempre habia considerado como un santuario. I lá altiva belleza de altanera frente, de mirada desdeñosa, reacerbaba a él con semblante risueño, aunque turbado, i le miraba con amor.

— Sientese Ud. aquí, le dijo, acercándole una silla. He recibido esta mañana su carta, añadió mirándole con ternura.

Iba a continuar i, dando un grito ahogado, se acercó precipitadamente al jóven.

— ¡Ah! Ud. está herido, le dijo tomándole el brazo, cuya mano estaba manchada de sangre.

— No debe ser nada, porque no siento dolor ninguno, contestó Martin.

— A ver, quítese la levita, replicó ella en tono de mando.

La manga de la camisa, que presentaba un gran espacio ensangrentado, pegándose a la herida, que era mui leve, habia estancado la sangre.

— No es mas que un rasguño, dijo Martin.

— No importa, aseguremos la curacion, repuso la niña.

I sacando de su cuello un fino pañuelo de bastista, que llevaba a guisa de corbata, lo aplicó sobre la herida, despues de apartar la manga de la camisa.

— Me ha hecho Ud. sufrir en esta mañana, mas que en toda mi vida, le dijo, miéntras le vendaba la herida con el pañuelo. ¿Por qué no vino Ud. anoche como lo prometió a mi hermano?

— Señorita contestó Martin, resuelto a repetir la revelacion que habia hecho en su carta, no tuve valor para venir. A pesar del tiempo que he pasado léjos de aquí, a pesar de mi interés por la causa por la que acabo de esponer mi vida, siempre mi amor a Ud., me ha dominado, i conocí que, viniendo anoche, me habria tal vez faltado enerjia para hoi.

— Esponer así su vida! dijo Leonor, en tono de reproche i bajando la vista. Por qué no me habló Ud. con la franqueza de emplea en su carta?

— Porque jamás tuve ántes fuerza para hacerlo: ademas ¿no me habia condenado Ud. por las apariencias?

— Es cierto, pero Edelmira misma me ha desen-

gañado, mostrándome las cartas que Ud. contestaba a las suyas.

— Mi posicion tambien me ha obligado a callar, añadió Rivas con tristeza.

— ¡Qué importa su posicion si yo le amo? exclamó Leonor, dirijiendo a los ojos de Martin su profunda mirada.

— Oh, repítame Leonor esa palabra, la dijo Martin con loca alegría, apoderándose de las manos de la niña.

— Sí, le amo i no lo ocultaré a nadie, repuso Leonor,

Esta mañana he recordado todos los dias, desde que Ud. llegó, i veo que he sido cruel por orgullo: si Ud. hubiese muerto hoi, añadió palideciendo, jamas habria podido perdonármelo ni consolarme. Aun cuando no hubiese recibido su carta, nadie habria podido quitarme de la imaginacion que yo tenia parte en la desesperada resolucion que Ud. ha tenido: mal hecho, Martin, de esponerme así a llorar toda la vida.

— ¿Podia yo adivinar mi felicidad, despues que se me despedia de su casa?

— ¡I por qué se le despedia! Si no le hubiese amado ¡qué me importaba que Ud. amase a esa pobre nina!

— Mi esperanza Leonor, me lo decia, pero ¿cómo averiguarlo?

— Preguntádomelo.

— Ud. olvida ahora, dijo sonriéndose el jóven, que tiene a veces miradas que helarian la sangre del mas atrevido i que no ha dejado de emplearlas muchas veces conmigo.

— Castígueme Ud., es mui justo, contestó ella con una adorable sonrisa de sumision.

— Pero este momento recompensa con usura lo que mi amor me ha hecho sufrir, replicó Martin con apasionada voz.

I, sin darse cuenta de lo que hacia dejó su asiento i se puso de rodillas delante de Leonor, estrechándola con pasion las manos, que ella le abandonaba.

— Hemos sido mui locos Martin, dijole la niña, perdiendo su mirada en el ardiente reflejo de los ojos con que él la contemplaba extasiado.

¿No nos habíamos dicho varias veces con los ojos que nos amábamos? Ah, es mui cierto, Ud. tiene siempre razon; yo he tenido la culpa. De todos los hombres que me rodeaban, Ud., el de mas humilde posicion, me parecia el mas noble i tenia miedo de confesarme a mí misma la preferencia de mi corazon: pues bien, desde ahora sabré enmendarme, porque su amor me enorgullece.

— No sé si soi el mas digno de su amor, dijo Martin, pero aseguro sí que soi el mas amante. ¿Qué poder tenia yo para defenderme de su be-

lleza ? Me dejé vencer por ella sin preguntarme lo que podia esperar, i cuando quise combatir, me hallaba ya sin fuerzas contra la pasion que se habia apoderado de mi pecho. Desde entónces nada pudo arrancarla ya del corazon, ni el sentimiento de dignidad, ni la falta de esperanza, ni el desden con que Ud. a veces recibia mis miradas : así fué que esta mañana jugaba con placer mi vida porque me creia despreciado por Ud. i veia que solo la muerte podria extinguir mi amor.

La niña oyó aquellas palabras con avidez i dejó que Rivas besase con ardor sus manos. Habia perdido tanto al cielo por el hombre que tenia a sus plantas, que creia escuchar su apasionado lenguaje por el milagro de una resurreccion.

Martin iba a proseguir cuando se oyeron voces i fuertes golpes dados a la puerta.

— Leonor ! gritó don Dámaso desde afuera.

Leonor corrió hácia la puerta ; miró por el ojo de la llave i vió a su padre acompañado de Ricardo Castaños i de algunos soldados que se mantenian a distancia.

— Está Ud. perdido si no huye, dijo corriendo hacia Martin : hai allí un oficial i algunos soldados.

— Leonor ! volvió a gritar don Dámaso, golpeando la puerta.

— Huya por aquí Martin, dijo la niña abriendo

otra puerta : Ud. conoce la casa, puede salir por el escritorio de mi papá i llegar a la calle mientras le buscan en este cuarto.

— I allí me perseguirán otros, contestó Rivas.

Los golpes redoblaban i se oyó la voz de Ricardo Castaños que amenazaba echar abajo la puerta.

— Si Ud. me ama huya por Dios, exclamó Leonor, llena de ansiedad.

— Si consigo salvarme volveré, dijo Rivas i si no fuera por la reputacion de Ud. preferiria disputarles aquí mi libertad.

Leonor le empujó fuera del cuarto i cayó en un sofá casi sin sentido.

La voz de su padre la sacó de su estupor i dirigiéndose a la puerta a que éste llamaba, la abrió de par en par.

— Señorita, la dijo Ricardo, un penoso deber me obliga a pedirle que me permita registrar esta pieza.

— Registre Ud. caballero, contestó Leonor con altanero ademán : un vencedor, añadió con ironía, no empaña su gloria prestándose a esto que Ud. llama un triste deber.

— ¡ Niña ! la dijo por lo bajo don Dámaso. Luego añadió en voz alta : es justo que les defensores del orden persigan a los revoltosos. Vea Ud., señor oficial : Ud. es testigo que yo no he opuesto ninguna resistencia. ¡ Bien estábamos que yo me

pusiese a ocultar demagogos cuando con los revolucionarios, la jente que tiene algo es la que pierde !

Miéntas que los soldados registraban minuciosamente cada rincon del cuarto, don Dámaso seguía disertando contra todo el partido liberal i Leonor se sentaba en el sofá temblando por la suerte de Rivas.

Este, conocedor de la casa, atravesó varias piezas i llegó al patio por la puerta del escritorio de don Dámaso.

En ese momento dejaba Leonor la pieza en la que seguían las pesquisas de la tropa i salía también al patio a ver si Rivas había salido de la casa.

Apénas Martin se halló en el patio sé dirijió a la puerta de la calle. Pero esta, sobre estar cerrada, se hallaba custodiada por dos policiales con sable en mano. Llegado al zaguan, Rivas vió que era imposible retreceder ni ocultarse, pues los dos centinelas de la puerta se lanzaron sobre él blandiendo sus tizonas. El jóven, sin desconcertarse, apoyó la espalda a una de las paredes del zaguan i, desenvainando su espada, principiό a parar los desatinados golpes que los policiales le descargaban. Miéntas así le atacaban entre los dos, daban al mismo tiempo voces para llamar a los otros. En aquel momento i cuando Rivas descargaba sobre

uno de ellos un golpe que le hacia recular despa-
vorido, Leonor llegó al patio i divisó al jóven, que
arremetia al otro policial. En ese momento tam-
bien, advertidos los de adentro por las voces de los
que se veian vencidos por Martin, llegaron en tro-
pel i cercaron al jóven, que siguió defendiéndose
con heróico valor, miéntras que Leonor decia a su
padre.

— Sálvele papá, que van a matarle.

A las voces de los combatientes vinieron a unirse
los gritos de las mujeres, que con doña Engracia a
la cabeza, interrumpieron el rosario i llegaron al
patio al mismo tiempo que los soldados que ha-
bian acudido a las voces de los que atacaban a
Martin.

Don Dámaso se acercó temblando al grupo que
rodeaba a Rivas.

— La resistencia es inútil Martin, le dijo ; entré-
guese Ud.

— Si no se rinde, háganle fuego, gritó Ricar do
Castanos, que no solo miraba en aquel jóven a un
revolucionario, sino al autor de sus desgracias
amorosas.

Leonor dió un grito al oir esta órden ; i al ver
que dos de los soldados cargaban sus armas para
cumplirla, corrió al zaguan despavorida.

— No se defienda Ud. mas, van a asesinarle,
dijo a Rivas, que continuaba luchando con admi-

rable sangre fria i obedeció a aquella voz como a una orden.

Apoderáronse de él cuatro soldados i le desarmaron.

— Espero, dijo a Ricardo don Dámaso, que se tratará a este jóven con miramiento i jenerosidad: yo como partidario de la administracion, añadió con enfática voz, intercederé por él con el señor Presidente.

Dióse la orden de la marcha i salió Rivas rodeado de la tropa que acababa de prenderle, despues de recibir una mirada de Leonor que, mas pálida que un cadáver, parecia querer enviarle su alma en aquel silencioso pero elocuente adios.



LVIII

Siguiendo los consejos de la prudencia, habíase quedado Amador Molina en la calle, despues de conducir hasta la casa de don Dámaso a los que acababan de prender a Martin. Reunióse a la comitiva que salia, viendo que ya ningun peligro podia correr, i llegó con ella al cuartel donde Rivas fué encarcelado.

Durante ese tiempo los habitantes de la casa de don Dámaso se hallaban bajo el peso de la consternacion en que la reciente escena les habia dejado, i comentaban cada cual a su sabor los incidentes acaecidos, para esplicar la súbita aparicion de Rivas cuando todos estaban seguros de que la puerta de calle habia permanecido trancada toda la mañana. I como la noticia de la aprehension de Rivas, cundiese en poco rato de la casa a de los vecinos, de la de estos a la calle entera i de allí a

las otras inmediatas, al cabo de una hora vióse el salon principal de don Dámaso lleno de personas de distincion de ámbos sexos, que llegaban a tomar lenguas de tan notable suceso.

Don Dámaso permaneció en la antesala rodeado de los amigos i doña Engracia en el salon circundada de las amigas.

Dignas eran de oirse las conversaciones a que en ambas piezas los acontecimientos del dia daban lugar, porque pintaban por una parte la fecunda inventiva de las alarmadas imaginaciones femeniles i la súbita reaccion, por otra, que en el espíritu i opiniones de los hombres habia operado el desenlace del sangriento drama de la mañana.

— Nos hemos escapado de una buena, decía don Dámaso a otros que el dia anterior se daban, como él por liberales. ¡Qué habríamos hecho con el triunfo de la canalla!

— Lo que ahora debe hacer el Gobierno es fusilar pronto unas dos docenas de esos revoltosos, observaba con enérgico acento uno que, encerrado toda la mañana en su cuarto, habia hecho mandas a todos los santos del calendario para que le librasen del peligro.

— Pero hijita, decia al mismo tiempo una señora a doña Engracia, hablando de Rivas; ese hombre debe ser un facineroso ¿es cierto que mató aquí en el patio a tres policiales?

— ¡Ai hijita! exclamó otra ¿qué hubiera hecho yo con un hombre así en mi casa? Creo que me habria muerto del susto! Pero cómo entró aquí, cuando la puerta estaba cerrada?

— Por los tejados, pues, respondia otra; si esos liberales no tienen nada sagrado.

— O por el albañal, si no se paran en nada.

— Por eso es bueno poner reja en la acequia.

Doña Engracia se contentaba con estrechar a Diamela entre sus brazos, miéntras de este modo disertaban sus amigas.

En la pieza vecina, uno de los caballeros decia :

— Ahora es cuando los hombres patriotas deben acercarse al Gobierno para que los demagogos vean que están condenados por la opinion.

— Eso estaba pensando, dijo don Dámaso, los buenos ciudadanos debemos presentarnos al Gobierno. ¿Quieren Uds. que vayamos al palacio?

— Bueno, bueno, contestaban todos.

— I es preciso que pidamos medidas enérgicas, dijo el que acababa de abogar por los fusilamientos.

Tomaron los sombreros i se dirijieron a la Moneda para darse los aires de triunfadores i pedir la muerte de los que les habian dado tan tremendo susto en aquella mañana.

Leonor, entre tanto, se habia retirado a su cuarto i lloraba desesperada por la suerte de Martin, miéntras que su memoria la repetia su reciente conver-

sacion con el jóven, sus palabras de amor que aun resonaban en su alma como el eco de música celestial i la valerosa enerjía con que acababa de verle defenderse contra tantos adversarios a un tiempo. Si de amor hasta entónces habia latido su corazon, de orgullo palpitaba ahora con semejante recuerdo i juraba consagrar su vida al que reconocia digno de tan preciosa ofrenda. Mas la idea de los nuevos peligros que cercaban a Rivas, turbó mui luego el arrobamiento de su devaneo; vió que en vez de llorar era preciso defender su vida amenazada, i salió de su cuarto resuelta a tocar todos los resortes que pudiesen contribuir a la libertad de Martin.

Dominada por este pensamiento entró en la pieza de Agustin, que reparaba la debilidad en que los sobresaltos de la mañana le habian dejado, bebiendo repetidas copas de Kirch.

— ¡Ai hermanita que terrible dia! exclamó al ver entrar a Leonor: te confieso que compadezco a las mujeres i a los hombres cobardes, porque me figuro el miedo que han debido tener.

— En lo que debemos pensar ahora, es en salvar a Martin, contestó Leonor sin hacer caso de la baladronada de su hermano.

— ¡Nosotros! ¿I qué podemos hacer? dijo el elegante sorbiendo otra copa de licor.

— Es preciso que mi papá hable con los minis-

tros, con el Presidente, con todos los que tengan algun influjo en el Gobierno.

— Poco a poco, *mi bella*, el dia está peligroso para empeños i como Martin tuvo la desgraciada ocurrencia de venir a ocultarse aquí, podrán creer que nosotros hemos tomado parte en la revolucion, si hablamos en su favor.

¡Tienes miedo de hacer algo por un hombre a quien debes un gran servicio ! Agustín, te creia lijero, pero no ingrato, dijo Leonor lanzando a su hermano una mirada de desprecio.

— No, no es ingratitud querida, pero, ya lo ves, en política es preciso ser precavido, qué diantre : veremos lo que se puede hacer por el pobre Martin, a quien no niego que debo servicios ; pero tú quieres que todo se haga por vapor.

— El caso no es para pensar, sino para obrar, replicó la niña con tono de resolucion : si tú no haces nada, hablaré con mi papá i si él toma las cosas con tu frialdad, iré yo misma a interceder por Martin con algunas amigas que no se negarán a servirme.

— ¡Caspita, hermanita, con que fuego lo tomas ! cualquiera diria que no se trata solo de un amigo...

— Si no de un amante ¿no es verdad ? interrumpió Leonor con impaciencia ; piensa lo que quieras, añadió saliendo de la pieza.

— ¡Caramba ! ésta sacó toda la enerjía que me

tocaba a mí como varon i primojénito, dijo al verla salir Agustin.

Leonor entró a su cuarto despues de ordenar a una criada que le avisase la llegada de su padre.

Una hora despues, entró don Dámaso al cuarto al que se habia retirado su mujer, tan luego como se vió libre de las visitas.

Agustin, que le habia visto atravesar el patio, entró en la misma pieza poco despues de él.

— Estaba el palacio lleno de jente, dijo don Dámaso quitándose el sombrero. Qué uniformidad en la opinion para condenar a los revoltosos ! El valor cívico mas decidido reinaba allí i creo que habríamos marchado todos cantando al combate si hubiese sido preciso.

Apénas terminaba esta frase, bajo la cual, habria sido mui difícil traslucir al liberal que por la mañana abogaba por la causa del pueblo, Leonor entró en la pieza con frente erguida i con resuelta mirada.

— ¿ Cómo le ha ido papá ? dijo sentándose junto a don Dámaso.

— Perfectamente hijita : el Presidente me ha dado las gracias por mi decision por la causa del órden, contestó el caballero con aire de satisfecha importancia.

— No le pregunto sobre eso, replicó Leonor. ¿ Qué hai de Martin ?

— Ah, ¿de Martin? Deben haberlo llevado preso.
¡Pobre muchacho!

— ¿I Ud. no ha hecho nada por él? preguntó la niña, fijando en su padre una profunda mirada.

— El momento no era oportuno hijita, repuso don Dámaso; los ánimos están ahora demasiado exaltados; es mejor esperar.

— ¡Esperar! exclamó la niña; Martin no ha esperado nunca para servirnos como siempre lo ha hecho.

— Es cierto hijita: nadie niega que Martin sería un jóven cumplido si no hubiese hecho la locura de meterse a liberal.

— A nosotros no nos toca juzgarlo, dijo Leonor, i nuestro deber es influir en cuanto podamos en favor suyo, ya que está preso.

— Influirémos, no te dé cuidado: yo estoi ahora mui bien con los del Gobierno.

— Sí, pero entre tanto el tiempo pasa, i pueden someter a juicio a Martin, exclamó la niña con visible impaciencia

— Eso es inevitable, contestó don Dámaso con calma.

Esta contestacion pareció exasperar a Leonor que se levantó indignada.

— Papá Ud. debe ir al instante a hablar con el Ministro del Interior, dijo con acento imperativo.

— Eso me comprometeria, porque Martin ha

sido encontrado en mi casa : dejemos pasar algunos dias, contestó don Dámaso.

— Iré yo entónces a verme con la mujer del Ministro, exclamó Leonor exasperada con la indiferencia de su padre.

— ¡Qué interes tan vivo tienes por Martin! dijo en tono de reconvencion el caballero.

— Mas que interes, replicó Leonor con exaltacion : le amo.

Estas palabras parecieron haber producido en don Dámaso, en Agustin i en doña Engracia, el mismo efecto que las detonaciones del combate de aquella mañana,

Don Dámaso se levantó de un salto, Agustin pareció espantado, i doña Engracia se apoderó de Diamela que dormia a su lado, dándola un fuerte apretón.

¡Niña, qué estás diciendo! exclamó don Dámaso aterrado con lo que acababa de oir.

Su exclamacion se confundió con un jemido de Diamela, víctima de la impresionabilidad nerviosa de su ama.

— Digo que amo a Martin, contestó Leonor con voz segura i magnífico ademan de orgullo.

— ¡A Martin! repitió abismado don Dámaso.

Leonor no se dignó contestar, sino que volvió a sentarse llena de majestad.

En ese momento conoció don Dámaso el ascen-

diente que aquella niña ejercia en su ánimo, porque al querer armarse de severidad, se encontró con la mirada serena i resuelta de Leonor que parecia desafiarse.

Don Dámaso se dejó llevar de la debilidad de su carácter i bajó la vista diciendo :

— No debias hacer esa confesion.

¿I por qué no? Martin, aunque pobre, tiene alma noble, elevada intelijencia : esto basta para justificarme. ¿Preferiria Ud. que ocultase lo que siento? ¿No son Uds. los naturales depositarios de mi confianza?

Leonor pronunció estas palabras con acento que no admitia réplica. Las tres personas que la escuchaban carecian ademas de la enerjía que, para contradecirla, habria sido necesario poseer al hacer frente a un carácter resuelto i altanero como el de la niña.

Doña Engracia se contentó con estrechar a Diamela.

Agustin dijo por lo bajo algunas palabras mitad francesas, mitad españolas, i don Dámaso principió a pasearse en la pieza para ocultar su falta de enerjía.

Leonor prosiguió :

— Ud. sabe, papá, que Martin es un jóven de esperanza : Ud. mismo lo ha dicho muchas veces ; es tambien de mui buena familia : no le falta por

consiguiente mas que ser rico i estoi segura que con las aptitudes que Ud. le reconoce, nunca será pobre. ¿Qué mal hago entónces en amarle? Harto mas vale que los jóvenes que hasta ahora me han solicitado i es mui natural que yo le diera la preferencia. Ahora que él se encuentra gravemente comprometido i que por desesperacion tal vez ha tomado parte en la revolucion, debemos nosotros pagarle con servicios los muchos que le debemos. El salvó a Agustin de una intriga vergonzosa i que le habria puesto en ridiculo ante la sociedad entera i ademas ha corrido con todos los negocios de la casa con un acierto que Ud. alaba todos los dias.

En cuanto a eso, es la pura verdad; i no miento si digo que debo a Martin mucha parte de las ganancias de este año.

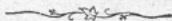
Don Dámaso dijo estas palabras contentisimo de hallar una salida, ya que se encontraba sin fuerza para imponer a Leonor su autoridad.

La niña se aprovechó de esas palabras para seguir persuadiendo a su padre de la necesidad de atender desde luego a la suerte de Rivas; i fué tan elocuente, que al cabo de poco rato salia don Dámaso a empeñarse con personas de influjo en favor de Martin. Una reflexion le sujirió su debilidad.

— Cuando mas conseguiré que lo manden des-

terrado, se decia, i una vez fuera del pais, Leonor le olvidará i se casará con otro.

Don Dámaso, como toda persona sin enerjía de carácter, contaba con la ayuda del tiempo para salir de la dificultad.



LIX

Martin fué conducido al cuartel de policía i encerrado en una estrecha prision a cuya puerta se colocó un centinela.

Cuatro paredes mal blanqueadas, un techo entablado con gruesas tablas de álamo, una ventana sin bastidores i cerrada por una tosca reja de fierro, he aquí todo lo que se ofreció a la vista de Rivas en la pieza que iba a servirle de prision. No habia allí ni un solo mueble.

El jóven se sentó sobre los ladrillos, apoyó la espalda a la pared i cruzó los brazos sobre el pecho. En esta actitud, bajó la frente cual si el peso de las ideas que a su cerebro se agolpaban le impidiese mantenerla erguida como al entrar en el calabozo.

Los acontecimientos mas recientes de aquel ajitado dia ocuparon primero su atencion. La belleza a

de Leonor, su apasionado lenguaje, su interes cariñoso, la profunda tristeza de la última mirada, brillaron a un tiempo en la memoria de Rivas, hicieron latir su corazon i poblaron la desnuda prision con las rosadas i lucientes imágenes que, como de un foco luminoso, irradian del alma enamorada.

Al ver la apasionada espresion del rostro de Martin, cuyos ojos vagaban en el espacio, hubiéndose dicho que aquel jóven encerrado en un miserable cuarto, soñaba con la conquista de un imperio.

Mas, pronto la imaginacion inquieta pidió a la memoria otros recuerdos i huyó aquella alegría de las facciones del prisionero; llenóse de suspiros su pecho i como ahogado por el pesar, se puso de pié i se acercó a la ventana. Sus labios dejaron escaparse con profundo pesar estas palabras.

— ¡ Pobre Rafael !

I las lágrimas se agolparon a sus ojos, i los suspiros que llenaban su pecho se convirtieron en doloridos sollozos.

¡ Tan noble i tan valiente ! pobre Rafael ! repitió con amargo pesar.

Lloró así largo rato, hasta que las lágrimas se agotaron dejando sus ojos escaldados; i entonces vino la reflexion del hombre, la resignacion estóica del valiente, la serena conformidad del

que ha consagrado su vida a una causa que cree justa.

Tal vez ha sido mas feliz que yo, se decia : mas vale morir combatiendo que fusilado.

Ni un solo músculo de su semblante se contrajo ante aquella idea, ni cambiaron de color sus mejillas. Su enérgico corazon miró de frente el peligro, burlando la máxima, jeneralmente verdadera, de que ni el sol ni la muerte pueden mirarse fijamente. Rivas poseia ese valor tranquilo que no necesita de testigos ni de admiradores i que encuentra su fuerza tal vez en algun privilegio peculiar de la organizacion nerviosa del individuo.

Pero a la caida de la tarde i cuando su espiritu habia recorrido no solo las escenas del dia sino las de su vida entera, cuando un rayo de sol, despues de atravesar diagonalmente la pieza llegó a convertirse en un punto que tambien se borró, Martin sintió frio en el cuerpo i un amargo sentimiento en el alma : habia llegado fatalmente al campo de las hipótesis a que llega todo el que se vé bajo el peso de alguna desgracia i se decia.

— Si yo hubiese sido ménos orgulloso, habria sabido ántes que Leonor me amaba i no estaria ahora aquí, sino a su lado.

Como se vé, en pocas horas la imaginacion de Rivas habia recorrido todas las fases que podia presentarle la situacion en que se encontraba. Mas,

ya lo dijimos; era valiente i sin esfuerzo, volvió a sentarse con tranquilidad, en el lugar que habia elejido primero, i cansado de pensar, buscó el olvido en el sueño.

Pocos momentos despues, i cuando Rivas, cediendo al cansancio que le agobiaba, habia principiado a quedarse dormido, el ruido de la puerta que se abrió con estrépito le sacó de su estupor.

Un soldado entro trayéndole, en una gran bandeja, algunas fuentes de comida. Tras él entró otro con una cama que el primero hizo colocar en un rincon del cuarto, dejando el mismo la bandeja sobre la ventana.

Despues de esto, se acercó a Martin con aire de misterio .

— Lea ese papelito i conteste luego, le dijo dejando caer un papel doblado en varios dobleces.

I se alejó, poniéndose a arreglar la cama, miéntras que Martin, lleno de asombro, leia lo siguiente :

« Mi papá ha conseguido que podamos enviarle diariamente la comida. Le remito una cama i en la almohada va papel i lápiz para que pueda contestarme. He logrado que Agustin, venciendo sus temores, se gane al soldado que le lleva la comida. — Animo pues ; yo velo por Ud. Espero que surta buen efecto [un empeño que he interpuesto

para poder llegar hasta Ud. — Esta esperanza me dá valor ; pero aun cuando Ud. no me vea, no crea por eso que deja de pertenecerle entero el corazon de

LEONOR ENCINA. »

Martin contestó, palpitante de alegría lo que sigue :

« Si un corazon amante puede pagar los sacrificios que Ud. hace por mí, Ud. sabe que el mio la pertenece. Esta mañana, los peligros, la muerte en mi rededor, despues, su dulce voz Leonor, abriéndome las puertas del paraíso ; mas tarde la prision, la soledad, i luego, de nuevo esa voz, poblando de májicos cuadros las tristes paredes de un calabozo. ¡ Ah, Leonor, todo esto mi abisma i turba mi razon ! En medio de este caos, lo único que brilla para mí, sereno i sin nubes, es un ponto resplandeciente : ¡ Ud. me ama !

» Ya tal vez ha llegado a noticias de Ud. la muerte de Rafael. Murió como valiente, i era un noble corazon que el viento de la desgracia habia marchitado. Mi felicidad inmensa, el amor de Ud., no bastan en este momento para secar las lágrimas con que lo lloro : perdóneme Leonor esta confesion. Si el mas feliz de los amantes no puede hacer olvidar al amigo, juzgue Ud. por ese efecto del lugar que su amor debe ocupar en mi corazon. »

— Vamos, vamos, le dijo acercándose el soldado, ya no puedo esperar mas.

Martin agregó a la lijera las señales del lugar en que habia quedado el cadáver de su amigo, rogando a Leonor que trasmitiese esta noticia a la familia de San Luis, i entregó su carta al soldado, dándole el poco dinero que tenia. Probó despues, apénas, la comida i vió con cierto desprecio cerrarse de nuevo la puerta de su calabozo. ¡ Con la carta que estrechaba sobre el corazon, despreciaba la rábia de sus enemigos i sentia fuerzas para perdonarlos !

La lectura de esa carta i las ilusiones que creaba en el espíritu de Martin, le ayudaron a sobrellevar con paciencia la soledad hasta el dia siguiente : Por el mismo conducto recibió una segunda carta de Leonor en la que le descubria, en un lenguaje tierno i sencillo, los tesoros de un amor que Martin nunca se habia atrevido a esperar.

En dos dias mas de esta correspondencia, Rivas habia llegado a creer que los que llevaba de prision habian sido los mas felices de su vida.

Entre tanto, la causa que contra él se seguia, marchaba con la rapidez que, desde entónces hasta ahora, despliega la justicia Chilena en los juicios políticos. I como Martin, ademas de estar notoriamente convicto de su participacion en los sucesos del 20 de abril, habia confesado no solo esa parti-

cipacion, sino que tambien en alta voz los principios liberales que profesaba, en el corto término de cuatro dias, la causa estaba rematada i el reo condenado a la pena de muerte.

Leonor recibió la noticia de esta sentencia poco despues de haber leído una carta que su padre acababa de mostrarle en la que se daba permiso para que don Dámaso i los de su familia pudiesen visitar a Martin de las seis a las siete de la tarde. La hora habia pasado ya i era preciso esperar al dia siguiente. La idea de la fatal sentencia tuvo por esto largo tiempo para someter a la niña a una horrorosa tortura. Durante la noche se vió asaltada por todos los temores, que las reflexiones de su familia para persuadirla que aquella sentencia no se ejecutaria, habian calmado en su ánimo en el dia. Su amor, en tan duro trance, cobraba las proporciones de una inmensa pasion i no podia pensar un momento en la muerte de Rivas sin hacerlo al mismo tiempo en la suya propia.

Despues de esa noche de lágrimas, Leonor salió mui temprano de su pieza i entró en la de Agustin que dormia profundamente.

A la voz de su hermana, el elegante se restregó los ojos.

—Qué matinal estás, exclamó, viendo a Leonor de pié al lado de su cama. ¡I qué pálida hermanita! añadió, cualquiera diria que has velado toda la noche.

— Así ha sido, dijo la niña ; ¿podía dormir con esa horrible sentencia ?

— Cálmate, la sentencia no se ejecutará.

— ¿Quién me responde de ello ? preguntó Leonor cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

— Todos lo dicen.

— Eso no basta i por eso vengo a pedirte un servicio.

— *Soi todo a ti, mi bella* : ordena i obedezco.

— Es preciso que hoy me acompañes a ver a Martin.

— Eso no deja de tener sus dificultades ¿ cómo entramos ?

Con una carta que tiene mi papá : tú se la pedirás diciéndole que vas a ver a Martin i te vas conmigo.

— Haces de mí lo que quieres.

Al dar las seis, en efecto, Leonor i Agustin, presentaron la carta i fueron conducidos a la prision de Martin.

El jóven tenia sobre la ventana todas las cartas de Leonor que se entretenia en leer una a una.

Al abrirse la puerta, Leonor le vió enderezarse i ocultar con lijereza las cartas. Al reconocer a la jóven, Rivas corrió hacia la puerta i sus manos estrecharon la que ella le tendió.

— ¡ Peste ! exclamó Agustin, mirando en su derredor, no es por cierto el *confort* inglés lo que aquí

reina ! Mi pobre amigo, añadió abrazando a Rivas, esto es *degutante, mi palabra de honor*.

Martin se sonrió con tristeza i olvidó todos sus cuidados en los ojos que Leonor fijaba en él llenos de lágrimas.

— Es la única silla que he podido conseguir, dijo pasando a Leonor una mala silla de paja.

La niña se sentó i volvió la cara para enjugar las lágrimas.

— Vamos, hermanita, la dijo Agustin enternecido tambien, tengamos mas valor : la reflexion es lo que nos distingue de los irracionales.

Martin no pudo reprimir una franca carcajada, al oir la sentenciosa máxima que Agustin emitia con voz lastimosa.

Leonor miró a su amante llena de orgullo.

— Las cosas deben tomarse como vienen, dijo Rivas, no queriendo dejarse contajiar por la tristeza de los dos hermanos.

— Pero esa sentencia !... exclamó Leonor.

— La esperaba desde el primer día i no me ha conmovido, respondió el prisionero con modesta voz. Lo que ha hecho sí palpar mi corazón, añadió en voz baja al oido de Leonor, ha sido lo que no esperaba : sus cartas.

Al traves de las lágrimas que humedecian los párpapos de la niña, brilló en sus ojos un rayo de pasión al oir estas palabras.

Fuese intencional o distraidamente, Agustin se acababa de parar en la puerta del calabozo, delante de la cual se paseaba el centinela.

Martin se apoderó de una mano de Leonor, mientras que ella seguia mirándole.

— La felicidad que siento al verme amado, la dijo, llena de tal modo mi pecho, que no deja lugar en él para los temores que pudiera inspirarme mi situacion. Ademas, añadió con cierta alegría, no sé qué presentimiento me dice que no puedo morir.

— Sin embargo, replicó Leonor, es preciso pensar seriamente en la fuga.

— Mui difícil me parece.

— No tanto : vea Ud., el plan que he imaginado : vengo con Agustin mañana a esta hora i traigo puestos dos vestidos. Uno toma Ud. i sale en mi lugar con Agustin.

— ¡ I Ud.! preguntó Rivas con admiracion, al ver brillar de entusiasmo los ojos de su querida.

— Yo, contestó ella, me quedo aquí; ¿qué pueden hacerme cuando me descubran?

Martin hubiera querido arrojarse de rodillas para adorar como una divinidad a la que, como una cosa mui natural, le ofrecia el sacrificio de su honra por salvarle.

— ¿Cree Ud. que yo consentiría en conservar mi vida a costa de su honor? la dijo, besándola con

pasion la mano que estrechaba entre las suyas.

— Lo que yo quiero es que Ud. salga de aquí, contestó Leonor con agitacion; es preciso Martin que no se forme Ud. ilusiones; en el gobierno hai mucho encarnizamiento contra los que han tomado parte en la revolucion; ¿quién nos asegura que el consejo de Estado le indulte a Ud? i en caso de indulto ¿qué pena sustituirán a la de muerte? Nada sabemos i todo esto me hace temblar.

— Caramba, dijo Agustin que acababa de acercarse a ellos, Leonor tiene razon: esta casa tiene un aspecto mui triste; es preciso que trates de salir de aquí.

— Si tú tienes valor, dijo Leonor a su hermano, Martin puede salir ahora mismo: quédate en su lugar i él saldrá conmigo.

Agustin se puso mui pálido i no pudo disimular el temblor que conmovió su cuerpo ante la sola idea de correr aquel peligro.

— Le conocerán al salir, hermanita, dijo con voz apagada i luego ¿quién me haria huir a mí!

— Tendrian que ponerte en libertad, replicó Leonor.

— Agustin tiene razon, dijo Rivas, me conocerian al salir.

— Eso es claro como el dia, observó el elegante, serenándose un poco i sacando su reloj como deseoso de ver llegar la hora de irse.

— Si Agustín me trae mañana una buena lima i un par de pistolas, haré una tentativa, dijo Martín.

— *Es convenido*, no hai nada mas que decir, exclamó Agustín volviendo a mirar el reloj temeroso de que su hermana propusiese algun otro medio de evasión que le comprometiese.

En ese momento, el carcelero anunció que era hora de salir i Leonor i Agustín se despidieron de Rivas, prometiéndole lo que pedia para efectuar su tentativa de fuga al dia siguiente.



LX

Pero esa tentativa no pudo llevarse a efecto porque la celeridad de los procedimientos judiciales habia excedido toda prevision.

Cuando Leonor i Agustin se presentaron, solicitando ver a Rivas, en virtud del permiso que mostraban, recibieron esta lacónica contestacion.

— No se puede.

— ¿Por qué? preguntó Leonor con inquietud.

— Porque está en capilla, contestó el que habia dado la primera respuesta.

Leonor se apoyó en el brazo de Agustin para no caer, aterrada por el espanto que produjeron en su alma esas fúnebres palabras.

Agustin, temblando de miedo, llevó a Leonor a la calle donde el carruaje los esperaba

La niña se arrojó sobre un asiento de atras prorrumpiendo en desesperados sollozos.

— A casa, dijo Agustín al cochero.

El coche se puso en marcha.

Al cabo de pocos instantes, Leonor alzó la frente: hubiérase dicho que, al traves de las lágrimas que inundaban sus ojos, brillaba en ellos un lejano rayo de esperanza.

— Todo no está perdido! exclamó echándose en brazos de Agustín.

— Por supuesto, hermanita, dijo sin comprenderlo que decia el elegante : *no te hagas pena* hermanita.

— ¿Se te ha ocurrido algun medio de salvar a Martín? preguntóle Leonor con una exaltacion febril, engañada por el aire de seguridad con que su hermano habia pronunciado las palabras que anteceden.

— ¿A mí? ninguno, nunca se me ocurre nada, contestó con viveza el elegante que temió que Leonor quisiese exigirle algun sacrificio.

— Pues a mí se me ha ocurrido una idea.

— A ver la idea?

— Llévame a casa de Edelmira Molina.

— ¿Para qué?

— Allí lo sabrás.

— Pero hermanita, me parece inconveniente que tú....

Leonor no le dejó acabar su frase, porque bajó uno de los vidrios de adelante del coche, i por allí dijo al cochero :

— Pára.

Luego, dirijiéndose a su hermano, le dijo con voz imperativa.

— Dále las señas.

Agustin obedeció sin murmurar i el coche tomó el camino que se le indicó.

— Es preciso que hablemos con Edelmira, dijo Leonor al cabo de algunos momentos de silencio.

— Pero, yendo a casa de su madre, no es el medio mas seguro de conseguirlo, replicó Agustin.

— Por qué ?

— Porque allí me conocen, i despues de la historia que tú recordarás, me aborrecen cordialmente.

— Tienes razon, dijo Leonor, comprimiéndose la frente con las manos ; pero es absolutamente indispensable que yo me vea hoi mismo con Edelmira. A ver, añadió con febril impaciencia, piensa tú, discurre, yo tengo ardiendo la cabeza, i se me turban las ideas !

La aflijida niña ocultó su rostro i dejó caer la cabeza sobre el respaldo del coche. En su seno los sollozos se agolpaban como las olas al soplo de la tormenta.

— Yo discurriré, dijo el elegante ; pero no sigamos a casa de doña Bernarda porque lo perdemos todo.

— A casa, gritó Leonor al cochero.

Luego se volvió hácia su hermano. Sus ojos despedían rayos de fuego i la contraccion de sus cejas anunciaba la enerjía que era capaz de desplegar.

— Volverémos a casa, dijo ; pero te advierto que ántes de dos horas debes haberme facilitado una entrevista con Edelmira.

— Pero hermanita, ¿ cómo quieres que la saque ya de su casa ?

— No sé ; mas yo estoi resuelta a hablar hoi con ella, i si tú no me proporcionas la ocasion de hacerlo, iré yo sola a verla.

— No es conveniente que vayas *toda sola*, exclamó exasperado el elegante.

— Iré, iré, repitió Leonor con exaltacion : nadie podrá impedírmelo. ¿ No vés que Martin está en capilla ? No vés que si le fusilan yo moriré tambien ?

Nada pudo objetar Agustin a este grito del alma enérjica de su hermana, i se convenció de que para evitarla el dar algun paso desesperado, debia hacer cuanto le fuese posible por cumplir sus deseos. El jóven se acordó en ese momento de la ambicion insaciable de dinero que constantemente dominaba a Amador.

— Hai un medio de que hables con Edelmira, dijo.

— ¿ Cuál ! preguntó la niña con avidez.

— El de dar algunos reales al hermano de la muchacha i él mismo te la traerá a casa.

En este momento el coche llegaba a inmediaciones de casa de don Dámaso.

— Te daré dinero, dijo Leonor, cuando bajaban del coche; espérame en tu cuarto.

Con efecto al cabo de poco rato volvió Leonor con treinta onzas de oro que entregó a su hermano.

— Toma, le dijo, confio en tí: tú no querrás verme llorar toda la vida, ¿no es verdad?

Al decir esto, estrechaba al elegante con cariñosos abrazos.

— ¡Caramba! exclamó Agustin, eres un Creso hermanita. ¡Qué rica estás!

— Papá me acaba de dar ese dinero: le he explicado mi plan en pocas palabras.

— Entre tanto, a mí nada me has explicado, de modo que yo ando a oscuras.

— Anda primero, despues lo sabrás todo.

Agustin salió de la casa i Leonor se dejó caer de rodillas, implorando la proteccion del cielo por el buen éxito de su empresa. Al cabo de algunos momentos de fervorosa oracion, se acercó al escritorio de Agustin i principió a escribir una carta a Rivas en la que le referia sus proyectos, prodigándole las mas ardientes protestas de aquel amor, que, lentamente desarrollado en su pecho, habia co-

brado ya las proporciones de una pasión irresistible.

En esos mismos momentos Agustín llegó a casa de doña Bernarda. Al pisar el umbral de aquella puerta, todos los recuerdos de la escena del supuesto matrimonio, en las que le había tocado representar el papel de víctima, asaltaron su memoria e hicieron latir de miedo su corazón. Pero la convicción en que se hallaba de que era preciso obedecer a Leonor, le dió entereza para golpear a la puerta del cuarto de Amador.

Este abrió la puerta, i no sabiendo el objeto de la visita que le llegaba, contestó con un saludo incierto al saludo de Agustín.

— Deseo hablar con Ud. a solas, dijo el elegante.

— Aquí estamos solos, contestó Amador haciéndole entrar i cerrando la puerta.

— Voi a usar con Ud. de toda franqueza, dijo Agustín sin sentarse.

— Así me gusta, no hai como la franqueza, exclamó Amador.

— ¿Quiere Ud. ganar unos quinientos pesos?

— ¡Quinientos pesos! Qué pregunta! ¿I a quién no le gusta la plata, pues? *Pita* Ud.? dijo Amador, pasando en medio de sus exclamaciones un cigarrillo de papel al elegante.

— No, gracias; el servicio que reclamo de Ud. es mui simple.

— Hable no mas, tengo buenas entendederas.

— Mi hermana desea hablar ahora mismo con su hermana Edelmira.

— Para qué ?

— No sé ; pero sospecho que sea para que ella intervenga con alguien en favor de Martin Rivas que está condenado a muerte.

— Pobre Martin : yo lo hice agarrar preso i ahora me pesa : vea, llevaré a Edelmira, no por el interes de los quinientos, aunque estoi mui pobre, sino por hacer algo por Martin.

— ¡ Magnífico ! apénas llegue Ud. a casa con Edelmira recibirá la suma.

— Ya le digo que aunque estoi pobre como una cabra, no lo hago por interes.

— Lo creo bien ; pero la plata nunca está de mas.

— Asi es, vea ; a mí siempre me está de menos.

Despidiéronse, prometiendo Amador que en media hora mas estaria con Edelmira en casa de don Dámaso.

Pocos momentos despues que Agustin daba cuenta a Leonor del resultado de su entrevista, Amador i Edelmira llegaban a la casa.

Leonor condujo a Edelmira a su cuarto, dejando a su hermano en compañía de Amador.

Cuando las dos niñas se hallaron solas en una

pieza cuya puerta habia cerrado Leonor, ámbas se contemplaron con curiosidad i en ámbas se pintó la sorpresa desde la primera mirada.

Edelmira halló en vez de la altanera espresion que ántes habia notado en la hermosa hija de don Dámaso, una dulzura tal en su mirada, que sintió por ella una irresistible simpatía.

Leonor vió que el rosado tinte de las mejillas de Edelmira habia sido reemplazado por la palidez del sufrimiento ; que la viveza de su mirar estaba apagada por la fuerza de una visible melancolía i adivinó, con la penetracion de la mujer enamorada, que Edelmira no habia dejado de amar a Rivas.

Esta idea, que en otra circunstancia la habria desagradado, pareció animarla por el contrario.

— ¿Sabe Ud. la situacion en que se encuentra Martin ? la dijo, haciendo sentarse a Edelmira junto a ella.

— Sabia que estaba preso, contestó ésta ; pero ahora, añadió con voz turbada, mi hermano me dice que está condenado a muerte.

La que esto decia i la que escuchaba, se miraron con los ojos llenos de lágrimas.

Leonor se arrojó en brazos de Edelmira exclamando :

— ¡Ud. es mi última esperanza ! es preciso salvarlo !

El corazon de Edelmira se oprimió dolorosamente al hoir aquellas palabras, que encerraban la confesion del amor que Leonor habia ocultado en su primera entrevista.

Leonor continuó con exaltacion i sin cuidarse de secar las gruesas lágrimas que corrian por sus mejillas :

— Yo he hecho hasta aqui cuanto he podido i me lisonjeaba de que Martin seria indultado : parece que le temen mucho, cuando se niegan a perdonarle : yo estoi cansada de imaginar medios de evasion, i aun cuando me hallo dispuesta a sacrificarme por él, nada acierto a combinar que sea realizable. Esta mañana, desesperada al oir la funesta noticia de que le han puesto en capilla, no sé por qué he pensado en Ud. : dígame que he tenido una buena inspiracion. Ud. me dijo, cuando estuvo aquí hace tiempo, que deseaba servir a Martin : la ocasion ha llegado de manifestarle su agradecimiento. Ya ve Ud. que es tan noble, tan valiente ¡i quieren matarlo !

Edelmira se sintió fuertemente conmovida al ver la desesperacion con que Leonor pronunció aquellas palabras. La admirable belleza de Leonor en medio de tan acerba afliccion, léjos de causarla los celos que la hermosura de una rival despierta en el corazon de la mujer, pareció ejercer sobre Edelmira una especie de fascinacion.

— Yo, señorita, dijo, estoi dispuesta a hacer lo que Ud. me diga por salvar a Martin.

— ¡Pero si a mí nada se me ocurre, por Dios! exclamó Leonor comprimiéndose la frente con las manos; parece que las ideas se me escapan cuando creo haberlas concebido..... A ver..... ¿Por qué se me ocurrió que Ud. podría salvar a Martin....? ¡Ah! ¿No habia un oficial de policía que quiso casarse con Ud.?

— Es cierto.

— ¿Es jóven, no es verdad?

— Sí.

Ese jóven debe amarla todavía : Ud. es demasiado bella para que él haya dejado de amarla por un desaire ¿no es así? Estoi segura que él la ama. Pues bien, Martin está preso en su cuartel i Ud. puede comprometerle a que facilite su evasion. Ofrezca Ud. todo lo que sea necesario : dinero, empleos ; mi padre ofrece cuanto le pidan. ¡No me niegue Ud. este servicio : se lo agradeceré eternamente!

— Señorita, dijo Edelmira, voi a hacer cuánto pueda : si Ud. consigue que Amador me acompañe a ver a Ricardo, tal ver logremos salvar a Martin.

Leonor estrechó con frenesí a Edelmira, prodigándola los mas tiernos cariños por aquella respuesta.

—Vamos a ver su hermano, dijo despues de esto, pues no tenemos tiempo que perder.

Salieron de la pieza en que se encontraban i entraron en la de Auustin.

Amador apuraba la décima copa de un licor que le habia ofrecido Agustín i fumaba, tendido, un habano prensano de enorme largo, con la gravedad de un magnate que tiene conciencia de su importancia.

Leonor esplicó en pocas palabras el nuevo plan, i despues de pedir a Amador que acompañase a Edelmira con insinuantes palabras, se acercó a preguntar a Agustín por el dinero que le habia entregado.

El elegante puso con disimulo las treinta onzas en manos de Amador, cuyo rostro se iluminó con indecible alegría.

— Por salvar a Martín, que ha sido mi amigo, dijo, haré lo que Ud. guste, señorita.

— Tú los acompañarás para traerme la respuesta, dijo Leonor a Agustín, llamándolo aparte ; i no te mires en gastos. Si el oficial pone dificultades, dile que papá se encarga de su porvenir : yo respondo de ello.

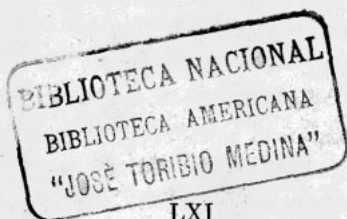
Abrazó despues a Edelmira, con la ternura de una hermana i llevó su heroismo hasta estrechar la mano de Amador que despedia un olor a tabaco quemado insoportable.

— Mándeme con Agustin la noticia del resultado, dijo a Edelmira, al atravesar el patio : solo espero en Ud.

— Nada temas, hermanita, dijo Agustin ; aquí voi yo para arreglarlo todo ; que la peste me ahogue, si no sacamos a ese pobre Martin de la prision.

Despidiéronse en la puerta de calle i Leonor entró a su cuarto. Allí se dejó caer sobre un sofá rendida de emocion i de zozobra.





Gran sorpresa se pintó en el rostro de Ricardo Castaños cuando vió entrar a su habitacion a las tres personas que vimos salir en su busca de casa de don Dámaso Encina.

Ricardo Castaños pertenecía, como ha podido verse en el curso de esta historia, a esa clase de enamorados que saben oponer a los desdenes de sus queridas la resignacion que los filósofos aconsejan en los contrastes de la vida. Apesar de haberse visto despreciado por Edelmira, su amor vivia en su corazon i conservaba todo el vigor de los dias en que habia estado próximo a unirse con la niña por lazos indisolubles. Así fué que al verla entrar en la pieza que ocupaba en el cuartel, los latidos de su corazon se aceleraron de tal manera, que a la sorpresa que en sus ojos se pintaba, vino mui luego a unirse el rojo tinte que dieron a sus

mejillas las oleadas de sangre que el ímpetu del corazón les trasmitia.

Confuso i sin acertar a formular palabras claras, ofreció asiento a Edelmira i a los dos jóvenes que la acompañaban.

Edelmira rompió el silencio que a la invitacion de Ricardo habia sucedido ; con voz segura i resuelta espresion de fisionomía, dijo :

— Venimos a verlo para un asunto mui importante.

— Señorita, aquí me tiene, contestó éste poniéndose mas colorado.

— Aunque estos caballeros prosiguió Edelmira volviéndose hácia Agustin i Amador, saben a lo que vengo, me gustaria mas estar sola con Ud. para explicarme mejor.

— Aquí no hai escribano, dijo Amador riéndose, habla no mas, que no hemos de dar fé despues si lo que digas te perjudica.

— Esta señorita tiene razon, replicó Agustin, yo soi partidario del *tête à tête* i nosotros podemos entretanto ir a fumar un cigarro.

— Andar entónces, dijo Amador, vamos a *pi-tar*.

Los dos jóvenes salieron i principiaron a pasearse en un corredor sobre el cual abria la puerta de la pieza del oficial.

Este habia quedado de pié i buscaba en su ima-

jinacion algun cumplimiento para entablar la conversacion.

Edelmira le ahorró este trabajo diciéndole :

— Mucho estrañará Ud. verme aquí.

— Eso no, señorita ; pero de seguro que no lo esperaba, contestó Ricardo.

— Yo conozco que no me he conducido bien con Ud. i me arrepiento de ello , prosiguió la niña.

— Tanto favor, señorita, yo le doi las gracias.

— ¿ Me ama Ud. todavía ? preguntó Edelmira, fijando en el jóven una resuelta i penetrante mirada.

— ¡ Vaya si la quiero ! exclamó Ricardo, la prueba la tiene en que todos los dias paso por su casa por verla.

— Ud. puede darme ahora una prueba que me convencerá mas que todo.

— Hable no mas i verá si digo la verdad.

— Quiero que Ud. salve a Martin Rivas.

Ricardo hizo un movimiento de sorpresa.

— Aunque lo pudiera no lo haria, dijo con tono de rabia.

— Pues si Ud. quiere probarme que me ama, es preciso que salve a Martin.

— ¡ Bonita cosa ! ¿ para que Ud. lo siga queriendo ? No, mas bien que lo fusilen i así se acaba todo.

El oficial de policía pronunció estas palabras con un acento sombrío que convenció a Edelmira de que el amor de aquel hombre no se habia entibiado.

— Pues si lo fusilan, jamás no volveremos a ver Ud. i yó, díjole la niña levantándose de su asiento.

— Pruébeme Ud. que no lo quiere, pues, exclamó con pasión Ricardo : si así fuese, podríamos hablar.

— Estoi dispuesta a hacerlo si Ud. lo salva.

— ¿Cómo me lo probará?

— Casándome con Ud. si quiere.

Estas palabras hicieron vacilar al oficial algunos momentos, durante los cuales permaneció en silencio.

Luego despues replicó :

— ¿I entonces, por qué se empeña tanto por él?

— Es Ud. reservado? preguntóle Edelmira.

— Cómo no !

— Entonces diré que quiero salvarlo porque, lo he prometido a la hermana de Agustin, este ha venido pora llevarle la noticia de lo que Ud. conteste.

— ¿Entonces esa señorita quiere a Martin?

— Sí.

— ¿I Ud. nó?

— No.

— ¡I ¿cómo puedo yo salvarlo, pues?

— ¿No puede Ud. entrar de guardia mañana?

— No me toca.

— Pero puede cambiarla con aquel a quien le toque.

— Eso sí.

— Estando Ud. de guardia, le es mui fácil hacer fugarse a Martin, pagando al centinela para que huya con él.

— Es cierto; pero yo le diré una cosa : no tengo plata.

— Esa la dará Agustin.

— ¿I quién me asegura que despues que Martin esté libre, Ud. cumpla su palabra?

— Lo juraré si Ud. quiere delante de testigos : en presencia de mi madre que hasta hoi me ha hablado de Ud.

— Vea Edelmira, dijo Ricardo despues de reflexionar algunos segundos, Ud. sabe que yo la he querido i la quiero mucho. ¿Qué mas quisiera yo que casarme con Ud. pues? Pero la condicion que Ud. pone es mui dura : si dejo arrancarse a Martin, me pueden dar de baja.

— Ah, si Ud. aprecia mas su carrera que a mí...

— No quiero decir eso, sino que perdiendo mi sueldo me quedo en la calle i la quiero demasiado a Ud. para que me pudiese conformar con verla pobre a mi lado.

— Si es por eso no mas, creo que no tiene Ud. por qué temer.

— ¿Cómo pues?

— Si alguna persona rica, agradecida al servicio que le hiciera poniendo en libertad a Martin, le prometiese hacerse cargo de su suerte, tendria Ud. dificultad en acceder a lo que le pido?

— No tendria : ya le digo que lo hago por Ud.

Edelmira llamó a Agustin que en ese momento se hallaba con Amador cerca de la puerta de la pieza.

— Quisiera que Ud. repitiese a este caballero lo que al salir nos encargó la señorita Leonor, le dijo.

— ¡Cáspita! no es tan fácil : mi hermana habló como un loro i yo no brillo por la buena memoria, contestó el elegante.

— Sí, pero Ud. no puede haber olvidado, replicó Edelmira, lo que ella dijo para el caso de que Ricardo perdiese su empleo.

— Ah...! eso no : dijo que papá responde de todo, i Leonor puede decirlo porque ella lleva a papá por la punta de la nariz.

— Ya vé Ud. que no lo engaño, dijo en voz baja Edelmira a Ricardo.

Este tono confidencial de la que siempre se le habia mostrado desdeñosa, hizo brillar de alegría i de amor el rostro del oficial.

— Yo no digo que Ud. me engañe en eso, replicó : dígame no mas que me cumple su palabra de casarse

conmigo i que no se quejará despues si quedo pobre.

— Si Martin está libre mañana en la noche, contestó Edelmira haciendo inauditos esfuerzos por ocultar su emocion, estoi dispuesta a casarme con Ud. el dia que quiera.

Estará libre o pierdo mi nombre, dijo el official, apoderándose de una mano de Edelmira, i sellando con un ardiente beso aquella especie de juramento.

La niña le hizo repetir varias veces que no faltaria a su palabra, i Agustin se comprometió a traer el dinero necesario para pagar a la centinela que debia ayudar a la fuga.

Edelmira i Amador regresaron con Agustin a casa de don Dámaso en donde Leonor les esperaba entregada a una inquietud mui cercana del delirio.

Cuando Edelmira la dijo que Martin se salvaria, Leonor dió un grito de contento i tomándola entre sus brazos la colmó de locas caricias.

— ¿I cómo ha conseguido Ud. esto? preguntó Leonor, sin notar que Edelmira, presa de un profundo abatimiento, habia ocultado su rostro para no dejar ver las lágrimas que lo bañaban.

— Jurándole que me casaria con él, contestó la niña.

I al dar aquella respuesta, pareció que la abandonaban el valor i la resignacion que durante su entrevista con Ricardo habia desplegado, pues los sollozos casi ahogaron sus últimas palabras.

Leonor miró durante algunos momentos a Edelmira con una espresion indefinible : la admiracion i los celos, que dormitan en el fondo de todo amor verdadero, ocuparon al mismo tiempo su alma. En esos momentos, que fueron mui rápidos, se dijo al mismo tiempo :

— Le ama tanto como yo ; i.

— ¡ Pobre niña ! tiene un corazon anjelical !

I como dijimos, aquel instante de involuntaria reflexion pasó con rapidez, porque Leonor se arrojó enternecida en brazos de Edelmira.

— Dios solo, la dijo, es capaz de recompensar a Ud. por tanta jenerosidad. Si algo vale para Ud. mi eterno reconocimiento, acéptelo Edelmira i permítame ser su amiga.

Estas palabras, pronunciadas con todo el calor de una alma jenerosa, calmaron el llanto de Edelmira i la devolvieron la serenidad.

Leonor repitió mil veces sus protestas de agradecimiento con aquellas palabras cariñosas que las mujeres saben emplear en la efusion del corazon, i supo hacer olvidar a Edelmira la diferencia social de sus condiciones respectivas.

En la mañana del dia siguiente, Ricardo i Amador se presentaron en casa de don Dámaso i arreglaron con Leonor i Agustin el plan de fuga que debia ejecutarse en la noche de ese dia.

LXII

Martin, entre tanto, daba un triste adios a la vida i a los amores, esta segunda vida de la juventud.

En ese adios habia, sin embargo junto con la tristeza, la serena resignacion del valiente. Ademas, el amor ocupaba tan grande espacio en su alma, que mas bien le contristabala idea de separarse de Leonor para siempre que la de perder la existencia en la flor de sus años.

En esta disposicion de espíritu, Rivas se habia ocupado con calma de sus últimas disposiciones. No poseia ningun bien, de modo que el cuidado de los intereses materiales no le robó ninguno de los preciosos instantes que le quedaban.

Poseia sí un inmenso tesoro de amor, al que queria consagrar su alma entera en aquellos momentos solemnes.

— Escribió pues una larga i sentida carta a su madre i a su hermana. Cada una de las frases de esa carta tenia por objeto fortificar sus ánimos para la terrible prueba de dolor que las esperaba.

« Acaso, las decia al concluir, la muerte no sea para mí un mal en las presentes circunstancias. Obstáculos casi insuperables se me presentarian, si viviese, para realizar la felicidad a que Leonor me ha dado el derecho de aspirar; i tal vez, combatiéndolos, habria sufrido humillaciones demasiado crueles para mi corazon. Tengo confianza en Dios i no me falta valor : las puras bendiciones de Uds. me allanarán el camino para comparecer ante el divino juez. »

Cerrada esta carta, parecióle que podia ocuparse ya enteramente de Leonor. Para hablarla de su inmensa pasion la escribia la historia del modo como ella habia nacido i desarrolládose en su alma. Sencilla i tierna historia de enamorado, llena de ideales aspiraciones, de ardientes amarguras borradas ya de la memoria con la dicha de los últimos dias. El trágico fin que aguardaba al protagonista, era la única sombra de aquel cuadro pintado con los diáfanos colores de la juventud i del amor. Martin lo retocaba con la predileccion del artista por su obra favorita, i añadia una frase de amor, a las mil que

la esmaltaban, cuando la puerta de su calabozo se abrió en el silencio.

Era la oracion i Martin vió entrar un hombre embozado que no pudo conocer al instante.

Este se quitó el embozo al acercarse a la mesa en que Rivas escribía a la luz dudosa de una negra vela de sebo.

— ¿Qué objeto tiene esta visita, señor don Ricardo? preguntó Martin con cierta altanería, al reconocer a Ricardo Castaños.

— Lea este papel, contestó el oficial, entregando a Rivas una carta.

Rivas leyó lo siguiente :

«Todo está concertado para su fuga. Ricardo Castaños pagará al centinela que enseñará a Ud. el camino seguro para salir : aproveche pues la ocasion i tenga prudencia, recordando que del éxito de este paso no solo depende su vida sino tambien la de su amante

LEONOR ENCINA. »

Martin levantó sobre Ricardo los ojos en los que brillaba la esperanza, i al mismo tiempo hizo ademán de guardar la carta.

— ¿No será mejor que la queme? le dijo el oficial.

— ¿Por qué? preguntó Martin, que guardaba como un tesoro las cartas de Leonor.

— Porque, si por desgracia lo *pillan*, repuso Ricardo, ese papel me compromete.

— Tiene Ud. razon, contestó Rivas, quemando el papel.

— Bueno, dijo Ricardo, ahora yo me voi i Ud. no tiene mas que salir : el soldado que está de centinela lo llevará por un camino seguro.

— Una palabra, dijo Martin acercándose a Ricardo : Ud me presta en este momento un servicio al que no me esperaba i mucho ménos de parte de Ud. que me ha considerado como su enemigo.

— Eso no, dijo el oficial : yo lo perseguí i tomé preso a Ud. porque estábamos combatiendo.

— ¿ Nada mas que por eso ? preguntó Rivas. Hablemos con franqueza : Ud. me ha creído siempre su rival.

— Es cierto.

— Sin embargo, se ha engañado Ud., jamas he hablado de amor a Edelmira ; se lo aseguro bajo mi palabra de honor.

— ¡ Cierto ! exclamó lleno de alegría Ricardo.

— Cierto ; si ántes creí que esta confesion, hecha por mí a Ud. pareceria humilitante, ya que Ud. se ha prestado a servirme, creo deber hacérsela sin indigar la causa que Ud. haya tenido para ello. Si Ud. ama a esa niña añadió Martin, creo que ta confesion destruirá los juicios que haya for-

mado en contra de ella : entre tanto, yo no tengo otro medio de manifestarle mi agradecimiento que haciendo esta confesion i rogándole que acepte mi amistad.

— Gracias, dijo con efusion Ricardo, estrechando la mano que le presentó Martin.

El oficial salió dejando la puerta abierta despues de decir a Rivas que apagase la luz para salir tras él.

En la fuga de Martin no hubo ninguna de las peripecias de que los novelistas se aprovechan para excitar la curiosa imaginacion de los lectores. El soldado que guardaba su calabozo abandonó con él el puesto de su faccion, condujo a Martin por pasadizos solitarios hasta llegar a un patio, igualmente solo, en donde mediante el auxilio de una escalera, ámbos salvaron los tejados i bajaron a una calle.

— Adios, pues, patron, dijo el soldado a Rivas.

I se echó a andar por las calles, pensando en las onzas de oro que sonaban agradablemente en su bolsillo, despues de haber sido entregadas a Ricardo Castaños por la torneada i blanca mano de Leonor.

Rivas divisó a poca distancia del punto en que le dejó el soldado un carruaje al que se dirigió inmediatamente. Un hombre se adelantó a recibirle, diciéndole con voz bien conocida :

— *Tu eres salvado Martin, déjame abrazarte.*

I Agustin Encina, le estrechó entre sus brazos con un cariño fraternal.

— Mi hermana está allí, *que* te espera, añadió el elegante, señalando al carruaje.

En ese momento, Leonor bajaba del coche.

— Estos momentos, dijo a Rivas, dejándole estrechar la mano que le pasó para saludarle, han sido para mí de una inquietud mortal ; a cada instante creia oir alguna voz de alarma.

— Vamos, es preciso montar i *meternos en ruta*, dijo Agustin ; el lugar este, tan cerca de la prision, no me parece de los mas recreativos.

Leonor se sentó en uno de los asientos de atrás del coche i colocó a su lado a Rivas. Agustin se sentó al frente de ellos.

— En un lugar cercano, dijo este a Martin, tenemos esperándote un mozo con caballos que te tervirán mejor para tomar caminos escusados por si les dá el capricho de perseguirte.

— Jamás podré pagar los servicios que Uds. me hacen, dijo Martin lleno de reconocimiento.

— ¿No hai en ellos algun egoismo de mi parte, cuando salvándole a Ud., salvo tambien mi felicidad amenazada de muerte? le dijo con voz baja i dulcisima Leonor.

— Vaya, dijo, casi al mismo tiempo, Agustin, qué dices tú de pagar, querido ; somos nosotros los que te estamos pagando lo que te debemos ¿Te

parece poco haberme ahorrado la molestia de tener por cuñado a ese insaciable comedor de pesetas que se llama Amador : Oye, querido, el adajo francés : *Un bienfait n'est jamais perdu* : esa es la verdad.

Agustin siguió manteniendo la conversacion durante el camino, mientras que, escuchándole apenas, Leonor i Martin, se decian en voz baja esas frases cortadas, que parecen seguir los latidos del corazon, i que los amantes encuentran mil veces mas elocuentes que el mas brillante discurso.

Llegado que hubieron a una callejuela solitaria en los suburbios de la poblacion i a inmediaciones de la calle de San Pablo, que lleva al camino de Valparaíso, el coche se detuvo por órden de Agustin.

Los tres bajaron del carruaje, i Agustin se dirijió a un hombre que se presentó a caballo tirando otro de la rienda.

Es preciso que aquí nos separemos, dijo Leonor a Rivas : escribame Ud. cada vez que le sea posible. ¿Tendré necesidad de jurarle que pensaré en Ud. a toda hora?

— No, pero dígame otra vez Leonor que es verdad cuanto me ha sucedido en estos dias : a veces creo que todo ha sido un sueño. Sobre todo ese amor, al que jamas me atreví a aspirar, sino en la soledad de mi corazon.

— Ese amor Martin, es tan verdadero como todo lo demas.

— ¡ I durará siempre, no es verdad ? murmuró el jóven estrechando con pasion las manos de Leonor.

— Será el único de mi vida, dijo ella ; ella ; i no crea que éste sea un juramento vano arrancado por una pasajera aficion : no he amado mas que a Ud. en el mundo. ¡ Quién me hubiera dicho, cuando llegó Ud. a casa, que iba a amarle !

— ¡ I yo, dijo Rivas, que la miré a Ud. como una divinidad ! Ah, Leonor ¡ qué pequeño me sentí ante la orgullosa altivez de la mirada con que Ud. contestó a mi saludo !

— I cómo figurarse, tambien, exclamó la niña, con el acento alegre de una infantil coquetería, que bajo el exterior de un pobre provinciano se ocultaba el corazon que debia avasallarme ! Martin, Ud. me ha castigado por mi orgullo, porque le amo ahora demasiado.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un acento de apasionada melancolía, que formó un notable contraste con la viveza infantil de las primeras.

— ¡ Se arrepiente Ud. de hacerme feliz ? preguntó Rivas.

— Me arrepiento, al contrario, de no haberle dicho ántes que le amaba, contestó la niña con la misma melancolía.

— ¡ Qué importa, cuando con estas solas palabras me hace Ud. olvidar todo lo pasado ! replicó Martin.

— Pero tenemos que separarnos i yo solo me resigno a este sacrificio porque sé que se trata de la vida de Ud.

— I yo tambien lo acepto gustoso porque sé, Leonor, que su recuerdo me alentará para luchar con la mala suerte si ella me espera ; porque sé tambien que mi perseverancia tendrá una inmensa compensacion, cuando pueda volver a su lado i escuche de su boca palabras como las que acabo de oir.

— Será preciso aplazar hasta entónces nuestra felicidad, dijo la niña ahogando un suspiro que le arrancaba la idea de que en pocos momentos mas, dejaria de oir la voz de su amante.

— I ese dia llegará pronto ¿no es verdad? dijo Martin a quien, despues de olvidarse por un instante de la separacion que le esperaba, aquel suspiro de la niña despertó a la realidad de su situacion.

— ¿ Pronto ? si ; llegará pronto porque yo no tendré sosiego hasta que consiga el perdon de la sentencia que pesa sobre Ud. Felizmente me siento con sobrada fuerza para vencer todos los obstáculos : ni las negativas de mis padres, ni las necias habladurias del mundo me arredrarán. ¿ No se tra-

tará de volvernos a ver? Ah, yo tendré fuerzas i valor pará todo. No sabe Martin, que solo Ud. hasta hoi, ha podido dominar mi voluntad? ¿Sabe Ud. que ha hecho casi un milagro? Yo misma no lo comprendo; pero conozco que la voluntad de Ud. será en adelante la mia, que sus deseos serán órdenes para mí, i que únicamente me negaria a obedecerle si Ud. me mandase dejarle de amar.

Rivas bajó del cielo a que esas palabras, dichas con el dulcísimo acento de la mujer enamorada, habian elevado su alma, al oir la voz de Agustin que se acercó diciéndoles:

— Vamos Martin, amigo mio, es preciso que terminen los adioses i montes a caballo.

Para hacer esta advertencia, el elegante habia fumado la mitad de un cigarro puro, hablando con el de a caballo no léjos del coche i diciéndose de cuando en cuando:

— Es preciso ser buen amigo i dejar que se den el último adios en paz. ¡Cáspita, el pobre muchacho ha sufrido bastante segun creo para que yo le permita este lijero recreativo!

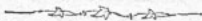
A favor de la oscuridad, Martin imprimió un ardiente beso en la frente de Leonor i bajó del carruaje.

Leonor se cubrió el rostro con las manos i dió libre curso a las lágrimas que durante aquella conversacion habia contenido a duras penas.

Entre tanto Rivas dió un cariñoso abrazo a Agustín i saltó sobre su caballo.

— Nosotros trabajaremos acá por ti, querido, dijole Agustín: ten cuidado no mas que no te atrapen ántes de salir de Valparaíso. El mozo que te acompaña lleva una maleta para ti con un ligero equipaje: allí encontrarás cartas de recomendación para ciertos comerciantes de Lima, amigos de papá i además los realillos que necesitas para los gastos de viaje i los primeros que tengas que hacer en Lima: lo demás está previsto en las cartas de que te hablo: vamos, todavía adios i buena fortuna: *en ruta!*

Estrecharon sus manos con cordial afecto los dos jóvenes, i Martín emprendió el galope después de dar una mirada de despedida a Leonor que, inmóvil al pié del carruaje, ocultaba entre las manos su rostro bañado en lágrimas.



LXIII

CARTA DE MARTIN RIVAS A SU HERMANA.

Santiago, octubre 15 de 1851.

« Cinco meses de ausencia, mi querida Mercedes, parece que en vez de entibiar han aumentado el amor profundo que alimenta mi pecho. He vuelto a ver a Leonor, mas bella, mas amante que nunca. La orgullosa niña que saludó con tan soberano desprecio al pobre mozo que llegaba de una provincia a solicitar el favor de su familia, tiene ahora para tu hermano tesoros de amor que le deslumbran i hacen caer de rodillas ante su mirada anjelical. Son los mismos ojos cuya mirada bastaba para hacerme palidecer, los que me prestan ahora sus

divinos fulgores para lanzar mi alma palpitante en las indefinibles rejiones de la pasion mas pura i mas ardiente a un mismo tiempo; es la misma frente majestuosa que se inclina ahora ante mis ojos con la poética sumision de amorosa solicitud; los mismos rosados lábios, desdeñosos ántes, que ahora me sonrien i articulan los castos juramentos que afianzarán nuestra union; es en fin, querida mia, la bella, la imponente Leonor de ántes, transfigurada por la misteriosa influencia del amor.

« Desde Lima te referí con prolija minuciosidad la vida que llevé en Santiago desde el dia de mi llegada. En esas cartas, predominaba el egoismo del que quiere, trazando sus recuerdos, evocar a todas horas el pasado, para olvidar la tristeza del presente. Gracias, pues a ese egoismo, conoces a todos los personajes que han intervenido en mis acciones i quiero completar mi obra diciéndote el estado en que los encuentro a mi vuelta.

« Agustin, siempre elegante i amigo de las frases a la francesa, se ha casado hace pocos dias con Matilde su prima: hablándome de su felicidad me dijo estas textuales palabras: « Somos felices como dos ángeles: nos amamos *a la locura*. »

« Fui al dia siguiente de mi llegada a esta, dia domingo, a la alameda: yo daba el brazo a Leonor, lo cual bastará para que fácilmente te figures el orgullo de que me sentia dominado. A poco andar

divisamos una pareja que caminaba en direccion opuesta a la que llevábamos: pronto reconocí a Ricardo Castaños que con aire triunfal daba el brazo a Edelmira. Nos acercamos a ellos i hablamos largo rato. Despues de conversacion, me pregunté si era feliz esa pobre niña, nacida en una esfera social inferior a los sentimientos que abrigaba ántes en su pecho i no he acertado a darme una respuesta satisfactoria; pues la tranquilidad i aun alegria que noté en sus palabras, las désmentia la melancólica espresion de sus ojos. Acaso, me digo ahora, Edelmira ha consagrado su vida a la felicidad del hombre a quien su noble corazon la ha unido; i, para quien como yo, conoce la nobleza de su alma, ésta en es la contestacion que tiene mas probabilidades de verdadera.

« Para informarte de una vez de todo lo relativo a esta familia, te diré que he sabido por Agustin que la hermana de Edelmira, Adelaida, se ha casado con un aleman, dependiente de una carrocería; que Amador, anda ahora oculto i perseguido por sus acreedores que han resuelto alojarlo en la cárcel, i que doña Bernarda vive al lado de Edelmira i cultiva con mas ardor que nunca su pasion a los naipes i a la mistela.

« Una de mis primeras visitas ha sido consagrada a la tia de Rafael. — La pobre señora me refirió, con los ojos llenos de lágrimas, los pasos

que su hermano don Pedro dió para encontrar el cadáver de mi desventurado amigo. — Salí de esa casa con el corazon despedazado, despues de visitar las habitaciones de Rafael que su tia conserva tales como las dejamos en la noche del 19 de abril. — Esta es la única nube que empaña mi felicidad. — La vigorosa hidalguia de Rafael, su noble i varonil corazon, vivirán eternamente en mi memoria: no puedo pensar, sin profundo sentimiento, en la pérdida de tan rica organizacion moral. La desgracia, que habia dado a sus ojos la melancólica espresion que dominaba en su fisonomía, no tuvo fuerzas para abatir los nobles instintos de su alma. ¡I almas como esas no deben llevarse tan pronto al cielo las elevadas dotes que pueden fructificar en la tierra! En el corazon de ese amante desesperado, la voz de la libertad habia hecho nacer otro mundo de amor en el que pasaban, como lejanas sombras, las melancolías del primero. Mi cariño a la memoria de Rafael, lo comprenderás en toda su extension, querida hermana, cuando te diga que con Leonor hablo tanto de él como de nuestros proyecto de felicidad.

« Conociendo, por la pintura que tantas veces te he hecho, el carácter de Leonor, te explicarás cómo haya podido ella conseguir que sus padres i toda su familia, aceptasen nuestra union con inequívocas muestras de alegria. — Así lo deseaba

ella i así ha sido. — Don Dámaso, despues de obtener mi indulto con poderosos empeños, ha tenido que reconocer delante de su hija que él, al casarse, no estaba en mui superior condicion a la mia.

« Doña Engracia se ha mostrado, como siempre, dócil a la voluntad de su hija; Agustin me trata como a un hermano, i todos los parientes de la familia siguen su ejemplo. Despues de esto ¿qué me queda que agregar? Pintarte mi felicidad, seria imposible. — Leonor parece haber guardado para mi solo un tesoro de dulzura i de sumision de que nadie la creia capaz. — Ella dice que quiere borrar de mi memoria la altanería con que me trató al principio. — Hablándome del sacrificio de Edelmira, me dijo anoche: « Y solo puedo admirarla, pero conozco que no habria tenido su jenorosidad: Ud. que me ha hecho conocer el amor, me ha dado tambien a conocer el egoismo. »

« En fin, mi querida Mercedes, si me dejase llevar del deseo, te describiria una a una las escenas en que oigo palabras llenas de una ternura indecible, de esas que solo Uds., las mujeres, saben decir cuando aman. Pero así, esta carta no terminaria nunca i el correo se marcha hoi.

« Trasmite a mi madre el cariñoso abrazo que te envia tu amante hermano

MARTIN. »

Quince días despues de enviar esta carta, escribió otra Rivas a su hermana, participándole su enlace con Leonor. Esa carta era ménos expansiva que la anterior.

« Hubiera querido le decia al terminar, ir yo en persona a traerlas a Uds.; pero es un punto sobre el cual Leonor ha hecho valer su antigua altivez. « Irás, me ha dicho, pero conmigo. » No tarden pues en venirse : solo Uds. me faltan para completar mi felicidad. »

Don Dámaso Encina encomendó a Martin la direccion de sus asuntos, para entregarse, con mas libertad de espíritu, a las fluctuaciones políticas que esperaba le diesen algun dia el sillón de senador. — Pertenecia a la numerosa familia que una ingeniosa espresion califica con el nombre de *tejedores* honrados, en los cuales la falta de convicciones se condecora con el título acatado de moderacion.

FIN